

IDAD
CCIÓN

MASSILLI

SERMONES

5

BX1756

.M32

E5

1800

V. 3

c. 1

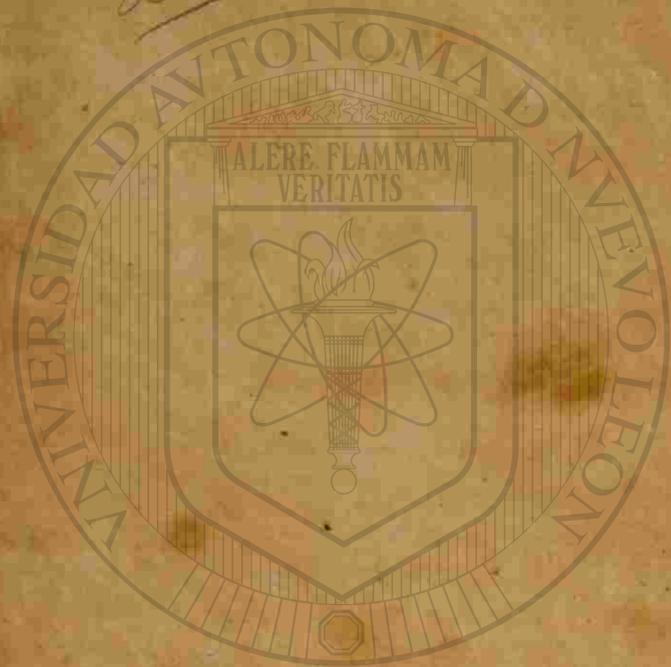
José Angel Benavides,



1080046632



252



SERMONES

DEL ILL.^{MO} SEÑOR

D. JUAN BAUTISTA MASSILLON,
PRESBITERO, DE LA CONGREGACION
DEL ORATORIO, UNO DE LOS QUARENTA DE
LA ACADEMIA FRANCESA,

Y

OBISPO DE CLERMONT,

TRADUCIDOS AL ESPAÑOL

Por el P. D. Pedro Diaz de Guereñu, de la Congregacion
de Clérigos Reglares de San Cayetano.

TOMO III.

PRIMERO DE QUARESMA.
TERCERA EDICION.



CON LICENCIA Y PRIVILEGIO.

EN MADRID: EN LA IMPRENTA DE LA VIUDA É HIJO DE MARIN.
AÑO DE MDCCC.

Se hallará en la Librería de Juan de Llera, Plazuela
del Angel, junto á la Ne...

FONDO BIBLIOTECARIO DEL ESTADO DE NUEVO LEON

38066

BX1756

2 E R M O N E S

1860

v.3



FONDO BIBLIOTECA PÚBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN

E#2-6#40

T A B L A

DE LOS SERMONES

contenidos en este tercer tomo.

Sermon para el Miercoles de Ceniza. *Sobre el Ayuno.* Pag. 1.

Sermon segundo para el Miercoles de Ceniza. *Motivos de Conversion.* 30.

Sermon para el Jueves despues de Ceniza. *Sobre la verdad de la Religion.* 55.

Sermon para el Viernes despues de Ceniza. *Sobre el perdon de las injurias.* 88.

Sermon para el primer Domingo de Quaresma. *Sobre la palabra de Dios.* 118.

Sermon para el Lunes de la primera semana de Quaresma. *Sobre la verdad de otra vida eterna.* 149.

Sermon para el Martes de la primera semana de Quaresma. *Sobre el respeto en los Templos.* 177.

Sermon para el Miercoles de la primera semana de Quaresma. *Sobre la recaída en el pecado.* 210.

Ser-

Sermon para el Jueves de la primera semana de
Quaresma. *Sobre la Oracion.* 242.

Sermon segundo para el Jueves de la primera
semana de Quaresma. *Sobre la Oracion.* 271.

Sermon para el Viernes de la primera semana de
Quaresma. *Sobre la Confesion.* 298.



SERMON

PARA EL MIERCOLES

DE CENIZA.

SOBRE EL AYUNO.

*Cum jejunatis, nolite fieri sicut hypocritae
tristes.*

Quando ayuneis no esteis tristes como los hy-
pócritas. *Matth. 6. v. 16.*

Este es el Evangelio que pone la Iglesia al princi-
pio de estos días de salud y de misericordia, como
publicacion de un ayuno solemne, impuesto à
todo el cuerpo de los fieles para aplacar la indignacion
del Señor, suspender las plagas que nos afligen, expiar
nuestras iniquidades, acordarnos los caminos de la justi-
cia de que nos hemos apartado, y restablecer la discipli-
na de las costumbres, tan desfigurada entre los Christia-

Tomo III.

A

nos;

Sermon para el Jueves de la primera semana de
Quaresma. *Sobre la Oracion.* 242.

Sermon segundo para el Jueves de la primera
semana de Quaresma. *Sobre la Oracion.* 271.

Sermon para el Viernes de la primera semana de
Quaresma. *Sobre la Confesion.* 298.



SERMON

PARA EL MIERCOLES

DE CENIZA.

SOBRE EL AYUNO.

Cum jejunatis, nolite fieri sicut hypocritae tristes.

Quando ayuneis no esteis tristes como los hipócritas. *Matth. 6. v. 16.*

Este es el Evangelio que pone la Iglesia al principio de estos días de salud y de misericordia, como publicacion de un ayuno solemne, impuesto à todo el cuerpo de los fieles para aplacar la indignacion del Señor, suspender las plagas que nos afligen, expiar nuestras iniquidades, acordarnos los caminos de la justicia de que nos hemos apartado, y restablecer la disciplina de las costumbres, tan desfigurada entre los Christia-

Tomo III.

A

nos;

2 SERMON PARA EL MIERCOLES

nos; para semejar, en quanto sea posible, la relajacion de estos ultimos tiempos al zelo y santa austeridad de nuestros Padres; para inspirar á los pecadores, con estas lúgubres exterioridades, deseos de compuncion; para confortar la fé y la piedad de los justos, y disponernos á todos para la alegria y la gracia de la Resurreccion.

Estos son los fines que se propone la Iglesia en la institucion de la ley del ayuno; este es el fin del precepto; estas las gracias destinadas, segun los fines del mismo Dios, para este tiempo de renovacion y de arrepentimiento.

¿Qué cosa, pues, mas feliz podemos anunciar, que el principio de esta santa carrera, á unos pecadores que van á hallar en ella los medios de penitencia; á unas almas flacas, que verán apartarse las ocasiones del pecado, y que en todas partes se manifiestan facilidades para la salvacion; á unos justos, cuyo fervor entiviéndose continuamente, debe renovar continuamente en ellos el temor de que se apague; finalmente, á todos los fieles, á los que las lágrimas y oraciones de la Iglesia van á abrir los tesoros del cielo, y á atraer sobre ellos todas las bendiciones de la gracia?

Con todo eso, en vez de ver llegar estos favorables dias con una alegria religiosa, los tememos, los miramos como dias funestos y desgraciados, y es necesario que hoy nos mande la Iglesia desterrar de nuestros ayunos el abatimiento y la tristeza: *Nolite fieri tristes*, ¡Oh insensatos! dice San Ambrosio; pues vamos á triunfar de la carne y del demonio con los socorros de esta santa abstinencia, el dolor y la tristeza no convienen á la victoria. Tema el enemigo estos felices dias; aflijase él de ver llegar este tiempo de propiciacion, de que va á servirse la gracia para librar del pecado á tantas almas delinquentes; tiemble de ver todas estas consoladoras exterioridades de penitencia, y todo este aparato de misericordia que prepara la bondad de Dios á los pecadores!

DE CENIZA.

3.

Pero vosotros, Católicos, dice San Ambrosio, perfumad vuestras cabezas, y formad pensamientos de alegria: *Ungite caput vestrum, nemo tristis coronatur, nemo maestus triumphat.*

Porque, Católicos, hay muchos géneros de tristeza; hay una tristeza de penitencia que obra la salvacion, y cuyo mas suave fruto es la alegria del Espiritu Santo; hay una tristeza de hipocresia, que observando la letra de la ley, afecta exterioridades pálidas y desfiguradas para no perder con los hombres el merito de su penitencia, y esta es rara; finalmente, hay una tristeza de corrupcion que opone á esta santa ley la grande repugnancia de la sensualidad, y esta se puede decir que es la mas universal impresion que en nosotros hace el precepto del ayuno y de la abstinencia.

De aqui se sigue que, ó nos dispensamos de su observancia con frívolos pretextos, ó no la observamos como se debe. Importa, pues, exáminar hoy las excusas de que nos valemos para dispensarnos de una ley tan santa; y los abusos que cometemos aun quando la observamos.

Esta es la idea mas sencilla y natural para vuestra instruccion; es decir que intento establecer la obligacion y la extension de la ley del ayuno; la obligacion contra los que la quebrantan; la extension contra los que mitigan la observancia, y por aqui empezaré la instruccion de esta santa carrera.

Pero antes de empezar, ¡gran Dios! oíd, Señor, los mas sincéros gemidos de mi corazon. Bien sé que no es decente á un pecador el contar vuestras justicias y publicar vuestras leyes, y me acobardaria al empezar mi ministerio, si no supiera tambien que vuestro poder se sirve algunas veces con felicidad de los mas viles instrumentos, para que el hombre nada se atribuya á sí mismo, y para que se dé toda la gloria á vuestra gracia. Sed, pues, Vos mismo ¡ó Dios mio! el Doctor interior de los Fieles que me escuchan; inspirad deseos de pe-

nitencia, pues me mandais que la anuncie á vuestro pueblo; sostened el zelo de los Ministros que han de evangelizar á Sion; poned vos mismo en su boca palabras de vida y de salud; dad fuerza y virtud á nuestro ministerio; revestidnos de aquella dignidad y sabiduría con que fueron revestidos los primeros hombres Apostólicos, y que hizo que vuestro Evangelio triunfase de los Filósofos y Césares; de Vos solo; ó Dios mio! esperamos el aumento; y todos los rayos que van á salir de las Cátedras Evangelicas, como en otro tiempo de la montaña de Synai, solo conseguirán el formar rebeldes é incrédulos, si vuestro invisible dedo no graba él mismo en los corazones los preceptos y mandamientos de la santa ley. Imploramos, &c. *Ave Maria.*

PRIMERA PARTE.

SI hubiera de hablar en presencia de unos hombres rebeldes á la verdad, y despreciadores de las leyes de la Iglesia, probaria este punto de disciplina, y empezando desde los siglos mas puros del Christianismo, os haria ver que la Religion nació, por decirlo así, en el seno del ayuno y de la abstinencia; veriais á los discipulos, juntos todavía en Jerusalén, esperar con el ejercicio de los ayunos y de las comunes oraciones el ser revestidos de la virtud del Altísimo; veriais á los primeros fieles ensayarse para el martirio en los rigores de la abstinencia; veriais las Legiones Christianas, aun enemigo de los exércitos Idólatras, juntarse para celebrar con mas solemnidad los ayunos que se practicaban en aquellos felices tiempos, y hallar en la flaqueza de su cuerpo terrestre nuevas fuerzas para vencer á los enemigos del Imperio; veriais que los Tiranos conocian á los Christianos por el abatimiento de su

su rostro, y por cierto olor de piedad y mortificación que los distinguia de los demás hombres; veriais finalmente al hombre enemigo, atento siempre á hacer servir á la iniquidad las mas santas costumbres, inclinar desde entonces algunos espiritus inquietos á unas abstinencias nuevas y excesivas, y prohibir algunas de las viandas que el Señor ha criado, y de las que podemos usar con accion de gracias, sin mas fundamento que la rebelion de la carne, y el pretexto de la reparacion debida á la divina justicia. Tan persuadidos estaban entonces á que despues de la muerte de el Esposo era el ayuno como el natural estado de la Iglesia.

Pero yo supongo que hablo con unos fieles, que aunque no necesitan de que justifiquemos para con ellos las santas tradiciones de nuestros padres, y aunque respetan las leyes de la Iglesia, no por eso dexan de violarlas, y aunque no dicen como el impío: No obedeceré: *Non serviam.* Pero con todo eso, hallan siempre, como aquellos hombres del Evangelio, algun pretexto para escusar su desobediencia: *Et ideo rogo te, habe me excusatum.* (a)

Para separar, pues, aqui lo verdadero de lo falso en una materia tan importante, advertid primeramente, Católicos, que supuesto que la Iglesia nos impone una ley de ayuno y de abstinencia, solamente la imposibilidad de su cumplimiento puede justificar la inobservancia: Y quando digo la imposibilidad, abrazo con esta idea la dificultad fundada en un peligro evidente y considerable, pues convengo en que quando la Iglesia estableció esta ley, no quiso hacer una ley de muerte, sino solamente una ley de penitencia.

Supuesta esta verdad, examinemos si los pretextos con que algunos se escusan todos los dias de esta santa ley son dignos de la Religion, y si se ofende con ellos

aún

(a) *Lucæ 14. v. 19.*

aun á la simple equidad. En segundo lugar; si aun quando son legítimas estas excusas, no sea tambien verdad el decir, que no se quebranta menos el precepto por el modo con que se usa de la indulgencia de la Iglesia.

Nos decís, en primer lugar, que os excusais del ayuno, fundados en razones legítimas; que vuestra conciencia nada os remuerde en este particular; que si no hubierais de ser responsables en el Tribunal de Dios mas que de la transgresion de este precepto, podriais presentaros en él con confianza; que nacisteis con un temperamento debil, incapáz de sufrir el rigor de esta ley, y que la poca salud que gozais la debeis precisamente á infinitos cuidados y precauciones.

Pero pudiera preguntaros primeramente: ¿Si acaso esta debilidad proviene principalmente de las mismas precauciones y cuidados? ¿Seria tan debil vuestra salud si tuvierais menos proporcion para cuidar de ella, ó si la providencia no os hubiera proporcionado con que atender en este punto á vuestra repugnancia? ¿La delicadeza de complexion de que os quejais, no es efecto de la vida sensual que siempre habeis hecho? ¿Es por ventura mas que una vida ociosa, y un cuerpo acostumbrado á no poder pasarse sin todo aquello que le lisongea? ¿Y qué? ¿quereis que lo que es para vosotros el mas poderoso motivo de penitencia, pueda servir de título legítimo para excusaros de ella, y que la sensualidad en que hasta ahora habeis vivido, tan opuesta al espíritu del Evangelio, que os obliga á mas particulares satisfacciones de austeridad y sufrimiento, os exíma de las que son comunes á todos los fieles? Vuestra misma delicadeza es un delito que debeis expiar, y no excusa que os dispense de la execucion y del sufrimiento.

Tambien pudiera preguntaros: ¿Si fundais estos motivos en vuestra clase y en vuestro nacimiento, mas que en necesidades reales y verdaderas? Si estubierais menos satisfechos y menos pagados de vosotros mismos,

si

si no estubierais persuadidos á que en la clase en que nacisteis, todo quanto os rodea no debe servir mas que á vuestra felicidad, ¿os parecieran tan poderosas estas débiles razones que alegais de vuestra salud? la vanidad que, aun sin conocerlo vosotros, os domina, es la causa de que vivais tan pagados de vuestra elevacion y de vuestros títulos, y de que mireis con desprecio todo lo que os molesta; pero Dios, que hace el mismo caso de vuestra vida, que de la de una alma simple y vulgar; Dios, para cuya gloria no sois mas necesarios que un vil insecto de la tierra; Dios, en cuya presencia solo son dignas de estimacion vuestra alma y vuestra salud en quanto las empleais en servirle, no mide vuestras enfermedades por vuestros títulos, sino por su ley; no juzga vuestras excusas por vuestra clase, sino por vuestros delitos.

David era un Principe á quien sin duda debieran haber lisongeado las delicias de su reyno: Leed en aquellos divinos Cánticos la historia de sus austeridades, y ved quales fueron las circunstancias tristes y edificantes de su penitencia; y si os parece que en este asunto os concede el sexó algun privilegio, Esther, en medio de los placeres de una Corte soberbia, sabía afligir su alma con el ayuno, y huir de los públicos regocijos, para ofrecer á Dios en lo interior de su retiro el pan de su dolor, y el sacrificio de sus lágrimas: Judith, tan distinguida en Israel, lloró constantemente la muerte de su esposo en el ayuno y el cilicio, y nada pudo mitigar el dolor de su pérdida, sino los santos rigores de su retiro y de su penitencia: Las Paulas, las Marcelas, aquellas ilustres Matronas Romanas, descendientes de los dueños del universo, ¿qué exemplos de austeridad no dexaron á los siguientes siglos?

¿Ah! En aquellos felices tiempos aún no se habia conocido que se debia usar de distincion entre los fieles quando se trataba de una ley que era común á todos.

So-

8 SERMON PARA EL MIERCOLES

Solamente se sabía que todos somos miembros de una cabeza crucificada; que el ser Christiano, y no ser penitente, era una monstruosidad y una novedad sin exemplo; y aún los mismos Paganos estaban tan persuadidos de esta verdad, dice San Leon, que aunque por otra parte creyesen la verdad del Evangelio, la sola austeridad de nuestras costumbres, que tenían por efecto necesario del Bautismo, dilataba su conversión, y muchas veces hacia que retardasen hasta el tiempo de morir la pública profesión de la Fé de Jesu-Christo.

Pero por otra parte, si la Iglesia hubiera de conceder privilegios y distinciones en este particular, debiera ser en favor de aquellas personas, que nacidas en baxa suerte, y en una escasa fortuna, sienten la inclemencia de las estaciones, la infelicidad de los tiempos, el peso de los tributos y cargas públicas, y que reducidas á un pasar trabajoso, no vén sino desde lejos las delicias, y fundan toda su felicidad en poder defenderse del hambre y de la miseria: Pero vosotros para quienes parece que se hicieron los placeres; vosotros que nada padecéis en vuestro estado sino el disgusto de la saciedad, inseparable siempre de una felicidad sensual; aún no he dicho bastante: tú, que acaso llevas solo mas delitos á la presencia de Dios, que un pueblo entero de fieles; que con un caudal de corrupcion, á la que en el estado de la prosperidad todo le es favorable, no te has contentado con las regulares flaquezas, sino que acaso has llegado con tus pasiones hasta los mas abominables excesos; que por la excelencia que tu puesto ha dado á tus desordenes y escandalos, acaso eres culpable en la presencia de Dios de los delitos de todos los que te rodean. ¡Ah! La única distincion que en este punto pudieras pretender sería una distincion de severidad, y el que se dilatasen los rigores Canónicos.

¡Qué abuso, Católicos! Los Grandes y Poderosos

los, los que solamente parece necesitan de la penitencia, y para los que principalmente la ha establecido la Iglesia en este santo tiempo, son los únicos que se escusan, quando al mismo tiempo el pobre ciudadano, el artesano infeliz que come el pan con el sudor de su rostro, y cuyos días de mayor abundancia serían para vosotros días de austeridad y sufrimiento, respetan la ley de este tiempo santo, y aún en su misma escasez hallan de que privarse para hacer penitencia. ¡Gran Dios! algun dia vengareis los intereses de vuestra ley contra los vanos pretextos de los antojos humanos. Los Fariseos del Evangelio desfiguraban su rostro, para dar á entender á los hombres que ayunaban; pero la hipocresía de nuestro siglo aún pasa mas adelante, y despues de un año entero de placeres y excesos, finge al principio de estos santos dias un exterior pálido y maulento, para tener un indigno pretexto de violar la ley del ayuno y de la abstinencia.

Permitidme, Señores, que yo os pregunte ahora: ¿Os habeis privado ni de un solo deleyte por razon de la debilidad de vuestra complexion? ¿Vosotros los que podeis sufrir la fatiga de unas vigiliias, capaces de alterar el cuerpo mas robusto; que no os rendis á la aplicacion y estudio de un juego excesivo, capaz de trastornar la mas fuerte cabeza; que teneis fuerza suficiente para sufrir las alteraciones de las asambleas y de los placeres, en las que el orden de las comidas, las horas del sueño, y todo lo demás está tan desordenado, que no hay complexion, por robusta que sea, que no se resienta de estos desordenes: vosotros que por adelantarse no escusais fatiga alguna en el servicio, y os acostumbrais á una vida, que sería trabajosa aun para el mas penitente Anacoreta; en una palabra: vosotros que quando se mezcla el honor, el interés, ó el deleyte, sois sobrios, laboriosos, mortificados, su-

fridos, sin atender á vuestra salud, solamente os asustais con la austeridad del ayuno?

¡Ah! ¡O Israel, dice el Señor por su Profeta, solo por mí reusas el peder; pareces incansable en los caminos de la iniquidad, y todo te detiene para servirme. ¿Qué podrás responder para justificarte? *Narra si quid habes, ut justificeris. (a)*

Sí, Católicos, los placeres á nadie incomodan; lo que gusta nunca cuesta trabajo. Servir al mundo, á la fortuna, á las pasiones, nada tiene de penoso, porque somos mundanos, ambiciosos, y sensuales. Pues sed Christianos, y nada hallareis que exceda á vuestras fuerzas en el servicio de Jesu Christo.

Mirad aquella alma fiel, á quien la misericordia de Dios ha sacado de los desordenes de las pasiones: Quando vivía como vosotros, entregada al mundo, á los sentidos, y á los deleytes, era en extremo delicada; miraba la ley de los ayunos y abstinencias como una ley homicida, y siempre hallaba nuevas razones para escusarse de ella: pero miradla despues que ha entrado en los caminos de la gracia y de la salvacion; lejos de mirar las dispensaciones como necesidades, las mira como delitos: Ya no tiene por incompatible su salud con sus obligaciones: Añade á los rigores de la ley rigores de supererogacion; sin tantos cuidados goza de mas perfecta salud, y como aquellos tres niños Judios, puede decirse que debe su fuerza y robustéz á una vida mas austera, y á la abstinencia de las viandas prohibidas. No se ha mudado su temperamento sino su corazon; la gracia, y no la naturaleza, es la que se ha fortificado en ella; no obra en su cuerpo la mano del hombre, sino el dedo de Dios es el que ha obrado en su alma, y toda la novedad que se halla en ella consiste en la renovacion

(a) *Isai. 43. v. 26. 8*

cion del hombre interior. Mudad vuestro corazon, y todo os será posible.

Pero finalmente, ¿aún quando la abstinencia debilitara vuestro cuerpo, no debéis imprimir el sello doloroso de la Cruz en una carne que tantas veces ha estado señalada con el vergonzoso caracter de la bestia? ¿Un cuerpo de pecado, como es el vuestro, merece tantos cuidados? Os quejais de su flaqueza. ¡Ah! que aún experimentais demasadamente los funestos efectos de su vigor. ¿No debéis, por último, debilitar á un enemigo, que no guarda respeto alguno en su rebelion? ¿Podéis, sin incurrir en pecado, ser aún idolatras de una carne, que tantas veces ha sido el escollo de vuestra inocencia, y de la de vuestros próximos? ¿No es ya tiempo de que vosotros os disminuyais, porque Jesu-Christo crezca? ¿Que unos miembros que han servido á la iniquidad sirvan á la justicia? ¿Que la gracia se fortifique en vuestra enfermedad, y que aprendais á perder vuestra alma por salvarla?

¿Y os persuadís acaso que la Iglesia, estableciendo la ley del ayuno, no intenta extenuar vuestra carne? ¿Os parece que quiso señalaros austeridades para que las pudieseis cumplir sin trabajo? ¿Os parece que porque el ayuno haga en vuestros cuerpos impresiones de flaqueza y abatimiento, que era el fin de la Iglesia al tiempo de instituirle, por eso habeis de estar escusados de él? ¿Que porque produzca en vosotros el fruto sensible y exterior que ella ha deseado, os habia de declarar por eso incapaces de él? Su intencion es que padezcáis; y el fin que se propone en su precepto no puede servir de pretexto para escusaros.

Pero decís que la misma Iglesia, que impone este yugo, os le dispensa; y que solamente os escusais de su ley con la autoridad de vuestros legitimos Superiores.

Pero à esto responde vuestra propia conciencia por mí, que toda dispensa conseguida contra las intenciones y espíritu de la Iglesia es una dispensacion vana, y que nada disminuye en la obligacion de la ley; esto es, que qualquiera dispensacion, que no suponga una verdadera imposibilidad de cumplir el precepto, no os escusa delante de Dios, y hace que vuestra transgesion sea tan culpable como la de los transgresores declarados de la misma ley. Esta es la doctrina de los Santos. Si no se halla, pues, en vosotros cosa alguna que deba obligar à la Iglesia à que en vuestro favor mitigue su disciplina, la engañais quando conseguís estas dispensaciones. ¿Pero qué es lo que adelantais con engañarla? La haceis que consienta en la apariçencia en vuestra transgesion, ¿pero sois por eso menos transgresores? ¿Podrá servir os de titulo legitimo el artificio? ¡Ah! lo que yo hallo aqui en vuestro favor es, que añadis à la culpa de la transgesion el delito de la mala fé y del engaño.

La Iglesia no se engaña de tal modo que no conozca estos desordenes; mira con dolor que estos cobardes fieles limitan casi toda su sumision para con ella à hacer que ella misma consienta à la transgesion de estos preceptos; y si, no obstante conocerlo, parece que aun favorece sus injustas súplicas, es por no exasperar su soberbia, por mantenerlos unidos consigo, à lo menos con los exteriores lizos de respeto y obediencia. Consiente el ver inutilizadas sus leyes, por no verlas despreciadas. Es una madre compasiva, que de dos males sufre el menos peligroso. Pero desgraciados los que la precisais à estas condescendencias. Muy desesperada es la enfermedad quando se le permite al enfermo que en todo haga su gusto. Acordaos de aquellos Israelitas carnales, que no contentandose con el Maná, alcanzaron con Moysés, à fuerza de murmuraciones, pajaros del cielo: Apenas tocaban à esta vianda

da, concedida à la dureza de sus corazones, inmediatamente quedaban heridos de muerte, y Dios castigó en sus personas la prudente condescendencia de su Legislador. *Adhuc esca eorum erant in ore ipsorum, & ira Dei ascendit super eos.* (a) Acordaos tambien, y nunca os olvideis, de que la Iglesia muchas veces detesta mas los abusos que tolera, que los mismos que castiga.

Pero aun paso mas adelante; la observancia del ayuno cubria el rostro de los Fariseos de una tristeza de hipocresía, ¿la imposibilidad en que vosotros os hallais de observarle produce acaso en vuestro corazon aquella tristeza de fé, aquel sacrificio de un corazon humillado, mucho mas agradable à Dios que el sacrificio del cuerpo y la abstinencia de las viandas prohibidas? ¿Llorais en vuestro interior la flaqueza de vuestra carne, y la imposibilidad en que os pone de satisfacer à las leyes de la Iglesia? Llamais à Dios por testigo de vuestra necesidad, como Esthér, y del horror que tiene vuestra alma à las viandas profanas, y à los combites de los incircuncisos? *¿Tu scis necessitatem meam... quod non placuerit mihi convivium Regis.* (b) Señor, Vos que penetráis lo íntimo de los corazones, bien veis el dolor de mi alma; bien sabeis que aborrezco las viandas de Asuero; pero Vos sois testigo de la triste situacion en que me hallo, y el deseo que tiene mi corazon de poder comer con vuestro pueblo las viandas permitidas por la ley santa: *Tu scis necessitatem meam... quod non placuerit mihi convivium Regis.*

¿Son estos vuestros sentimientos? ¿Se hallan en vosotros aquellas piadosas disposiciones de Urías? ¿Yo habia de

(a) Psalm. 77. v. 30. y 31.

(b) Est. 14. v. 16. y 17.

14 SERMON PARA EL MIERCOLES

de comer y beber tranquilamente, mientras que Israel y Judá están debaxo de las tiendas? *Israel, & Juda habitant in papilionibus; & ego ingrediar domum meam, ut comedam, & bibam.* (a)

¿Por qué he de ahogar yo á una carne pecadora, mientras que toda la Iglesia está cubierta de ceniza y de cilicio, y quando todos mis hermanos han empezado la santa carrera de la penitencia? ¿Por qué, Señor, no he de tener yo fuerza para satisfacer á vuestra justicia, pues la tengo aún para ofenderos? ¿Por qué no disteis, Señor, un cuerpo de hierro á una alma tan pecadora como la mia, para que á lo menos pudiese hallar el instrumento de mi penitencia en donde he hallado el origen de todos mis delitos?

Si tuvierais fe, Católicos, os avergonzarías en la presencia de Dios de una distincion tan poco conveniente á vuestra vida pasada. Miraríais esta singularidad como una especie de anathema y de separacion del cuerpo de los Fieles; como una lepra que os aparta de la sociedad, del comercio de los Santos, de los sacrificios, de las expiaciones, del Templo, y del Altar, recompensando de este modo con la fuerza y fervor del espíritu la flaqueza de la carne.

Entonces la Iglesia se portaria con vosotros como se portó en otro tiempo Judas Machabeo con aquellos Israelitas, que por enfermos no podían pelear con lo restante del pueblo, pero que al mismo tiempo tampoco hallaban consuelo, por no hallarse en estado de poder ir á exponer sus vidas con sus hermanos, y así dividió con ellos los despojos, y el honor de la victoria. *Debilibus, & orphanis diviserunt spolia.* (b) Pero vosotros estais contentos con hallar razones que

(a) 2. Reg. 11. v. 11.

(b) 2. Machab. 8. v. 28.

SERMON DE CENIZA. 15

os eximan de la ley comun: Sois transgresores del precepto en la preparacion de vuestro corazon; y en vez de participar el merito de la observancia con los que le cumplen, participais de la iniquidad de los pecadores declarados que le desprecian.

En segundo lugar, ¿recompensais con otras obras de mortificacion el ayuno que no podeis observar? Porque aunque esteis dispensados de este precepto, no por eso lo estais de la penitencia: La intencion de la Iglesia no es el descargaros de su cruz, ni aun puede hacerlo; lo que hace sí es mitigarla, y así es necesario que por algun camino sea para vosotros la Quaresma tiempo de rigor y de trabajo. San Pablo dice, que los que no distinguen el Pan Eucarístico de las viandas comunes, se hacen culpables del cuerpo del Señor; y yo os digo, que sean los que fueren vuestros males, si no distinguís con vuestro modo de vida el tiempo de Quaresma de los demás tiempos, sois culpables de la ley del ayuno.

Ahora bien; ¿teneis mas oracion que en otro tiempo? ¿Sois mas caritativos con los pobres, socorriéndolos con mas abundancia? ¿Recompensais á Jesu-Christo en sus personas los alivios que teneis precision de concederos á vosotros mismos? ¿Os absteneis de ciertas diversiones, que acaso son permitidas en otro tiempo? Porque, desengañaros, que es preciso satisfacer. En la ley antigua los que no podían ofrecer el sacrificio de un cordero, tenían precision de ofrecer dos palomas. Dios quiere que se recompense por alguna parte. Supuesto, pues, que no podeis castigar vuestra carne con el ayuno, es necesario mortificarla, privándola de mil comodidades de que podeis absteneros; es necesario mortificar vuestro espíritu con el retiro; tener en este santo tiempo menos comercio con el mundo; cuidar mas de vuestros negocios domesticos; frequentar mas los Templos, los

Sacramentos, y los lugares de misericordia: Este es el ayuno que os pide la Iglesia, dice San Juan Chrysóstomo: Para esto no se necesita ni de fuerza ni de salud, basta la Fé y temor de Dios, y esto es justamente lo que os falta. Por mas pecadores que seamos, no queremos padecer nada: En estando dispensados de la ley del ayuno nos parece que lo estamos de todo; y porque no podamos hacer todo lo que debemos, juzgamos que estamos dispensados de hacer lo que podemos.

Finalmente, ¿atendéis solamente á la necesidad en el uso de las viandas prohibidas? ¿Dexais aquellas que solo sirven de alhagar el gusto y el apetito? ¿Se observa en vuestras mesas la frugalidad de este tiempo de penitencia? ¿Están selladas por alguna parte con el sello de la mortificación? Porque bien conocéis que la intencion de la Iglesia en permitir os el uso de las viandas prohibidas, es aliviar vuestra flaqueza, y no el ayudar á vuestra sensualidad; bien conocéis que aunque es verdad que no quiere aumentar vuestros males con una abstinencia que os sería dañosa, tampoco pretende dar fomento á vuestra intemperancia, permitiend os manjares exquisitos, sazonados con demasiado esmero, sin los que pueden pasarse muy bien vuestras enfermedades: Es verdad que consiente en que no sigais á los Moysés á la montaña para ayunar con ellos quarenta dias; pero no por eso quiere que quedando os en el valle, imiteis las alegrías profanas, los excesos y los festines de los Israelitas, y que aún acaso adoreis el Becerro de oro, como aquel pueblo infiel.

Conformemonos, pues Católicos, con las verdaderas intenciones de la Iglesia. ¿Es posible que mientras ésta gime, mientras que está cubierta con sus vestidos de luto y de tristeza, mientras que sus ministros lloran entre el vestibulo y el Altar, mientras que

que vuestros hermanos han tomado las armas espirituales de la penitencia para pelear contra la carne y la sangre; quando todo anuncia los penosos misterios de un Dios que padece, acompañados de todo aquel aparato de trabajos, vosotros solos habeis de vivir encenagados en una delicadeza indigna?

Muchas veces alegais por excusa de vuestros desordenes el comun exemplo; ¿pues por qué ahora no os ha de animar éste á la virtud? ¿Ah! Si vuestro cuerpo no puede tener parte en la exterior mutacion de la Iglesia, mudad á lo menos vuestro corazon, y convertíos al Señor. Si no podeis rasgar con el ayuno ese vestido de carne que os rodéa, rasgad, dice el Espíritu de Dios, vuestras almas con lágrimas de dolor y compuncion: Recoged el fruto de la abstinencia, si es que vuestra flaqueza no os permite cumplir la letra: Exceded á vuestros hermanos en las disposiciones del espíritu y del corazon, si no podeis imitarlos en los ejercicios del cuerpo: Tributad á la ley del ayuno, con que no cumplís, una especie de respeto y reparacion pública, atendiendo mas christianamente á todas las demás obligaciones. Reparad en algun modo, á la vista de los demás fieles, con costumbres mas puras y mas exáctas, esta especie de escandalo que os veis precisados á darles. En una palabra, vivid mas santamente que ellos, y ayunareis con mas utilidad; y despues de haber demostrado la insuficiencia de las excusas que suelen alegarse para eximirse de esta santa ley, escuchad los abusos que suelen cometerse, aún quando se observa.

SEGUNDA PARTE.

A Penas hay precepto acerca del qual mas universalmente nos engañemos, que acerca del precepto

to del ayuno. Como el espíritu de penitencia está casi apagado entre los fieles, y como la Iglesia, acomodándose á nuestra flaqueza, ha creído deber mezclar algunas mitigaciones con el rigor de esta ley, nos persuadimos á que quanto ha quedado en ella amargo y penoso, no es proporcionado á nuestros tiempos. Remitimos á los siglos de su inocencia toda la severidad de su disciplina, dexando solamente para la relajacion de nuestras costumbres la indulgencia y la benignidad.

Importa pues, Católicos, exâminar aquí los límites que aún quiere poner la Iglesia á su condescendencia, y separar las relajaciones introducidas por el abuso, de las mitigaciones que ella tolera ó autoriza.

Me parece, pues, que para discernir los abusos que pueden introducirse en la observancia de este precepto, basta poner á la vista qual es el fin de su institucion; porque todo lo que nos separe de este fin, ó todo lo que se oponga á él, destruirá sin duda la ley, que no era mas que un medio para conseguirle.

¿Qual es, pues, el fin de la Iglesia en imponer esta penitencia á los fieles? 1. Se propone debilitar nuestras pasiones, debilitando la carne; expiar nuestras fragilidades pasadas, y ponernos en estado de evitar otras nuevas. 2. Se propone, mortificando al cuerpo purificar el alma, apartarla de los sentidos, renovar su fé, y elevarla al amor de los bienes eternos: Supuesto este principio como incontrastable, ¿quántos transgresores hay, Católicos, de esta santa ley!

El fin primario de su institucion es mortificar la carne, y de este modo, como dice San Juan Chrysostomo, servir de preservativo á la inocencia, y de expiacion al delito; pero el ayuno, del modo que el abuso público le ha establecido hoy en el mundo, no pue-

puede ser camino para llegar á este fin. Porque, os pregunto, ¿si el ayuno mortificára aun el cuerpo y las pasiones de la carne, sería, ó por lo largo de la abstinencia, ó por la simplicidad de las viandas que se usasen, ò por la frugalidad que se observase en las mesas? Perdonadme estas menudencias, porque en esta materia son indispensables, y no abusaré de ellas.

¿Acaso lo largo de la abstinencia? Pero si es preciso para recoger el fruto y el mérito del ayuno, que el cuerpo se debilite y desfallezca esperando su mantenimiento, para que expiando el alma sus deseos profanos, aprenda en este deseo natural, qual debe ser su hambre, y su sed de la justicia eterna, y de aquel feliz estado en que, saciados con la verdad, estaremos libres de todas estas necesidades que acá tanto nos sujetan, ¡Oh! ¿quántos ayunos inútiles é infructuosos hay en la Iglesia.

¡Ah, Católicos! Aquellos primeros fieles que no le quebrantaban hasta despues de puesto el Sol; que se habian preparado para la hora de la comida con mil ejercicios santos y penosos; que en la misma noche que precedia á su ayuno, habian muchas veces velado en los Templos, y cantado himnos y cánticos sobre los sepulcros de los Mártires; aquellos piadosos fieles podian referir solamente á lo dilatado de la abstinencia todo el mérito de su ayuno, y ella sola podía entonces debilitar la carne y las pasiones infames: Pero nosotros, Católicos, no podemos buscar el mérito de nuestros ayunos en la duracion de la abstinencia, porque además de haber escusado la Iglesia á los fieles este rigor, consintiendo que se adelantase la hora de la comida, ¿qué indignas mitigaciones no se añaden á su condescendencia? Todo nuestro cuidado parece que se dirige á proceder de modo, que se pueda llegar á la hora del comer sin haber advertido lo largo y riguroso del ayuno.

Y por eso, (pues me obligais á decirlo aqui, y á mezclar estas impertinentes menudencias con las grandes verdades de la Religion) por eso se dilatan las horas del sueño, para acortar las del ayuno; se teme el experimentar un solo instante el rigor de este precepto: Se embota en el regalo del descanso el aguijón del hambre, del que ni aún el ayuno de Jesu-Christo estuvo esento: Se sustenta en el ócio de la cama á una carne que querría extenuar la Iglesia, y affigirla con la penitencia; y en vez de tomar el alimento como un alivio necesario, concedido á lo largo de la abstinencia, le tomamos con el cuerpo lleno aún de los apores de la cena, y ni aún se experimenta el gusto que desearia tener el apetito para satisfacerse.

¡Ah! en este santo tiempo es quando con el penitente Rey se debía prevenir la Aurora, para unir nuestras oraciones con las de la Iglesia, para prolongar el mérito de nuestra abstinencia, para ofrecer al Señor las primicias de un día que debe ser santificado con la penitencia, para aprovecharnos de todos los instantes preciosos de este tiempo de gracia y de bendición; y finalmente, para quitar al cuerpo una pereza que hasta ahora ha sido tan funesta para nuestra inocencia.

Por eso se ha introducido el uso de tantas bebidas, que autoriza la costumbre, casi contra el espíritu de la Ley. Continuamente nos estais preguntando, si el usar de ellas es quebrantar el precepto; (porque nunca se acababan las dudas y las preguntas acerca de la observancia de esta ley) Pudiera responderos desde luego, que siendo la intencion de la Iglesia en establecer la ley del ayuno, el mortificar los sentidos, y principalmente el del gusto, todo aquello de que useis, fuera de las horas señaladas, y que se dirija á alhagarle, es una especie de transgresion de la ley: tambien pudiera responderos que todo lo que mitiga la duracion de

de la abstinencia se opone á la obligacion. Pero aún quando estas verdades fueran dudosas, y en este modo de proceder no hubiera mas que peligro, ¿seria prudencia, el exponerse á él? Lo cierto es que estas mitigaciones son nuevas; que la costumbre, por mas universal que sea, nunca justifica el abuso, ni puede prescribir contra la ley.

Pero finalmente, quiero conceder que estos alivios y otros muchos autorizados en el mundo sean inocentes; ¿pero no seria razon honrar la penitencia de la Quaresma, privandonos de ellos? ¿No seria jasto que en este tiempo, gobernados por un espíritu de religion y sufrimiento os abstuvieseis de lo que en otro tiempo concedeis solamente al deleyte? ¿Cómo habeis de reparar vuestros illicitos placeres, sino privandoos, particularmente mientras dura esta santa carrera, de los que os parece que aún os son permitidos? ¡Ah! nuestros ayunos, Católicos, están ya tan mitigados por la tolerancia de la Iglesia, que por poco que excedais no podreis menos de ser prevaricadores. Parece que ella ha extendido su condescendencia hasta los ultimos límites, que no separan mas que con un punto la transgresion de la observancia, y que no pueden traspasarse, por poco que sea, sin ser culpables de infraccion.

Pero si no podemos fundar el mérito de nuestros ayunos en la duracion de la abstinencia, sería inútil quererle hallar en la simplicidad de las viandas de que usamos. En este tiempo de penitencia, decia antiguamente San Leon, en que la vida debiera ser simple y comun, en que debieramos sustentar á los miembros de Jesu Christo con lo que nos cercenasemos á nosotros mismos, y que nuestra disminucion, por hablar con el Apostol, debiera servir de abundancia y de riqueza á nuestros hermanos, no solamente no usamos de mas simplicidad en las comidas, sino que se pone en ellas mucho mas cuidado y artificio, supliendo con mil

mil aderezos la simplicidad de las viandas de que es preciso usar; se lisongea mas al gusto, se aviva mas la sensualidad, la comida es mas exquisita, y los gastos mas excesivos; y no solamente no son comidas santificadas con la penitencia, sino que se hacen célebres y famosas para el apetito.

No quiero hablar de la frugalidad que se usa en la única comida que permite la Iglesia. En este tiempo es en el que principalmente no nos señalamos mas límites que los del ansia del apetito, y en el que nos disponemos para la abstinencia de la noche, violando por la mañana la misma virtud de la templanza que la ley de Dios nos ordena perpetuamente; de modo, que las colaciones mas sirven de régimen á la salud, que de reglamento de disciplina: De este modo todo el mérito de nuestros ayunos consiste en la abstinencia de la noche; esto es, lo que en el principio no fue mas que una relajacion de la disciplina, ha venido á ser la única austeridad; lo que nuestros padres hubieran mirado como una infraccion del precepto, lo tenemos nosotros por el mas alto punto de su observancia.

Porque bien sabeis, Católicos, que este alivio se concedió muy tarde al ayuno de los fieles, y se pasaron sin él mas de mil años. El ayuno de todo el día se terminaba por la noche con una sola comida y la accion de gracias. ¡Y qué comida! leed la Historia de las primeras costumbres de los fieles: de yervas, y de legumbres: una comida de lágrimas y penitencia; en ella todo respiraba la mortificación de Jesu-Christo; las conversaciones de piedad, la leccion de los libros santos, y las exórtaciones al martirio eran su principal sazón, y entonces mas se comia para alargar los trabajos, y satisfacer á la necesidad, que para alhagar al apetito.

El único motivo que despues obligó á la Iglesia á aflojar en el rigor de su disciplina, fue el haberse entibiado la caridad. En la decadencia de las costum-

bres

bres del Christianismo hizo, por decirlo así, lo que hacen los acreedores con las familias que han venido á pobreza; se compuso con nuestra flaqueza; se quedó con lo que pudo de las reliquias, y nos desobligó de lo demás, aunque por fuerza.

Pero estas son unas de aquellas vergonzosas gracias de que no se debiera usar sin dolor; y en vez de suspirar por las primicias del espíritu, y por la edad floreciente de la Iglesia, y confundirnos de que con menos inocencia que nuestros padres, necesitamos de mas indulgencia que ellos, ¡á qué punto no ha llegado esta mitigacion conseguida de la Iglesia, que al principio era insensible! De todo nos valemos para ella. Si se usa de alguna distincion en la eleccion de viandas, se desquita en la cantidad; y nuestras colaciones son hoy mas abundantes, y están cargadas de mas manjares, que antiguamente la única comida que la Iglesia permitia á los fieles.

Sabed pues, Católicos, que aún hoy la colacion que la Iglesia os permite es una gracia, concedida puramente á la necesidad; y así en este punto nunca pueden ser demasiado rigurosas las precauciones. Es aquella agua del Jordán, que no debe gustarse sino de paso, y sin detenerse: es aquella miel de Jonathás, á la que con solo tocarla se corre peligro de ser prevaricador, y digno de muerte. ¿Pero quién es el que se contiene dentro de estos sagrados límites? ¡Ah! no hay mas que algunas almas retiradas, algunos solitarios penitentes, algunas vírgenes puras y fervorosas, acostumbradas; oh Dios mio! á llevar vuestro yugo desde la niñez; que nada añaden á las mitigaciones de la Iglesia, y que usan de su indulgencia, sin abusar de ella. Parece que estas reliquias de severidad no han quedado mas que para ellas; quando al mismo tiempo otras almas pecadoras y mundanas, despues de una vida llena de excesos y placeres, mitigan y cor-

tan

tan todo lo que aún tiene de penoso vuestra ley; disputan con nosotros, y nos obligan á disfrazar vuestra santa palabra, y á hablar de menudencias groseras, que desdican de la dignidad de nuestro ministerio.

Estos son nuestros ayunos, Católicos; esto es lo mas penoso que la revolucion de todo el año ofrece á Dios en nuestras costumbres: Estas son las reliquias desconocidas de aquella venerable tradicion de penitencia, que hemos conservado de nuestros Padres: estos los ayunos, tan famosos en otro tiempo entre los Christianos, y consagrados con los memorables exemplos de un Moysés, de un Elias, y del mismo Jesu-Christo: A esto se reducen aquellas santas austeridades, tan excesivas entonces, que hacian pasar á los Christianos por insensatos en el espíritu de los infieles, y de las que se burlaban en sus impuros teatros, y en sus profanas sátiras. Ved finalmente en lo que han venido á parar entre nosotros aquellos antiguos rigores, tan amados de la Iglesia, tan útiles á sus hijos, y tan terribles á los tiranos.

Aún mas; ¿cómo nos disponemos para estas defectuosas reliquias de penitencia? con excesos y alegrías profanas; y el efecto mas notable que produce la proximidad de la ley, que debe purificarnos, es el aumentar el desorden, la corrupcion y la ignominia.

Acordaos, pues, Católicos, (para acabar de instruirnos en orden á todo lo que me propuse) que la intencion de la Iglesia es, que la penitencia de este santo tiempo sea como una expiacion de los placeres y delitos de todo el año. No porque para el pecador no debiera ser toda la vida una continuada penitencia, sino porque la Iglesia, que vé con dolor que son raros los verdaderos penitentes, ha instituido estos dias de salud, para impedir á lo menos, que el espíritu de penitencia no se extinga del todo entre los fieles. Mirad, pues, este tiempo como una corta recompensa, que
os

os pide: Haced á lo menos, que lo que en él padeceis pueda remplazar en la presencia de Dios, lo que dexais de sufrir en lo restante del año; que estos quarenta dias purifiquen los demás. Vuestra vida en otro tiempo toda estaba sepultada en los sentidos, en el ocio, y en el regalo, y mientras vivisteis así, nada padeciais. Pues bien sabéis que el pecador no se salva de este modo; aqui tenéis ahora con que reparar vuestra negligencia: Sujetaos, pues, con alegría á una ley tan suave: No murmureis de la pesadéz de un yugo tan ligero: No pondereis sus incomodidades: No acabeis de afligir á la Iglesia, quejandos de su mitigacion, y aun de su indulgencia; como de un rigor: Antes bien confundios, de que despues de unos excesos y unos placeres, que si se hubieran de expiar no bastaria una vida entera llena de trabajos, se os pida tan poco; y que el fervor y la alegría, por decirlo así, de este sacrificio de penitencia sea equivalente en la presencia de Dios.

Acordaos tambien de que supuesto que vais á satisfacer á su justicia durante este santo tiempo por vuestras pasadas infidelidades, no debeis añadir otras nuevas; destruir con una mano lo que edificais con la otra; aplacar á vuestro Juez, é irritarle al mismo tiempo. Os habeis de abstener de unas viandas criadas por Dios, y que son buenas en sí mismas, y cuyo uso es permitido en otro tiempo, ¿y no os habeis de abstener del pecado, que en todos tiempos está prohibido por la ley de Dios? ¡Ah! ¿de qué servirian vuestros ayunos y vuestras abstinencias, si no las acompañais con la pureza de conciencia, en la que solamente consiste el merito en la presencia de aquel Señor, que solo mira el corazón? Padeceriais, y Dios detestaria vuestros trabajos; ayunariais, dice el Profeta, y él despreciaria vuestros ayunos; ¿os parece que el ayunar consiste simplemente en abstenerse de las viandas prohibidas? este sería el ayuno de los Judios, que se atenian solamen-

te á la letra que mata, y á la carne que de nada sirve; el ayuno de los Christianos consiste principalmente en apartarse del vicio, y en vencer las pasiones: Si no sois ni mas castos, ni mas caritativos, ni mas pacientes, ni mas humildes, no ayunais; ó á lo menos ayunais en vano; la ley de la abstinencia es un medio de conversion; si no os convertís no cumplís con ella; esto es, la cumplís sin fruto.

Acordaos, en tercer lugar, que supuesto que vais á satisfacer á la justicia de Dios, no solamente se os prohiben los delitos, sino tambien las diversiones que en otro tiempo pudieran ser inocentes. Debeis miraros como penitentes públicos, que van á aplacar la indignacion del Señor, y á entrar en los penosos ejercicios de una disciplina santa. Las lágrimas, el silencio, el retiro, y la oracion deben ser vuestras ocupaciones durante el tiempo de la penitencia que os impone la Iglesia; los juegos, los espectáculos, las concurrencias de diversion, todo está prohibido en consecuencia de esta obligacion; si participais de estas cosas, renunciáis á vuestra qualidad de penitente, abandonais la empresa, é interrumpís vuestra carrera; lo que no es decente para la penitencia, tampoco lo es para vosotros; y violais la ley de la Quaresma, por decirlo así, siempre que mezclais los deleytes del mundo con la santa tristeza de su abstinencia.

Acordaos finalmente, de que la Iglesia en estos dias de penitencia quiere disponeros para la gracia de la Resurreccion, para la participacion del Cordero, y para la Pasqua de los Christianos. Empezad, pues, en tiempo á desarraigar vuestras viciosas inclinaciones, y á romper con vuestras malas costumbres; empezad á absteneros de los delitos que habeis de venir á llorar á los pies de los Ministros al fin de esta santa carrera; no esperéis á que lleguen los solemnes dias para disponeros á recibir el adorable Sacramento; no lleveis á los Santos Misterios de

de la Resurreccion delitos recién cometidos, y pasiones, por decirlo así, aún vivas; no obligueis entonces á los jueces de vuestras conciencias, ó á que os concedan gracias peligrosas, ó á que os separen del Altar, al mismo tiempo que vuestros hermanos participan de él; disponeos en tiempo; probad, cesando en vuestros desordenes, si os hallareis en estado de cumplir la palabra que entonces habeis de dar al Sacerdote; si podreis apartaros de aquella comunicacion, de aquel rencor, de aquella pasion que domina en vuestras costumbres; no os expongais al sacrilegio y al perjurio; poneos en estado de podernos alegar lo pasado para justificar vuestras promesas en orden á lo por venir; no os parezca mucho tiempo quarenta dias de preparacion y de penitencia para disponeros á una Comunión santa, siendo como sois un pecador tan inveterado, un pecador que acaso hasta ahora no ha dado paso alguno ácia la salvacion.

Y decidme, ¿qué otra cosa os ha quedado de vuestros pasados desordenes mas que una secreta confusion? *¿Quem ergo fructum habuistis tunc in illis, in quibus nunc erubescitis?* (a) Las alegrías de aquellos dias de disolucion que se han acabado, se desvanecieron. Que otra cosa os ha quedado mas que un casancio del deleyte, remordimientos eternos, pesares, envidias, pérdidas, desayres, ¿qué se yo! Acaso tambien un cuerpo arruinado, é incapáz de penitencia, por haberse abandonado á la disolucion y á los excesos; ¡Ah! Los deleytes todos se parecen unos á otros; los que gozareis en lo sucesivo no os harán mas felices; suspenderán por un momento vuestro enfado y la secreta tristeza de vuestro corazon, pero no le curarán; irritarán vuestros deseos, pero no los fixarán; contemplad por lo pasado la felicidad que podeis prometeros de los delitos. ¿Hasta

(a) *Róm. 6. v. 21.*

ahora habéis intentado ser felices olvidandoos de Dios; ¿pero lo habéis conseguido? Habéis llegado con las pasiones y los excesos hasta donde habéis podido; ¿pero ha igualado vuestra felicidad á vuestros delitos? ¿Y haciendo todos los dias nuevos progresos en los caminos de la perdición, los habéis hecho en una vida feliz y tranquila? ¿No habéis conocido que vuestras inquietudes se aumentaban con vuestros placeres, y que vuestros dias eran mas tristes á proporcion que iban siendo mas culpables? ¿Y qué es lo que habéis hecho, entregandoos todos los dias á nuevas pasiones, sino fabricaros todos los dias nuevas cadenas, y prepararos nuevos pesares? Desengañaos á lo menos con la experiencia de lo pasado, y volveos por fin al Señor, movidos del vacío y del disgusto de la iniquidad, si es que aun no podeis volveros á él movidos del gusto de la justicia.

¡Gran Dios! Yo nunca he experimentado un verdadero placer fuera de Vos. Lo confieso hoy en vuestra presencia, y doy esta gloria á vuestra gracia; no desprecieis estos flacos principios de mi arrepentimiento: es verdad que solamente me vuelvo á Vos porque el mundo no puede satisfacerme; la molestia del pecado me atrae á vuestra Santa Ley, mas que el deseo de la virtud; y si los injustos placeres pudieran tener siempre para mí nuevos atractivos, ¡ah! sin duda, Señor, jamás pensara yo en ofreceros un corazón de quien ellos siempre serían dueños. ¿Pero no es vuestra misma gracia la que derrama sobre las alegrías del mundo las amarguras que hallo en ellas? ¿Quántos pecadores hay que jamás se disgustan de él, en los que dura siempre la embriaguez, y que sepultados hasta el fin en una profunda paz, no abren por ultimo sus ojos, sino quando ya no es tiempo, y quando heridos de muerte, y ya juzgados, están para ir á parecer ante vuestro terrible Tribunal?

Lle-

Llevad, pues, ¡ó Dios mio! estos primeros momentos, que Vos obráis en mi alma, hasta aquella feliz turbacion que causa una verdadera penitencia; y añadid al disgusto que me inspiráis de los placeres, el gusto de la justicia y de la virtud, que acabe de triunfar de un corazón corrompido, y de hacer de un vaso de ira y de ignominia, un vaso de honor y de misericordia. Amen.



SER-



SERMON II.
PARA EL MIERCOLES
DE CENIZA.

MOTIVOS DE CONVERSION.

Ecce nunc tempus acceptabile, ecce nunc dies salutis.

Este es el tiempo favorable, este es el tiempo de la salud. 2. Cor. 6. v. 2.

DIOS, cuyas misericordias parecen ser mas abundantes á proporcion que crecen nuestros delitos, aumenta, por decirlo asi, en este santo tiempo sus cuidados y sus ansias para atraernos á la penitencia.

Antiguamente, quando su pueblo se apartaba de los caminos de sus mandamientos, le suscitaba Profetas que le anunciaban las calamidades que habian de seguirse á sus pecados, para que con el miedo de estas imagenes se esforzase á detener el curso de las calamidades públicas.

Entonces Jerusalén se cubria de ceniza y de cilicio; los Sacerdotes lloraban entre el vestibulo, y el Altar; los ancianos, juntos en el Templo, animaban su flaca voz

voz para invocar las misericordias del Dios de sus padres; la recién casada arrojaba los adornos de su juventud, y de sus dias de alegría; las Virgenes desconsoladas hacian resonar las plazas públicas con sus gemidos; y el Señor movido de sus lágrimas y de su arrepentimiento dexaba caer de las manos el rayo destinado á castigar aquella ciudad infiel.

Nuestro ministerio, Católicos, en estos dias de salud aún es el mismo. Como toda la carne ha corrompido su camino, y como parece haberse borrado la fé y el temor del Señor del corazon de casi todos los hombres, nos envia hoy á nosotros, como en otro tiempo enviaba á sus Profetas, para que os anunciemos, no calamidades futuras, sino para ponerlos á la vista los públicos azotes con que nos castiga, y la justa pena de vuestros delitos: no quiere llamaros á sí con amenazas, sino con los verdaderos castigos que ya há mucho tiempo derrama sobre nuestras cabezas; no es el Dios que nos envia, un Dios irritado y dispuesto á hacer llover sobre vuestros delitos el fuego de su indignacion, y de su ira; sino un Dios compadecido de vuestras desgracias, y que despues de haberos dado tan terribles señales de su venganza os abre el seno de sus eternas misericordias.

Este es, pues, el tiempo de salud, y de propiciacion. Católicos, esto es lo que venimos á anunciaros de parte del que nos envia. Salid de vuestras antiguas iniquidades, cesad en vuestros desordenes, que han sido hasta ahora el origen de las calamidades que os afligen; ya han llegado los dias de perdon y de misericordia; todos los tesoros del cielo van á derramarse en la tierra; la voz de la Sangre de Jesu-Christo clama por vosotros; su Cruz ha de ser el remedio y la expiacion de vuestros delitos. ¡O cuántos motivos de penitencia y salud!

I Mas facilidad de parte de vuestras pasiones, las que de-

debilitadas y descontentas con los excesos y disgustos inseparables del pecado, os han hecho conocer mil veces, que no teneis que esperar felicidad verdadera acá en la tierra sino en la justicia y en la inocencia. *Primer motivo.*

2 Menos obstáculos por parte de la penitencia, la que se facilita con la ley de la mortificación que impone la Iglesia á todos los Fieles. *Segundo motivo.*

3 Las gracias mas abundantes por parte de Dios, y mas vivas con el exemplo y con los meritos de Jesu-Christo, cuya memoria y mysterios vamos á hacer presentes. *Tercer motivo.*

4 Mas socorros de parte de la Iglesia, cuyas lágrimas y oraciones mas largas, mas fervorosas, y mas particularmente destinadas en este santo tiempo á la conversion de los pecadores, solicitan en favor vuestro las riquezas de la Divina Misericordia. *Quarto motivo.*

Finalmente, mas razones deducidas de las calamidades públicas que nos afligen, (*) y que haciendonos sentir la mano de Dios, que carga sobre nosotros, nos avisan al mismo tiempo que le aplaquemos, poniendo fin á los delitos que han traído sobre nosotros su indignación. *Ultimo motivo.*

Recojamos todos estos motivos de penitencia. Este es todo el asunto de esta instruccion. *Imploramos, &c.*

Convertios á mí con todo vuestro corazon, nos dice hoy el Señor por boca de la Iglesia, con ayunos, con lágrimas, y oraciones: desgarrad vuestros

(*) *Se predicó este Discurso en los últimos años del Reynado de Luis XIV. despues de las batallas de Ochtet, de Ramilli, y de Turin, y toma de Lilia, y Duay por los enemigos.*

corazones y no vuestros vestidos; y convertios al Señor vuestro Dios, porque es bueno y compasivo, paciente y rico en misericordia, y no desea mas que arrepentirse de los males con que habia resuelto castigar vuestras infidelidades.

Y esto es, amados oyentes míos, lo que yo vengo á repetiros aquí de parte de la Iglesia: Santificad los días de misericordia en que vamos á entrar; no obstineis en adelante vuestros corazones, y no inutiliceis las gracias que os prepara la bondad de nuestro Dios; no dexéis pasar tantas ocasiones de salud como se os ván á ofrecer en este santo tiempo; y dad, por ultimo, el importante paso de la mudanza de vida que Dios os pide, que vosotros tanto tiempo há os prometeis á vosotros mismos, y que la multitud y enormidad de vuestros pasados delitos os hacen tan indispensable y decisivo.

PRIMER MOTIVO.

A Cordaos de toda la série de vuestra vida, y juzgad por aquel horroroso enlace de culpas con que habeis estado manchados, y en que actualmente vivís, qual es vuestro estado en la presencia de Dios, y la triste suerte de vuestra alma. ¿Sería menester otro motivo para determinaros á mudar de vida? ¿Cómo habeis vivido hasta ahora? ¿En qué se han pasado vuestros días y vuestros años? Desde que salisteis de las manos de Dios, ¿qué uso habeis hecho de vuestro entendimiento, de vuestro cuerpo, de vuestro corazon, y de todo lo que en vosotros está destinado á glorificar al Eterno Artífice que os lo dió? ¿Qué uso habeis hecho de la juventud, de los talentos, de las luces, del tiempo que debia ser el precio de vuestra eternidad? ¿Qué uso de los bienes, de los empleos, de las dignidades, de la buena opinion en que debiais hallar los socorros y los recursos de

vuestra santificacion eterna? ¿Qué uso de las afficciones, de las pérdidas, de las enfermedades, de las desgracias, las que segun los fines de Dios debian ser para vosotros lecciones de salvacion, y motivos de penitencia? ¿Qué uso, finalmente, de todos los Misterios, de todas las solemnidades, de todas las instrucciones, y de los demás socorros que os ha ofrecido la religion, y en los que tantos justos han hallado los apoyos de su fé, los consuelos de su piedad, y la proporcion para una vida santa y fiel? Juntad todos los dias que habeis pasado hasta ahora; ¿Qué vacío! ¿qué abismos! ¿qué carrera continuada de excesos, de impiedades, y de disoluciones! Y si ha habido algunos intervalos de Fé, algunos vislumbres y algunos movimientos de gracia, algunas conversiones á Dios, han sido conversiones sin efecto, y que han añadido á los demás delitos el de haber despreciado estos auxilios.

¿Qué esperais pues, amados oyentes míos, para volveros á Dios? Vuestros dias corren, los años pasan, los placeres se disipan, la juventud se pierde, la vida huye: Vuestros amigos, vuestros parientes, los compañeros de vuestros desordenes y excesos, casi todos han desaparecido: habeis visto caer á vuestro lado vuestros iguales, vuestros concurrentes, vuestros envidiosos, vuestros protectores, vuestros vasallos, y vuestros dueños: ¿Y qué sé yo si las circunstancias de su muerte inopinada y terrible á los ojos de la Fé, debió haceros conocer tambien, con mas viveza, la nada de todo lo que pasa, y la desgracia de una vida licenciosa y desarreglada! Vosotros mismos tocais ya el término fatal. Todo el tiempo que ha pasado de vuestra vida, no es mas que como un punto que desaparece y huye de vosotros. Todo lo que os queda vá á desaparecer en un instante, aprovechaos, pues, de este momento, para llorar los desordenes de una vida en todo profana. Aún estais á tiempo, pero ya es ho-

hora de que empeceis. El largo uso de los deleytes no os permite ya que os engañeis en orden á la falsa felicidad que promete el delito; todo lo habeis experimentado, y de todo os habeis cansado, y quanto habeis intentado para ser dichosos solo ha servido de empeorar vuestros males, y de aumentar vuestras inquietudes. Dios os llama á sí con los disgustos que derrama sobre la culpa; con el vacío que hallais en el mundo y en los placeres; con la nada y falsedad de todas las cosas humanas. ¿Qué pretexto podreis alegar para dilatar aun vuestra conversion? ¿No ha sido bastante culpable vuestra vida, para que por último interrumpais una tan funesta carrera, y os determinéis á mudarla? ¿Esperais que vuestras cadenas se rompan por sí mismas, y un arrepentimiento que no os cueste violencia? ¿Creeis que un solo movimiento de temor, estando ya para morir, expiará todos los delitos de vuestra vida? ¿Habeis renunciado á la esperanza de vuestra salud, como aquellos impíos que no tienen Dios? Quando no hubierais tenido la desgracia de caer mas que una sola vez, sería corta la vida para llorar vuestra caída; y habiendo sido toda vuestra vida hasta ahora un continuado delito, ¿dudais aun el consagrar á Dios las reliquias de una vida empleada toda en el mundo y en las pasiones? ¿Mañana os han de pedir vuestra alma, y aun disputais á Dios este corto intervalo que os queda? ¿aun quereis quitarle aquellos instantes que faltan para llenar la medida, y haceros mas irreconciliable vuestro juez? ¿No es bastante felicidad, que el Señor, siempre bueno y misericordioso, se digne aceptar las tristes reliquias de vuestras pasiones, y de vuestra vida; que aun os alargue su mano para ayudaros á salir de un tan largo y penoso naufragio; que os reciba en el infeliz estado á que os ha reducido el mundo y sus deleytes, inhabil ya para las pasiones, poco á proposito para su servicio, y que lo

que es el desprecio del mundo y del desorden pueda servir aun de objeto de sus eternas misericordias?

¡Gran Dios! ¿Qué es lo que aun puede retenerme en las sendas del pecado por donde tantos años há que camino? Desengañado del mundo, en el que nada ha correspondido á mis deseos y vanas esperanzas; cansado de las pasiones, cuyos caminos han estado siempre para mí sembrados de espinas y amargura; fastidiado de los deleytes, de los que la misma decencia empieza ya á privarme; poco movido con lo que mueve á otros pecadores con tanta eficacia; llevando á todas partes un corazon enfermo é inquieto, sin hallar nada que le fije ni le calme; buscando medios con que ocultarme los horrores de mi vida, sin poder conseguirlo; huyendo de todo lo que puede despertar los temores de la conciencia, y llevandolos siempre conmigo; apartando de mí todos los pensamientos de eternidad, sin poderla perder de vista; haciendo impíos esfuerzos para olvidarlos, ¡oh Dios mio! y Vos siguiendome á todas partes. ¿Qué es lo que intento con huir de vuestra vista? ¿No os habeis de cansar de seguirme? ¿Soy yo, acaso, alguna de aquellas ovejas que merecen vuestras ansias y vuestros cuidados?

¡Gran Dios! acabad mis penas curando mis heridas; fijad mis irresoluciones; aliviad mi corazon, librandole de sus delitos; romped unas cadenas que yo detesto, y no tengo valor para desatarlas; dexaos vencer de mis súplicas, y no mireis mis obras; escuchad mis deseos, y cerrad los ojos para no ver mis flaquezas; acabad el combate que siento dentro de mí mismo; tomad posesion de mi alma; hacedos fuerte en mi corazon: Ya no soy yo, ¡oh Dios mio! quien os resiste, sino mi flaqueza, la corrupcion que en mí domina, y el largo uso del pecado; tomadme, pues, por herencia vuestra; separadme del mundo y de las criaturas,

pues

pues no me formasteis para ellas: Destruid en mí este hombre de pecado á quien aborrezco, y que se ha hecho mas fuerte que yo mismo.

Pero si la multitud de vuestros delitos, amados oyentes míos, y los deseos que ya há tanto tiempo que Dios os inspira de salir de este deplorable estado, deben por fin determinaros á dar este gran paso, el tiempo de penitencia que hemos empezado, y los Santos Misterios que nos esperan, no os dexan pretexto alguno para diferirle.

MOTIVO II.

AMados oyentes míos, ¿de qué os servirán vuestros ayunos sino os convertís al Señor? ¿Qué fruto sacareis de vuestras abstinencias, de vuestras instrucciones, y de todos los penosos ejercicios de esta santa carrera, sino salís del abismo en que vivís, y si una vida llena de culpas pone siempre un inmenso caos entre vosotros y la gracia? Llevareis con los justos el yugo de la ley, pero no participareis con ellos de los consuelos y las gracias. Bien sabeis que lo que principalmente os pide el Señor es que mudeis vuestro corazon, que renoveis vuestra vida, y que pongais fin á vuestros delitos.

No quiero decir que debais añadir al delito de vuestra impenitencia el de la transgresion de la ley del ayuno, y que con el pretexto de que la observancia de la letra de nada sirve al pecador obstinado en la culpa, os parezca inutil el sujetaros á este rigor. Este es el estado del impío, que ya nada espera de la misericordia de Dios, y que no hallando recurso en la Religion, cuyos socorros parece que le cierran ya sus impiedades, le busca en la desesperacion y en el terrible desprecio de su eterna salud:

Pe-

Pero vosotros, amados oyentes míos, á quienes Dios llama aun á la verdad y á la justicia; vosotros á quienes todavia hace que oygais desde el fondo del abismo, en que estais encenagados, la voz de su misericordia; vosotros á quienes aun cada instante está alargando la mano para ayudáros á salir del sepulcro, como á otro Lázaro; vosotros á quienes acaso ha señalado este tiempo de penitencia, como el instante de vuestra salud, y término feliz de vuestras desgracias y delitos, entrad con vuestros hermanos en esta santa carrera de penitencia; pedid á Dios que no corrais en ella en vano; ofrecedle este corto sacrificio para alcanzar el de vuestras pasiones; empezad por la letra para que se os dé el espíritu que vivifica; sujetaos á Dios, sometiendoos á las leyes de la Iglesia, y él os sujetará los injustos deseos que os dominan: quanto mas penosa os sea la ley, mas debéis cuidar de que este trabajo no sea infructuoso y sin mérito para vosotros. El cumplir con el precepto siempre es principio de salud, es unirse á los justos, es temer el desobedecer á Dios, es respetar sus santas leyes, es venerar la religion, y es no poner nuevos obstáculos á las gracias que Dios nos prepara en estos días de propiciacion: En una palabra, el pecador que observa la ley, puede, á lo menos, esperar siempre; el que la desprecia ya está condenado.

Y no obstante esto, ¿dónde están los que observan esta ley? ¿Quántos pretextos frívolos é inútiles se alegan para eximirse de ellas? Sí, Católicos, ¿qué de cosas no oponéis para escusaros de esta obligacion? Alegais enfermedades químéricas, ¡pero ay! ¿Las oponéis al mundo, á las pasiones, á los deleytes, que son mil veces mas molestos y penosos que esta ley de penitencia? Una salud flaca y gastada; pero como usais de ella para el pecado, para la ambicion, para los negocios terrenos, infinitamente mas duros de sufrir que

que el yugo de Jesu-Christo? ¿Alguna leve incomodidad que habeis ya experimentado en la práctica de la abstinencia: ¡Ah! ¿no las experimentais mayores todos los dias en los excesos de la mesa y del juego, y en el desorden de una vida absolutamente profana? ¿Os absteneis por eso de estos desordenes? ¿Pues dónde está la buena fé, y aquella equidad de que tanto os preciáis en vuestros procederes para con los hombres? ¡Solo habeis de ser falsos é injustos para con Dios! ¿Qué mas teneis que oponer? una larga costumbre de transgresiones; un hábito de violar la ley santa, que ya os la hace impracticable. ¡Y qué! ¿por no haber observado hasta ahora el precepto, habeis de estar dispensados de él? ¿La antigüedad de la infraccion os podrá hacer menos culpable? ¿Podreis alegar por escusa la repeticion del delito? Lo mismo que debiera asustaros, es precisamente lo que os sosiega: Nosotros sí que debemos oponeros esta larga y culpable costumbre de transgresiones, y servirnos de este motivo para avergonzaros, en vez de alegarla vosotros como una razon que os justifica. ¿Quántos pecadores sensuales é inveterados se justificarian, si el largo uso de la sensualidad bastára para dispensarlos en la presencia de Dios de ser castos? ¿Qué dignos sois de lástima, Católicos, quando os cegais en el negocio de la eternidad con unas razones pueriles, que daria vergüenza el proponerlas en presencia de hombres sérios, aun en asuntos de poca importancia! Bien sé que continuamente se nos suele decir, que esto no es un punto muy esencial, que lo que importa es el vivir bien; pero que el usar mas de una vianda que de otra, nunca ha parecido tan gran delito, que sea preciso declamar tanto contra él, ni turbar las conciencias de los fieles.

Es decir, ¡oh Dios mio! que el ultimo recurso del pecador para vivir tranquilo es envilecer en su alma la magestad de vuestros preceptos, como si vos no fuerais

rais igualmente grande, quando prohibís á Caín que derrame la sangre inocente, como quando mandais al primer hombre que no pruebe de cierta fruta, con lo que solo pretendiais que su sumision y obediencia tributasen el debido respeto á vuestra gloria, y testificasen que el uso de las criaturas es un dón de vuestra soberanía y de vuestra clemencia.

Sí, Católicos, no se contenta el mundo con quebrantar la ley santa del ayuno y de la abstinencia, sino que la desprecia, la trata de impertinencia, y la mira como una devoción popular. El violarla sin escrupulo es preciarse de valor y de talento: De este modo se degrada la mas venerable tradicion de la Iglesia, y la práctica mas antigua y mas universal, que nos han dexado nuestros padres: de este modo la respectable institucion del ayuno, establecida por los Apostoles, consagrada por la costumbre de todos los siglos, honrada con el exemplo de los Profetas, y del mismo Jesu Christo, no es, en los discursos del mundo, mas que un exercicio popular de devoción, en el que el rigor y la severidad pasan por excesos de espíritus apocados.

Pero, Católicos, ¿el santo viejo Eleazaro era hombre de poco espíritu, quando quiso mas perder la vida, que manchar su alma, usando de viandas profanas y prohibidas por la ley? ¿El suplicio de la madre de los siete Machabeos será una historia irrisible, pues los mas crueles tormentos no pudieron vencerlos á que usasen de las viandas que Moysés habia prohibido al pueblo de Dios? ¿Los tres Niños Hebreos, en la Corte del Rey de Babilonia, no tendrian mas que unos pueriles temores, quando prefirieron la santa simplicidad de las viandas permitidas, al favor de un soberbio Monarca? ¿Y los libros santos, que han consagrado con elogios la fé, y el valor de estos antiguos justos, no habrian hecho mas que ensalza con magníficos elogios un escrupulo vano y pueril?

Ah

¡Ah! ¿quién sois vosotros para tener por puerilidad lo que los Santos han tenido por fortaleza y grandez? ¿Acaso tenían ellos ideas menos nobles, y menos sublimes de la Magestad de la Religion que vosotros? ¿Estaban menos instruidos en la Fé, y en la dignidad de sus preceptos, cuya inteligencia solo se concede á los que los aman y observan? ¿Eran acaso espíritus débiles los que tuvieron fuerza para vencer al mundo, y los que fueron mas prudentes que toda su prudencia? ¿En qué excesos no se cae, por cegarse acerca de la infraccion de esta santa ley! Os haceis impíos, para ser con mas tranquilidad transgresores.

Por eso casi no han quedado ya señales de esta ley en el mundo; este sagrado tiempo apenas se distingue de los demás tiempos del año, sino en las mas frecuentes instrucciones que nosotros hacemos á los fieles. El luto solamente está en nuestros Templos; aunque los Ministros lloran entre el vestibulo y el Altar, la penitencia de estos santos dias no existe mas que en el lenguaje de la Iglesia. En lo exterior, los placeres, los juegos, las pasiones, los espectáculos, y aún los excesos de los banquetes subsisten del mismo modo.

Id á las islas remotas, dice el espíritu de Dios; mirad aquel pueblo infiel, enemigo de Jesu Christo, y que está en posesion de los sagrados lugares en donde en otro tiempo se cumplieron todos sus mysterios: Entrad en aquellas profanas ciudades en el tiempo destinado á la celebracion de sus ayunos. ¡Qué recogimiento! ¡Qué abstinencia! ¡Qué purificaciones! ¡Qué oraciones! ¡Qué rigor en la observancia! ¡Qué penas impuestas por la ley de su falso Profeta, que es su ley pública, contra los transgresores, si es que se halla alguno! En lo exterior todo anuncia allí sus dias de ayuno y de abstinencia; y en medio de nuestras ciudades, al mismo tiempo que nos preciamos de ser el pueblo esco-

Tomo III.

F

gi-

gido, y nos tenemos por la nacion santa, no se ven ni aún las mas leves señales de ella; y el único espectáculo que nos acuerda el establecimiento de la ley, es el grande número de los que la quebrantan. Buscad una sola familia en la que se observe universalmente la Quaresma: Buscad en el mundo una mesa que no esté cubierta de manjares prohibidos, y en la que no se halle algun infractor del precepto. No basta violarle; lejos de ocultar su vergüenza y su transgresion en el recinto de la familia, se quebranta publicamente; llevamos á nuestras casas cómplices de nuestra desobediencia; la autorizamos con nuestro exemplo; los obligamos muchas veces con persuasiones; y como si no fuera bastante el delito de la infraccion, añadimos el del escandalo.

Decidnos ahora que esto no es un punto muy esencial. Os parece poco el mudar las costumbres públicas, el rebelaros contra la Iglesia, el separaros, como un anathéma, de todo el cuerpo de los justos, el no valeros de los socorros que os ofrece la Religion, el ser ocasion de ruina y escandalo para vuestros hermanos; en una palabra, contribuir, en quanto está de vuestra parte, á la relajacion de las costumbres, y á la extincion de la Fé y de la piedad entre los fieles?

Ved aqui, amados oyentes míos, unos motivos bastante poderosos para determinaros á que mudéis de vida: Pero juntemos tambien á ellos la Cruz, y el exemplo de Jesu-Christo que nos pone la Iglesia á la vista en estos días de salud.

MOTIVO III.

¿Puede por ventura seros inutil este grande espectáculo? El precio de su Sangre, que ha borrado los pecados del mundo, y que va á derramarse con mas abundancia sobre vosotros, podrá dexaros aún cubiertos de delitos y manchas?

Porque, Católicos, su Cruz es el único patrimonio que dexó á su Iglesia: y así es preciso que participemos de su caliz, si queremos participar de su gloria y de su inmortalidad. Este es el espíritu de nuestra vocacion, y el fundamento de nuestra esperanza. Fuera de esto nos distinguimos de las naciones infieles que no conocen á Jesu-Christo. Quitad de su moral las máximas de Cruz, la mortificacion, la humildad, la abnegacion de sí mismo, el desprecio del mundo, el huir de los placeres, y todo lo demás nos puede ser comun con los Filósofos que enseñaban una doctrina prudente, distante de los excesos y vicios.

Es, pues, la Cruz de Jesu-Christo la que constituye el mayor distintivo de los Christianos, y el unico camino de salvacion, que Jesu-Christo vino á manifestar á sus Discipulos: ¿Pero cómo participamos de ella? ¿Qué tenemos de comun con Jesu-Christo crucificado? ¿Nuestras obras, nuestros pasos, nuestros desamparos, nuestros trabajos, nuestros placeres, nuestros temores, nuestras esperanzas están señaladas con el sello de la Cruz? ¿En qué parte de nuestra vida se halla esta saludable señal?

Bien sé que el mundo nos provee de cruces y aflicciones: que nuestras mismas pasiones nos las proporcionan, y que andamos discurriendo como formarnoslas nosotros mismos; pero estas son unas cruces del antojo, son el castigo de las pasiones, y no el remedio

dio de nuestros delitos ; son funestas conseqüencias del vicio , y no frutos penosos de la virtud. ¿Pero dónde se halla en nuestras costumbres la Cruz de Jesu-Christo? ¿Qué es lo que padecemos por agradarle? ¿En qué nos oponemos á nuestras pasiones , á nuestro genio , á nuestro gusto , á nuestros deleytes , ni á nuestras inclinaciones , para poder aspirar al titulo de discipulos suyos? ¿Dónde está la Cruz que llevamos , y sin la que es preciso renunciar á Jesu-Christo? Llevamos sobre nosotros la cruz de nuestros delitos , la cruz de nuestras pasiones , la cruz de nuestra ambicion , la cruz de nuestros rencores y envidias , esto es , la cruz del mundo y del demonio. ¡Ah! la de Jesu-Christo no es tan pesada , ni amarga , y con todo eso la arrojamos de nosotros: La de Jesu-Christo hace felices á los que la llevan , y nosotros la tememos : La de Jesu-Christo suaviza á la misma cruz del mundo , y nosotros preferimos esta á aquella : La de Jesu-Christo es precio de la eternidad , y nosotros la despreciamos.

¡Qué locura , Católicos! Ya que no podemos evitar las cruces en la tierra , hagamos á lo menos que nos sean utiles : Ya que es preciso que padezcamos por parte de nuestras pasiones , sea á los menos reprimiendolas , para que nos sean útiles nuestras violencias : Ya que es preciso que hallemos amarguras en la vida , aprovechemonos de ellas , y hagamoslas amarguras de penitencia , para no perderlo todo : Ya que es preciso que cueste trabajo el servir al mundo , como el servir á Jesu-Christo , padezcamos por Dios lo que padecemos por el mundo : el trabajo será el mismo , pero la recompensa muy diferente.

¡Pero qué digo , Católicos , que el trabajo será el mismo! el Señor aligera el yugo que se lleva por él ; y el yugo del mundo es un yugo de hierro , que mortifica y oprime : las violencias de la cruz están mezcladas de mil consuelos , y las del apetito no tienen

mas

mas premio que otras nuevas. Los sacrificios de la gracia calman el corazon ; y los de las pasiones le despedazan. Las santas inquietudes de la penitencia dexan al alma en paz y en alegría ; y las agitaciones del pecado la turban y consumen. Las espinas de la virtud llevan consigo la suavidad y el remedio ; y las del vicio dexan el aguijon en la conciencia , y el gusano roedor que nunca muere. En una palabra : los rigores del Evangelio hacen felices á los hombres , y los disgustos del mundo hasta ahora no han hecho mas que miserables.

Las gracias que han de correr desde la Cruz de Jesu-Christo os ofrecen , pues , amados oyentes míos , un recurso , que acaso no hallarán vuestros delitos en otro tiempo ; y aun las oraciones de la Iglesia mas largas y mas penetrantes hacen que , durante esta santa carrera , esté el cielo mas propicio á los pecadores.

MOTIVO IV.

Los suspiros de esta Esposa casta , que en este tiempo no se ocupa mas que en la conversion de sus hijos , que solamente aumenta la triste harmonía de sus cánticos , para llamar la atencion y las misericordias del Señor sobre los escándalos que la afligen , abren los tesoros del cielo sobre las iniquidades de la tierra. Todo el cuerpo de los justos que ora , y siempre es oído , hace que el Señor esté mucho mas atento á las necesidades de la Iglesia , y á las miserias de nuestras almas.

No hablo de los ayunos , de las maceraciones , ni de las austeridades que practican los verdaderos fieles en estos dias de salud , las que ofrecen al Señor como un sacrificio de expiacion , para reconciliarle con su pueblo ; ni de tantas almas justas que castigan su carne

con

con el ayuno y el retiro, y cuya voz como la de la sangre inocente, sube hasta el trono de Dios, no para solicitar sus venganzas, sino para atraer sus misericordias. ¡Ah! Si sola Judith en Israel, afligiendo su alma con la ceniza y el cilicio, reconcilió al Señor con su pueblo, y apartó de él los efectos de su indignacion y de su ira, ¿qué no debemos esperar nosotros de tantas almas fieles, que derramadas por toda la tierra, ruegan en este santo tiempo por vosotros, y ofrecen al Señor sus ayunos y sus maceraciones para alcanzar el perdón de vuestras culpas? ¿Qué no debeis esperar de tantos Santos Pastores, que ofrecen sus almas y sus trabajos para reengendraros en Jesu-Christo? ¿De tantos Anacoretas penitentes, de tantas Virgenes puras, que en lo interior de su retiro gimen como la paloma, desarmen el brazo del Señor dispuesto á caer sobre nosotros, y mudan sus rayos en rocíos de bendición y de gracia? ¿Quántos socorros ofrece la Religion á vuestra flaqueza? ¿Qué puertas no os abre la bondad de Dios para que entreis en el seno de su misericordia y de su clemencia?

Pudiera tambien añadir, las instrucciones que os ha de dar la Iglesia por boca de sus Ministros. ¡Ah, Católicos! si en otro tiempo solamente el leer la ley de Dios, casi olvidada entre los Judíos, renovó á toda Jerusalén; si todo el pueblo se deshacía en lágrimas; si los mismos Grandes y Sacerdotes, movidos de la hermosura y de la magnificencia de los divinos Preceptos, renunciaron á las alianzas profanas, y despidieron las mugeres estrangeras, ¿qué poder no debe tener para con vosotros el zelo de tantos Ministros, que van á anunciaros las palabras de vida eterna? ¿Qué movimientos no excitarán en vuestros corazones, si no los cerrais vosotros á la Ley de Dios, las máximas santas y sublimes del Evangelio, acompañadas de toda la fuerza y de todo el terror de nuestro ministerio?

Si,

Si, Católicos, la verdad tiene unos encantos, de que apenas puede libertarse un buen corazón. Las reglas de la Fé están llenas de nobleza y de equidad: Fuerzan á favor suyo á una razon sana y pura: traen á su partido, tarde ó temprano, á un entendimiento capáz y despejado. Las pasiones pueden cegarle por algun tiempo; la edad puede engañarle; los malos exemplos pueden arrastrarle; las conversaciones de la impiedad y del libertinage pueden perturbarle; pero por último la luz de la verdad rompe la nube, y el peso y solidéz de la Religion toman en un buen talento el lugar de la vanidad que le habia divertido. Cansado de haber corrido tanto tiempo tras de los sueños y quimeras desea la verdad y la realidad, y no la halla sino en la Religion, en la verdad y en la magnificencia de sus promesas. Solamente un talento falso, y superficial puede perseverar hasta el fin en la ilusion. El mundo no puede engañar siempre sino á unos hombres sin reflexion y sin talento. Y reparad en que el mismo mundo tiene por tales á los que en todo el discurso de su vida no han sabido separar algunos dias para emplearlos en asuntos tan importantes, y poner algun intervalo entre la vida y la muerte; el amor á las cosas frívolas, que al principio habia sido motivo de nuestros aplausos, luego que ya no le escusa la edad nos viene á hacer despreciables.

No resistais, pues, á Dios, amados oyentes míos, que en este tiempo de propiciacion os franquea tantos medios de salud: No os opongais á tantos esfuerzos como va á hacer la Iglesia, para atraeros á una vida mas pura y mas christiana: No os obstineis en perecer, quando todo se dispone con ansia para libertaros del naufragio. ¿Qué otra cosa se necesita mas para determinaros á poner fin á vuestros desordenes, y á mudar por ultimo una vida que os cansa, de la que el mundo murmura, cuya inutilidad, aún acaso la in-

indecencia y ridiculéz conoceis vosotros mismos? ¿Qué mas puede hacer el Señor? El os mueve con secretos remordimientos, y vosotros resistís á los santos movimientos de la gracia; os ofrece todos los socorros de la Religion, y no os aprovechais de ellos; junta en vuestro favor todas las oraciones de la Iglesia, y vosotros las inutilizais con vuestra impenitencia; hace que true-
 nen en estas Cátedras christianas las promesas y las amenazas formidables de la ley; y aunque su espíritu las grava en vuestros corazones, en el instante siguiente se disipan de ellos. ¿Qué mas puede todavía hacer? Castigar vuestros delitos, y los de vuestros semejantes con calamidades públicas: derramar sobre vosotros el terror de su ira, como en otro tiempo sobre aquellas ciudades que atraxeron sobre sí su indignacion con los excesos de sus disoluciones y de sus iniquidades? Este, Católicos, era el único recurso que quedaba á la misericordia de Dios para movernos; aunque nos hablaba en lo íntimo de nuestros corazones, era en vano, y así nos castiga para que le escuchemos.

MOTIVO V.

COMO hemos llenado la medida de nuestros delitos, parece tambien que atraemos sobre nuestras cabezas su indignacion. Nuestros enemigos nos insultan: Los hijos de Amalec vencen al pueblo de Dios: Nuestro antiguo valor parece que se ha mudado en cobardía: Nuestras fronteras están abiertas; aquellos muros inaccesibles, en que poniamos nuestra confianza, se hallan derribados: Nuestros vecinos, que antes apenas estaban seguros en sus mas distantes fortalezas, parece que meditan ya la conquista de nuestras Provincias, y que reparten entre sí anticipadamente nuestras tierras y casas: La justicia de nuestras armas parece que solo
 sir-

sirve para quitarlas la fuerza y la victoria: La paz que en otro tiempo estaba en nuestra mano, se aparta mas y mas de nosotros, y quanto mas la deseamos, se nos hace mas difícil: El azote de la guerra y de la desolacion derrama el luto y la miseria sobre nuestras ciudades y campos: El pueblo gime con el peso de las cargas, que la desgracia de los tiempos hace indispensables: La Francia que en nuestros primeros años vimos tan floreciente, se halla ahora sepultada en una profunda y amarga tristeza: Y nuestros enemigos, tan envidiosos en otro tiempo de nuestras prosperidades, apenas pueden creer nuestras desgracias y pérdidas; ¿de qué proviene esta mudanza, Católicos? Ya lo he dicho: La ira de Dios se derrama sobre nuestros delitos: la enormidad de estos ha llegado ya hasta el trono de sus venganzas: El Señor nos mira desde lo alto de su eterna morada, como dice al Profeta: *Prospexit de excelso sancto suo.* (a) Ha visto las abominaciones que hay entre nosotros: los fieles sin buenas costumbres: los Grandes sin religion; y aun los mismos Ministros sin devocion: las mugeres sin honestidad y sin pudor, haciendose abominables con unas indecencias, de que se hubieran avergonzado los siglos de nuestros padres, y que llegan á ofender la vista de aquellos mismos á quienes pretenden agradar: *Prospexit de excelso sancto suo.*

Ha mirado desde lo alto del cielo, y ha visto los adulterios y las abominaciones exáltadas en medio de su pueblo; los robos, y las injusticias revestidas con títulos y dignidades públicas; los desordenes y excesos mas terribles, autorizados con grandes exemplos; un luxo monstruoso é insensato, crecer y aumentarse con la pública miseria; los teatros hechos lugares de prostitucion con el desorden declarado de
 aque-

(a) Psalm. 101. v. 20.

aquellas desgraciadas víctimas á quienes ván á oír los concurrentes; y las públicas costumbres convertidas en públicos escandalos. *Prospexit de excelso sancto suo.*

Miró desde lo alto del cielo, y vió el engaño, la ambicion, el cisma, y la enemistad que deshonoraban su Santuario. Los mismos Ministros de la paz divididos entre sí; la defensa de la virtud hecha; el pretexto de las venganzas personales; el zelo encendido por un vil interés; llamadas las pasiones en defensa de la Religion que las condena; la devocion mudada en lucro, y en una indigna hipocresía; y este Reyno, que en otro tiempo era la defensa de la Fé, y la porcion mas pura de su Iglesia, que ha venido á ser, por la licencia de las conversaciones, y la impiedad de los dictámenes, el mas horroroso teatro de los Filósofos é incrédulos. *Prospexit de excelso sancto suo.*

Miró desde lo alto del cielo, y vió á un piadoso Soberano rodeado de una Corte relajada, y al Cortesano, que siempre habia sido entre nosotros imitador de su Príncipe, hecho secreto censor de sus acciones: vió aborrecida la devocion del Monarca, multiplicarse los delitos, al paso que este los reprime, y que el peligro á que se expone el escandalo aviva el gusto en los excesos: vió disfrazarse la ambicion con apariencias de virtud para grangearse los favores del Soberano; enriquecerse la hipocresía con los beneficios destinados á la recompensa de la virtud, y mas afrentada la Religion con las costumbres y artificios de los hipócritas, que con las libertades de los mas declarados pecadores. *Prospexit de excelso sancto suo.*

Y entonces derramó sobre nosotros el vaso de su indignacion y de su ira. Ha hecho que perezcan con los filos de las espadas de nuestros enemigos, nuestros hijos, nuestros esposos, nuestros hermanos, y nuestros parientes; ha derramado sobre nuestros exércitos un es-

pi-

piritu de terror y de espanto; ha desvanecido nuestros proyectos, y no habiendo sido para nosotros nuestras pasadas prosperidades mas que nuevos motivos de soberbia y de disolucion, ha recurrido á los castigos, para que ya que hemos sido ingratos á sus beneficios, no seamos insensibles á nuestra afliccion y nuestros trabajos.

Y no obstante, ¿cómo nos aprovechamos de estos públicos castigos? ¿Qué oponemos á la ira de Dios para desarmarla? Quejas inútiles, terrores humanos acerca de la incertidumbre de los sucesos, é inquietudes por las miserias y cargas públicas. ¿Qué mas diré? Acaso tambien murmuraciones contra el gobierno; vanas reflexiones y continuas censuras contra los que están á la frente de los negocios públicos; inútiles clamores contra los que están encargados de las empresas y proyectos; y aun muchas veces, burlas y cauciones satíricas y profanas, símbolo perpetuo de la ligereza de la nacion, en las que hallamos siempre el consuelo de nuestras desgracias, eternizando la memoria de nuestras pérdidas. Esto es lo que un Santo Padre reprehendia ya en su tiempo á nuestros mayores: *Cantinelis infortunia sua solantur.*

¡Qué necios somos! Nos quejamos de los hombres, como si ellos fueran los autores de nuestras calamidades; culpamos de nuestras desgracias á su imprudencia, á su poca habilidad, y á sus engaños. No pasamos mas adelante; no vemos que los golpes que nos hieren vienen del cielo; que el mismo Dios es quien confunde los consejos y la prudencia de nuestros Gefes; quien ciega á nuestros sabios y ancianos; quien detrama el terror y espanto sobre nuestros exércitos, y que nuestras culpas son la unica causa de nuestras desgracias; pongamos á Dios de nuestra parte, Católicos, y entonces seremos los mas fuertes; obliguemos al Señor con un sincero arrepentimiento á que pille por nosotros, y entonces, ó dará la paz á su pueblo,

ó disiparemos á nuestros enemigos como polvo.

Casa de Israel, decia en otro tiempo el gran Sacerdote Eliacim á los Judíos, heridos como nosotros con la mano de Dios, y entregados á las tropas victoriosas de los Asyrios, acuerdate de que Moysés, aquel Siervo de Dios, rompió antiguamente la fuerza de Amalec que confiaba en su poder, en el número de sus tropas, y en la multitud de sus carros: *Memores estote Moysi servi Domini, qui Amalec confidentem in virtute sua, & in exercitu suo dejecit.* (a) De este modo, continuaba aquel Venerable Pontifice, se desaparecerán vuestros enemigos á vuestra vista, si permanecéis fieles en la práctica de los preceptos de la ley, y si os volveis al Señor con los gemidos de un corazón deshecho, y con un arrepentimiento vivo y sincero: *Sic erunt universi hostes Israël, si manentes permanseritis in jejuniis, & orationibus in conspectu Domini.* (b)

Y esto mismo es, Católicos, lo que el Santo Pontifice (*) que aquí nos honra con su presencia, y á quien ha suscitado el Señor para su pueblo en este tiempo de calamidad, os ha dicho ya con las mas vivas expresiones de su pastoral zelo y de su christiana eloqüencia. Estos fueron los medios que os señaló, ordenando con toda solemnidad ayunos y oraciones para remediar las calamidades que nos afligen; Católicos, os dixo, acabemos nuestros desordenes, é inmediatamente se acabarán nuestras desgracias; seamos mas fieles, é inmediatamente seremos mas felices, y estaremos mas tranquilos: cesen los escandalos que hay entre nosotros, y luego se

(a) *Judith. 4. v. 13.*

(b) *Ibid. 14.*

(*) *El Cardenal de Noailles que estaba presente quando se predicó este Sermon en la Catedral.*

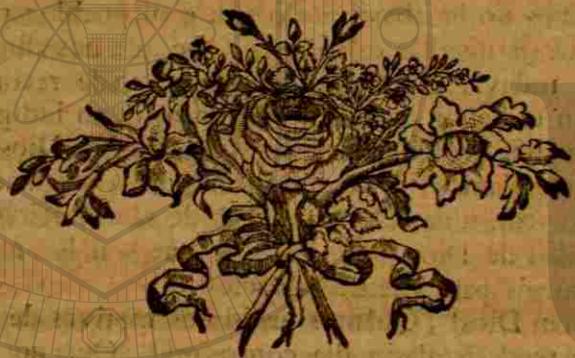
enjugarán nuestras lágrimas; convirtamonos al Señor, y el Señor peleará por nosotros; hagamos las paces con Dios, y presto las haremos con los hombres.

Esto, Católicos, es lo que os predica, aun mas con su exemplo que con sus Sermones. El padece con las desgracias que os afligen, pero aun padece mas con las iniquidades que las ocasionan; lleva con vosotros el peso de vuestras aflicciones y de vuestras pérdidas; pero todavia siente mas el peso de vuestras culpas; pide para vosotros al Señor unos dias mas tranquilos y mas dichosos; pero tambien los pide mas santos.

Consolad su zelo, Católicos, correspondiendo á su amor; consolad su piedad, favoreciendo sus deseos; recompensad sus cuidados, conformandoos con su exemplo. Dios no ha abandonado aun á su pueblo: pues no obstante las muchas calamidades con que nos aflige, nos suscita todavia un Pastor fiel, que puede reconciliarnos con el Señor, y detener el brazo de su indignacion y de su ira. No abuseis, pues, del Dón de Dios, amados oyentes míos, y no inutiliceis con la obstinacion de vuestros corazones tantos medios de santificacion como la bondad de Dios nos ofrece, y que son los mas felices recursos para vuestra salvacion.

¡Gran Dios! ¿Quántos justisimos motivos de condenacion tendreis algun día contra mí? ¿Qué no habreis Vos hecho por salvarme, y qué habré yo dexado de hacer para perderme! Pusisteis, Señor, todos los medios para impedir la perdicion de vuestra criatura; las gracias, las inspiraciones, las ilustraciones mas vivas, las amarguras saludables, infinitos disgustos, pasiones impedidas, proyectos trastornados, esperanzas desvanecidas, calamidades públicas y personales: ¿qué mas diré? Un corazón dispuesto para lo bueno, un corazón naturalmente inclinado á la virtud y á la justicia, un corazón que se negaba á los excesos; que no parecia formado para los desórdenes, que no cesaba de llamarme para Vos, y de

reprenderme en lo interior mi flaqueza y mi vergüenza: Qué podré deciros, estando lleno de vuestros beneficios, y de mis delitos: No os canseis, Señor, de alargarme vuestra mano; habiendo hecho hasta ahora tanto por mí, no me dexareis perecer sin remedio: Quanto mas indigno me contemplo de nuevos favores, mas los espero: El horror de mi estado aumenta mi confianza, y el exceso de mis miserias es el unico derecho que presento á vuestras eternas misericordias. Amen.



SERMON
PARA EL JUEVES
DESPUES DE CENIZA.
SOBRE LA VERDAD DE LA
Religion.

*Amen dico vobis, non inveni tantam fidem
in Israël.*

Os digo de verdad, no he hallado tanta fé
en Israël. *Matth. 8. v. 10.*

¿ **D**E qué provenia la incredulidad que Jesu-Christo reprehende hoy á los Judios, y qué motivo podrán tener para dudar de la santidad de su doctrina, y de la verdad de su ministerio? Si habian pedido milagros, los habia obrado á su vista tan convincentes, que nadie antes de él los habia hecho semejantes. Si habian deseado que su ministerio fuese autorizado con testimonios, ya Moysés y los Profetas los habian dado, y el Precursor habia dicho claramente: Ved ahí el Christo, y el Cordero que viene á borrar los pecados del mundo. Un Gentil glo-
ri-

reprenderme en lo interior mi flaqueza y mi vergüenza: Qué podré deciros, estando lleno de vuestros beneficios, y de mis delitos: No os canseis, Señor, de alargarme vuestra mano; habiendo hecho hasta ahora tanto por mí, no me dexareis perecer sin remedio: Quanto mas indigno me contemplo de nuevos favores, mas los espero: El horror de mi estado aumenta mi confianza, y el exceso de mis miserias es el unico derecho que presento á vuestras eternas misericordias. Amen.



SERMON
PARA EL JUEVES
DESPUES DE CENIZA.
SOBRE LA VERDAD DE LA
Religion.

*Amen dico vobis, non inveni tantam fidem
in Israël.*

Os digo de verdad, no he hallado tanta fé
en Israël. *Matth. 8. v. 10.*

¿**D**E qué provenia la incredulidad que Jesu-Christo reprehende hoy á los Judios, y qué motivo podrán tener para dudar de la santidad de su doctrina, y de la verdad de su ministerio? Si habian pedido milagros, los habia obrado á su vista tan convincentes, que nadie antes de él los habia hecho semejantes. Si habian deseado que su ministerio fuese autorizado con testimonios, ya Moysés y los Profetas los habian dado, y el Precursor habia dicho claramente: Ved ahí el Christo, y el Cordero que viene á borrar los pecados del mundo. Un Gentil glo-
ri-

ritica en el presente Evangelio su Omnipotencia; el Padre celestial desde lo alto del cielo habia declarado que este era su Hijo querido: Finalmente, los mismos demonios acobardados con su santidad salian de los cuerpos, confesando que era el Santo, y el Hijo de Dios vivo. ¿Qué podia pues oponer la incredulidad de los Judios á tantas pruebas y prodigios?

Ved aqui, Católicos, lo que aun el dia de hoy se podia preguntar con mas admiracion á aquellos espiritus incrédulos, que despues del cumplimiento de todas las profecias, despues de la consumacion de los Misterios de Jesu-Christo, de la exáltacion de su nombre, de la manifestacion de sus dones, de la vocacion de los pueblos, de la destruccion de los Idolos, de la conversion de los Cesares, y del consentimiento del universo, dudan aún, é intentan ellos solos contradecir y trastornar lo que los trabajos de los hombres Apostólicos, la sangre de tantos Mártires, los prodigios de tantos siervos de Jesu-Christo, los escritos de tantos hombres grandes, las austeridades de tantos Santos Anacoretas, y la Religion de diez y siete siglos han establecido tan universal y divinamente en el espiritu de casi todos los pueblos.

Porque, Católicos, en medio de los triunfos de la fé, se levantan aún en secreto entre nosotros algunos hijos de la incredulidad, á quienes ha entregado Dios á la vanidad de sus pensamientos, que blasfeman de lo que ignoran; algunos hombres impíos que mudan, como dice un Apostol, la gracia de nuestro Dios en luxuria; manchan su carne, desprecian toda dominacion, blasfeman de la Magestad, corrompen todos sus caminos como animales sin razon, y están guardados para servir algun dia de exemplo á los terribles juicios de Dios sobre los hombres.

Y por si acaso entre tantos como junta la Religion

en este lugar se hallase alguna de estas almas, permitidme, Católicos, vosotros que conservais con respeto el deposito de la doctrina que habeis recibido de las manos de vuestros mayores y de vuestros Pastores, que yo me valga de esta ocasion, ó para desengañarla, ó para impugnarla: Permitidme que yo haga aqui lo que tantas veces hacian los primeros Pastores de la Iglesia en presencia de su pueblo congregado; esto es, que yo haga la apología de la Religion de Jesu-Christo contra la incredulidad, y que antes de instruiros acerca de vuestras obligaciones, durante esta santa carrera, empiece poniendo los primeros fundamentos de la Fé; pues sirve de mucho consuelo á los que creen el conocer lo razonable que es su sumision, y el persuadirse á que la Fé, que parece el escollo de la razon, es su unico consuelo, su unica guia, y su unico recurso.

Este es todo mi asunto. La incredulidad reusa sujetarse á las verdades reveladas, ó por una afectacion vana de razon, ó por un errado dictamen de la soberbia, ó por un indiscreto deseo de independenciam. Hoy, pues, quiero manifestar que la sumision que reusa la incredulidad, por una vana afectacion de talento, es el uso mas prudente que puede hacer de la misma razon; que la sumision que reusa por un errado dictamen de la soberbia, es el paso mas glorioso; y finalmente, que la sumision que desprecia por un indiscreto deseo de independenciam, es el sacrificio mas indispensable; y de aqui infiero los tres grandes caracteres de la Religion; esto es, que es razonable, que es gloriosa, y que es necesaria.

¡O Salvador mio, Autor eterno, y Consumador de nuestra Fé! Defended Vos mismo vuestra doctrina. No permitais que vuestra Cruz, que os ha sujetado todo el Universo, sea aún la locura y el escandalo de los espiritus soberbios: Triunfad tambien hoy, con

los ocultos prodigios de vuestra gracia, de la misma incredulidad, de la que en otro tiempo triunfasteis con las prodigiosas obras de vuestro poder; y destruid con aquellas vivas luces, que alumbran los corazones con mayor eficacia que todos nuestros discursos, la soberbia que aún se levanta contra la ciencia de vuestros *Mysterios. Ave Maria.*

PRIMERA PARTE.

Empecemos, suponiendo desde luego, Católicos, que la fé, y no la razon, es la que forma los Christianos, y que el primer paso que se pide á un Discipulo de Jesu-Christo es que cautive su entendimiento, y que crea lo que no puede comprehender. Con todo eso afirmo, que la misma razon nos guía á esta sumision: que quanto mas superiores son nuestros talentos, mas nos dan á conocer la necesidad de someternos; y que el partido de la incredulidad, lejos de ser el partido de la fuerza del talento y de la razon, es el del error y de la flaqueza.

Asi como la razon tiene sus límites, tiene tambien su uso en la Fé; y como la ley buena y santa en sí misma, no servia mas que para guiar los hombres á Jesu-Christo, y paraba aqui como en su termino; del mismo modo la razon, aunque buena y justa en sí misma, pues es un don de Dios, y una participacion de la razon soberana, no debe servir, ni se nos ha dado mas que para allanar el camino de la Fé; pero es temeraria y sale de los terminos de su primera institucion, si quiere traspasar estos sagrados límites.

Supuesto esto, veamos quien usa con mas prudencia de su razon, ó el fiel que cree, ó el incredulo que reusa el creer. La sumision á las verdades que

se nos proponen para que las creamos, puede tenerse por credulidad, ó por parte de la autoridad que nos la propone; y si esta fuese leve, será flaqueza el creerla; ó por parte de las cosas que se nos quieren persuadir; y si estas se oponen á los principios de la equidad, de la honestidad, de la sociedad, ó de la conciencia, será ignorancia el recibirlas como verdaderas: ó finalmente, por parte de los motivos que se alegan para persuadirnos; y si estos son vanos, frívolos é incapaces de determinar á un entendimiento prudente, será imprudencia el dexarse engañar: Luego es facil inferir que la autoridad que pide á los fieles la sumision es la mayor, la mas respetable, y la mejor fundada que hay en la tierra: que las verdades que se les quieren persuadir son las unicas que son conformes á los principios de la equidad, de la honestidad, de la sociedad, y de la conciencia: y finalmente, que los motivos con que se pretende persuadirlas son los mas decisivos, los mas triunfantes, y los mas propios para sujetar los espíritus menos credulos.

Quando hablo de la autoridad de la Religion Christiana, no es mi intento restringir la extension de esta voz solamente á la autoridad de los Santos Concilios, en los que la Iglesia por boca de sus Pastores forma decisiones, y propone á todos los fieles las reglas infalibles de culto y de doctrina. Como mi discurso no se dirige á la heregía, sino á la incredulidad, no considero tanto aqui á la Religion como opuesta á las sectas que el espíritu de error ha separado de la unidad, esto es, como reducida á la sola Iglesia Católica, quanto como formando desde el nacimiento del mundo una sociedad aparte, único deposito del conocimiento de un Dios y de las promesas del mediador, absolutamente opuesta á todas las Religiones que despues se han levantado en el Universo; siempre impugnada, y siem-

pre la misma: y digo que su autoridad tiene en sí unas señales de verdad tan resplandecientes, que sin extravagancia no se la puede negar la sumision.

En primer lugar; la antigüedad en materia de religion es un carácter respetado de la razon, y puede muy bien decirse que una creencia consagrada por la Religion de los primeros hombres, y por la sencillez de los primeros tiempos, forma ya un genero de prueba en su favor. No quiero decir que no se glorie muchas veces la mentira con los mismos titulos, ni que no haya entre los hombres errores inveterados, que parece disputan á la verdad la antigüedad de su origen; pero es muy facil al que quiere saber su historia, llegar á averiguar su nacimiento. La novedad es siempre el carácter mas constante y mas inseparable del error, y á todos los errores se les puede aplicar la sentencia del Profeta: *Novi, recentesque venerunt, quos non coluerunt patres eorum.* (a)

Y á la verdad, si hay alguna Religion verdadera en la tierra, debe ser la mas antigua de todas; porque si hay alguna verdadera Religion en la tierra, ésta debe ser la primera y mas esencial obligacion del hombre para con él Dios, que quiere ser venerado en ella: luego es preciso que esta obligacion sea tan antigua como el hombre, y como está unida á su naturaleza, debe, por decirlo así, haber nacido con él. Y este, Católicos, es el primer carácter que desde luego distingue la Religion christiana de las supersticiones y sectas. Esta es la mas antigua Religion que hay en el mundo. Los primeros hombres, antes que un culto impío se fabricase divinidades de piedra y de madera, adoraron al mismo Dios que nosotros adoramos; le levantaron Altares; le ofrecieron sacrificios; esperaron de su libera-

(a) Deuter. 32. v. 17.

lidad la recompensa de su virtud, y de su justicia el castigo de su desobediencia. La historia del nacimiento de esta Religion es la historia del nacimiento del mismo mundo. Los libros divinos, en que se ha conservado entre nosotros, incluyen los primeros monumentos del origen de las cosas. Aún son mas antiguos que aquellas producciones fabulosas del humano entendimiento, que despues divirtieron tan vanamente la credulidad de los siguientes siglos: y como el error siempre nace de la verdad, y es un vicioso imitador de ella, por eso las fábulas del Paganismo tomaron su fundamento de los principales pasages de esta divina historia; de modo que puede muy bien decirse, que hasta el error tributa respetos en esta parte á la antigüedad y autoridad de nuestras Santas Escrituras.

Ahora bien, Católicos, este solo carácter merece ya algun respeto. Las demás Religiones que se precian de mas antiguo origen, no nos han dado mas pruebas de su antigüedad que unas relaciones fabulosas, que por sí mismas se desvanecen. Han desfigurado la historia del mundo con un cháos de siglos innumerables é imaginarios, de los que no ha quedado á la posteridad suceso alguno, y jamás los ha conocido la historia del mundo. Los Autores de estas torpes ficciones no escribieron hasta muchos siglos despues de los hechos que nos refieren. Y basta decir que esta Teología fue fruto de la Poesía, y que las invenciones de este Arte fueron los mas sólidos fundamentos de su Religion.

En la nuestra se halla una consecuencia de hechos, razonable, natural, y conformes entre sí; es la historia de una familia continuada desde su primera cabeza hasta el que la escribe, y justificada en todas sus circunstancias; es una genealogía, en que cada Gefe está señalado con sus propios caracteres; con sucesos que aún subsistian entonces; con señales que aún se

conocian en los lugares que habian habitado. Es una tradicion viva , la mas creída que entonces hubo en la tierra ; pues Moysés no escribió mas de lo que habia oido decir á los hijos de los Patriarcas, y estos no contaban sino lo que sus mismos padres habian visto. En ella todo se mantiene , todo guarda consecuencia , y se aclara por sí mismo. Los pasages no son imitados , ni los sucesos sacados de otra parte , y acomodados al intento. Antes de Moysés el pueblo de Dios nada tenia por escrito : Moysés no dexó á la posteridad mas que lo que recogió de la viva voz de sus mayores , esto es , toda la tradicion del genero humano ; y así fue el primero que reduxo á un libro la historia de las maravillas de Dios , y de su manifestacion á los hombres ; cuya memoria habia sido hasta entonces toda la Religion , toda la ciencia , y todo el consuelo de la familia de Abraham. La buena fé de este Autor se manifiesta en la sencillez de su historia. No se vale de precauciones para ser creído , porque supone que aquellos para quienes escribe , no necesitan de ellas para creer , y que solo refiere unos hechos públicos entre ellos , mas para conservar la memoria en sus descendientes , que para instruirlos á ellos mismos.

Ved , Católicos , por donde empieza la Religion christiana á adquirirse estimacion en el espíritu de los hombres. Volveos á todas partes ; leed la historia de los pueblos y de las naciones , y no hallareis cosa alguna tan bien fundada en la tierra. ¿Qué digo tan bien fundada? ni que tanto merezca la atencion de un talento despedido. Si los hombres nacieron para alguna Religion , para ninguna mas bien que para esta. Si hay un ser supremo que haya manifestado la verdad á los hombres , sola esta es digna de los hombres y de él. En todas las demás su origen es fabuloso , en esta es tan seguro como todo el discurso de ella , y los últimos

mos siglos , que no la podemos negar , solo son pruebas de la certidumbre del primer siglo en que nació : luego si hay alguna autoridad en el mundo á quien deba ceder la razon , es á la de la Religion Christiana.

Al carácter de su antigüedad debe añadirse el de su perpetuidad. Representaos aqui aquella variedad infinita de religiones y sectas , que sucesivamente han reynado en la tierra : Seguid la historia de las supersticiones de cada pueblo y de cada país : todas han durado cierto número de años , y han caído despues con el poder de sus sectarios. Donde están los dioses de Emath , de Arphard , y de Sepharvaim ; acordaos de la historia de aquellos primeros Conquistadores ; vencieron á los dioses de los pueblos al mismo tiempo que vencian á los pueblos mismos , y destruían su culto quando arruinaban su dominio. ¿Qué cosa tan grande es , Católicos , el ver la Religion de nuestros padres mantenerse sola desde el principio , sobrevivir á todas las sectas , y á pesar de la vária fortuna de los que la han profesado , pasar siempre de padres á hijos , sin poder jamás ser arrancada del corazón de los hombres : luego no es un brazo de carne el que la ha conservado. ¡Ah! el pueblo fiel casi siempre ha sido débil , oprimido , y perseguido. No , nuestros padres , como dice el Profeta , no poseyeron la tierra con la espada : *Nec enim in gladio suo possederunt terram.* (a) Ya esclavos , ya fugitivos , y ya tributarios de las naciones , vieron mil veces la Caldéa , la Asiria , y Babilonia ; las potencias mas formidables de la tierra , y todo el Universo determinaron su ruina , y la entera extincion de su culto ; pero este pueblo tan débil , oprimido en Egypto , errante en el desierto , llevado des-

pues

(a) *Psalm. 43. v. 4.*

pues cautivo á las provincias estrangeras, nunca pudo ser exterminado, quando al mismo tiempo otros muchos mas poderosos padecieron el destino de las cosas humanas, y su culto permaneci6 con 6l, á pesar de los esfuerzos que casi cada siglo hizo para destruirle.

¿De qué proviene pues, Cat6licos, que un culto tan perseguido, tan penoso por sus observancias, tan riguroso por las penas con que castiga á sus transgresores, y aun tan facil en establecerse y arruinarse, aunque no fuera mas que por la inconstancia y rudeza del pueblo que desde el principio fue su depositario; de qué proviene que 6l solo se perpetuase en el mundo en medio de tantas revoluciones, quando al mismo tiempo las supersticiones defendidas con el poder de los Imperios y de los Reynos cayeron en la nada de donde habian salido? ¡Ah! ¿no se conoce que no fue el hombre, sino Dios quien obr6 tantas maravillas? ¿Qué fue el brazo del todo poderoso el que conserv6 su obra? Luego si ha perecido todo lo que invent6 el espiritu humano, debe inferirse que lo que ha perseverado siempre fue obra unicamente de la divina sabiduria: *Nonne Deus fecit haec omnia, & non homo?*

Finalmente, si á su antigüedad y perpetuidad se aña- de su uniformidad, no le queda á la razon pretexto alguno con que defenderse. Porque, Cat6licos, todo se muda en la tierra, porque todo sigue la mutabilidad de su origen. Las ocasiones, las diferencias de siglos, los diversos humores de climas, y la necesidad de los tiempos han introducido mil mudanzas en todas las leyes humanas. Sola la Fé nunca se ha mudado; hoy se mantiene entre nosotros del mismo modo que la recibieron nuestros Padres; y del mismo modo la recibirán de nosotros nuestros descendientes. Es verdad que con la sucesion de los tiempos se ha ido aclarando por la necesidad que ha habido de defenderla de los

los errores, con que la han querido manchar; pero lo que una vez ha parecido verdad de fé, siempre lo ha parecido; es facil que una cosa dure quando se acomoda al tiempo, y á las circunstancias, y quando se la puede aña- dir, 6 quitar, segun el gusto de los siglos, y de los que gobiernan; pero el que una cosa en nada se muda, no obstante la mutacion de los tiempos y costumbres; el que todo padezca mudanza, y ella sola se mantenga siempre la misma, es un privilegio propio solamente de la Religion Christiana: y por razon de estos tres caractéres de antigüedad, de perpetuidad, y de uniformidad, que la son propios, su autoridad es la única en la tierra, capaz de determinar á un espiritu prudente.

Pero si la sumision del fiel es razonable por parte de la autoridad que se la pide, no lo es menos por parte de las cosas que se le proponen para creer. Veamos ahora, Cat6licos, el fundamento del culto de los Christianos. En nuestra Religion no tememos el que se vean de cerca nuestros misterios, como sucedia á los abominables de la idolatría, cuya vergüenza y horror se ocultaba en sus tinieblas. Una Religion, dice Tertuliano, que temiese el ser examinada, y que se profundizasen sus misterios, seria sospechosa: *Ceterum suspecta est lex, quae probari non vult.* Quanto mas examináis el culto de los Christianos, mas bellezas y maravillas hallais en 6l. La idolatría inspiraba al hombre pensamientos insensatos acerca de la divinidad: La Filosofía pensamientos poco razonables de sí mismo: La concupiscencia pensamientos injustos para con los demás hombres. Admirad, pues, la sabiduria de una Religion que remedia estas tres heridas, las que nunca pudo curar, ni aun conocer la razon en todos los siglos.

Y primeramente, ¿qué otro Legislador habló de la divinidad como el de los Christianos? Mirad bien si podeis hallar en otra parte ideas mas sublimes de su

poder, de su inmensidad, de su sabiduría, de su bondad, y de su justicia, que las que nos dan nuestras Escrituras. Si hay un Sér Supremo y eterno, superior á nosotros, en quien viven todas las cosas, es preciso que sea como nos le representa la Religion Christiana: Solamente nosotros no le comparamos con la semejanza del hombre; Nosotros solos le adoramos sentado sobre los Querubines, llenandolo todo con su presencia, gobernandolo todo con sabiduría, criando la luz y las tinieblas, como autor del bien, y vengador del vicio: Nosotros solos le honramos del modo que quiere ser honrado; esto es, no hacemos consistir el culto que le es debido en la multitud de víctimas, ni en el exterior aparato de nuestros respetos, sino en la adoracion, en el amor, en la alabanza, y en la accion de gracias. Referimos á él el bien que hay en nosotros como á su principio, y atribuimos á nosotros mismos el vicio, como que unicamente tiene su origen de nuestra corrupcion. Nosotros esperamos hallar en él la recompensa de una fidelidad que es dón de su gracia, y el castigo de las transgresiones que siempre son efecto del mal uso que hacemos de nuestra libertad. ¿Qué ideas, pues, podrán formarse mas dignas del Sér Supremo!

En segundo lugar; la vana Filosofia habia degradado al hombre hasta hacerle semejante á las bestias, haciendole buscar su felicidad en los sentidos, ó le habia elevado neciamente hasta la semejanza de Dios, persuadiendole á que podia hallar su felicidad en su propia sabiduría. Pero la moral de los Christianos evita estos dos excesos; aparta al hombre de los deleytes carnales, descubriendole la excelencia de su naturaleza, y la santidad de su destino; y así corrige su soberbia, dandole á conocer su miseria y su baxeza.

Finalmente, la concupiscencia hacia al hombre injusto para con los demás hombres. ¿Pues qué doctrina ha reglado jamás mejor nuestras obligaciones en este punto que

la de los Christianos? Ella nos enseña á obedecer á los Soberanos como establecidos por Dios: no solo por temor de su autoridad, sino por una obligacion de conciencia; á respetar á nuestros Gefes, á sufrir á nuestros iguales, á ser afables con los inferiores, y á amar á todos los hombres como á nosotros mismos: Ella sola forma buenos ciudadanos, vasallos fieles, criados sufridos, amos humildes, magistrados incorruptibles, Principes clementes, y amigos verdaderos: Ella sola hace inviolable la buena fé de los matrimonios, asegura la paz de las familias, y mantiene la tranquilidad de los estados: No solo prohíbe los hurtos, sino tambien el deseo de los bienes ajenos: No solo no quiere que se tenga envidia á la prosperidad del próximo, sino que manda partir con él los propios bienes quando está necesitado: No solo nos prohíbe los atentados contra su vida, sino que quiere que hagamos bien aún á los que nos hacen mal, que bendigamos á los que nos maldicen, y que no tengamos entre todos mas que un corazon y una alma. Dadme un reyno, decia San Agustin á los Paganos de su tiempo, compuesto todo de este genero de gentes, ¡oh Dios! ¡qué paz! ¡qué felicidad! ¡qué imagen tan parecida al cielo sería la tierra! ¿Han podido llegar todas las ideas de los Filósofos al plan de esta celestial República? ¿No es indubitable que si Dios ha hablado á los hombres para manifestarles los caminos de la salvacion, no pudo usar de otro estilo?

Es verdad que la Religion añade á todas estas máximas tan dignas de la razon, algunos misterios que exceden nuestra capacidad: Pero además de que la prudencia persuade la sumision en este punto á una Religion tan venerable por su antigüedad, tan divina por su moral, tan superior en su autoridad á quanto hay en la tierra, y unicamente digna de ser creída, los motivos de que se vale para persuadirnos acaban de convencer á la incredulidad.

Primeramente: Estos Misterios fueron profetizados muchos siglos antes de que se cumpliesen, y profetizados con todas las circunstancias de tiempos, de lugares, y de los menores acontecimientos; y estas Profecías no son Profecías vagas, destinadas á la simple credulidad del vulgo, que se creen en un rincón del mundo, contemporaneas de los sucesos, é ignoradas en lo restante del universo; sino unas Profecías en las que ha consistido desde el nacimiento del mundo toda la Religión de un pueblo entero: las que dexaban los padres á sus hijos como su mas rica herencia; que se conservaban en el Templo Santo como la mas sagrada prenda de las promesas divinas; y finalmente, cuya verdad afirma aún hoy á vista de todo el universo la nacion mas enemiga de Jesu-Christo, en la que primeramente estuvieron depositadas; unas Profecías que no se ocultaban misteriosamente al pueblo, temiendo que descubriese su falsedad, como sucedia con aquellos vanos oráculos de las Sibilas, encerrados tan cuidadosamente en el Capitolio, fabricados para mantener la soberbia de los Romanos, expuestos solamente á la vista de los Pontífices, y publicados de tiempo en tiempo por partes, para autorizar en el espíritu del pueblo, ó una empresa peligrosa, ó una guerra injusta; nuestros libros proféticos eran la diaria lección de todo un pueblo; los jóvenes y los ancianos, las mugeres y los niños, los Sacerdotes y el vulgo, los Reyes y los vasallos debian continuamente tenerlos entre las manos; cada uno tenia derecho de estudiar en ellos sus obligaciones, y de descubrir en ellos sus esperanzas; lejos de lisonjear su soberbia, no les hablaban mas que de la ingratitude de sus padres; en cada pagina les anunciaban desgracias, como justo castigo de sus culpas; reprehendian á los Reyes su disolucion, á los Pontífices sus injusticias, á los Grandes su profusion, y al pueblo su inconstancia y su incredulidad; y con todo eso tenian en grande estimacion estos santos

libros; y por los oráculos que en ellos veían cumplirse todos los dias esperaban con confianza el cumplimiento de aquellos de que hoy es testigo todo el universo. El conocimiento, pues, de lo futuro es el carácter menos sospechoso de la Divinidad.

En segundo lugar: Estos Misterios están fundados en hechos milagrosos, tan patentes, y tan públicos en Judéa, tan confesados aun entonces por aquellos que tenían interés en negarlos, tan señalados con unos sucesos que interesaban á toda la nacion, tan repetidos en las ciudades, en los lugares, en el templo, y en las plazas públicas, que es necesario cerrar los ojos á la luz para dudar de ellos. Los Apostoles los predicaron, y los escribieron en la misma Judéa poco tiempo despues de su cumplimiento; esto es, en tiempo en que los Pontífices que habian condenado á Jesu Christo aún vivian, y hubieran podido confundir y negar la impostura, si lo fusra. Jesu-Christo resucitando, segun su promesa, confirmó su Evangelio; y no puede presumirse, ni que los Apostoles se engañaron en este hecho tan decisivo y tan esencial para ellos, en este hecho tantas veces anunciado, esperado como el punto principal á que se dirigia todo lo demás, en este hecho tantas veces confirmado, y en presencia de tan innumerables testigos; ni tampoco que ellos quisieron engañarnos, é ir á predicar á los hombres una mentira, á costa de su sosiego, de su honor, y de su vida, que era el unico premio que esperaban de su impostura, si lo fuera. ¿Estos hombres que nos han dexado unas doctrinas tan prudentes y piadosas, habian de haber dado á la tierra un exemplo de extravagancia, ignorado hasta entonces de todos los pueblos, y á sangre fria, sin fin, sin interés, sin motivo, se habian de haber entregado á los mas terribles tormentos, y á padecer la muerte con una heroyca piedad, solamente por defender la verdad de un hecho, cuya falsedad conocerian ellos mismos? ¿Habian todos

estos hombres de haber muerto tranquilamente por otro hombre que los hubiera engañado, y que no habiendo resucitado, como había prometido, se hubiera burlado durante su vida de su credulidad y de su flaqueza. No tache, pues, el impío de credulidad á los incomprehen-sibles Misterios de la Fé; demasiado crédulo es menester que él sea para poderse persuadir á unas suposiciones tan increíbles.

Finalmente, la fé de estos misterios ha hallado docilidad en todo el universo: en los Cesares, á los que degradaba de la clase de los dioses; en los Filósofos, á quienes convencía de ignorancia y vanidad; en los sensuales, á quienes no predicaba mas que cruces y trabajos; en los ricos, á quienes obligaba á la pobreza; en los pobres, á quienes mandaba que amasen su necesidad, y abatimiento; y en todos los hombres, cuyas pasiones combatía. Esta fé predicada por doce pobres, sin ciencia, sin talento, y sin proteccion, ha sujetado los Emperadores, los sábios, los ignorantes, las ciudades, y los Imperios. Unos misterios tan insensatos en la apariencia, han trastornado todas las Sectas, y todos los monumentos de una soberbia razon; y la locura de la Cruz ha sido mas sabia que toda la sabiduría del siglo. ¿Pero qué digo? Todo el universo ha conspirado contra ella, y los esfuerzos de sus enemigos solo han servido para asegurarla. Ser fiel, y estar destinado á la muerte eran dos cosas inseparables; y con todo eso el peligro era un atractivo nuevo; quanto mas violentas eran las persecuciones, mayores progresos hacia la fé; y la sangre de los Mártires era la semilla de los fieles. ¡Oh Dios mio! ¿Quién no vé en esto el dedo de vuestra mano? ¿Quién por estas señas no conoce el carácter de vuestra obra? ¿Dónde está el entendimiento que no conoce disiparse aquí la vanidad de sus dudas? ¿y qué aún se avergüenza de sujetarse á una doctrina que ha sujetado á todo el universo? Pero no solamente esta sujecion es razonable, sino que tambien es gloriosa para el hombre.

SE-

SEGUNDA PARTE.

LA soberbia es la raíz oculta de la incredulidad; en aquella ostentacion de talento que hace al incrédulo que desprecie la comun creencia, hay una deplorable singularidad que le lisongea, y hace que suponga en sí mas fuerzas y mas claras luces que en los demás hombres, por haberse atrevido á sacudir un yugo que sujeta á todos, y á oponerse temerariamente á lo que todos hasta él se han contentado con adorar.

Para quitar, pues, á la incredulidad este tan fatal consuelo, basta el evidenciar que no hay cosa mas gloriosa para la razon que la fé; gloriosa por parte de las promesas que en sí encierra para lo por venir; gloriosa por la situacion en que al presente coloca al fiel; gloriosa, finalmente, por parte de los grandes modelos que propone á su imitacion.

Gloriosa por parte de las promesas que en sí encierra, ¿Quáles son las promesas de la fé, Católicos? La adopcion de Dios, una compania inmortal con él, la redencion perfecta de nuestros cuerpos, la eterna felicidad de nuestras almas, la libertad de las pasiones, el fijar nuestros corazones con la posesion del verdadero bien, el ilustrar nuestros entendimientos con la luz inefable del entendimiento divino, y el hacernos dichosos con la vista clara y permanente de la verdad; estas son las promesas de la fé; ella nos enseña que nuestro origen es divino, y nuestras esperanzas eternas.

Ahora os pregunto, ¿puede avergonzarse la razon de creer unas verdades que tanto honran la inmortalidad de su naturaleza? ¿Sería acaso, Católicos, mayor felicidad para el hombre el tenerse por de la misma naturaleza que las bestias, y esperar el mismo fin?

estos hombres de haber muerto tranquilamente por otro hombre que los hubiera engañado, y que no habiendo resucitado, como había prometido, se hubiera burlado durante su vida de su credulidad y de su flaqueza. No tache, pues, el impío de credulidad á los incomprendibles Misterios de la Fé; demasiado crédulo es menester que él sea para poderse persuadir á unas suposiciones tan increíbles.

Finalmente, la fé de estos misterios ha hallado docilidad en todo el universo: en los Cesares, á los que degradaba de la clase de los dioses; en los Filósofos, á quienes convencía de ignorancia y vanidad; en los sensuales, á quienes no predicaba mas que cruces y trabajos; en los ricos, á quienes obligaba á la pobreza; en los pobres, á quienes mandaba que amasen su necesidad, y abatimiento; y en todos los hombres, cuyas pasiones combatía. Esta fé predicada por doce pobres, sin ciencia, sin talento, y sin proteccion, ha sujetado los Emperadores, los sábios, los ignorantes, las ciudades, y los Imperios. Unos misterios tan insensatos en la apariencia, han trastornado todas las Sectas, y todos los monumentos de una soberbia razon; y la locura de la Cruz ha sido mas sabia que toda la sabiduría del siglo. ¿Pero qué digo? Todo el universo ha conspirado contra ella, y los esfuerzos de sus enemigos solo han servido para asegurarla. Ser fiel, y estar destinado á la muerte eran dos cosas inseparables; y con todo eso el peligro era un atractivo nuevo; quanto mas violentas eran las persecuciones, mayores progresos hacia la fé; y la sangre de los Mártires era la semilla de los fieles. ¡Oh Dios mio! ¿Quién no vé en esto el dedo de vuestra mano? ¿Quién por estas señas no conoce el carácter de vuestra obra? ¿Dónde está el entendimiento que no conoce disiparse aquí la vanidad de sus dudas? ¿y qué aún se avergüenza de sujetarse á una doctrina que ha sujetado á todo el universo? Pero no solamente esta sujecion es razonable, sino que tambien es gloriosa para el hombre.

SE-

SEGUNDA PARTE.

LA soberbia es la raíz oculta de la incredulidad; en aquella ostentacion de talento que hace al incrédulo que desprecie la comun creencia, hay una deplorable singularidad que le lisongea, y hace que suponga en sí mas fuerzas y mas claras luces que en los demás hombres, por haberse atrevido á sacudir un yugo que sujeta á todos, y á oponerse temerariamente á lo que todos hasta él se han contentado con adorar.

Para quitar, pues, á la incredulidad este tan fatal consuelo, basta el evidenciar que no hay cosa mas gloriosa para la razon que la fé; gloriosa por parte de las promesas que en sí encierra para lo por venir; gloriosa por la situacion en que al presente coloca al fiel; gloriosa, finalmente, por parte de los grandes modelos que propone á su imitacion.

Gloriosa por parte de las promesas que en sí encierra, ¿Quáles son las promesas de la fé, Católicos? La adopcion de Dios, una compania inmortal con él, la redencion perfecta de nuestros cuerpos, la eterna felicidad de nuestras almas, la libertad de las pasiones, el fijar nuestros corazones con la posesion del verdadero bien, el ilustrar nuestros entendimientos con la luz inefable del entendimiento divino, y el hacernos dichosos con la vista clara y permanente de la verdad; estas son las promesas de la fé; ella nos enseña que nuestro origen es divino, y nuestras esperanzas eternas.

Ahora os pregunto, ¿puede avergonzarse la razon de creer unas verdades que tanto honran la inmortalidad de su naturaleza? ¿Sería acaso, Católicos, mayor felicidad para el hombre el tenerse por de la misma naturaleza que las bestias, y esperar el mismo fin?

fin? ¿Podrá parecerle al incrédulo que se hace mas honor en no tenerse mas que por un vil barro, que organizó la casualidad, y que se disolverá del mismo modo, sin fin, sin destino, sin esperanza, sin mas uso de su razon y de su cuerpo que el de encenagarse brutalmente como las bestias en los deleytes carnales? ¿Juzgará mejor de sí teniendose por un desgraciado, á quien la casualidad colocó en la tierra, sin esperar nada despues de su vida; cuya mas suave esperanza es volver á caer muy presto en la nada; sin estar unido á ningun ser fuera de sí; reducido á buscar su felicidad en sí mismo, sin hallar en sí mas que inquietudes y secretos temores? ¿Es esta aquella terrible distincion que tanto lisongea á la soberbia del incrédulo? ¿Gran Dios! ¿Qué cosa tan gloriosa es para vuestra verdad el no tener mas enemigos que unos hombres de este carácter? Por lo que á mí toca, decía San Ambrosio á los incrédulos de su tiempo, me precio de creer unas verdades que son de tanto honor para el hombre. *Juvat hoc credere.* Esperar unas promesas de tanto consuelo. *Sperare delectat.* No creerlas sería castigarme infelizmente á mí mismo. *Non credidisse poena est.* ¡Ah! Si me engaño, queriendo mas esperar la eterna compañía de los justos en el seno de Dios, que en tenerme por de la misma naturaleza que las bestias, es un error que me agrada, el que estimo, y del que no quiero desengañarme. *Quid si in hoc erro, quid me Angelis post mortem sociare malo quam bestiis, libenter in hoc erro, nec unquam ab hac opinione, dum vivam, fraudari patiar.*

Pero si la fé es gloriosa por parte de las promesas que en sí encierra para lo por venir, no lo es menos por parte de las circunstancias en que al presente constituye al fiel. Figuraos aqui, Católicos, un ver-

dadero justo; que vive de la Fé, y confesareis precisamente que no hay cosa mayor que él en la tierra, es dueño de sus deseos, y de todos los movimientos de su corazon; exerce un glorioso imperio sobre sí mismo; posee su alma en paciencia y en tranquilidad; y gobernando todas sus pasiones con el freno de la temperancia, es humilde en la prosperidad, constante en la desgracia, alegre en las tribulaciones, pacífico con los que aborrecen la paz, insensible á las injurias, compasivo en las aflicciones de los que le ultrajan, fiel en sus promesas, religioso en sus amistades, é inexorable en sus obligaciones; no le mueven las riquezas porque las desprecia, no apetece los honores, porque los teme; y es mayor que el mundo entero, porque le mira como un poco de polvo. ¿Qué elevacion esta!

La Filosofia no destruí el vicio sino con el vicio mismo: Enseñaba con el fausto á despreciar al mundo, por grangearse los aplausos del mismo mundo; mas buscaba el honor que resulta de la sabiduría, que la misma sabiduría; al mismo tiempo que intentaba destruir las demás pasiones, se levantaba siempre una passion mas peligrosa sobre las ruinas de las demás, es á saber, la soberbia; semejante á aquel Principe de Babilonia, que solamente arruinó los dioses de su nacion para levantar sobre sus ruinas su impía estatua, y aquel coloso horrible de soberbia que quiso fuese adorado de toda la tierra.

Pero la Fé eleva al justo sobre su misma virtud; le hace aun mayor en lo íntimo de su corazon y en la presencia de Dios, que en la de los hombres; el justo perdona sin soberbia, es desinteresado sin vanidad, sufre sin querer que lo conozcan los demás, modera sus pasiones sin conocerlo él mismo, él solo ignora la gloria y el mérito de sus acciones; en vez

de mirarse á sí con complacencia, se avergüenza mas de sus virtudes, que el pecador de sus vicios; en vez de buscar aplausos, oculta sus obras de luz, como si fueran obras de tinieblas; en su virtud no tiene mas interés que el amor de su obligacion; obra solamente en la presencia de Dios, y como sino hubiera mas hombres que él en la tierra. ¿Qué elevacion! Buscad, si podeis, alguna cosa mayor en la tierra; registrad todos los diversos géneros de gloria con que el mundo honra la vanidad de los hombres, y ved si todos juntos pueden llegar á este grado de grandeza á que eleva la Fé al hombre justo.

¿Qué cosa puede hallarse, amados oyentes míos, mas honorífica para el hombre que este estado? ¿Os parece que es mas glorioso, mas respetable, mas grande, quando sigue las impresiones de un instinto brutal, quando se halla esclavo del rencor, de la venganza, de la concupiscencia, de la ambicion, de la envidia, y de todos los monstruos que sucesivamente reynan en el corazon?

Porque vosotros, los que os preciais de no creer, ¿sabeis lo que es ser incredulo? Es ser un hombre sin buenas costumbres, sin probidad, sin Fé, sin carácter determinado; que no tiene mas regla que sus pasiones, mas ley que sus injustos pensamientos, mas dueño que sus deseos, mas freno que el temor de la autoridad, ni mas Dios que á sí mismo; es un hijo desnaturalizado, pues cree que solamente la casualidad le dió padres; un amigo infiel, pues no mira á los hombres mas que como unos tristes frutos de un conjunto fortuito y casual, á los que solo está unido con lazos perecederos; es un Señor cruel, pues se persuade á que es el mas fuerte y mas feliz, y que siempre tiene razon; y así de hoy en adelante ¿quién podrá fiarse de vosotros? Vosotros no temeis á Dios, no respetais á los hom-

hombres, no esperais nada despues de esta vida; la virtud y el vicio os parecen preocupaciones de la niñez, y efecto de la credulidad de los pueblos: los adulterios, las venganzas, las blasfemias, las mas horribles perfidias, las abominaciones, que apenas pueden nombrarse, no son para vosotros mas que prohibiciones humanas, y preceptos establecidos por la política de los legisladores: los mas horrorosos delitos, y las mas puras virtudes son iguales para vosotros, pues muy prontamente una eterna aniquilacion igualará al justo con el impío, y los confundirá para siempre en el horror del sepulcro. Sois un monstruo en la tierra, ¿se lisongea, acaso, vuestra soberbia con la idea que se os acaba de hacer presente de vosotros mismos? ¿Cómo podeis sufrir ni aun su imagen?

Por otra parte, quereis acreditar vuestra irreligion de fuerza de entendimiento; pero averiguad el origen de vuestro libertinage, y hallareis que es la corrupcion de vuestro corazon. ¿Hubierais pensado jamás en ser impío, si hubierais podido juntar la Religion con vuestros deleytes? Empezasteis á dudar de una doctrina que se oponia á vuestras pasiones, y luego que empezó á seros incómoda la tubisteis por falsa, y habeis intentado persuadirnos lo que quisierais que fuera cierto, esto es, que todo muere con nosotros, que las penas eternas eran terrores de la educacion, que las inclinaciones que nacióron con nosotros no podian ser delitos, y todas aquellas máximas del libertinage que ha vomitado el infierno; facilmente creemos lo que deseamos. Salomón no adoró los dioses de las mugeres extranjeras sino por hallar tranquilidad en sus disoluciones; si los hombres nunca hubieran tenido pasiones, ó si á éstas las hubiera autorizado la religion, nunca hubiera habido incrédulos en la tierra; y prueba de esta verdad es, el que en los instantes en que os hallais disgustados del delito, os volveis sin

conocerlo á la religion: en los instantes en que se hallan mas en calma vuestras pasiones se minoran vuestras dudas, tributais en lo íntimo de vuestros corazones, aun á pesar vuestro, un secreto respeto á la verdad de la Fé, y por mas que querais debilitarle, no podeis extinguirle; al primer amago de muerte levantais los ojos al cielo, reconocéis al Dios que os castiga, os arrojaís en el seno de vuestro Padre, y del autor de vuestro sér; temeís la eternidad que os habiíspreciado de no creer, y humillados baxo la mano del Todo poderoso, dispuesta á caer sobre vosotros, y deshaceros como á un gusano de la tierra, confesais que él solo es grande, sábio, inmortal, y que el hombre no es mas que mentira y vanidad.

Finalmente, si necesitara de nuevas pruebas para mí a unto, os manifestaria quan gloriosa es la Fé para el hombre por parte de los grandes modelos que propone á nuestra imitacion. Acordaos de Abraham, de Isaac, y de Jacob, decían en otro tiempo los Judíos á sus hijos: Acordaos de aquellos hombres santos que os han precedido, los que por su fé han merecido un testimonio tan glorioso, decía San Pablo á los fieles, (a) despues de haberlos contado de siglo en siglo, en aquel excelente capítulo de su Carta á los Hebreos, sus nombres, y las mas maravillosas circunstancias de su vida.

Esta es la utilidad de la Fé Christiana: acordaos de todos los grandes hombres que han vivido sujetos á ella en todos los siglos: Principes magnánimos, Conquistadores religiosos, Pastores venerables, Filósofos ilustrados, Mártires gloriosos, Anacoretas penitentes, Virgenes puras y constantes, y Heroes en todo géne-

(a) *Hebr. ii. v. 39.*

ro de virtud. La Filosofía enseñaba una sabiduría pomposa, pero el Sabio que ésta pretendia formar, no se hallaba en parte alguna; pero en la Fé, ¡qué multitud de testigos, qué tradicion continuada de heroes Christianos desde la sangre de Abél hasta nosotros!

Ahora, pues, os pregunto: ¿Os avergonzareis de seguir las pisadas de tantos hombres ilustres? Poned á un lado todos los grandes hombres que la Religion ha dado al mundo en todos los siglos, y á otro el corto número de espíritus perversos y desesperados que ha producido la incredulidad: ¿Os parece mas glorioso el seguir este último partido, y tomar por vuestra guía y modelo aquellos hombres, de cuyo nombre no nos podemos acordar sin horror; aquellos monstruos, que por pura permission de la providencia produjo la naturaleza de tiempo en tiempo, que seguir á los Abrahams, los Josephes, los Moyses, los Davides, los hombres Apostólicos, y los justos del antiguo y nuevo Testamento? Contemplad, si podeis, este paralelo. ¡Ah! en otro tiempo, decía San Gerónimo, aunque con distinto motivo, si juzgais que voy errado, tengo por cosa gloriosa el engañarme siguiendo á tales guías: *Si me deprehenderit errantem, parcere me, quaso, errare cum talibus.*

Y ahora, Católicos, permitidme que dexando por un instante á los incrédulos, diga á vosotros mis palabras. La incredulidad declarada podrá ser un vicio raro entre nosotros; pero no es menos rara la sencillez de la fé; nos horrorizaria sin duda el separarnos de la creencia de nuestros padres; pero queremos criticar su buena fé: No dudamos del fundamento de nuestros misterios; pero obedecemos como Filósofos, imponiendonos nosotros mismos el yugo, callando las verdades santas, abrazando unas como razonables, disputando de otras, y midiendolas con nuestras débiles luces; y nuestro siglo con especialidad está lle-

no de estos medio fieles, que con pretexto de separar de la Religion lo que la credulidad, ó las preocupaciones la pueden haber añadido, quitan á la fé todo el mérito de la sumision.

Pero, Católicos, la santidad de nuestra fé quiere que no habéis de ella sino con una religiosa circunspeccion. La fé es una virtud casi tan delicada como la castidad; qualquiera duda, qualquiera palabra la ofende; un leve soplo, por decirlo así, la mancha: Y con todo eso, ¿qué libertades no se usan hoy en las conversaciones acerca de lo mas respetable que se halla en la fé de nuestros padres? ¡Ah! en la ley antigua no podia el hombre tomar en su boca el solo nombre de el Señor, y hoy lo mas augusto de la Religion es el asunto de las conversaciones mundanas: de todo se habla, y en todo se decide con libertad. Unos hombres vanos, de un talento superficial, sin mas conocimiento de la Religion que algo mas de temeridad que los ignorantes y el pueblo; sin mas ciencia que unas dudas vulgares y comunes, las que han aprendido, pero no las han formado; unas dudas, tantas veces aclaradas, y que solo parece que subsisten para honra de la verdad; unos hombres, que con una vida distraída, jamás han dedicado una hora de atencion seria á las verdades de la Religion, cortan, y deciden en unos puntos, para los que apenas bastaria una vida entera, dedicada al estudio, y acompañada de talento y devocion.

Tambien algunas personas de un sexó, en el que su mayor mérito debiera ser la ignorancia en ciertos puntos, en los que, á lo menos, la educacion y el bien parecer piden que aunque sepan, afecten ignorar: Unas personas que tienen mas conocimiento del mundo que de Jesu-Christo, que no saben de la Religion ni aun lo que deben saber para reglar sus costumbres, proponen dificultades, y quieren que se

se las expliquen; temen excederse en la creencia, dudan de todo menos de sus miserias, y del visible desorden de su vida. ¡Oh Dios! De este modo entregáis los pecadores á la vanidad de sus pensamientos, y permitís que los que quieren ver con demasiada claridad vuestros adorables secretos, nunca se conozcan á sí mismos. La Fé, pues, es gloriosa para el hombre, como habeis visto. Solo resta probar que le es necesaria.

TERCERA PARTE.

LA necesidad de la Fé es entre todos sus caractéres el que hace mas inexcusable al incrédulo. Los demás motivos de que nos valem para atraerle á la verdad le son como estraños, por decirlo así; pero éste se saca de su propio caudal, quiero decir, del mismo carácter de su corazon.

Digo, pues, que la Fé es absolutamente necesaria al hombre en los oscuros caminos de esta vida, porque su razon es flaca, y es necesario ayudarla; porque está corrompida, y es preciso curarla; porque está vacilante, y es menester fijarla. La Fé, pues, es el unico socorro que la ayuda y aclara, el remedio que la cura, el freno y la regla que la sujeta y la fija. Escuchadme aun por un breve rato, que no seré molesto.

Digo en primer lugar, que la razon es flaca, y que necesita de socorros: ¡Ah Católicos! No nos conocemos ni á nosotros mismos, ni á quanto existe fuera de nosotros. Ignoramos como hemos sido formados, los grados imperceptibles con que nuestro cuerpo recibió la formacion y la vida, los infinitos resortes y el divino artificio que hace mover toda nuestra máquina. Aquella ilustre madre de los Machábéos decia antiguamente

guamente á sus hijos: Yo no sé como aparecisteis en mis entrañas: yo no os di el alma, el espíritu, ni la vida que en ellas recibisteis; yo no dispuse la maravillosa estructura de vuestros miembros, ni coloqué cada uno en su lugar; la mano invisible del Autor del universo fue la que lo hizo todo. *Nescio qualiter in utero meo apparuistis: nec enim ego spiritum & animam donavi vobis, & vitam, & singulorum membra non ego ipsa compegi: sed mundi Creator, qui formavit hominis nativitatem.* (a) Solamente nuestro cuerpo es ya un misterio en que el entendimiento humano se pierde y se confunde, y cuyos secretos jamás conocerá, y solo el que presidió á su formación puede conocerlos.

Tampoco conocemos aquel soplo de la Divinidad que nos anima, aquella porción de nosotros mismos que nos hace capaces de amar y de conocer. No sabemos como se forman sus deseos, sus temores, sus esperanzas, ni como ella puede subministrarse á sí misma sus ideas y sus imágenes. Nadie hasta ahora ha podido comprender como este sér espiritual, tan distante por su naturaleza de la materia, se ha podido unir á ella en nosotros con unos lazos tan indisolubles; como estas dos substancias no forman mas que un mismo todo; y como son comunes á ambas los bienes y los males. Nosotros somos un misterio para nosotros mismos, como decía San Agustín; y aun nos costaría trabajo el decir en qué consiste esta vana curiosidad que quiere saberlo todo, y cómo se formó en nuestra alma.

En lo exterior no hallamos mas que enigmas. Vivimos como extranjeros en la tierra, y entre objetos

(a) 2. Machab. 7. v. 22. & 23.

que no conocemos. La naturaleza es para el hombre un libro cerrado, y parece que el Criador para confundir la soberbia humana quiso cubrir de tinieblas la superficie de este abismo.

Levantad los ojos, ó hombres, contemplad aquellos grandes cuerpos de luz que están colgados sobre vuestra cabeza; que nadan, digamoslo así, en esos espacios inmensos en que vuestro entendimiento se anega. ¿Quién formó el Sol, dice Job, y quién dió nombre á la infinita multitud de estrellas? Comprehended, si quereis, su naturaleza, su uso, sus propiedades, su situación, su distancia, sus apariciones, y la igualdad ó desigualdad de sus movimientos. Nuestro siglo ha descubierto algo, esto es, ha conjeturado algo mejor que los siglos anteriores; pero qué es lo que hemos averiguado, si se compara con lo que todavía ignoramos.

Baxad á la tierra, y decidnos, si es que lo sabeis, ¿quién detiene á los vientos en los lugares en que están encerrados? ¿Quién dirige el curso de los rayos y de las tempestades? ¿Cuál es el fatal punto que pone límites al ímpetu de las olas de la mar? ¿Y cómo se forma el prodigio tan regular de sus movimientos? Explicadnos los efectos prodigiosos de las plantas, metales y elementos; averiguad cómo se purifica el oro en las entrañas de la tierra; explicad, si podeis, el infinito artificio que entra en la formación de los insectos que vemos arrastrar sobre la tierra; dadnos la razón de los diferentes instintos de los animales; á qualquiera parte que os volváis, no os ofrece la naturaleza mas que enigmas; ¡ó hombres! ¿No conoceis los objetos que teneis á vuestra vista, y quereis ver con claridad las eternas profundidades de la Fé? La naturaleza es para vosotros un mysterio, ¿y querriais una Religión que no los tuviese? ¿Ignorais los secretos del hombre, y quereis conocer los secretos de Dios? ¿No

os conoceis á vosotros mismos, y quisierais profundizar lo que tanto os excede? El Universo, que Dios entregó á vuestra curiosidad, y á vuestras disputas, es un abismo en que os perdeis, ¿y quisierais que en los Misterios de la Fé, los que solamente ha expuesto á vuestra docilidad y á vuestro respeto, no hubiese nada que se ocultase á vuestras débiles luces? ¿Qué desorden! Si exceptuando la Religion todo lo demás fuera perceptible, tendríais alguna aparente razon para desconfiar de sus tinieblas, pero supuesto que aun en lo exterior todo es obscuro para vosotros, el secreto de Dios, dice San Agustín, debe hacerlos mas respetuosos y mas atentos, pero no mas incredulos: *Secretum Dei intentos debet facere, non adversos.* (a)

Fundase, pues, primeramente la necesidad de la Fé en la flaqueza de la razon; pero al mismo tiempo se funda tambien en que ésta está profundamente viciada. Y á la verdad, ¿qué cosa habia mas natural para el hombre que el conocer á su Dios, al autor de su sér y de su felicidad, su principio y su fin? ¿Que el adorar su sabiduría, su poder, su bondad, y todas las divinas perfecciones, de las que gravó tan profundas y tan bien impresas señales en su obra? Estas luces nacieron con nosotros; con todo eso, recorred los siglos de la tinieblas y de la supersticion, que precedieron al Evangelio, y ved hasta qué punto degradó el hombre á su Criador, y con quién comparó á su Dios. No hay cosa tan despreciable entre las criaturas de que su impiedad no se fabricase dioses, y el hombre fue la mas noble divinidad que adoró el hombre.

Si pasais de la Religion á la moral, todos los principios de la equidad natural estaban borrados, y el hombre no llevaba ya escrita en su corazon la obra de aquella ley que en él habia gravado la naturaleza. Platón, aquel

(a) *Trañt. 28. in Joann.*

aquel hombre tan sabio, que segun San Agustín se acercó tanto á la verdad, pretendió no obstante aniquilar la santa institucion del matrimonio, y permitiéndolo una brutal confusion entre los hombres, confundia los nombres y los derechos paternos, que la misma naturaleza ha respetado siempre, aun entre los animales, y daba á la tierra unos hombres absolutamente ignorantes de su origen, que todos, por decirlo asi, naciesen sin padre, y por consiguiente sin union, sin amor, sin afecto, sin humanidad, todos expuestos á ser incestuosos, ó parricidas sin saberlo.

Otros enseñaron á los hombres que el soberano bien consistia en el deleyte, ¿y cuál pudo ser la intencion del primer Autor de esta secta? Es evidente que sus discipulos no buscaban mas felicidad que la de las bestias; las vergonzosas disoluciones se hicieron máximas de Filosofia. Roma, Athenas, Corinto vieron en sus ciudades tales excesos, que no parecian hombres. Aun es poco esto. Los mas abominables vicios se vieron allí consagrados; se les levantaron templos y altares; la deshonestidad, el incesto, la crueldad, la perfidia, y los mas vergonzosos delitos fueron ensalzados á divinidades; el culto llegó á ser un desorden y una pública prostitucion; y unos dioses tan malvados no se honraban sino con culpas; y el Apostol que nos lo refiere cuida de advertirnos, que este desorden no existia solamente entre el pueblo, sino tambien entre los Sabios y Filósofos, que se habian extraviado con la vanidad de sus discursos, y á quienes Dios habia entregado á los corrompidos deseos de su corazon. ¡Oh Dios mio! Quando permitisteis que la sabiduría humana cayese en tan monstruosos desordenes, quisisteis enseñar al hombre que la razon sola, entregada á sus propias tinieblas, es capaz de todo, y que ella no puede guiarse á sí misma sin caer en unos abismos de donde solamente vuestra Fé, y vuestra luz puede sacarla.

Finalmente, si el estar viciada la razon nos dá á conocer la necesidad que tenemos de un remedio que la cure; sus inconstancias y sus eternas variedades enseñan tambien al hombre que no puede vivir sin un freno y una regla que la fixe.

Y si fuera permitido á la brevedad de un discurso el decirlo todo, os refiriera aqui las vanas disputas, las infinitas cuestiones, y las opiniones diferentes que antiguamente dividieron las escuelas de la Filosofía Pagana. Y no juzgueis que esto era en aquellas materias que parecia haberlas entregado Dios á las disputas de los hombres, sino sobre la naturaleza del mismo Dios, sobre su existencia, sobre la inmortalidad del alma, y sobre la verdadera felicidad.

Unos dudaban de todo; á otros les parecia que todo lo sabian; unos no querian Dios alguno, otros se los fabricaban á su fantasía; esto es, algunos pensaban que era un Dios ocioso, que miraba con indiferencia todas las cosas humanas, que dexaba tranquilamente á la casualidad el gobierno de su propia obra, como si fuera un cuidado indigno de su grandeza, é incompatible con su descanso; otros le tenian por esclavo de los hados, y sujeto á unas leyes que él mismo no se habia impuesto; unos creían que estaba incorporado con todo el Universo, que era el alma de este vasto cuerpo, y parte de un mundo que todo es obra suya. No sé lo que diga, pues no puedo decirlo todo. Quantas eran las escuelas, otras tantas eran las opiniones en un punto tan esencial. Quantos siglos ha habido, otras tantas han sido las extravagancias acerca de la inmortalidad y naturaleza del alma; en unas partes la tubieron por un conjunto de átomos, en otras por un fuego sutil; unos decian que era un ayre delicado; en otra escuela se enseñaba que era una porcion de la Divinidad; unos la hacian morir con el cuerpo; otros la hacian vivir antes que el cuerpo; algunos la hacian pasar de un cuerpo á otro, del hom-

bre

bre al del caballo, de la condicion de una naturaleza racional, á la de los animales incapaces de razon. Tambien hubo quien enseñase que la verdadera felicidad del hombre se hallaba en los sentidos; muchos la pusieron en el entendimiento; otros creían hallarse solamente en la reputacion y en la fama; muchos en la inaccion y en la pereza; y lo mas deplorable es, que la existencia de Dios, su naturaleza, la inmortalidad del alma, el fin y la felicidad del hombre, puntos todos tan esenciales para su destino, tan importantes para su eterna felicidad ó desdicha, eran no obstante unos problemas, que por ambos partidos solamente estaban destinados á dividir el ocio de las escuelas, y la vanidad de los sofistas, y unas cuestiones inútiles, en las que nadie se interesaba por averiguar la verdad, sino solamente por la gloria de haber vencido; así ¡ó gran Dios! os burlabais de la sabiduría de los hombres.

Si entramos en los siglos christianos, ¿quién podrá referir aquí aquella infinita variedad de sectas, que en todos los tiempos han dividido la unidad por seguir estrañas doctrinas? ¿Qué abominaciones las de los Gnosticos? ¿Qué extravagancias las de los Valentinianos? ¿Qué fanatismo el de Montano? ¿Y qué contradicciones las de los Manichéos? Registrad todos los siglos uno á uno, y como es necesario que haya heregías para probar á los justos, vereis que en cada edad ha sido la Iglesia tristemente despedazada por ellas.

Basta el acordarse de las disensiones del siglo pasado. Despues que nuestros hermanos se separaron de nosotros, ¿qué monstruosa variedad no se observa en su Doctrina? ¿Quantas sectas han nacido de una secta? ¿Quantas asambleas particulares de un mismo scisma? *Aquel illustre Reyno (*) que nos era tan amado por su vecindad, por sus desgracias, y por unos augustos y sagrados la-*

(*) Inglaterra.

zos, (**). ¿á cuántos diferentes partidos sobre la Religion se halla hoy entregado? ¿Con cuántas opiniones y sectas se halla hoy despedazada aquella Iglesia tan venerable, y en otro tiempo tan fecunda de Santos? Allí cada uno es para sí mismo su ley, y su juez; y la Religion dominante es, por decirlo así, el no tener ninguna. ¡Oh fé! ¡Oh don de Dios! ¡Oh luz divina que vienes á iluminar un lugar obscuro, y qué necesaria eres para el hombre! ¡Oh regla infalible baxada del cielo, y dada en deposito á la Esposa de Jesu-Christo, siempre la misma en todos los siglos, siempre independiente de los lugares, de los tiempos, de las naciones, y de los intereses, y como es preciso que sirvas de freno á las eternas inconstancias del espíritu humano! ¡Oh columna de fuego, tan oscura y luminosa al mismo tiempo, y cuánto importa el que siempre guies el campo del Señor, el tabernáculo y las tiendas de Israel por entre los peligros del desierto, los escollos, las tentaciones, y los caminos oscuros y desconocidos de esta vida!

¿Qué utilidad sacareis vosotros, Católicos, de este discurso, y qué podré deciros para concluir? Vosotros decís que teneis fé, manifestad vuestra fé por vuestras obras. ¿De qué os habrá servido el creer, si vuestras costumbres han desmentido vuestra creencia? El Evangelio aun es mas Religion de corazon, que de entendimiento. La fé de los verdaderos Christianos no es una simple sujecion de la razon, es un piadoso movimiento del alma; es un continuo deseo de ser semejantes á Jesu-Christo; es una aplicacion infatigable á destruir quanto se halla en nosotros opuesto á la vida de la fé. Hay una incredulidad de corazon tan peligrosa para la salud eterna como la del entendimiento. Un hombre que

(**) Jacobo II. Rey de Inglaterra, y la Reyna su mujer estaban en S. German de Layes.

que se obstina en no creer, despues de todas las pruebas de la Religion, es un monstruo que horroriza; pero un Christiano que cree, y vive como si no creyese, es un insensato cuya locura es incomprehensible: El uno se condena como desesperado; el otro como insensato, que se dexa llevar tranquilamente de las olas, y que cree poder salvarse de este modo. Haced, Católicos, cierta vuestra fé con vuestras obras, y si os horrorizais solo con oír nombrar al impío, horrorizais tambien de vosotros; pues la fé nos enseña que la suerte del mal Christiano no será diferente de la suya, y que tendrá el mismo destino que los infieles. *Partem ejus cum infidelibus ponet.* Conformad vuestra vida con vuestra creencia. Esta es la fé de los justos, y la única á quien están hechas las promesas eternas. Amen.



SERMON

PARA EL VIERNES

DESPUES DE CENIZA,
SOBRE EL PERDON DE LAS
injurias.

Audistis quia dictum est antiquis : Diliges proximum tuum, & odio habebis inimicum tuum. Ego autem dico vobis : Diligite inimicos vestros.

Habéis oído qué se dixo á los antiguos: Amarás á tu próximo, y aborrecerás á tu enemigo. Pero yo os digo: Amad á vuestros enemigos. *Matth. 5. v. 43. & 44.*

Comunmente se cree que el Legislador de los Judios usó de una especie de condescendencia y de cuidado al tiempo de publicar la ley del perdon de las ofensas, y que obligado á contemporizar con la flaqueza de un pueblo carnal, y persuadido además de esto á que entre

tre todas las virtudes el amor de los enemigos era la que costaba mas repugnancia al corazon del hombre, se contentó con feclar la venganza, y ponerla limites; no porque quisiese con esto, como dice San Agustin, autorizar los males menores, para precaver los mayores excesos. Esta ley, como todas las demás, tenia su santidad, su bondad, y su justicia; pero mas era un estatuto político, que una regla de piedad: Era muy á propósito para mantener la tranquilidad exterior del estado; pero no tocaba al corazon, y no llegaba á la raíz de los rencores y de las venganzas. Con ella solo se intentaba contener al agresor, amenazandole con la misma pena con que él hubiese molestado á su hermano; ó poner freno á lo sensible de la ofensa, dexandole el temor de que si se excedia en la satisfaccion, se exponia á padecer él mismo el exceso de su venganza.

Aun la Moral de los Filósofos habia puesto el perdon de las ofensas en el número de las virtudes; pero esto mas era pretexto de vanidad, que regla de disciplina; y consistia en que les parecia que la venganza tenia en sí no sé que baxeza, que hubiera desfigurado el retrato y la soberbia tranquilidad de su sabiduría; y porque les parecia cosa vergonzosa el no poderse manifestar superiores á una ofensa. Y así el perdon de los enemigos solo se fundaba en el desprecio que de ellos se hacia. Se vengaban, menospreciando la venganza; y la soberbia facilmente se desquitaba del gusto de vengarse de los que los habian ofendido, en la gloria que se sentia en despreciarlos.

Pero la ley del Evangelio en orden al amor de los enemigos no lisongea á la soberbia, ni condesciende con el amor propio. El Christiano no debe hallar mas consuelo en perdonar las ofensas, que el de obedecer é imitar á Jesu-Christo, los títulos que en un enemigo le presentan un hermano; y la esperanza de

SERMON

PARA EL VIERNES

DESPUES DE CENIZA,
SOBRE EL PERDON DE LAS
injurias.

Audistis quia dictum est antiquis : Diliges proximum tuum, & odio habebis inimicum tuum. Ego autem dico vobis : Diligite inimicos vestros.

Habéis oído qué se dixo á los antiguos: Amarás á tu próximo, y aborrecerás á tu enemigo. Pero yo os digo: Amad á vuestros enemigos. *Matth. 5. v. 43. & 44.*

Comunmente se cree que el Legislador de los Judios usó de una especie de condescendencia y de cuidado al tiempo de publicar la ley del perdon de las ofensas, y que obligado á contemporizar con la flaqueza de un pueblo carnal, y persuadido además de esto á que entre

tre todas las virtudes el amor de los enemigos era la que costaba mas repugnancia al corazon del hombre, se contentó con feclar la venganza, y ponerla limites; no porque quisiese con esto, como dice San Agustin, autorizar los males menores, para precaver los mayores excesos. Esta ley, como todas las demás, tenia su santidad, su bondad, y su justicia; pero mas era un estatuto político, que una regla de piedad: Era muy á propósito para mantener la tranquilidad exterior del estado; pero no tocaba al corazon, y no llegaba á la raíz de los rencores y de las venganzas. Con ella solo se intentaba contener al agresor, amenazandole con la misma pena con que él hubiese molestado á su hermano; ó poner freno á lo sensible de la ofensa, dexandole el temor de que si se excedia en la satisfaccion, se exponia á padecer él mismo el exceso de su venganza.

Aun la Moral de los Filósofos habia puesto el perdon de las ofensas en el número de las virtudes; pero esto mas era pretexto de vanidad, que regla de disciplina; y consistia en que les parecia que la venganza tenia en sí no sé que baxeza, que hubiera desfigurado el retrato y la soberbia tranquilidad de su sabiduría; y porque les parecia cosa vergonzosa el no poderse manifestar superiores á una ofensa. Y así el perdon de los enemigos solo se fundaba en el desprecio que de ellos se hacia. Se vengaban, menospreciando la venganza; y la soberbia facilmente se desquitaba del gusto de vengarse de los que los habian ofendido, en la gloria que se sentia en despreciarlos.

Pero la ley del Evangelio en orden al amor de los enemigos no lisongea á la soberbia, ni condesciende con el amor propio. El Christiano no debe hallar mas consuelo en perdonar las ofensas, que el de obedecer é imitar á Jesu-Christo, los títulos que en un enemigo le presentan un hermano; y la esperanza de

hallar en el juez inmortal la misma indulgencia que él hubiere usado con los hombres. Su caridad no debe tener límites, porque la caridad no los tiene: No conoce excepción de lugares, ni de tiempos, ni de personas, y nunca debe apagarse. Y aun quando la religion de los Christianos no tubiera mas prueba contra la incredulidad que lo grande de esta máxima, tendria siempre este grado de santidad, y por consiguiente de verosimilitud, sobre las sectas que se han visto en el mundo.

Manifestemos, pues, los motivos y las reglas de este esencial punto de la ley: Los motivos, probando la equidad del precepto, con los mismos pretextos que parece le impugnan: Las reglas, descubriendo la ilusión con que cada uno justifica en sí mismo las infracciones. Esto es, la injusticia de nuestros ódios, y la falsedad de nuestras reconciliaciones. Imploramos, &c. *Ave Maria.*

PRIMERA PARTE.

Los tres principios mas comunes que unen á los hombres entre sí, y que forman todas las conexiones y amistades humanas, son el gusto, la concupiscencia, y la vanidad. El gusto: Seguimos cierta inclinacion de la naturaleza, la que haciendo nos hallar en alguna persona mas semejanza con nuestras inclinaciones, y aun acaso mas complacencia en nuestros defectos, nos une á ella, y nos hace hallar en su trato una suavidad, que se muda en enfado para con los demás hombres. La concupiscencia: Buscamos amigos utiles; estos son merecedores de nuestra amistad desde el punto que son necesarios para nuestros placeres, ó para nuestra fortuna. El interés es un grande atractivo para la mayor parte de los co-

razones: Los títulos que nos hacen poderosos, se mudan muy presto en qualidades que nos hacen parecer amables; y jamás faltan amigos á los que pueden pagar la amistad de los que los aman. Finalmente, la vanidad: siempre estimamos á los amigos que nos honran; con tener su amistad nos parece que participamos de la distincion que ellos tienen en el mundo; queremos adornarnos con su reputacion, por decirlo así; y no pudiendo llegar á su mérito, nos honramos con su compañía, para dár á entender, á lo menos, que no hay mucha distancia de ellos á nosotros, y que solamente gustamos de nuestros semejantes.

Estos son los tres poderosos lazos de las amistades humanas. La religion, y la caridad á casi nadie juntan; y de aqui proviene que luego que los hombres nos disgustan, que no son favorables á nuestros intereses, ó que ofenden nuestra reputacion y nuestra vanidad, se rompen los lazos humanos y fragiles que nos unian á ellos, se aparta de ellos nuestro corazon, y no halla en ellos mas que sentimiento y amarguras; y estos son los tres mas universales principios de los rencores que entre sí mantienen los hombres, los que de las dulzuras de la sociedad hacen una carnicería eterna, que emponzoñan todo el gusto de las conversaciones, y toda la inocencia de los comercios, y que combatiendo á la Religion en lo vivo, se nos presentan, no obstante, baxo de unas apariencias de equidad, que los justifican á nuestra vista, y nos tranquilizan.

Dixe, luego que los hombres nos disgustan; y este es el primer pretexto y la primera raíz de nuestra desunion, y de nuestros rencores para con nuestros proximos. Decís que sois incompatibles con aquella persona; que en ella todo os disgusta y enfada; que la tenéis una antipatia, de que no sois dueños; que todas sus acciones son las más propias para enfadaros;

que el verla no serviría mas que de aumentar la natural aversion que la teneis; y que la naturaleza ha puesto en nosotros rencores y amores, semejanzas y aversiones de las que solo ella puede dár razon.

A esto pudiera desde luego responderos, estableciendo los fundamentos de la Doctrina Christiana en orden al amor de nuestros proximos. ¿Aquel hombre, aunque os desagrade, aunque no sea de vuestro gusto, dexa de ser vuestro hermano, hijo de Dios, ciudadano del cielo, miembro de Jesu-Christo, y heredero de las eternas promesas? ¿Su condicion y su genio, sea el que fuere, borra alguna de aquellas augustas señales que recibió en el Sagrado Bautismo, que le unen á vosotros con lazos divinos é inmortales, y os le deben hacer amable y respetable? ¿Quando Jesu-Christo nos manda amar á nuestros proximos como á nosotros mismos, quiere acaso imponer un precepto que no cueste repugnancia al corazon, y en cuyo cumplimiento no hallemos pena ni dificultad? ¡Ah! ¿Qué necesidad habia de que nos mandase amar á nuestros proximos, si en virtud de este precepto solamente estubieramos obligados á amar á aquellos que nos agradan, y para con los que sentimos una inclinacion natural? En este particular no necesita el corazon de preceptos; él mismo es su propia ley. El precepto, pues, supone dificultad de nuestra parte. Jesu-Christo previó que nos habia de costar trabajo el amar á nuestros proximos, que habiamos de hallar en nosotros antipatías y repugnancias que nos apartarian de ello, y por eso unió tan gran mérito á la observancia de este solo punto, y nos declaró tantas veces que en su observancia consistia la de toda ley: luego la aversion á nuestros proximos, lejos de justificar nuestro despego para con ellos, nos hace mas precisa la obligacion de amarlos, y nos pone personalmente en el caso del precepto. Pero además de esto, ¿un
Chris-

Christiano se debe gobernar por el gusto y por el genio, ó por los principios de la razon, de la fé, de la religion, y de la gracia? ¿Y desde cuándo el gusto natural, contra el qual nos manda pelear el Evangelio, se ha hecho privilegio que nos exima de sus reglas? Si la repugnancia que sentimos á nuestras obligaciones fuera título de excepcion, ¿qué fiel no estaria dispensado de toda la ley? Y quanto mas desarreglado tubiera su corazon, mas facilmente hallaria en él su justificacion y su inocencia. ¿Consiste, por ventura, nuestra ley en nuestros gustos? ¿Acaso la religion es el descanso, y no el remedio de la naturaleza? ¿no se tiene por flaqueza, aun segun el mundo, el no reglar nuestros pasos y nuestros pensamientos, nuestros ódios, y nuestros amores para con los demás hombres, mas que por la extravagancia de un gusto de que no podemos nosotros darnos razon á nosotros mismos? ¿Y esta especie de hombres honran, no digo á la religion, pero ni aun á la humanidad? ¿No sirven, aun al mismo mundo, de un espectáculo de desprecio, de irrision, y de censura? ¿Qué confusion sería la sociedad, si solamente el gusto decidiera de las obligaciones y respetos, y si no hubiera otra ley que uniese á los hombres entre sí? ¿Pues si las reglas de la sociedad piden que no sea el gusto solamente el unico principio de nuestra conducta para con los demás hombres, habia de ser el Evangelio mas indulgente en este punto? ¿El Evangelio que nos predica que nos neguemos á nosotros mismos? ¿El Evangelio que nos manda que en todo nos violentemos, y que nos opongamos á nuestros gustos y aficiones? ¿El Evangelio, finalmente, que quiere que el fin de nuestras acciones sea superior á la carne y á la sangre, y que sacrifiquemos á la santidad de la fé, y á lo sublime de sus reglas, no solamente nues-
tras

tras voluntariedades, sino tambien vuestras mas legitimas inclinaciones?

Luego es necesidad el alegar por excusa la aversion á vuestro próximo, quando ésta es vuestro mismo delito. Os quexais de que vuestro próximo os desagrada, y que no está en vuestra mano el sufrirle y contemporizar con él, ¿pero os parece que vosotros no desagradareis á nadie? ¿Nos podreis asegurar que gustais á todo el mundo, y que todos os aplauden y aprueban vuestra conducta? Pues si quereis que os disimulen lo molesto de vuestras acciones, atendiendo á la sencillez de vuestro corazon, y á las qualidades esenciales de que os preciais; si os parece ageno de razon el enfadarse por ciertas vagatelas, y por algunas prontitudes de que muchas veces no somos dueños; si quereis que se juzgue de vosotros por la conducta, por la realidad, y por la rectitud de vuestros procederes, y no por aquellas acciones que son efecto de la indisposicion del ánimo, en orden á las que es imposible estar siempre alerta contra sí mismo, usad de la misma equidad con vuestro próximo; applicaos á vosotros la misma regla; sufridle del mismo modo que vosotros teneis necesidad de que os sufran; y no justifiqueis vuestro desvio con las injustas aversiones que pueden tener para con vosotros mismos. Y esta regla es mas equitativa, porque basta mirar lo que sucede todos los dias en el mundo, para quedar convencidos de que los que mas publican los defectos de sus próximos son los mas insufribles, el terror de la sociedad, y los mas molestos á los demás hombres.

Y aqui pudiera preguntaros, amados oyentes míos, ¿si esa oposicion que os hace tan insufrible vuestro hermano, no depende mas de vosotros, esto es, de vuestra soberbia, de la extravagancia de vuestro humor, y de la incompatibilidad de vuestro genio, que de él? Quisiera preguntaros, ¿si todo el mundo vé en él lo que
os

os parece que veis vosotros? ¿si sus amigos, sus parientes, y sus iguales le miran con los mismos ojos que vosotros? Y aun quisiera preguntaros, ¿si no son sus buenas prendas lo que en él os desagrada? ¿Si no mueven mas la aversion que le teneis, sus talentos, su reputacion, su fama, y su fortuna, que sus defectos? ¿Y si no ha sido hasta ahora todo su pecado para con vosotros la clase en que se halla, ó el mérito que le adorna? Muy facil es el engañarse á sí mismo en este punto; la envidia es una pasion que tiene grande habilidad para disfrazarse; como esta pasion es en sí vil y cobarde, y nos manifiesta interiormente nuestra baxeza, siempre se nos presenta con exterioridades estrañas que nos las ocultan; pero registrad bien vuestro corazon, y hallareis que todos aquellos sugetos que os hacen sombra, ó que son mas estimados que vosotros, tienen la desgracia de desagradaros; que solamente estimais á los que nada os pueden disputar: que todo lo que os excede ó iguala, os enfada y molesta, y que para poder aspirar á vuestra amistad, es necesario no formar derecho alguno á vuestras pretensiones ni á vuestras esperanzas.

Pero paso mas adelante, y os suplico que me esteis atentos. Quiero concederos que vuestro próximo tiene aun mas defectos de los que le imputais. ¡Ah! Sois tan benignos y cariñosos con aquellos de quienes esperais vuestra fortuna y vuestra colocacion, siendo así que su genio, su soberbia, y sus modales os irritan; sufrís su altivez, sus desayres, y sus desprecios; disimulais sus inconstancias y sus desigualdades, y no desistís por eso; siempre es vuestra paciencia mas fuerte que vuestra oposicion y repugnancia, y nada dexais de hacer por agradarlos? ¡Ah! Si mirarais á vuestro proximo como á aquel de quien depende vuestra eterna salud, como á quien sois deudor, no de una fortuna de barro y pedercedera, sino de la misma dicha de vuestra eternidad, ¿seguiriais para con él la extravagancia de vuestro gusto?
¿No

¿No venceriais la injusta oposicion que os separa de él? ¿Os costaria tanto trabajo el convinar vuestras inclinaciones con vuestros intereses eternos, y el hacerlos una violencia util y necesaria? ¿Nada reusais padecer por el mundo y por la vanidad, y teneis por injusticia el que se os pida unicamente que deis un paso trabajoso por la eternidad?

Y no me digais que estas son unas repugnancias de la naturaleza, de las que no podemos dár razon, y que nosotros no somos dueños de nuestros gustos y de nuestras pasiones, porque aunque en parte decís bien, hay otro amor de la razon, y de la religion, que debe siempre vencer á la naturaleza. El Evangelio no os pide que os guste vuestro hermano, lo que os pide es que le améis; esto es, que le sufrais, que le escuseis, que oculteis sus defectos, que le sirvais, en una palabra que hagais por él lo que quisierais que los demás hicieran por vosotros. No consiste la caridad en un gusto ciego y antojadizo, en una inclinacion natural, en una simpatia de genios y temperamentos, sino en un amor justo, ilustrado, racional, en un amor que nace de los movimientos de la gracia, y de los fines de la fé: El amar á nuestros próximos solamente por gusto, no es propriamente amarlos; esto es amarse á sí mismo: Solamente la caridad es quien hace que los amemos como se debe, y la que puede formar amigos sólidos y verdaderos: Porque el gusto continuamente se muda, y la caridad nunca muere: El gusto se busca á sí mismo, y la caridad no mira mas intereses que los del objeto que ama: El gusto no resiste á una pérdida, á un mal proceder, á una desgracia, y la caridad es mas fuerte que la muerte: El gusto solamente ama lo que le acomoda, y la caridad se acomoda á todo, y todo lo sufre por el objeto amado: El gusto es ciego, y muchas veces nos hace amables los vicios de nuestros próximos, y la caridad nunca aplaude la iniquidad, y solo ama la verdad en los demás hombres; luego son mucho mas cons-

tan-

tantes los amigos que nos dá la gracia, que los que hace la inclinacion natural, pues el mismo gusto que une los corazones, muchas veces en el instante siguiente los separa; pero los lazos formados por la caridad duran eternamente. La injusticia é inconstancia de nuestro gusto es el primer principio de nuestro amor y de nuestro aborrecimiento; el segundo es el interés, porque no hay cosa mas freqüente que el oíros justificar vuestros rencores, diciendonos que tal persona no ha omitido diligencia alguna para perderos; que ha trastornado vuestra fortuna; que todos los dias os está armando nuevos lazos: que en todos los negocios os encontrais con él, y que es cosa muy dificil el haber de amar á un enemigo tan declarado contra vosotros.

Pero supongo que decís verdad, y os respondo. ¿Por qué quereis añadir á los demás males que os ha hecho vuestro próximo, el de aborrecerle, que es el mayor de todos; pues con los demás solo ha conseguido quitaros unos bienes frívolos y perecederos, y este pierde vuestra alma, y os priva para siempre del derecho que teneis al reyno inmortal? Mas daño os haceis á vosotros mismos aborreciendolo, que quanto pudo hacerlos toda su malicia. Quiero concederos que ha trastornado vuestra fortuna temporal; pero si vosotros le aborreceis, trastornais todo el fundamento de vuestra salud eterna: demos que os ha usurpado el patrimonio de vuestros padres; pero para vengaros es preciso que renunciéis la herencia del Padre Celestial, y el eterno patrimonio de Jesu-Christo: luego viene á caer la venganza sobre vosotros mismos, y para consolaros en los males que os ha hecho vuestro próximo, os disponeis á vosotros mismos un mal sin fin y sin medida.

Además de esto; ¿el odio á vuestro próximo os restituye las utilidades que él os ha quitado? ¿Mejorais así de condicion? ¿Qué provecho sacais de vuestro rencor y sentimiento? Os consolais, decís, con aborre-

Tomo III.

N

cer-

cerle, y este es el único consuelo que os queda, ¿pero qué consuelo es ¡gran Dios! el del aborrecimiento? ¿esto es, el de una pasión infame y violenta, que despedaza el corazón, que derrama la inquietud y la tristeza en vuestras almas, y que empieza castigándonos y haciéndonos infelices? ¿Qué gusto tan cruel el del aborrecimiento, esto es, el llevar sobre el corazón un peso de amargura que emponzoña toda la vida! ¿Qué modo tan bárbaro de consolarse! ¿No sois dignos de lástima quando buscáis un alivio para vuestros males, que no hace mas que eternizar, con el aborrecimiento, una ofensa transitoria?

Pero dexemos este estilo humano. Hablemos con el estilo del Evangelio, al que están consagrados nuestros labios. Si fuerais Christianos, amados oyentes míos, si no hubierais perdido la fé, lejos de aborrecer á aquellos de quienes se ha valido Dios para trastornar vuestras esperanzas y vuestros proyectos de fortuna, los mirariais como instrumentos de las misericordias de Dios para con vuestra alma, como ministros de vuestra santificación, y como felices escollos que han servido para libertaros del naufragio. En el estado de elevacion y credito, os hubierais perdido, os hubierais olvidado de Dios; vuestra ambicion se hubiera aumentado con vuestra fortuna, y os hubiera sobrecogido la muerte en la confusion del mundo, de las pasiones, y de las esperanzas humanas: pero el Señor, para preservar vuestra alma, os suscitó con su gran misericordia unos obstáculos que os detuvieron en el camino; se sirvió de un envidioso y de un rival para abatiros, para apartaros de los favores, y ponerle entre vosotros y el precipicio en que ibais á caer, y á perecer sin remedio: Favoreció, por decirlo así, su ambicion y sus intentos, y por un exceso incomprendible de bondad para con vosotros trastornó los vuestros: Ensalzó á vuestro enemigo en lo temporal para salvaros á vosotros en lo eterno. Debeis, pues, adorar los de-

designios de su justicia y de su misericordia para con los hombres; mirar á vuestro próximo como la feliz ocasion de vuestra salud; pedir á Dios que pues se sirvió de su ambicion, ó de su mala voluntad para salvaros, le inspire un sincero arrepentimiento, y no permita que perezca el que tanto ha contribuido á vuestra eterna salud.

Sí, Católicos, nuestros odios unicamente provienen de nuestra poca fé. ¡Ah! Si miráramos todo lo que pasa como un humo que no tiene consistencia; si estuviéramos persuadidos á que quanto hay en el mundo es nada, y que la salvacion es el principal negocio; que nuestro tesoro y nuestras verdaderas riquezas solamente existen en la eternidad, á la que hemos de pasar dentro de un instante; si estuviéramos persuadidos á esto, mirariamos á los hombres que se resienten, se alteran, y tienen entre sí disputas y quimeras por las dignidades de la tierra, como á niños que riñen entre sí por unos juguetes que solo sirven de diversion á su edad, en la que los odios y rencores pueriles solo se fundan en unas vagatelas, que solamente la infancia y falta de razon aumenta á su vista. Estos viven tranquilos en medio de los mayores y mas funestos sucesos, de la pérdida del patrimonio de sus padres, de la ruina de su familia, y sienten vivamente el que los quiten los frívolos objetos que sirven de diversion á su niñez. De este modo ¡ó Dios mio! los hombres insensatos y pueriles no sienten la pérdida de su patrimonio celestial, de aquella inmortal herencia que les dexó Jesu-Christo, y de la que ya gozan sus hermanos en el cielo; miran con tranquilidad la pérdida del reyno de Dios, y de los verdaderos bienes, y se enfurecen unos contra otros, como niños, quando se llega á sus pueriles diversiones, y quando los quitan los juguetes que no tienen mas valor que para engañar su debil razon, y para servir de divertimento á su niñez.

Luego el interés es para el Christiano un pretexto indigno y culpable del ódio á sus próximos ; pero aun admite menos excusa la vanidad , que es la última raíz.

Porque , Católicos , nosotros queremos que nuestros defectos sean aplaudidos y aprobados como si fueran virtudes ; y aunque conozcamos nuestras flaquezas , somos tan injustos que queremos que no las vean los demás , y que nos alaben ciertas qualidades que nosotros nos reprehendemos á nosotros mismos como vicios. Quisieramos que los hombres no abriesen la boca sino para publicar nuestras alabanzas , y que el mundo , que á nadie perdona , que no disimula aun á sus Soberanos , admirase en nosotros lo que en los demás censura.

A la verdad , os quejais de que vuestro enemigo os ha desacreditado en publico y en secreto ; que á la calumnia ha añadido la murmuracion ; que os ha tocado en lo mas vivo y sensible ; y que no ha omitido diligencia alguna para quitaros el honor y la reputacion con los hombres.

Pero antes de responderos os podía decir desde luego : Dudad siempre de lo que os cuentan que ha dicho vuestro próximo , porque las mas inocentes conversaciones llegan siempre á nuestra noticia emponzoñadas por la malicia de las lenguas por donde pasan. Hay muchos aduladores indignos , que quieren agradar á costa de los que no agradan. Hay muchos espíritus viles y perversos , que solo se deleytan en descubrir mal donde no le hay , y en ver reynar la discordia entre los hombres. Hay muchos genios indiscretos é inconsiderados , que refieren , sin ser del caso , y con un tono malicioso , lo que solo se habia dicho antes con inocente intencion. Hay muchos hombres naturalmente ponderativos , en cuya boca todo crece , todo se aumenta , todo excede los límites de la verdad sencilla

y

y natural. No quiero mas testigos que á vosotros mismos. ¿ No os ha sucedido alguna vez , que hayan dado siniestro sentido á vuestras mas inocentes conversaciones , y añadido á ellas algunas circunstancias que no os habian pasado por el pensamiento ? ¿ No os quexasteis entonces de la injusticia y de la maldad de la relacion ? ¿ Pues por qué no habreis podido ser engañados en la que os han hecho ? Si lo que pasa por tantos conductos se altera regularmente , y nunca llega á nosotros como se dixo en el principio , ¿ por qué habeis de querer que solamente las conversaciones que se dirigen á vosotros , estén libres de este destino , y merezcan mas atencion y creencia ?

Me responderéis sin duda , que aqui no vienen estas máximas generales , pues los hechos de que os quejais no son dudosos. Está muy bien , pero os pregunto , ¿ vuestro próximo no tiene las mismas quejas de vosotros ? ¿ Han hallado en vosotros sus defectos mas indulgencia y caridad ? ¿ Habis hecho siempre justicia á sus buenas prendas ? ¿ Habis impedido el que se hable mal de él en vuestra presencia ? ¿ No habéis contribuido á la malignidad de estas conversaciones con una fingida moderacion , y con unas medias palabras , que solo sirvieron de encender el fuego de la detraction , y de dar armas contra vuestro próximo ? Os pregunto : ¿ habeis usado de esa circunspeccion con los demás hombres ? ¿ Os habéis compadecido de las flaquezas ajenas ? ¿ No está siempre vuestra lengua bañada de hiel y axenjos ? ¿ No ha corrido siempre peligro entre vuestras manos la reputacion mas bien fundada ? ¿ Los lances mas funestos y secretos no se hacen públicos inmediatamente por vuestra malicia é imprudencia ? ¿ Oh hombre , y qué delicado eres en lo que mira á tu propia persona ; nosotros necesitamos valernos de todo el terror de nuestro ministerio , y de los mas poderosos motivos de la religion para persu-

suadite á que perdoneis á tu próximo una sola conversacion, ó una palabra que acaso dixo por descuido, por casualidad, movido de la ocasion, ó de un justo sentimiento, ¿y la libertad de tus conversaciones para con los demás no ha de conocer ni aun los límites de la cortesía y buena crianza que prescribe el mundo?

Quiero concederos que en nada faltáis á la moderacion que debéis tener con vuestro próximo: ¿Pero qué haceis con aborrecerle? ¿Borráis con eso las siniestras impresiones que pudieron dexar sus dichos en el espíritu de los demás hombres? Haceis una nueva llaga en vuestro corazon, y os atravesais vosotros mismos un puñal que dá la muerte á vuestra alma; le quitais la espada de sus manos, si es licito decirlo así, para atravesaros vosotros con ella. Hacednos ver en la inocencia de vuestras costumbres, y en la integridad de vuestra conducta, la injusticia de sus dichos: Disipad con una vida irreprehensible las ideas que puede haber dado contra vosotros: Haced con las virtudes opuestas á los vicios que os imputa, que cayga sobre él la baxeza y la iniquidad de sus calumnias. Este es el modo justo y licito de vengaros. Triunfad de su malicia con vuestras costumbres y con vuestro silencio: De este modo pondreis, como dice la Escritura, carbones encendidos sobre su cabeza; el público se pondrá de vuestra parte; á vuestro enemigo no le quedará mas que la vergüenza de sus excesos é imposturas. Pero el aborrecerle es venganza de cobardes, es el triste consuelo de los culpados; en una palabra, es el recurso de aquellos que no le pueden hallar en la virtud y en la inocencia.

Pero finalmente, dexemos todas estas razones, y vamos al punto esencial. Se os manda que améis á los que os maltratan y calumnian; que rogueis por ellos; que pidais á Dios que los convierta, que mude su per-

perverso corazon, que los inspire pensamientos de paz y de caridad, y que los coloque en el número de sus Santos. Se os manda que los mireis anticipadamente como á ciudadanos de la Jerusalem celestial, con los que habeis de bendecir eternamente las riquezas de la Divina misericordia, reunidos con ellos en el seno de Dios, participando de su misma felicidad, formando con ellos una misma voz para cantar las alabanzas inmortales de la gracia. Se os manda que mireis las injurias como beneficios, como castigo de vuestros ocultos pecados, por los que tantas veces habeis merecido ser confundidos en la presencia de los hombres, y como premio del Reyno de Dios, el que solo está prometido á los que sufren con piedad las persecuciones y calumnias.

Porque finalmente, es preciso venir á parar en esto. El amor propio bastaria para amar á los que nos aman, á los que nos alaban, y á los que publican nuestras virtudes falsas ó verdaderas. En esto consistia, dice Jesu Christo, toda la virtud de los Paganos. *Nam & ethnici hoc faciunt.* (a) Pero la religion pasa mas adelante, quiere que amemos á los que nos aborrecen y despedazan; á este precio quiere que compremos las misericordias de Dios; y nos declara que no podemos esperar perdon para nosotros; si no perdonamos á nuestros proximos.

Y á la verdad, decidme, ¿cómo quereis que Dios olvide los delitos y los horrores de toda vuestra vida, y que se muestre insensible á los ultrajes que tantas veces habeis hecho á su gloria, quando al mismo tiempo vosotros no podeis olvidar ni aun una sola palabra ofensiva; quando al mismo tiempo sois tan vivos, tan delicados, tan furiosos en orden á los in-

(a) *Matth. 5. v. 47.*

tereses de vuestra fama, quando acaso gozais de una reputacion que jamás habeis merecido, y estariais cubiertos de una eterna confusion si os conocieran por lo que sois; en una palabra, quando ni aun las mas injuriosas conversaciones no descubren la mitad de las ocultas miserias de que sois culpables en la presencia de Dios? ¡Oh Señor, qué pocas excusas os podrán alegar los pecadores, quando pronuncieis contra ellos la sentencia de su eterna condenacion!

Acaso me dizeis que estais convencidos de las obligaciones que os impone la religion en este punto. Pero en vosotros han vencido las leyes del honor á las de la religion. Que si sufris con paciéncia algunas palabras y algunas acciones de cierta naturaleza, quedareis afrentados para siempre con los hombres: Que el perdonar una ofensa por motivo de religion es una cobardía y una mancha, á la que nunca perdona el mundo, y que en este particular no conoce el honor, excepcion ni privilegio.

¡Qué honor es este, Católicos, que no podeis comprarle sino á costa de vuestra alma y de vuestra eterna salvacion? ¡Qué dignos sois de lástima si no podeis libertaros de la ignominia sino á costa de un pecado! Bien sé que en este punto parece que las falsas leyes del mundo vencen á las de la religion, y que aun los mas prudentes, en medio de conocer la locura de este abuso, no obstante son de opinion de que es preciso sujetarse á él. Pero yo hablo en la presencia de un Príncipe, que con una prudencia superior á la del mundo, y justamente indignado contra un furor tan opuesto á las máximas del Evangelio como á los intereses del Estado, ha hecho ver á sus vasallos qual sea el verdadero honor; y que quitandoles de las manos las armas criminales, ha declarado perpetuamente infames aquellas venganzas, á las que

que el error público habia vinculado una fama deplorable.

¿Es posible, Católicos, que una máxima abominable, autorizada unicamente por las bárbaras costumbres de nuestros mayores, que la han deribado hasta nosotros, haya de vencer todas las reglas del Christianismo, y las leyes mas inviolables del estado? ¿No ha de ser afrenta el manchar las manos con la sangre del próximo, y lo ha de ser obedecer á Dios, y al que ocupa su lugar en la tierra? ¿Es posible, que la fama ha de consistir en el furor, y la cobardia en el generoso respeto á la religion, y al Soberano? ¿Temeis el ser tenidos por cobardes? Manifestad vuestro valor derramando vuestra sangre en defensa de la patria; id á la frente de nuestros exércitos á desafiar los peligros, y á buscar la fama en la obligacion; asegura vuestra reputacion con acciones dignas de conservarse en nuestras historias, y de ser contadas entre los memorables sucesos de un reynado tan glorioso. Este es el valor que pide el estado, y autoriza la religion. Despreciad, pues, las venganzas bárbaras y personales; miradlas como una ostentacion pueril de valor, que las mas veces oculta una verdadera cobardia; como un recurso vil y vulgar de los que no tienen prenda alguna con que señalarse; como una prueba violenta y equívoca de valor, que por fuerza saca de nosotros el mundo, y á la que muchas veces resiste el corazon. El mismo mundo, lejos de imputaros á venganza este perdon, os formará de él un nuevo título de honor; asi pareceréis mas grande, y enseñareis á vuestros iguales que el valor desordenado no es mas que un temor brutal; que la moderacion y la prudencia siempre tienen parte en la verdadera gloria; que todo lo que afrenta á la humanidad no puede honrar á los hombres, y que el Evangelio que manda perdonar, ha formado mas heroes que el mismo mundo que quiere la venganza.

Acaso tambien me dizeis que no os pertenecen estas

tereses de vuestra fama, quando acaso gozais de una reputacion que jamás habeis merecido, y estariais cubiertos de una eterna confusion si os conocieran por lo que sois; en una palabra, quando ni aun las mas injuriosas conversaciones no descubren la mitad de las ocultas miserias de que sois culpables en la presencia de Dios? ¡Oh Señor, qué pocas excusas os podrán alegar los pecadores, quando pronuncieis contra ellos la sentencia de su eterna condenacion!

Acaso me dizeis que estais convencidos de las obligaciones que os impone la religion en este punto. Pero en vosotros han vencido las leyes del honor á las de la religion. Que si sufris con pácienza algunas palabras y algunas acciones de cierta naturaleza, quedareis afrentados para siempre con los hombres: Que el perdonar una ofensa por motivo de religion es una cobardía y una mancha, á la que nunca perdona el mundo, y que en este particular no conoce el honor, excepcion ni privilegio.

¡Qué honor es este, Católicos, que no podeis comprarle sino á costa de vuestra alma y de vuestra eterna salvacion? ¡Qué dignos sois de lástima si no podeis libertaros de la ignominia sino á costa de un pecado! Bien sé que en este punto parece que las falsas leyes del mundo vencen á las de la religion, y que aun los mas prudentes, en medio de conocer la locura de este abuso, no obstante son de opinion de que es preciso sujetarse á él. Pero yo hablo en la presencia de un Príncipe, que con una prudencia superior á la del mundo, y justamente indignado contra un furor tan opuesto á las máximas del Evangelio como á los intereses del Estado, ha hecho ver á sus vasallos qual sea el verdadero honor; y que quitandoles de las manos las armas criminales, ha declarado perpetuamente infames aquellas venganzas, á las que

que el error público habia vinculado una fama deplorable.

¿Es posible, Católicos, que una máxima abominable, autorizada unicamente por las bárbaras costumbres de nuestros mayores, que la han deribado hasta nosotros, haya de vencer todas las reglas del Christianismo, y las leyes mas inviolables del estado? ¿No ha de ser afrenta el manchar las manos con la sangre del próximo, y lo ha de ser obedecer á Dios, y al que ocupa su lugar en la tierra? ¿Es posible, que la fama ha de consistir en el furor, y la cobardia en el generoso respeto á la religion, y al Soberano? ¿Temeis el ser tenidos por cobardes? Manifestad vuestro valor derramando vuestra sangre en defensa de la patria; id á la frente de nuestros exércitos á desafiar los peligros, y á buscar la fama en la obligacion; asegurad vuestra reputacion con acciones dignas de conservarse en nuestras historias, y de ser contadas entre los memorables sucesos de un reynado tan glorioso. Este es el valor que pide el estado, y autoriza la religion. Despreciad, pues, las venganzas bárbaras y personales; miradlas como una ostentacion pueril de valor, que las mas veces oculta una verdadera cobardía; como un recurso vil y vulgar de los que no tienen prenda alguna con que señalarse; como una prueba violenta y equívoca de valor, que por fuerza saca de nosotros el mundo, y á la que muchas veces resiste el corazon. El mismo mundo, lejos de imputaros á venganza este perdon, os formará de él un nuevo título de honor; asi pareceréis mas grande, y enseñareis á vuestros iguales que el valor desordenado no es mas que un temor brutal; que la moderacion y la prudencia siempre tienen parte en la verdadera gloria; que todo lo que afrenta á la humanidad no puede honrar á los hombres, y que el Evangelio que manda perdonar, ha formado mas heroes que el mismo mundo que quiere la venganza.

Acaso tambien me dizeis que no os pertenecen estas

tas máximas; que habeis olvidado los motivos de queja que teniais contra vuestros próximos; y que el ruido de vuestras disensiones y rompimientos se acabó con una reconciliacion. Pero yo os digo que tambien os engañais en esto; y así, despues de haber manifestado la injusticia de vuestros odios, es preciso haceros conocer la falsedad de vuestras reconciliaciones.

SEGUNDA PARTE.

NO hay precepto en toda la ley de Dios que dexen menos lugar á la duda y al engaño, que el que nos obliga á amar á nuestros próximos; y no obstante, no hay ninguno acerca del qual nos formemos mas ilusiones y falsas máximas. Verdaderamente casi todos nos dicen que han perdonado de todo corazon á su próximo, y que en este punto se halla tranquila su conciencia; y no obstante no hay cosa mas rara que el perdonar: apenas hay reconciliacion que mude los corazones, y que no sea una falsa apariencia de amistad, ya sea que se considere en su principio, ya sea que se exámine en sus medios y en sus conseqüencias.

Dixe en su principio; porque, Católicos, para que una reconciliacion sea sincera y real, es preciso que nazca de la caridad, y de un amor christiano á nuestro próximo. Pero por lo comun los motivos humanos son la principal causa de una obra que no puede ser sino obra de la gracia. Nos reconciliamos por ceder á las instancias de nuestros enemigos; por evitar el ruido que pudiera resultar de una enemistad declarada, cuyas funestas conseqüencias acaso serian contra nosotros mismos; por no privarnos de ciertas concurrencias á las que no podriamos asistir, si nos obstinamos en permanecer irreconciliables con nuestro próximo; nos reconciliamos por condescender con los grandes que nos piden este favor, por

adquirir fama de moderacion y de grandeza de alma, por no dar al público un espectáculo que no correspondiera á la idea que queremos se forme de nosotros; por atajar las continuas quejas y los dichos perjudiciales de un enemigo, que acaso nos conoce demasiado, y que ha sido antes tan confidente nuestro, que tiene bien merecido que usémos con él de respetos, y que le hagamos callar con la reconciliacion. ¿Qué mas he de decir? Acaso tambien nos reconciliamos como Saúl, para ofender con mas seguridad al enemigo, y engañar sus precauciones y vigilancias.

Estos son los mas freqüentes motivos de las reconciliaciones que se vén todos los dias en el mundo: y es esto tan evidente, que muchos pecadores en quienes no se observa rastro alguno de piedad, con todo eso se reconcilian todos los dias con sus próximos, y no pudiendo vencerse en orden á las mas faciles obligaciones de la vida christiana, parecen heroes en el cumplimiento de ésta que es la mas difícil de todas; pero estos son heroes de la vanidad, y no de la caridad, pues separan de la reconciliacion lo que en ésta es verdaderamente penoso y heroico en la presencia de Dios, que es el olvido de la injuria, y la mudanza de nuestro corazon para con nuestro próximo; y solamente retienen lo que es glorioso para con los hombres, que es una apariencia de moderacion, y una facilidad de vencerse, que el mismo mundo alaba.

Pero si son falsas la mayor parte de las reconciliaciones exáminados los motivos, no lo son menos si se atiende á sus medios. ¡Mirad cuántas medidas, cuántas negociaciones, cuántas formalidades, cuántos trabajos para llegar á efectuarla! ¡Qué atenciones no hay que guardar; qué arbitrios no hay que vencer; qué intereses que conciliar; qué obstáculos que quitar, y qué pasos que medir! Por eso vuestra reconciliacion no es obra de la caridad, sino de la prudencia y de la habi-

lidad de vuestros amigos; es un negocio mundano, y no un paso de religion; es un tratado que se concluye felizmente, y no cumplimiento de la obligacion de la fé; es obra del hombre, y no de Dios; en una palabra, es una paz que nace de la tierra, y no una paz que viene del cielo.

Porque á la verdad, los hombres que con su industria, y con la habilidad de sus medidas os han reconciliado con vuestro próximo, ¿han podido al mismo tiempo hacer revivir la caridad que estaba apagada en vuestro corazón? ¿Han podido restituirnos este tesoro que habiais perdido? Estos bien habrán podido hacer que cesen los escandalos de un rompimiento declarado, y restablecer entre vosotros y vuestro próximo las obligaciones exteriores de la sociedad, pero no han podido mudar vuestro corazón, el que solamente Dios tiene en sus manos; no han extinguido el odio, al que solamente puede aniquilar la gracia. Es verdad que os habeis reconciliado, pero aun no amais á vuestro próximo, porque si le amais sinceramente, no hubiera habido necesidad de tantos mediadores para reconciliaros con él. El amor es medianero é intérprete de sí mismo. La caridad es aquella palabra compendiosa, que hubiera escusado á vuestros amigos los infinitos cuidados que tubieron que emplear para poder reducirnos: La caridad no es tan mesurada: manifesta con sencillez lo que sinceramente siente; pero vosotros pusisteis mil condiciones antes de rendiros, disputasteis todos vuestros pasos, no quisisteis pasar de cierto punto, y pedisteis que vuestro próximo se adelantase: La caridad, Católicos, no conoce regla alguna de estas; no tiene mas que una, que es olvidar la injuria, y amar al próximo como á sí mismo.

Confieso que en este asunto se deben observar ciertas reglas de prudencia, y que muchas veces unos pasos demasiado precipitados é intempestivos podrian no salir bien, y aun acaso irritar mas á nuestro próximo: Pero di-

digo que todas estas reconciliaciones efectuadas con tanto trabajo, en las que por una y otra parte no se cede mas que hasta cierto punto, y con unas precauciones tan severas y precisas, en las que entran tantas mediaciones y misterios, son frutos de la prudencia de la carne; corrigen las acciones exteriores, pero no llegan al corazón: unen las personas, pero no los afectos; restablecen la correspondencia, pero dexan los mismos sentimientos; en una palabra, hacen que cese el escandalo del odio, pero no el pecado. Jesu-Christo nos manda simplemente que nos reconciliemos con nuestro próximo: *Vade reconciliari fratri tuo.* (a) No nos dice: No te adelantes demasiado, porque puede tu próximo abusar de tu bondad; asegurate antes de que él ha de andar la otra mitad del camino: No le busques tú, no sea que mire esa accion como apologia de sus quejas, como una confesion tácita de tu mal proceder, y como una sentencia que pronuncias contra tí mismo: Jesu-Christo nos dice simplemente; vé á reconciliarte con tu próximo. Quiere que unicamente la caridad sea la medianera de vuestra reconciliacion. Supone que para amar á nuestros próximos no tenemos necesidad de medianeros, y que nuestro corazón no debe necesitarlos.

Estos son los medios de las reconciliaciones; y siendo casi siempre humanos los motivos, y los medios viciosos, las conseqüencias no pueden menos de ser vanas é inútiles. Digo las conseqüencias, porque, Católicos, ¿en qué vienen á parar la mayor parte de las reconciliaciones que todos los dias vemos en el mundo? ¿Cuál es su fruto? ¿Qué es lo que se llama reconciliarse con su enemigo? Vedlo aqui.

Nos decís primeramente, que os habeis reconciliado con vuestro próximo; pero ¿cómo? ¿por qué? ¿de qué modo? do
(a) *Matth. 5. v. 24.*

do con vuestro próximo, que le habeis perdonado de todo corazón; pero que habeis hecho ánimo de no verle mas, y de no tratar en adelante con él: Y de este modo vivís tranquilos. Creeis que no manda mas el Evangelio, y que ni el Confesor tiene derecho para pedirnos mas. Pero yo os digo claramente que no habeis perdonado á vuestro próximo, y que para con él estais aun en un rencor, en la muerte, y en el pecado.

Porque os pregunto: ¿Se puede temer el ver á lo que se ama? ¿Y si vuestro enemigo se ha hecho ya vuestro hermano, qué puede tener su presencia que os sea tan funesto y odioso? Decís que le habeis perdonado, que le amais; pero que por evitar casualidades, y por temor de que su presencia despierte en vosotros algunas ideas molestas, os parece mas seguro el privaros de su vista. ¿Pero qué amor es este, que solamente con la presencia del objeto amado se irrita contra él, y se muda en rencor é indignacion? Decís que le amais, y acaso quereis decir que no intentais dañarle ni ofenderle; pero no basta esto; la religion os manda tambien que le ameis, porque para no querer dañar á un amigo basta el honor, la indiferencia, la moderacion, el temor, y la falta de ocasion; pero para amarle es preciso ser Cristiano, y esto es justamente lo que vosotros no quereis.

Decidme: ¿Quisierais que Dios os amase con condicion de que nunca os habia de ver? ¿Estariais satisfechos de su bondad y de sus misericordias si os apartara para siempre de su divina presencia? Pues bien sabéis que el Señor os ha de tratar del mismo modo que hubieseis tratado á vuestro próximo. Si el Principe os mandara que nunca parecieseis en su presencia, ¿creeriais que estabais muy adelante en su gracia? Continuamente estais diciendo que es desgraciado el hombre á quien no se le permite presentarse

ante el Soberano, y nos quereis persuadir á que amais á vuestro próximo, y que no teneis ya rencor alguno contra él, quando al mismo tiempo solamente su presencia os molesta é irrita.

¿Y qué señal mas evidente se puede dar del odio al próximo, que no poder sufrir ni aun su presencia? Este es el último exceso del rencor y del aborrecimiento; porque hay algunos odios mas moderados y tranquilos, que á lo menos se ocultan, se vencen, dan en lo exterior lo que es debido á la atencion y á la buena crianza, y que aunque niegan el corazón á la obligacion, tienen bastante poder sobre sí mismos para cumplir con el mundo. Pero vuestro odio ha llegado á tal exceso, que no se puede disimular que no conoce moderacion ni cortesía, ¡y con todo eso nos quereis persuadir que no aborreceis! Manifestais aun las mas violentas señales de rencor, ¡y quereis que las tengamos por señales indubitables de un amor christiano y sincero!

Pero por otra parte, ¿se hicieron los Christianos para no verse, y para vivir privados de toda correspondencia entre sí? ¿Los Christianos, los miembros de un mismo cuerpo, los hijos de un mismo padre, los discipulos de un mismo maestro, los herederos de un mismo reyno, las piedras de un mismo edificio, las porciones de una misma masa, los Christianos que son la participacion de un mismo espiritu, de una misma redencion, y de una misma justicia! Los Christianos, que salieron de un mismo seno, reengendrados con las mismas aguas, incorporados con la misma Iglesia, rescatados con un mismo precio, han de haber sido formados para huir unos de otros, para tener por molestia el verse, y para no poder sufrirse mutuamente entre sí; toda la religion nos enlaza y nos une unos con otros; los Sacramentos de que participamos, las preces públicas, y las acciones de gracia que cantamos,

mos, el pan de bendición que ofrecemos, las ceremonias del culto de que nos gloriamos, la congregación de los fieles á que asistimos, todas estas exterioridades son símbolos de la union que nos enlaza mutuamente. Toda la religion no es mas que una santa sociedad, una comunicacion divina de oraciones, de sacrificios, de obras, y de méritos; todo nos enlaza, todo nos une, todo hace de nosotros y de nuestros próximos una familia, un cuerpo, un corazon, y una alma; ¿y os parece á vosotros que amais á vuestro próximo, que conservais con él los mas sagrados lazos de la religion, al mismo tiempo que estais rompiendo los de la sociedad, y no podeis sufrir ni aun su presencia?

Aun mas: ¿Cómo podreis participar con él de la misma esperanza? Pues por razon de esta esperanza comun debéis vivir eternamente con él, ser feliz con él, tener su felicidad por propia vuestra, estar unidos con él en el seno de Dios, y cantar con él las eternas alabanzas de la gracia. ¡Ah! ¿Cómo podreis esperar el estar eternamente unidos con él, y hacer de esta esperanza el mas suave consuelo de vuestra vida, si os parece cosa tan suave el vivir separado de él, y si su sola presencia os sirve de suplicio? Renunciad, pues, á las promesas y á las esperanzas de la fé; separaos como un anathema de la comunión de los fieles; privaos de el Altar y de los tremendos misterios; desterraos de la congregación de los Santos; no vayais á ofrecer vuestros dones y vuestras oraciones, pues todas estas obligaciones de la religion os suponen unido con vuestro hermano, y si no lo estais se convierten en irrisiones, dan testimonio contra vosotros en presencia de los Altares, y os intíman que salgais de la congregación de los Santos como un publicano y un infiel.

Acaso atemorizados con estas grandes verdades nos di-

direis por último que os conformareis con ver á vuestro próximo, con vivir en paz con él, que no faltareis á la correspondencia regular; pero que en lo demás sabeis muy bien lo que habeis de hacer, y que él no tiene que contar mucho con vuestra amistad.

¡No faltareis á las correspondencias regulares! ¿Y os parece, amados oyentes míos, que esto es perdonar, reconciliarse con su próximo, y amarle como á sí mismo? Sabed que la caridad que nos manda el Evangelio está en el corazon: esta no consiste en una simple correspondencia, en una vana exterioridad, en una ceremonia inútil, sino en una disposicion verdadera, en un amor efectivo, en un afecto sincero y pronto á manifestarse en las obras. Amais como Judios y Fariseos, pero no amais como Christianos, y como discipulos de Jesu-Christo. La ley de la caridad es la ley del corazon, arregla los pensamientos, muda las inclinaciones, derrama el aceyte de la paz y de la suavidad sobre las llagas de una voluntad irritada y herida; y vosotros haceis de ella una ley absolutamente exterior, una ley farisayca y superficial, que solo regla las exterioridades, que no dirige sino los movimientos, y que solamente se cumple con vanas apariencias.

Pero no solamente se os manda que no falseis para con vuestro próximo á las reglas de la buena crianza, y que cumplais con las mutuas obligaciones que nos impone la sociedad; esta es una ley que os prescribe el mundo: estas son sus reglas y sus costumbres: pero Jesu Christo os manda que le ameis, y mientras tengais apartado de él vuestro corazon de poco sirve el que le concedais aquellas exterioridades de buena crianza; negais á la religion lo que la es mas esencial, solamente os aventajais á los pecadores que reusan el ver á sus próximos, en que os sabeis contener por respeto al mundo, y no sabeis violentaros por la salvacion.

Y á la verdad, Católicos, que si los hombres solamente estuvieran unidos entre sí con los lazos exteriores de la sociedad, bastaría sin duda el tributarse estas obligaciones exteriores, y mantener aquel mutuo comercio de cuidados, atenciones y cortesías, en que consiste toda la armonía del cuerpo político: pero nosotros estamos mutuamente unidos con los íntimos y sagrados lazos de la fé, de la esperanza, de la caridad, y de la religion. Componemos en el mundo una sociedad absolutamente interior y santa, cuyo lazo invisible es la caridad, y que en todo es distinta de la sociedad civil que establecieron los Legisladores. Por eso cumpliendo en orden á vuestros próximos con correspondencias exteriores, cumplís con las obligaciones de la sociedad civil, pero no con las de la religion. No turbais el orden político, pero trastornais el de la caridad; sois un buen ciudadano, pero no ciudadano del cielo; sois un hombre de este siglo, pero no del siglo venidero. El mundo podrá quedar satisfecho, y no pedirnos mas, pero nada habeis hecho para con Dios, porque no habita la caridad en vosotros; y vuestra condenacion es indefectible. Decidnos ahora que no faltareis á la buena correspondencia, y que esto es lo mas que nos pide la religion: luego ésta no pediría mas que ficciones, exterioridades y vanas apariencias. No pediría cosa alguna real y verdadera que mudase el corazon: Y el gran precepto de la caridad, en la que unicamente consiste la realidad de todas nuestras obras, no sería mas que una falsa apariencia y una vana hypocresía.

Pero no me creais á mí en este punto, consultad al público. Mirad si no obstante las apariencias de que usais con vuestro próximo, no es fama pública en el mundo que no le amais, y si el mismo mundo no procede consiguiente á esta persuasion. Mirad si los que dependen de vosotros, los que os tratan ó tienen con vosotros alguna conexion, no fingen tambien el apar-

tarse de vuestro próximo: mirad si todos los que le aborrecen, que tienen intereses contrarios á los suyos, no buscan vuestra amistad, no entablan con vosotros nuevas conexiones, y si esta persuasion no os da por amigos á todos aquellos que no lo son de vuestro próximo: mirad si los que esperan de vosotros algunos favores, no empiezan por abandonarle, y si no les parece que os hacen la corte, no haciendosela á él; bien veis que el mundo os conoce mejor que os conoceis vosotros mismos; que no se engaña acerca de las disposiciones de vuestro corazon; y que no obstante las vanas apariencias que usais con vuestro hermano, es tan evidente que le teneis un odio mortal, que en este punto el mismo mundo se conforma con nosotros, siendo así que en todo lo demás tenemos que contradecirle.

En esto vienen á parar la mayor parte de las reconciliaciones que todos los dias suceden en el mundo. Nos volvemos á ver, pero no nos reunimos; nos prometemos una mutua amistad, pero no la cumplimos; nos juntamos, pero los corazones siempre perseveran distantes; y por eso tuve yo razon para decir que son eternos los rencores, y casi todas las reconciliaciones fingimientos; que perdonamos la ofensa, pero nunca al ofensor; que dexamos de tratar á nuestro próximo como á enemigo, pero que nunca le miramos como á hermano.

Y esto es lo que estamos viendo todos los dias. Vemos en el mundo personas condecoradas, familias ilustres que observan entre sí ciertas reglas de correspondencia, las que no pueden quebrantar sin escandalo, y que no obstante esto mantienen ideas muy opuestas, públicos y declarados afectos de envidia, de zelos, y mutuos rencores; se destruyen, se miran con enemistad, hacen á todos sus dependientes partidarios de sus quejas y de su aversion; dividen el mundo, la corte, la ciudad, hacen causa pública de sus disensiones domesticas,

y establecen en el mundo la opinion y el escándalo de que no se aman; que quisieran arruinarse mutuamente, que aunque es verdad que observan ciertas apariencias de amistad, en la realidad los intereses y afectos están para siempre divididos sin remedio: y no obstante por ambas partes se vive con fama de piedad, y en el exercicio de las buenas obras. Tienen confesores distinguidos, de gran reputacion en el mundo; y no obstante, fiados en que se tributan mutuamente ciertos respetos, aunque por otra parte viven en un rompimiento público y declarado, frecuentan los Sacramentos, y asisten á los Sacramentos Mystérios; llegan con serenidad al altar, se presentan con frecuencia y sin escrupulo en el tribunal de la penitencia, y en vez de confesar en él su rencor delante del Señor, y de gemir por el escándalo que padece el público, se quejan de su enemigo; en vez de acusarse á sí mismos, le acusan á él; ponderan los exteriores respetos que le rinden, como señales de que no está irritado el corazón. ¿Qué mas diré? Aun los mismos Ministros de la penitencia, que debieran ser jueces de nuestros ódios, son las mas veces sus Apologistas; se dividen con el público; toman partido en las enemistades y preocupaciones de sus penitentes; públican la equidad de su queja, y hacen que el único remedio destinado á curar el mal, solo sirva de revestirle con apariencias de bien, y hacerle mas incurable.

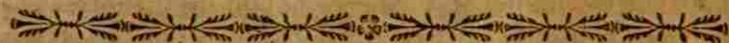
¡Gran Dios! Vos solo podeis cerrar las heridas que una soberbia delicadeza ha hecho en mi corazón, manteniendo en él ódios injustos. Haced, Señor, que yo me olvide de unas ofensas leves, para que Vos os olvidéis de los delitos de toda mi vida. ¿He de ser yo, ó Dios mio, tan sensible é inexorable á los mas leves ultrajes, quando tengo tanta necesidad de que useis conmigo de indulgencia y de una gran misericordia?

¿Igualan acaso las injurias de que yo me quejo á aquellas con que mil veces he deshonrado vuestra suprema gran-

grandeza? ¿Es posible, gran Dios, que un gusano de la tierra se haya de irritar y enfurecer con los menores desprecios, quando vuestra Magestad soberana há tanto tiempo que sufre con tanta bondad sus rebeldías y ofensas?

¡Quién soy yo para que me muevan tanto los intereses de mi gloria! ¡Yo que en vuestra presencia no me atrevo á poner los ojos en mis ocultas ignominias, que merezco ser el oprobrio de los hombres, y el desprecio del pueblo! ¡Yo que nada tengo que sea digno de alabanza, aun segun el mundo, sino la felicidad de haberle ocultado mis flaquezas y mis excesos! ¡Yo que debiera mirar los mayores ultrages como un castigo muy benigno! Yo finalmente, que no puedo esperar mi salud eterna, si Vos no os olvidais de vuestra propia gloria, la que tantas veces he ultrajado!

¡Pero no, Dios mio! Vos habeis puesto vuestra propia gloria en perdonar al pecador, y yo pondré tambien la mia en perdonar á mi próximo. Recibid, Señor, este Sacrificio que os hago de mis resentimientos: No juzgueis de su valor por lo leve de las ofensas que yo olvidó, sino por la soberbia que las habiá aumentado, y me las habia hecho tan sensibles; y pues me habeis prometido el perdon de mis ofensas luego que yo perdona las de mi enemigo, cumplid, Señor, vuestras promesas; con esta esperanza me atrevo á contar con vuestras eternas misericordias. Amen,



S E R M O N
 PARA EL PRIMER DOMINGO
 DE QUARESMA.

SOBRE LA PALABRA DE DIOS.

*Non in solo pane vivit homo, sed in omni
 verbo, quod procedit de ore Dei.*

El hombre no vive solamente con pan, sino
 con todas las palabras, que salen de la boca
 de Dios. *Matth. 4. v. 4.*

EN nada se conoce tanto el poder y lo sublime de
 la palabra del Evangelio, como en los símiles de
 que usa Jesu-Christo para anunciarnos sus efec-
 tos. Ya dice que es una espada sagrada, que separa al
 padre del hijo, al esposo de la esposa, al hermano de
 la hermana, y al hombre de sí mismo; que cautiva todo
 espíritu baxo el yugo de la fé; que sujeta los Cesares,
 triunfa de los prudentes y sabios, y levanta el estan-
 darte de la Cruz sobre las ruinas de los ídolos é Impe-
 rios;

rios; y en esto nos quiso representar su fuerza, á la
 que no ha podido resistir el mundo entero.

Ya dice que es un divino fuego derramado en un
 instante por toda la tierra, que deshace las montañas,
 despuebla las ciudades, puebla los desiertos, reduce á
 cenizas los templos profanos, abrasa los hombres, y
 los hace correr á la muerte, como insensatos, á vista
 de las naciones; y en estas parábolas se nos representa
 la prontitud de sus operaciones, y la rapidéz de sus
 victorias.

Ya que es una levadura misteriosa que une y junta
 toda la masa, que ata todas sus porciones, que las im-
 prime una fuerza y una virtud comun, que confun-
 de las distinciones de Judío y de Gentil, de Griego y
 de Bárbaro; y dá á todos el mismo nombre y el mismo
 sér; y en esto se conoce su santidad y su oculta virtud,
 la que ha purificado todo el Universo, y ha hecho de
 todos los pueblos uno solo.

Otras veces que es una semilla, que aunque parece al
 principio que se pierde en la tierra, crece despues, y dá
 ciento por uno; y el principio de su fecundidad no es
 el obrero que la siembra, sino el Autor invisible que dá
 el incremento.

Pero hoy la compara Jesu-Christo al pan que sirve
 de sustento al hombre: *Non in solo pane vivit homo*, y
 con esto nos quiere enseñar que la palabra Evangelica es
 un sustento fuerte y sólido, pernicioso muchas veces
 á los que le reciben con corazon enfermo y corrom-
 pido, y util solamente á las almas que le comen con
 una ansia santa, y que vienen á oirla con un corazon
 bien dispuesto.

Para reducirme, pues, á esta idea, nada diré de las
 maravillas que obró en otro tiempo en todo el mun-
 do esta palabra anunciada por doce pobres. Pasaré en
 silencio la santidad de su doctrina, lo sublime de sus
 consejos, la prudencia de sus máximas, y ciñendome

SERMON
PARA EL PRIMER DOMINGO
DE QUARESMA.

SOBRE LA PALABRA DE DIOS.

*Non in solo pane vivit homo, sed in omni
verbo, quod procedit de ore Dei.*

El hombre no vive solamente con pan, sino con todas las palabras, que salen de la boca de Dios. *Matth. 4. v. 4.*

EN nada se conoce tanto el poder y lo sublime de la palabra del Evangelio, como en los símiles de que usa Jesu-Christo para anunciarnos sus efectos. Ya dice que es una espada sagrada, que separa al padre del hijo, al esposo de la esposa, al hermano de la hermana, y al hombre de sí mismo; que cautiva todo espíritu baxo el yugo de la fé; que sujeta los Cesares, triunfa de los prudentes y sabios, y levanta el estandarte de la Cruz sobre las ruinas de los ídolos é Imperios;

rios; y en esto nos quiso representar su fuerza, á la que no ha podido resistir el mundo entero.

Ya dice que es un divino fuego derramado en un instante por toda la tierra, que deshace las montañas, despuebla las ciudades, puebla los desiertos, reduce á cenizas los templos profanos, abrasa los hombres, y los hace correr á la muerte, como insensatos, á vista de las naciones; y en estas parábolas se nos representa la prontitud de sus operaciones, y la rapidéz de sus victorias.

Ya que es una levadura misteriosa que une y junta toda la masa, que ata todas sus porciones, que las imprime una fuerza y una virtud comun, que confunde las distinciones de Judío y de Gentil, de Griego y de Bárbaro; y dá á todos el mismo nombre y el mismo sér; y en esto se conoce su santidad y su oculta virtud, la que ha purificado todo el Universo, y ha hecho de todos los pueblos uno solo.

Otras veces que es una semilla, que aunque parece al principio que se pierde en la tierra, crece despues, y dá ciento por uno; y el principio de su fecundidad no es el obrero que la siembra, sino el Autor invisible que dá el incremento.

Pero hoy la compara Jesu-Christo al pan que sirve de sustento al hombre: *Non in solo pane vivit homo*, y con esto nos quiere enseñar que la palabra Evangelica es un sustento fuerte y sólido, pernicioso muchas veces á los que le reciben con corazon enfermo y corrompido, y util solamente á las almas que le comen con una ansia santa, y que vienen á oirla con un corazon bien dispuesto.

Para reducirme, pues, á esta idea, nada diré de las maravillas que obró en otro tiempo en todo el mundo esta palabra anunciada por doce pobres. Pasaré en silencio la santidad de su doctrina, lo sublime de sus consejos, la prudencia de sus máximas, y ciñendome

á la instruccion, y á lo que puede hacer os util la palabra del Evangelio que hoy se predica, os enseñaré primeramente, quáles son las disposiciones con que debeis venir á este santo lugar para oirla; y en segundo lugar, con qué espíritu debeis despues escucharla. Estas son dos obligaciones, no solamente despreciadas, sino tambien ignoradas de la mayor parte de los fieles que vienen á los pies de los pulpitos Christianos; y esta es la raíz mas comun del poco fruto de nuestro ministerio. Imploramos, &c. *Ave Maria.*

PRIMERA PARTE.

LO que distingue á los justos de los Christianos carnales, dice San Agustín, no es el cuerpo de las obras exteriores, sino el espíritu invisible que las anima. Las acciones de la devocion son muchas veces comunes á los buenos y á los malos, y sola la disposicion del corazon es la que los distingue. Todos corren, dice el Apostol; pero no todos llegan al fin de la carrera, porque no es uno mismo el espíritu que les impele.

Aplicaré, pues, esta máxima á mi asunto. Entre todas las obligaciones de la piedad christiana no hay absolutamente otra con que mas cumplan exteriormente, tanto los justos como los pecadores, como en venir á oír la palabra del Evangelio: todos vienen en tropel, como en otro tiempo los Israelitas al pie del santo monte, á oír las palabras de la ley: apenas basta el recinto de nuestros templos para recibir la multitud de fieles; ni aun en la hora, en que se celebran los terribles mysterios se ven tantos adoradores al rededor de los Altares. Cesan las concurrencias profanas para venir á aumentar el concurso en el tiempo del Sermon: y los siglos en que se ha visto entibiarse el zelo de los Christianos en orden á las demás obligaciones

nes

nes de la religion, parece que no le han podido entibiarse en orden á esta. Con todo eso, entre todos los ministerios confiados á la Iglesia para perfeccionar á sus escogidos, casi no hay otro mas inutil que el de la predicacion; y el mas poderoso medio de que se ha valido siempre la religion para la conversion de los hombres, es hoy el mas débil de todos sus recursos. Vosotros mismos, Católicos, sois bien funesta prueba de esta verdad. Nunca han sido tan frecuentes las instrucciones como en nuestros dias, y nunca han sido mas raras las conversiones.

Importa, pues, manifestar aquí las causas de un abuso tan comun y deplorable. La primera consiste sin duda en la falta de las disposiciones que deben traer os á este santo lugar, para oír en él la divina palabra. Y á la verdad que si San Pablo mandaba antiguamente á los fieles que se probasen antes de ir á comer el pan de vida; si les declaraba que el no distinguirle de las viandas comunes era hacerse culpables del cuerpo del Señor, igual razon tengo yo para deciros que debeis probaros, y preparar vuestra alma antes de venir á participar del sustento espiritual que distribuimos al pueblo; y que el no distinguirle de la palabra de los hombres quando le venís á recibir, es haceros culpables de la misma palabra de Jesu-Christo.

La primera disposicion que os pide la santidad de esta palabra, quando venís á oirla, es un deseo de que os sea util. Antes de venir á nuestros templos debeis en lo interior de vuestra casa encomendaros al padre de las luces, y pedirle que os dé aquellos oídos del corazon con los que unicamente se oye su voz; que dé á su palabra aquella virtud, aquella oculta fuerza, aquellos atractivos que son tan poderosos y felices para la conversion de los pecadores; que venza aquella insensibilidad que habeis opuesto hasta ahora á todas las verdades que habeis oido; que fixe aquellos movimien-

Tomo III.

Q

tos

tos instantaneos que habeis experimentado tantas veces al tiempo de oirnos, y que nunca han producido efecto alguno para vuestra eterna salud; que nos dé á nosotros aquél zelo, aquella sabiduría, aquella dignidad, aquella plenitud de su espíritu, aquellas vivas luces, aquella divina vehemencia siempre persuasiva, que nunca habla en vano, y forma en nuestros corazones el amor á las verdades que pone en nuestra boca; que nos haga insensibles á vuestras alabanzas y á vuestras censuras, para que os seamos mas útiles en vuestras necesidades; que el deseo de vuestra salvacion supla en nosotros el defecto de los talentos, que nos niega la naturaleza; y que honremos nuestro ministerio, no intentando agradaros, sino salvaros.

Y á la verdad, Católicos, si antiguamente los Israelitas, quando estaban para acercarse á la montaña de Sináí á oír en ella las palabras de la ley que les habia de anunciar el Angel, tubieron precisión, por orden de Dios, de purificarse, de lavar sus vestiduras, y de abstenerse aun de las santas obligaciones del matrimonio, para disponerse á esta grande accion, y no llegar al pie de la montaña con cosa alguna que no fuese digna de la santidad de la ley que iban á escuchar; ¿No es mas razonable, dice San Juan Chrysóstomo, que quando venís á oír las divinas palabras de una ley mas santa, vengais á lo menos con unas disposiciones de fé, de devocion, y aun de respeto exterior, que denoten en vosotros un deseo sincero de conformar vuestras costumbres con la máximas que os anunciamos? ¿Es posible, Católicos, que los preceptos de Jesu-Christo, las palabras de vida eterna se han de oír con menos precauciones que los preceptos de una ley figurativa? ¿Es acaso porque no os la baxa á anunciar un Angel del cielo? ¿Pero no somos nosotros aqui, como él, los embiados de Dios, y no os hablamos, como él, en su lugar? ¿Tenia el Angel en la

montaña alguna señal mas visible de la Divinidad que nosotros? El Angel escribia la ley sobre las tablas de piedra, y la gracia de nuestro ministerio las grava en los corazones; él prometia leche y miel, y nosotros anunciamos los verdaderos bienes; él hablaba á los gefes de las Tribus, á aquellos heroes que vencieron á los pueblos de Canaán, y conquistaron sus ciudades; y nosotros hablamos en presencia de los Reyes y Principes de la tierra, y en la presencia de un Rey, aun mucho mayor por su piedad que por sus conquistas; los relampagos y rayos que acompañaban á sus amenazas contra los transgresores de la ley aterraban al pueblo, que estaba amedrentado al pie de la montaña; ¿pero qué eran aquellas amenazas y maldiciones temporales, de que sus ciudades serian arruinadas, llevados cautivos sus hijos y mugeres, si las comparais con la eterna desgracia que no cesamos de pronosticar á los transgresores de la ley de Dios? Separad lo que nosotros somos del ministerio con que cumplimos, y no hallareis aqui cosa alguna menos respetable y terrible que en el monte de Synáí.

Y con todo eso, ¿con qué disposiciones venís á una accion tan santa y tan digna de respeto? Os trae el deseo de satisfacer una vana curiosidad, el pasar el tiempo, el asistir á un espectáculo de la religion en que quereis divertir os, el seguir una costumbre recibida en el mundo, y aun acaso el deseo de agradar al Soberano, imitando su respeto á la divina palabra, y grangearos su atencion mas que las divinas misericordias; y acaso tambien unos fines mas infames, de los que no me atrevó á hablar por no ofender la gravedad de nuestro ministerio. No venís aqui guiados por motivo alguno de vuestra salvacion; no os disponeis con fin alguno de la fé; no os acompaña pensamiento alguno de devocion; y por decirlo de una vez, el venir á oír la divina palabra no es en vosotros exercicio de religion.

Y esta es la primera razon de la inutilidad de nuestro ministerio. Porque ¿cómo quereis que un medio absolutamente profano sirva de disposicion para la gracia, y que entre la multitud de fieles que se juntan en este santo lugar os distinga la bondad de Dios, para disponer vuestro corazón á la divina palabra, quando habeis venido aquí con unas disposiciones las mas propias para apartar de vosotros esta misericordia? Católicos, así como la religion no tiene, en cierto modo, cosa mayor que el deposito de la doctrina y de la verdad; la devocion no conoce tampoco cosa mas importante, y que pida mas religiosas precauciones que el oírse é instruirse con ella.

La segunda disposicion que os debe traer á este santo lugar es una disposicion de dolor y confusion, fundada en el poco fruto que hasta ahora habeis sacado de tantas verdades como habeis oido. Debeis acordaros de tantos movimientos de compuncion como ha obrado el Señor en vuestros corazones por medio del ministerio de la palabra, sin que hayan producido efecto para vuestra eterna salud; de tantas piadosas resoluciones inspiradas en este santo lugar, que parecian prometer una mudanza de vida, y que al salir de él se deshicieron contra el primer escollo; porque lo que aquí mas debe atemorizaros es, que todas las verdades que en vosotros han hecho algunas leves impresiones son otros tantos testigos que depondrán contra vosotros en el Tribunal de Jesu-Christo; todas las veces que la palabra del Evangelio no os ha movido á penitencia, os habeis hecho con ella mas indignos de conseguir la gracia del arrepentimiento. En esto no conoce medio la fé; y si no salís de aquí mudados, siempre salís en algun modo mas culpables, porque habeis añadido á los demás delitos el del desprecio de la santa palabra.

En estas reflexiones debiera exercitarse vuestra fé, y temblando acerca de lo pasado, debeis preguntaros á

vosotros mismos quando venís al templo: ¿Voy á oír una palabra que me ha de juzgar, ó unas verdades que me han de libertar? ¿Voy á ofrecer á la misericordia de Dios un corazón docil y dispuesto, ó á su justicia nuevos motivos de condenacion contra mí? ¿Es posible que há tanto tiempo que me están anunciando unas verdades, cuya fuerza no puede debilitar en mi entendimiento toda la condescendencia de que uso con mis pasiones, y que en mi interior me hacen confesar, aun á pesar mio, el desorden de mis caminos, y con todo eso, no he dado hasta ahora un paso para salir de ellos? ¿Que há tanto tiempo que me están avisando, que el cuerpo del Christiano es templo de Dios, sin que por eso yo sea mas casto? ¿Que há tanto tiempo que oigo decir, que es preciso sacarse el ojo que escandaliza y arrojarle de sí, sin que con todo eso yo me haya separado de aquellas conexiones tan incompatibles con mi salvacion? ¿Que há tanto tiempo que me están diciendo, que el dilatar de día en día la penitencia es querer morir en el pecado, sin que por eso me halle mas dispuesto á salir de mi estado deplorable, y á empezar de veras la obra de mi salvacion?

¡Gran Dios! ¿No os habeis de cansar de darme un corazón sensible á unas verdades que siempre me mueven sin mudarme jamás? ¿No castigareis el abuso de vuestra palabra, quitandola para conmigo aquella fuerza que aun la dexais para que me llame á la penitencia? Y á la verdad, Católicos, ¿quántos fieles de los que me oyen, sensibles en otro tiempo á las verdades que les anunciamos, no vienen ya hoy á ofrecerlas mas que un corazón tranquilo y obstinado? Despreciaron aquellos felices momentos en que la gracia quería abrirles este camino de conversion, y despues de tan dilatado y funesto descuido nos oyen con indiferencia, y las mas terribles verdades que proferimos no son para ellos mas, como dice San Pablo, que el sonido del metal, y el ruido de una campana.

Ahora os pregunto, Católicos, ¿habeis conocido hasta ahora aquel sentimiento de dolor por lo poco que os habeis aprovechado de los Sermones que habeis oído? Mujeres del mundo, ¿puede la pompa exterior con que venis al templo dar á entender esta disposicion? ¿No os disponeis para venir á oír los Sermones en que se condena al mundo, con los mismos cuidados de indecencia y vanidad que para asistir á los espectáculos profanos? ¿Qué diferencia haceis de unos á otros? ¿No parece, ó que nosotros os hemos de anunciar aquí las insensatas máximas de los teatros, ó que solamente venis á insultar con un adorno indecente, aun segun el mundo, las santas máximas del Evangelio?

¡Pero qué es lo que digo, amados oyentes míos! Lejos de avergonzaros de las muchas verdades que hasta ahora habeis oído sin fruto, ¡ah! acaso estais contentos de haber sido insensibles á ellas; acaso os haceis fuerza y teneis por deplorable vanidad el oírnos con indiferencia; acaso teneis por valentía y grandeza de animo, que lo que mueve á los demás os dexa á vosotros solos serenos y tranquilos; acaso haceis ostentacion de vuestra insensibilidad, y os parece que sería cobardía el dexarse mover de las verdades que en otro tiempo triunfaron de los Filósofos y Cesares; de unas verdades baxadas del cielo, y que tienen en sí unas señales tan divinas, de elevacion y de sabiduría; de unas verdades que tanto honor hacen al hombre, y las que unicamente son dignas de la razon; de unas verdades de tanto consuelo para el corazon, y las que unicamente pueden darnos la paz y la tranquilidad en nuestro interior; de unas verdades, finalmente, que nos proponen unos intereses tan grandes, á los que no podemos mostrarnos indiferentes sin locura y extravagancia. Os preñeis del poco efecto de nuestro zelo, y de que todos uestros discursos os dexan del mismo modo que os hallan, y con esta os parece que honrais á vuestro enten-

tendimiento; no quiero deciros que os precieis de estar en lo profundo del abismo, y en aquel estado de reprobacion, en que casi no hay remedio, aunque esto merece horror y lástima á un mismo tiempo; pero si os digo que la mas segura señal de un talento frívolo y ligero, de una capacidad corta y limitada, de un corazon perverso é incapáz de elevacion y grandeza es el no hallar cosa alguna que le mueva, que le asuste, que le satisfaga, que le interese en las verdades tan prudentes y sublimes de la moral de Jesu-Christo.

Porque á lo menos los pecadores de otra especie conservan todavia algunas reliquias de respeto, y alguna sensibilidad á la verdad que persevera en ellos aun en medio de una vida delinqüente; pero que siempre es señal de un buen corazon, de un corazon que todavia gusta del bien, de un entendimiento claro, el que, aunque arrastrado del mundo y de las pasiones sabe hacerse justicia, conoce la fuerza de la verdad que le condena, y nos dexa esperanzas de salud y de arrepentimiento. Estos pecadores confiesan á lo menos que tenemos razon; es verdad que no mudan sus costumbres, pero á lo menos los mueve la verdad, los asusta, los agita, excita en ellos algunos débiles deseos de salvacion, y esperanzas de convertirse en adelante; no quisieran ser tan sensibles á las amenazas de la fé; casi temen el oírnos, por no perder aquella falsa tranquilidad en que consiste toda la dulzura de sus delitos; quando salen de nuestros Sermones procuran divertirse para desvanecer la turbacion y la tristeza que han dexado en su alma las verdades que han oído; inmediatamente van á buscar en medio del mundo y de los placeres una mano lisonjera que les arranque el secreto aguijon que la divina palabra ha dexado en sus corazones, y que cierre la herida de donde había de salir el remedio; temen el que se rompan sus grillos, vuelven la cabeza por no ver la luz que viene á turbar la tranquilidad de su sueño. Es

cierto que aman sus pasiones, pero á lo menos no insultan á la verdad; al contrario, respetan su poder buscando defensas contra ella; son unos pecadores cobardes, que temen no poderse defender contra Dios, huyen de él, y no quieren encontrarle. Pero vosotros os preciais locamente de esperarle con tranquilidad, y de no temerle: tenéis por grandeza de ánimo, y por verdadera Filosofía, el no dexaros sobrecoger de los temores vulgares: os parece que un religioso temor afrontaria la soberbia de vuestro entendimiento, y al mismo tiempo que en lo oculto sois una alma la mas cobarde y tímida, la que mas se abate al primer peligro que la amenaza, la menos constante contra los sucesos, y á la que mas agitan las esperanzas y frívolos temores de la tierra; os preciais de valientes contra la verdad, esto es, se halla en vosotros quanto tiene de baxo é infame el temor, y os avergonzáis de tener lo grande y razonable que en él se halla. No tenéis valor contra el mundo, y os preciais de un valor insensato contra Dios.

Esta es la segunda disposicion con que debeis venir á oír nuestras instrucciones; un verdadero dolor por el poco fruto que hasta ahora habeis sacado de ellas. La ultima es un vivo reconocimiento á este medio de salvacion que Dios os prepara, conservandoos el depósito de la verdad, y continuando entre vosotros la sucesion de Ministros autorizados para anunciaros su santa palabra.

Y á la verdad, el mas terrible castigo con que en otro tiempo castigaba Dios las iniquidades de su pueblo era el escasearle su palabra. Irán, dice por su Profeta, desde el Oriente al Occidente á buscar alguno que les anuncie mi palabra, y no le hallarán; (a) y no solamente no suscitaba algun verdadero Pro-

(a) Amós 8. v. 13.

feta en Israel, sino que permitia que se levantasen en medio de su pueblo falsos Doctores, que apartaban las Tribus de su culto, y las predicaban unos dioses que no habian conocido sus padres.

Es pues, Católicos, una muy singular misericordia de Dios, que no obstante las iniquidades, que parece han llegado entre nosotros á lo sumo, os suscite aun Profetas y Pastores que os anuncien una palabra santa é irreprehensible: Es una proteccion muy singular del Señor el no haber permitido que haya prevalecido entre nosotros el error contra la verdad, como en otros pueblos vecinos; y que la pavesa del scisma y de la novedad que se levantó el siglo pasado, y que hubo de abrasar toda la Europa, no asolase todo su patrimonio, y que en nuestras Provincias, donde parece habia nacido, y en donde habia hecho tan funestos progresos, no ocupase el lugar de la fé de nuestros padres.

Sí, Católicos, su bondad es unicamente quien ha conservado la paz á este rebaño, la libertad á nuestro ministerio, la sucesion legitima á nuestros pastores, las venerables y antiguas costumbres en el culto, y el depósito de la doctrina y de la verdad en nuestras Iglesias. Quantos infelices, en aquellos lugares en donde domina el error, hallan hoy al pie de los mismos púlpitos, en que sus mayores oyeron las palabras de vida eterna, y el Evangelio de paz, una doctrina de muerte, de rebelion, y de mentira. ¿Quantas almas separadas de la unidad, aunque dispuestas á recibir la verdad y á amarla, perecen solamente porque se las propone el error, revestido de apariencias de verdad, y porque se valen para perderlas, de la misma docilidad que debiera salvarlas?

¿Qué cosa habeis hecho vosotros que merezca el que se os haya separado de tantas naciones engañadas? ¿Por qué no habeis sido comprehendidos en la misma

condenacion? ¿Por qué habeis habitado en esta feliz tierra de Jessen, que es la unica ilustrada con las luces del cielo, al mismo tiempo que todo lo restante del Egypto está cubierto de tinieblas? ¿No es unicamente la misericordia de Dios la que os ha separado de tantos pueblos que se precian de su error y de su scisma? Vosotros aun estais á vista de vuestros pastores; aun recibís la doctrina de los Apostoles de mano de sus sucesores; la verdad llega aun á vosotros desde una fuente pura y divina; aun resuenan por todas partes en los pulpitos Christianos máximas de fé y de piedad; y todavia os ofrece la bondad de Dios mil medios de salvacion, solamente con conservar el de la instruccion y la doctrina.

No obstante esto, ¿venís á oirnos con un corazon movido de agradecimiento? ¿Mirais como un beneficio especial de Dios el depósito de la verdad, y de la santa palabra, que se os ha conservado, y que aun se os anuncia? ¿Decís alguna vez con el Profeta? No ha hecho otro tanto con otras muchas naciones, á las que no se ha dignado manifestar sus juicios y sus justicias. (a)

¡Ah! Que solamente venís aqui con el disgusto que inspira la irreligion y la vanidad: no teneis instantes mas molestos, que los que empleais en oír las verdades que habian de ser todo el consuelo de vuestra vida. Os enfada el que la religion del Soberano os haga de este exercicio una especie de obligacion y de bien parecer. Aun nosotros mismos tenemos precision de respetar vuestros enfados y disgustos, mezclando muchas veces la verdad con adornos humanos, que siempre la debilitan: parece que venimos aqui á suplicaros algun favor, y vosotros á oírnos

(a) *Psalm. 147. v. 20.*

nos como á importunos que os piden gracias. En los espectáculos profanos no teneis por mal empleados los instantes que se ocupan en unos frívolos placeres; alli cesan todos los cuidados de los negocios, de la fortuna, de la familia; y el entendimiento que nació para cosas mas serias, olvidandose de todo, se sustenta con ansia con unas aventuras quiméricas. De alli siempre salís satisfechos, preocupados, poseídos de unas máximas lascivas, que se han cantado en un teatro reprehensible. Repasais en la memoria los pasages que han hecho mas peligrosas impresiones en vuestro corazon, y aun al pié de los altares os estais acordando de ellos. Estas imagenès, tan funestas para la inocencia, no pueden borrarse, y al salir de oír la divina palabra, lo mas que se os acuerda, acaso son los defectos del que os la ha predicado.

Católicos, ya no castiga Dios de un modo sensible el desprecio de su palabra; bien pudiera trasladar su Evangelio á aquellas naciones bárbaras que nunca han oído hablar de él, y abandonar de nuevo su heredad; pudiera sacar de lo íntimo de sus desiertos á los pueblos infieles y feroces, y entregarles nuestros templos y nuestras casas, como hizo en otro tiempo con aquellas Iglesias tan célebres que habian ilustrado los Tertulianos, los Cyprianos, los Agustinos, y en las que al presente no se hallan mas señales del Christianismo que los ultrages que alli recibe Jesu-Christo, y las cadenas de que alli están cargados los fieles; bien pudiera hacerlo, pero se venga mas en secreto, y acaso mas terriblemente; todavia os dexa el espectáculo y todo el aparato exterior de la predicacion del Evangelio, pero separa su fruto para los sencillos é ignorantes que habitan en los campos; el temor que nace de la fé, no es mas que para ellos. No saca á sus Profetas de las ciudades, pero les quita, si es lícito decirlo así, la fuerza y la virtud de su ministerio.

rio. No llueve de estas santas nubes mas que aridez y sequedad. Os suscita unos Profetas que os representan la verdad muy hermosa, pero no os la hacen amable; que os agradan, pero no os convierten; dexa que se debilite entre nuestros labios el santo terror de su doctrina: no saca de los tesoros de su misericordia aquellos hombres extraordinarios, suscitados otras veces en los siglos de nuestros padres, que renovaban las ciudades y los reynos, que cautivaban á los grandes y al pueblo, que mudaban los palacios de los Reyes en casas de penitencia; un San Bernardo, y un San Vicente Ferrer en las Galias; un San Raymundo en la Italia, un Santo Domingo en toda la Europa, un San Francisco Xavier en el nuevo mundo; y permite que nosotros, que somos unos hombres flacos, hayamos sucedido á aquellos hombres Apostólicos.

¿Qué mas diré? Juntamos aqui, como en otro tiempo San Pablo en Athénas, unos oyentes ociosos, movidos de la curiosidad, y que solamente vienen á oír alguna cosa nueva, quando al mismo tiempo los que en vuestros estados evangelizan á vuestros vasallos, vén á sus pies, como en otro tiempo Esdras, unos Israelitas sencillos, que no pueden contener sus lágrimas luego que oyen las palabras de la ley. Nosotros divertimos el tiempo y la ociosidad de los Principes y Grandes de la tierra; quando al mismo tiempo otros santos Ministros hacen que renazca Jesu-Christo en los corazones, y recogen en las aldeas una abundante cosecha. En una palabra, nosotros discurrimos, y ellos convierten. De este modo ¡oh Dios mio! ponéis ocultamente en execucion vuestros severos y terribles juicios.

Pero, Católicos, permitasenos decir lo que Pablo y Bernabé decian en otro tiempo á los Judios infieles; Vosotros erais los primeros á quienes se debian anunciar las palabras de salvacion, pero ya que las des-

despreciais, y que os teneis por indignos de la vida eterna, nos vamos á predicar á las naciones abandonadas, á aquellos pobres pueblos sepultados en la ignorancia, que cultivan vuestros campos, y que recibirán con fé y agradecimiento la gracia que vosotros despreciais. *Vobis oportebat primum loqui verbum Dei: sed quoniam repellitis illud, & indignos vos judicatis eterna vita, ecce convertimur ad gentes.* (a) Nuestros trabajos serán mucho mas útiles, nuestro yugo mas suave, y nuestro ministerio de mas consuelo. No contaremos entre nuestros oyentes nombres celebrados en la historia, pero contaremos los nombres de los que están escritos en el cielo. No veremos juntos alli todos los títulos, y todas las grandes dignidades de que se forma la gloria y figura del mundo que pasa; pero veremos la fé, la devocion, la inocencia en que consiste toda la gloria del Christiano, que dura eternamente. No oiremos los vanos aplausos que se dán al lenguaje del hombre, y no al de la fé; pero veremos correr las lágrimas, que son el inmortal idioma de la gracia. Nuestros púlpitos no estarán rodeados de tanta pompa; pero nuestro auditorio será un espectáculo digno de los Angeles y de Dios.

Estas son las disposiciones con que os debeis preparar para nuestros Sermones. Ahora es necesario instruiros acerca del espiritu con que debeis oírnos.

(a) Act. 13. v. 46.

SEGUNDA PARTE.

PAra instruiros en orden á la disposicion, con que debeis oír la divina palabra, basta el proponeros, qual sea su autoridad y su fin. Su autoridad, que es divina, os pide una disposicion de respeto y docilidad. Su fin, que es la conversion de los corazones, una disposicion fiel, que solamente busque en ella luces para salir de sus errores, y remedios para curar sus males.

Digo primeramente que su autoridad es divina: Y así, Católicos, la palabra que os anunciamos no es nuestra, sino del Señor que nos envía. Desde que nos colocó en el santo ministerio por medio de una vocacion legitima, quiere que nos mireis como á Embaxadores suyos que os hablan de su parte, y que no hacen mas que ofrecer su debil voz á su divina palabra. Es verdad que nosotros conservamos este tesoro en vasos de barro; pero por eso nada pierde de su magestad: Somos semejantes á aquellos vasos de tierra de que se sirvió Gedeón en otro tiempo contra los enemigos del Señor; el sonido podrá ser vil y despreciable; pero la verdad, aquella luz divina que Dios ha puesto en nosotros, no por eso dexa de haber baxado del cielo, destinada como las lámparas de Gedeón á atemorizar hoy tambien á las almas fieles.

Debeis, pues, manifestar primeramente una piadosa docilidad á la autoridad de esta divina palabra, y oírla como discípulos, y no como jueces. Las reglas del culto y de la devocion que os proponemos, son las decisiones del Evangelio, las leyes de la Iglesia, y las máximas de los Santos. No venimos á proponeros aqui nuestras opiniones, nuestras preocupaciones, ni nuestros discursos. Esta Cátedra no es para disputar, sino para anunciar la verdad. En la Cátedra de la paz y
de

de la unidad no se debe proponer cosa alguna que admita contradiccion. Nosotros hablamos aqui en nombre de la Iglesia; y en este punto no somos mas que intérpretes de su fé y de su doctrina.

No obstante, ¡quántos hombres que se tienen por sábios, y se precian de su capacidad y talento, vienen aqui con un animo dispuesto á no dexarse sorprender de los terrores de la divina palabra! No se precian, como los pecadores de que hemos hablado, de ser insensibles á la verdad, pero miran nuestro ministerio como un arte lleno de exágeraciones é hiperboles. Los mas santos movimientos de zelo no son para ellos mas que unas frases estudiadas de un humano artificio; las mas terribles amenazas, ímpetus de una vana eloqüencia; las máximas mas indefectibles, discursos en que tiene mas parte la costumbre que la verdad; las sentencias mas propias para aterrar las conciencias, modos de hablar que cada uno puede mitigar libremente. Este, Católicos, es el deplorable estado de la mayor parte de los que aqui asistís. Continuamente oponéis en vuestro interior á las verdades que anunciamos las máximas y preocupaciones del mundo que las contradicen: sois ingeniosos para debilitar en vuestro interior, con especiosas razones, lo que llamais exceso en nuestras máximas: venís aqui á impugnar la verdad, y no á ceder á su fuerza y á su luz; parece que no venís mas que á disputar con Dios, á debilitar la eterna inmutabilidad de su palabra, á defender la mentira contra los intereses de la verdad, y á ser secretos Apologistas del mundo y de las pasiones en el mismo santo lugar destinado á condenarlas y combatirlas. ¡Ah! Permitid á lo menos que esta verdad triunfe en su templo. No la disputeis esta corta victoria, pues tantas veces ha triunfado de todo el universo: Oprimidla en hora buena en el mundo, en aquellas asambleas de vanidad que junta el error, y en las que el error
pre-

SEGUNDA PARTE.

PAra instruiros en orden á la disposicion, con que debeis oír la divina palabra, basta el proponeros, qual sea su autoridad y su fin. Su autoridad, que es divina, os pide una disposicion de respeto y docilidad. Su fin, que es la conversion de los corazones, una disposicion fiel, que solamente busque en ella luces para salir de sus errores, y remedios para curar sus males.

Digo primeramente que su autoridad es divina: Y así, Católicos, la palabra que os anunciamos no es nuestra, sino del Señor que nos envía. Desde que nos colocó en el santo ministerio por medio de una vocacion legitima, quiere que nos mireis como á Embaxadores suyos que os hablan de su parte, y que no hacen mas que ofrecer su debil voz á su divina palabra. Es verdad que nosotros conservamos este tesoro en vasos de barro; pero por eso nada pierde de su magestad: Somos semejantes á aquellos vasos de tierra de que se sirvió Gedeón en otro tiempo contra los enemigos del Señor; el sonido podrá ser vil y despreciable; pero la verdad, aquella luz divina que Dios ha puesto en nosotros, no por eso dexa de haber baxado del cielo, destinada como las lámparas de Gedeón á atemorizar hoy tambien á las almas fieles.

Debeis, pues, manifestar primeramente una piadosa docilidad á la autoridad de esta divina palabra, y oírla como discípulos, y no como jueces. Las reglas del culto y de la devocion que os proponemos, son las decisiones del Evangelio, las leyes de la Iglesia, y las máximas de los Santos. No venimos á proponeros aqui nuestras opiniones, nuestras preocupaciones, ni nuestros discursos. Esta Cátedra no es para disputar, sino para anunciar la verdad. En la Cátedra de la paz y
de

de la unidad no se debe proponer cosa alguna que admita contradiccion. Nosotros hablamos aqui en nombre de la Iglesia; y en este punto no somos mas que intérpretes de su fé y de su doctrina.

No obstante, ¡quántos hombres que se tienen por sábios, y se precian de su capacidad y talento, vienen aqui con un animo dispuesto á no dexarse sorprender de los terrores de la divina palabra! No se precian, como los pecadores de que hemos hablado, de ser insensibles á la verdad, pero miran nuestro ministerio como un arte lleno de exágeraciones é hiperboles. Los mas santos movimientos de zelo no son para ellos mas que unas frases estudiadas de un humano artificio; las mas terribles amenazas, ímpetus de una vana eloqüencia; las máximas mas indefectibles, discursos en que tiene mas parte la costumbre que la verdad; las sentencias mas propias para aterrar las conciencias, modos de hablar que cada uno puede mitigar libremente. Este, Católicos, es el deplorable estado de la mayor parte de los que aqui asistís. Continuamente oponéis en vuestro interior á las verdades que anunciamos las máximas y preocupaciones del mundo que las contradicen: sois ingeniosos para debilitar en vuestro interior, con especiosas razones, lo que llamais exceso en nuestras máximas: venís aqui á impugnar la verdad, y no á ceder á su fuerza y á su luz; parece que no venís mas que á disputar con Dios, á debilitar la eterna inmutabilidad de su palabra, á defender la mentira contra los intereses de la verdad, y á ser secretos Apologistas del mundo y de las pasiones en el mismo santo lugar destinado á condenarlas y combatirlas. ¡Ah! Permitid á lo menos que esta verdad triunfe en su templo. No la disputeis esta corta victoria, pues tantas veces ha triunfado de todo el universo: Oprimidla en hora buena en el mundo, en aquellas asambleas de vanidad que junta el error, y en las que el error
pre-

preside: ¿No os basta haberla desterrado del mundo, y que no se atreva á parecer en él sin exponerse á las burlas y censuras? Dexadnos á lo menos el triste consuelo de publicarla á vista de estos altares que ella ha levantado, y que á lo menos deben servirla de asilo.

Nos acusáis de que exágeramos; ¡oh gran Dios! y Vos nos juzgareis acaso algun día de que hemos debilitado la fuerza y la virtud de vuestra palabra por no haberla meditado suficientemente al pie de los altares, y acaso tambien de haber acomodado la santa severidad de nuestro Evangelio á las condescendencias y mitigaciones de nuestro siglo! ¿Y acaso algun día nos pondreis entre los obreros de iniquidad, porque la tibieza y negligencia de nuestras costumbres habrá quitado á la palabra que anunciamos aquel terror, y aquella vehemencia divina, que no se puede hallar sino en una boca consagrada con la piedad y la penitencia!

¿Y qué? ¿Os parece, Católicos, que las eternas verdades que nos propuso Jesu-Christo, no son suficientes para asustar las conciencias, sin que el entendimiento del hombre las añada terrores extraños? ¿Exágeraria San Pablo quando aquel Gobernador Romano, á pesar de la soberbia de una falsa sabiduría, y de las preocupaciones de un culto idólatra, temblaba, como dice San Lucas, oyendole hablar de la justicia, de la castidad, y del terrible espectáculo del juicio venidero? ¿Exágeraria San Pablo, quando los habitantes de las ciudades venian hiriendo sus pechos, deshaciendose en lágrimas á sus pies, y llevando á las plazas públicas los libros lascivos, ó impíos, y los demás instrumentos de sus pasiones para sacrificarlos al Señor?

Nos acusáis tambien de que añadimos nuevos terrores á las palabras del Evangelio: ¿Pero dónde están las conciencias que turbamos? ¿Dónde están los pecadores que asustamos? ¿Dónde las almas que atemorizadas al

salir de nuestros Sermones, van á esconderse en lo mas retirado de los desiertos, y á expiar con santos excesos de penitencia las disoluciones de sus pasadas costumbres? En los antiguos siglos se vieron muchos exemplares de estos; ¿pero en el nuestro se vé por ventura, alguno? ¡Ah! Ojalá pudierais convencerme de haber inspirado á una sola alma estos saludables temores, decia antiguamente San Ambrosio á algunos sábios mundanos de su tiempo, que le acusaban de que exágeraba los peligros y la corrupcion del mundo, y de que hacia que muchas doncellas Christianas tomasen el partido de la santa virginidad; y yo os lo puedo decir con mucha mas razón que aquel grande hombre: *Utinam convincerem!* ¡Ojalá me pudierais manifestar las resultas de una indiscrecion tan feliz! *Utinam tanti criminis probaretur effectus!* (a) ¡Ojalá tubierais algunos exemplares con que arguirmé, para justificar vuestras censuras! *Utinam me exemplis potius argueretis, quam sermonibus cederitis!* ¡Ah! Yo sufriera con gusto la calumnia, si se me pudiera manifestar el suceso que se me reprehende: *Non vererer injuriam, si efficaciam recognoscerem.*

¡Ah! acaso nosotros condescendemos con vuestra flaqueza; acaso respetamos demasiado unas costumbres autorizadas con un largo uso, por temor de que no parezca que censuramos los grandes exemplos que las autorizan: casi no nos atrevemos á hablar de ciertos desordenes, porque no parezca que nuestras censuras se dirigen mas á las personas que á los vicios: nos contentamos con manifestaros de lexos unas verdades que debieramos poner muy cerca de vuestra vista; y aun vuestra salvacion padece muchas veces por el exceso de nuestras precauciones, y de nuestra tímida pru-

(a) S. Ambros. de Virginit. lib. 1. c. 5.
Tomo III. S

dencia. ¿Qué mas diré? La flaqueza nos arranca muchas veces elogios, en donde el zelo debiera colocar anathemas y censuras. Nos dexamos deslumbrar, como el mundo, con los nombres y con los títulos: Lo que animó á los Ambrosios nos acobarda á nosotros: y muchas veces, porque debemos respetarlos, os ocultamos la verdad, á la que debieramos respetar aun mas que á vosotros; ¡y con todo eso nos acusais de que exágeramos, de que ponderamos las verdades, y de que formamos fantasmas á nuestro modo para asustar á los que nos escuchan!

¿Pero qué utilidad sacariamos de un artificio tan indigno de la verdad que se nos ha confiado? Las declamaciones excesivas y pueriles podrian convenir á la eloqüencia venal de aquellos Sofistas, que en las Escuelas de Grecia procuraban atraer discipulos, ponderandoles la sabiduría de su secta; pero nosotros, Católicos, ¡Ah! nosotros quisieramos poder suavizaros el yugo, en vez de hacerosle mas pesado; quisieramos poder facilitaros el camino, y no poner en él nuevos obstáculos. ¡Ojalá pudieramos, como el Pastor del Evangelio, llevaros sobre nuestros hombros para escusaros las fatigas del camino! ¿Cómo habiamos nosotros de disgustaros de la empresa de la salvacion, representandoos en ella dificultades quiméricas, quando debemos allanaros las que efectivamente se hallan en ella, y daros la mano para sostener vuestra flaqueza?

Meditad la ley de Jesu-Christo, Católicos, ¡pero qué digo? No hagais mas que abrir el Evangelio, y leer. Entonces conoceréis que nosotros cubrimos con un velo de discrecion la severidad de sus máximas; entonces, lexos de quejaros de nuestros excesos, supliriais vosotros mismos nuestro silencio y nuestras mitigaciones, y os diriais lo que nosotros tememos deciros, porque no lo podreis sufrir. ¡Gran Dios! El compendio de vuestra santa ley se redu-

duce á llevar cada día su Cruz, á despreciar el mundo y todo quanto en él hay, á vivir como extrangeros en la tierra, á no estar unidos mas que á Vos solo, á negarse á todo lo que lisongea los sentidos, á negarse continuamente á sí mismos, á tener por felices á los que lloran y están afligidos. ¿Y qué podrá añadir el entendimiento humano al rigor de esta doctrina? ¿Qué cosa mas triste ni mas formidable podremos anunciar al amor propio? Luego vuestras reprehensiones no son mas que un vano lenguaje del mundo, y uno de aquellos modos de hablar que todos se apropian, y ninguno exámina; vuestra conciencia le desmiente en lo interior, y quando hablais con sinceridad confesais que tenemos razon, y que el Evangelio es un Predicador mucho mas severo y mas terrible para el mundo y para los que le aman, que lo que podemos ser nosotros. Esta es la primera obligacion que pide de vosotros la autoridad de la divina palabra; un espíritu de docilidad.

En segundo lugar, debeis á la autoridad de esta divina palabra un espíritu de sinceridad y aplicacion á vosotros mismos; es decir, que debeis ser unos rigurosos censores de vuestras propias conciencias; que por una parte debeis tener continuamente presente el estado de vuestra alma, y por otra las verdades que os anunciamos: debeis gobernaros por esta regla, ilustraros con esta luz, juzgaros por esta ley, oír, como si solamente se dirigiesen á vosotros, las santas máximas que se predicán á todos, miraros como si estuvierais aqui solos en presencia de Jesu-Christo que habla á vosotros solos por nuestra boca, y que acaso nos envia aqui solamente para vosotros. Porque, Católicos, aqui ninguno recibe para sí la palabra que á él se dirige, y que le condena; ninguno cree que es interesado en ella; parece que nosotros nos formamos unas ideas voluntarias para impugnarla, y que la realidad del pecado contra quien dirigimos nuestros discursos, no se halla en parte alguna; el lascivo no

se reconoce ni aun en las mas vivas y mas semejantes imagenes de su pasion; el hombre que está cargado de bienes mal adquiridos, y acaso de la sangre y de los despojos de los pueblos, conviene con nosotros en condenar esta injusticia en los demás, y no vé que se está juzgando á sí mismo; el Cortesano poseído de la ambicion, y que todos los dias sacrifica á este idolo la conciencia y la probidad, confiesa la baxeza de esta pasion en sus semejantes, y la mira en sí, ó como virtud, ó como la principal ciencia de la Corte. Cada uno se mira siempre á sí mismo por aquellas circunstancias favorables que le impiden el que se conozca como es en sí; por mas que los señalemos con el dedo, por decirlo así, siempre hallan en sí mismos algunos coloridos agradables que mudan la semejanza, y dicen en su interior: Yo no soy aquel hombre; y al mismo tiempo que acaso el público nos está aplicando unas verdades tan parecidas, nosotros solos, ó no queremos conocernos en ellas, ó solo descubrimos en ellas los defectos de nuestros proximos; para nuestro retrato buscamos ideas estrañas; somos diestros para hacer que cayga sobre otros el golpe que la verdad solamente dirigia hácia nosotros; la malicia de las aplicaciones es el unico fruto que sacamos de la pintura que se hace en el púlpito de nuestros vicios, y juzgamos temerariamente á nuestros próximos en lo que debieramos juzgarnos á nosotros mismos. De este modo ¡oh Dios mio! los hombres perdidos abusan de todo, y la misma luz de la verdad cierra sus ojos á sus propios desordenes, y no los abre sino para ver en los demás, ó lo que no hay, ó lo que debiera ocultarlos.

Estas son las obligaciones que os pide la autoridad de la divina palabra: veamos ahora las que son inseparables de su fin. Bien sabeis, Católicos, que su fin es la conversion de los corazones, el establecimiento de la verdad, la destruccion del error y del pecado, y la santificacion del nombre de Jesu-Christo: en ella todo

es grande, todo magestuoso, todo digno del exercicio mas sublime de la gerarquía; y de aqui se infiere facilmente que debeis oírnos con un religioso respeto que no desprecie la sencillez de nuestros discursos, y con una disposicion de fé que no busque en ellos cosa alguna humana, frívola, ni que no corresponda á la excelencia y dignidad de su fin.

Dixe, una disposicion de religioso respeto que no desprecie la sencillez de nuestros discursos: porque por mas ilustrados que esteis, no debeis tomar motivo del talento que suponeis en vosotros para despreciar las instrucciones que dá la Iglesia á los fieles. Agustin, ya célebre en Milán por sus talentos y por su eloqüencia, no se desdenaba de asistir continuamente á las instrucciones públicas del Grande Ambrosio; la suave conmocion del espíritu os enseñará siempre aqui lo que acaso ignorais. Si teneis la ciencia que hincha, os confirmareis en la caridad que edifica; si vuestro entendimiento no aprende nada nuevo, acaso vuestro corazon sentirá aqui cosas nuevas; á lo menos aprendereis que es nada vuestra sabiduría si ignorais la ciencia de la salvacion; que no sois mas que una nube sin agua, aunque elevada por vuestros talentos y por la ciencia en que excedeis á los demás hombres, pero vacía de gracia, y juguete de los vientos y de las pasiones en la presencia de Dios; y finalmente, que una alma sencilla y pura lo aprenderá todo en un instante en el seno de Dios, y será transformada de claridad en claridad; al contrario vosotros, despues de una vida llena de vigiliias y trabajos, despues de un inutil conjunto de noticias y luces, no tendreis acaso mas premio que las tinieblas eternas.

¡Qué engaño es, Católicos, desterrarse de estos santos concursos con pretexto de saber bastante, y acaso tambien con el de estar suficientemente instruidos en las obligaciones de la piedad, de que tanto tiempo ha que hacemos profesion, y que con la leccion de libros Chris-

tianos, y un poco de reflexion en el retiro, se adelanta mas, y son mas utiles que todos nuestros discursos! Pero, amados oyentes mios, si haceis profesion de la piedad y de la justicia, ¿qué mayor consuelo podeis tener que el oír publicar las maravillas del Señor, los preceptos de su santa ley, y las verdades que amais, que practicais, y cuyo conocimiento debeis desear que se comunique á todos los hombres? ¿Qué espectáculo de mas consuelo para vosotros que el vér aqui juntos á vuestros hermanos á los pies del altar, oyendo atentamente la palabra de vida, apartados de los espectáculos del mundo y de las ocasiones del pecado, formando santos deseos, abriendo sus corazones á la voz de Dios, concibiendo acaso las primicias del Espiritu Santo, y los principios de su penitencia, y el poderos unir á ellos para alcanzar del Padre de las misericordias, que acabe de perfeccionar en su alma la saludable obra que en ella ha comenzado?

No quiero decir que la meditacion de las divinas Escrituras no provea á la piedad Christiana de muchos consuelos: Pero el Señor une á la virtud de nuestro ministerio, y á la vocacion legítima, unas gracias que no hallareis en otra parte. Las mas sencillas verdades en boca de los Pastores, ó de los que os hablan en su lugar, sacan de la gracia de su mision una fuerza que no tendrian por sí solas, y el mismo libro de Isaías que leído en un carro por aquel Eunúco de la Reyna de Ethiopia era para él un libro cerrado que divertia su ociosidad, sin ilustrar su fé, explicado por San Felipe, se hizo inmediatamente para él una palabra de vida y de salud. Finalmente, sois deudores de este exemplo á vuestros hermanos, de esta edificacion á la Iglesia, de este respeto á la palabra de Jesu-Christo, de esta uniformidad al espiritu de paz y de unidad que á todos nos enlaza. Apartaos enhorabuena de aquellas concurrencias profanas y pecaminosas, en donde siempre gime la piedad,

dad, en donde siempre es estrangera y oprimida; pero este es su propio lugar, esta es la asamblea de los Santos, pues nuestro ministerio se instituyó y se continúa en la Iglesia para formarlos.

Dixe, en segundo lugar, un espiritu de su fé; y esta disposicion encierra en sí otras dos: un amor á la divina palabra, independientemente de los talentos del hombre que os la anuncia; y un gusto formado por la religion, que no viene á buscar aqui vanos adornos, sino las sólidas verdades de la salvacion; esto es, no oirlas ni con ánimo de censurar, ni con espiritu de curiosidad.

Y á la verdad, vuestro amor á la palabra de Jesu-Christo debe cegaros, por decirlo asi, para que no veais los defectos de los que os la anuncian; os debe parecer hermosa, divina, digna de vuestros respetos aun en una boca rústica y grosera, baxo qualquiera color que os la presente, ya sea vestida de pomposos adornos, ya con sencillez y desnuda; con tal que conozcais en ella sus celestiales rasgos, siempre tiene los mismos derechos sobre vuestro corazon. ¿Acaso puede perder algo de su santidad por pasar por canales menos brillantes y ricos? Que el Señor hablase en otro tiempo desde una zarza vil y despreciable á la vista, ó desde una nube de gloria; que intimase sus oráculos en medio del desierto, y en un tabernáculo cubierto de pieles de animales, ó en el templo de Salomón, el mas magnífico que se levantó jamás á la gloria de su nombre, ¿perdia acaso su palabra algo de su dignidad? ¿Y mientras era el mismo Señor el que hablaba en todas partes, hacia en esto alguna distincion la fé de Israel?

Con todo eso, entre todos los que nos escuchan hay en el dia de hoy muy pocos que no se tengan por jueces y censores de la divina palabra. No vienen aqui mas que para decidir del mérito de los que la predicán; para hacer necias comparaciones; y para dar su voto sobre la diferencia de dias é instrucciones que les

les corresponden; se precian de que no todo les agrada; pasan sin cuidado por las verdades mas terribles, y que les harian mas al caso; y todo el fruto que sacan de un discurso christiano se reduce á haber reparado mas que otros en los defectos: De modo que á la mayor parte de nuestros oyentes se les puede aplicar lo que fingidamente decia Joseph á sus hermanos, quando ya era el salvador de Egypto: Vosotros no habeis venido aqui á buscar trigo y mantenimientos, sino como espías, á registrar los parages mas flacos de la Provincia: *Exploratores estis: ut videatis infirmiora terra venistis.* (a) Vosotros no venís á oírnos para sustentarnos con el pan de la divina palabra, y buscar socorros y remedios utiles á vuestros males, sino para observar adonde dirigir algunas vanas censuras, y hacer gala de nuestros defectos, los que acaso son para vosotros un terrible castigo de Dios, que os niega por vuestros delitos otros Ministros mas cabales que pudieran reducirlos á la penitencia: *Exploratores estis: ut videatis infirmiora terra venistis.*

Pero decidme con sinceridad, Católicos: por mas debil que sea nuestro estilo, ¿no decimos siempre lo bastante para confundiros, para disipar vuestros errores, y para haceros confesar en vuestro interior unos desordenes de que no os podreis justificar con vosotros mismos? ¿Se necesitan tan sublimes talentos para decirnos que los fornicarios, los avaros y los hombres sin misericordia nunca entrarán en el reyno de Dios? ¿Que si no haceis penitencia perecereis? ¿Y que de nada sirve el ser dueño del mundo entero, si se pierde el alma? ¿La fuerza de todas estas divinas verdades no consiste en su misma sencillez? ¿Podrán ser menos terribles en la boca del Predicador menos conocido?

Por
 (a) *Genesi 42. v. 9.*

Por otra parte, si fuera lícito alabarnos á nosotros mismos, como decia en otro tiempo el Apostol á los fieles ingratos que atendian mas á censurar la sencillez de su exterior y de su estilo, y su figura despreciable á los ojos de los hombres, como dice él mismo, que á compadecerse de las fatigas y de los infinitos peligros en que se habia visto por anunciaros el Evangelio y convertirnos á la fé; si fuera lícito os diriamos: Hermanos míos, nosotros sufrimos por vuestra causa todo el peso de un ministerio penoso; nuestros cuidados, nuestras vigiliass, nuestras oraciones, los infinitos trabajos que pasamos para venir á estas christianas Cátedras, no tienen mas objeto que vuestra salvacion: ¡Ah! ¿No hemos de merecer á lo menos que respeteis nuestras fatigas? ¿El zelo con que lo sufrimos todo por aseguraros la salvacion ha de ser el funesto motivo de vuestras burlas y censuras? Pedid á Dios en hora buena que para gloria de su Iglesia y honor de su Evangelio suscite á su pueblo obreros poderosos en palabras; unos hombres á quienes solamente la divina gracia haga eloqüentes, y que anuncien el Evangelio de un modo digno de su grandeza y santidad; pero si nosotros faltamos en esto, supla vuestra fé lo que falta á nuestros discursos: dé vuestra devocion á la verdad en vuestros corazones lo que pierde en nuestras bocas, y no obligueis á los Ministros del Evangelio con vuestras injustas displicencias á que para agradaros recurran á los vanos artificios de una eloqüencia humana, á lucir mas que á instruir, y á tener que ir á casa de los Filisteos, como antiguamente los Israelitas, para aguzar sus instrumentos destinados á cultivar la tierra; esto es, á buscar en las ciencias profanas, ó en el estilo de un mundo enemigo, adornos estraños para hermohear la sencillez del Evangelio, y dar á los instrumentos y á los talentos destinados á hacer crecer y fructificar la santa semilla, un brillo y una sutileza que embota su fuerza y su virtud, y pone un falso resplandor en lugar del zelo

y de la verdad: *Descendebat ergo omnis Israël ad Philisthim; ut exacueret unusquisque vomerem suum, & ligonem.* (a)

Y este, Católicos, es el ultimo defecto, opuesto á este espíritu de fé; un espíritu de curiosidad. No distinguís como debeis la santa gravedad de nuestro ministerio, de aquel arte vano y frívolo, que no tiene mas fin que la colocacion de los discursos, y la gloria de la eloqüencia. Asistís á nuestros Sermones, como en otro tiempo San Agustín, quando aun era pecador, á los de S. Ambrosio: No asistía, dice este ilustre Penitente, por aprender allí de la boca del hombre de Dios los secretos de la vida eterna, que había ya tanto tiempo que buscaba, ni para hallar allí remedio á las vergonzosas é inveteradas heridas de mi alma, las que solo vos conociais, ¡oh Dios mio! sino por exâminar si su eloqüencia correspondia á su fama, y sus discursos eran dignos de los aplausos que le daba todo su pueblo. Yo no me interesaba en las verdades que él predicaba, solamente me movia la hermosura y suavidad del discurso: *Rerum autem incuriosus, & contemptor adstabam, & delectabar suavitate sermonis.* (b)

Y este es tambien hoy el deplorable estado de muchos de los fieles que me oyen, los que cargados de culpas, como Agustino, atados como él con las mas vergonzosas pasiones, lejos de venir á buscar aqui remedios para sus males, vienen á buscar vanos adornos, que divierten á los enfermos sin curarlos, que hacen que nosotros gustemos al pecador, pero no que el pecador se disguste de sí mismo. Vienen, segun parece, á decirnos lo que en otro tiempo decian los habitadores de Babilonia á los Israelitas cautivos: Cantadnos los cánticos de

(a) 1. Reg. 13. v. 20.

(b) Conf. lib. 5. cap. 13.

de Sión: *Hymnum cantate nobis de canticis Sion.* (a) Vienen á buscar la armonía y el concierto en la verdades serias de la moral de Jesu-Christo, en los suspiros de la triste Sión estrangera y cautiva, y quieren que nosotros nos dediquemos á alhagar el oido, quando publicamos las terribles amenazas y máximas severas del Evangelio: *Hymnum cantate nobis de canticis Sion.*

O vosotros los que me escuchais, y á quienes se dirige este discurso, entrad dentro de vosotros mismos por un instante; vuestro estado ya es como deplorable á la vista de Dios; vuestras llagas inveteradas casi no dexan esperanza de remedio; vuestros males urgen; el tiempo es corto; Dios, cansado ya de sufriros, va por último á heriros y sorprehenderos. Estas son las eternas desgracias que os pronosticamos, y que suceden todos los dias á vuestros semejantes. Vosotros no estais lejos de su cumplimiento; nosotros os manifestamos la terrible espada del Señor que está sobre vuestra cabeza, dispuesta á caer sobre vosotros y lejos de atemorizaros por las conseqüencias de vuestra suerte, y de tomar las medidas para apartar de vosotros la espada que os amenaza, os divertís en exâminar si brilla y reluce; buscáis aun en los terrores de la predicacion las pueriles bellezas de una eloqüencia intempestiva. ¡Gran Dios! ¡Qué digno de burla y de desprecio parece el pecador quando se mira á vuestras luces!

Porque, Católicos, ¿acaso estamos aqui nosotros en un púlpito profano, para grangearnos con artificiosas palabras los votos de una asamblea ociosa, ó en la Cátedra christiana, y en lugar de Jesu Christo para instruiros, reprehenderos y santificaros en el nombre y en la presencia del que nos embía? ¿Es esto por ventura una disputa en que se interesa la fama, un exercicio de entendimiento y de ociosidad, ó el mas santo y mas importante.

(a) Psalm. 136. v. 3.

tante ministerio de la fé? ¡Ah! ¿Por qué venís á reparar en nuestros cortos talentos, y á buscar prendas humanas, en donde solo Dios es quien habla y obra? ¿No son algunas veces los instrumentos mas viles los mas propios para el poder de su gracia? ¿Quando él quiere no se arruinan los muros de Jericó al sonido de unsa débiles trompetas? ¿Qué nos importa el agradaros, si no os mudamos? ¿De qué nos sirve ser eloqüentes, si vosotros permanecéis siempre pecadores? ¿Qué fruto sacaremos de vuestras alabanzas, si vosotros no le sacáis de nuestras instrucciones? Nuestra gloria consiste en establecer el reyno de Dios en vuestros corazones; vuestras lágrimas solamente pueden elogiarnos mucho mejor que vuestros aplausos; y nosotros no queremos mas corona que á vosotros mismos, y vuestra salud eterna. *Amen.*



SER-

SERMON
PARA EL LUNES
DE LA PRIMERA SEMANA
DE QUARESMA.

SOBRE LA VERDAD DE OTRA
VIDA ETERNA.

Ibunt hi in supplicium aeternum, justi autem in vitam aeternam.

Estos irán á un eterno suplicio, y los Justos á la vida eterna. *Matth. 25. v. 46.*

Ved aqui, Católicos, en lo que vendrán á parar por último los deseos, las esperanzas, los consejos y las empresas de los hombres. Ved aqui finalmente el termino de las vanas reflexiones de los Sabios, y de los entendimientos rebeldes; de las dudas é incertidumbres eternas de los incredulos; de los vastos proyectos de los Conquistadores; de los monumentos de la gloria humana; de los cuidados de la ambicion; de

tante ministerio de la fé? ¡Ah! ¿Por qué venís á reparar en nuestros cortos talentos, y á buscar prendas humanas, en donde solo Dios es quien habla y obra? ¿No son algunas veces los instrumentos mas viles los mas propios para el poder de su gracia? ¿Quando él quiere no se arruinan los muros de Jericó al sonido de unsa débiles trompetas? ¿Qué nos importa el agradaros, si no os mudamos? ¿De qué nos sirve ser eloqüentes, si vosotros permanecéis siempre pecadores? ¿Qué fruto sacaremos de vuestras alabanzas, si vosotros no le sacáis de nuestras instrucciones? Nuestra gloria consiste en establecer el reyno de Dios en vuestros corazones; vuestras lágrimas solamente pueden elogiarnos mucho mejor que vuestros aplausos; y nosotros no queremos mas corona que á vosotros mismos, y vuestra salud eterna. *Amen.*



SER-

SERMON
PARA EL LUNES
DE LA PRIMERA SEMANA
DE QUARESMA.

SOBRE LA VERDAD DE OTRA
VIDA ETERNA.

Ibunt hi in supplicium aeternum, justi autem in vitam aeternam.

Estos irán á un eterno suplicio, y los Justos á la vida eterna. *Matth. 25. v. 46.*

Ved aqui, Católicos, en lo que vendrán á parar por último los deseos, las esperanzas, los consejos y las empresas de los hombres. Ved aqui finalmente el termino de las vanas reflexiones de los Sabios, y de los entendimientos rebeldes; de las dudas é incertidumbres eternas de los incredulos; de los vastos proyectos de los Conquistadores; de los monumentos de la gloria humana; de los cuidados de la ambicion; de

de las distinciones de los talentos; de las inquietudes de la fortuna; de la prosperidad de los imperios, y de todas las frívolas revoluciones de la tierra. Esta será la terrible solución que nos manifestará por último los misterios de la Providencia en orden á los diversos destinos de los hijos de Adám, y que justificará su conducta en el gobierno del Universo. Esta vida no es mas que un rápido instante y el principio de otra vida eterna; la suerte de todos los hombres se dividirá en unos tormentos que nunca se han de acabar, ó en las delicias de una felicidad inmortal: y nuestro destino ha de ser uno de estos dos extremos.

Con todo eso, la imagen de este grande espectáculo, que en otro tiempo fue suficiente para asustar la ferocidad de los tyranos, para hacer temblar la constancia de los Filósofos, para turbar las delicias y el regalo de los Cesares, para domesticar á los pueblos mas bárbaros, para formar tantos Martyres, para poblar los desiertos, y sujetar todo el Universo al yugo de la Cruz; esta imagen tan terrible, hoy ya casi no está destinada mas que para asustar la timidez del pueblo sencillo; aquellos grandes objetos han venido á ser pinturas vulgares, que casi no nos atrevemos á exponer á la falsa delicadeza de los poderosos y de los sabios del mundo, y el fruto que regularmente sacamos de este genero de discursos, es el que al salir de ellos pregunten, si todo sucederá como lo hemos dicho.

Porque, Católicos, vivimos en un tiempo en que ha naufragado la fé de muchos; en que una fatal filosofía, como un mortal veneno, se esparce ocultamente, y pretende justificar las abominaciones y los vicios contra la fé de las penas y de las recompensas futuras. Esta plaga ha pasado de los palacios de los Grandes hasta el pueblo, y en todas partes se ofende á la piedad de los justos con conversaciones de irreligion, y máximas de libertinage.

Y

Y á la verdad, Católicos, no me admiro de que unos hombres disolutos duden de la eternidad, y procuren combatir y debilitar una verdad tan propia para turbar sus pecaminosas delicias. Terrible cosa es el esperar una infelicidad eterna. El mundo no tiene placer que dure á vista de un pensamiento tan triste, y por eso ha procurado siempre borrarle del corazon y del espíritu de los hombres. Conoce muy bien que la fé de lo por venir es un freno que incomoda las pasiones humanas, y que nunca podrá conseguir el que los hombres disolutos estén sosegados y tranquilos, si antes no los hace incredulos.

Quitemos, pues, Católicos, á la corrupcion del corazon humano un apoyo tan débil y tan monstruoso. Hagamos ver á las almas disolutas, que han de sobrevivir á sus desordenes; que no todo muere con el cuerpo; que esta vida acabará sus delitos, pero no sus desgracias; y para mejor confundir la impiedad, impugnemos los vanos pretextos en que se funda.

Primeramente, nos dice el impío, ¿quién sabe si todo muere con nosotros? ¿Es cierta la otra vida de que nos hablan? ¿Quién ha vuelto de allá para decirnos lo que allí pasa?

En segundo lugar: ¿Es compatible con la grandeza de Dios, dicen tambien, el abatirse á cuidar de lo que pasa entre los hombres? ¿Qué le importa el que unos gusanos de la tierra, como nosotros, se deguellen, se engañen, se despedacen, que vivan con placeres ó con templanza? ¿No es soberbia del hombre el creer que cuida de él un Dios tan grande?

Finalmente añaden: ¿Qué apariencia puede haber de que habiendo Dios hecho nacer al hombre segun él es, castigue como delitos unas inclinaciones á los placeres que se hallan dentro de nosotros y que nos dió la naturaleza? Esta es toda la Filosofía de las almas sensuales: la incertidumbre de la eternidad: la grandeza de

de un Dios á quien no puede ofender una vil criatura: y la flaqueza natural del hombre, á la que sería cosa indigna acusar de delito.

Manifestemos, pues, desde luego contra la incertidumbre de los impíos, que la verdad de la otra vida se justifica con las mas puras luces de la razon: en segundo lugar, contra la indigna idea que se forman de la grandeza de Dios, que esta verdad corresponde á su sabiduría y á su gloria; finalmente, contra el pretexto sacado de la flaqueza del hombre, que se justifica por el mismo juicio de su propia conciencia. La certidumbre de la otra vida, su necesidad, y el dictamen interior de la conciencia que nos la persuade, serán el asunto de mi discurso.

¡Oh Dios mio! no mireis el ultrage que hacen á vuestra gloria las blasfemias de la impiedad. Considerad y ved solamente de lo que es capaz un entendimiento á quien no ilumináis. Reconoced en los monstruosos extravíos del espíritu humano la severidad de vuestra justicia, quando ésta le abandona; para que quanto mas descubra yo aquí las insensatas blasfemias del impío, le tengais por mas digno de vuestra piedad y de las riquezas de vuestra misericordia. *Ave Maria.*

PRIMERA PARTE.

SIn duda que es cosa terrible el haber de justificar en presencia de unos fieles la verdad de mayor consuelo que tiene fé; el haber de probar á unos hombres á quienes se les ha anunciado á Jesu Christo, que su sér no es un extravagante conjunto, ni un funesto efecto de la casualidad; que un Artifice sabio y omnipotente ha presidido á nuestra formacion y á nuestro nacimiento; que un soplo de inmortalidad anima nuestro barro; que una porcion de nosotros mismos nos ha de

de sobrevivir, y que nuestra alma al salir de esta casa terrestre ha de volver al seno de Dios de donde habia salido, y ha de ir á habitar la region eterna de los vivos en donde á cada uno se le ha de dar segun sus obras.

Por esta verdad empezó San Pablo á anunciar la fé en el Areopago. (a) Nosotros somos la descendencia inmortal de Dios, decia á aquella asamblea de Sábios, y el Señor ha establecido un dia para juzgar al universo. Por esta parte empezaron los hombres Apostólicos á poner los primeros cimientos de la doctrina de la salud entre las naciones infieles y corrompidas. Pero nosotros, Católicos, que llegamos al fin de los siglos, despues que la plenitud de las naciones ha entrado en la Iglesia, despues que todo el universo ha creído, despues que han sido aclarados todos los Misterios, cumplidas todas las Profecías, Jesu-Christo glorificado, abierto y franqueado el camino del cielo: nosotros que venimos al mundo en los últimos tiempos, quando el dia del Señor está mucho mas cercano que quando creyeron nuestros padres: ¡Ah! ¿quál debe ser nuestro ministerio sino el preparar á los fieles para esta grande esperanza, y enseñarlos á estar dispuestos para parecer ante Jesu-Christo que está para venir, é impugnar todavía aquellas máximas monstruosas é insensatas que borró del universo la primera predicacion del Evangelio.

La falsa incertidumbre de la otra vida es el primer fundamento de la seguridad de las almas incrédulas. Nadie sabe lo que pasa en el otro mundo de que nos hablan, suelen decir: Ningun muerto nos lo ha venido á contar, y puede ser que todo se acabe con la muerte; gocemos de lo presente, y dexemos al acaso lo por venir, ó lo que no existe, ó, á lo menos, lo que no quisieramos conocer.

(a) *Act. 17. v. 19. & 31.*

Tomo III.

V

Digo, pues, que esta incertidumbre es sospechosa, por razon del principio de que procede; es insensata, por las razones en que se funda; y terrible, por sus conseqüencias. Estadme atentos.

Es sospechosa por razon del principio de que procede; porque, Católicos, ¿cómo se ha formado en el espíritu del impío esta incertidumbre de lo por venir? Para averiguar si una opinion se ha formado en la tierra por los intereses de la verdad, ó por los de las pasiones, basta averiguar su origen.

El impío nació con los principios de religion natural, comunes á todos los hombres; halló escrita en su corazon una ley que prohibia la violencia, la injusticia, la perfidia, y todo quanto él no quisiera padecer en sí mismo: la educacion fortificó estos dictámenes de la naturaleza; le enseñaron á conocer á un Dios, á amarle, y á temerle; le enseñaron la virtud en los preceptos, se la hicieron amable con los exemplos; y aunque halló en sí inclinaciones opuestas á la obligacion, quando le sucedia dexarse arrastrar de ellas, su corazon se ponía en su interior de parte de la virtud contra su propia flaqueza.

De este modo empezó á vivir el impío en la tierra. Adoró con todos los demás hombres un Sér supremo, respetó sus leyes, temió sus castigos, y esperó sus promesas; ¿de qué proviene, pues, que ya no conoce á Dios, que los delitos le parezcan prohibiciones de la política humana, el infierno una preocupacion, la otra vida una quimera, y el alma un aliento que perece con el cuerpo? ¿Por qué grados ha llegado á estos conocimientos tan nuevos y extraordinarios? ¿Por qué medios ha podido conseguir el deshacerse de sus antiguas preocupaciones, tan recibidas entre los hombres, tan conformes á los dictámenes de su corazon, y á las luces de su entendimiento? ¿Las ha examinado? ¿Ha consul-

sultado? ¿Se ha valido de todas aquellas serias precauciones que pide el negocio mas importante de su vida? ¿Se ha retirado del comercio de los hombres para dar mas lugar á las reflexiones y al estudio? ¿Ha purificado su corazon, temiendo que le engañasen las pasiones? ¿Qué cuidados no se necesitan para desvanecer las primeras ideas de que ha sido imbuída el alma desde el principio!

Escuchadlos, Católicos, y admirad aqui la justicia de Dios para con los hombres corrompidos, que entrega á la vanidad de sus discursos. A proporcion que se han ido desarreglando sus costumbres, les han ido pareciendo sospechosas las reglas; á proporcion que se ha ido entorpeciendo, ha procurado persuadirse que el hombre era semejante á la bestia; para hacerse impío ha cerrado todos los caminos que podian guiarle á la verdad, no mirando la religion como un negocio serio, no examinandola sino para deshonrarla con blasfemias y graciosidades sacrilegas; no ha llegado á ser impío sino procurando obstinarse contra los gritos de su conciencia, y entregandose á los mas infames deleytes. Este es el camino por donde ha llegado á los conocimientos raros y sublimes de la incredulidad: estos son los grandes esfuerzos que ha hecho para llegar á descubrir una idea, que todos los hombres hasta él habian ignorado ó detestado.

El desorden del corazon es la raiz de la incredulidad. Sí, Católicos, enseñadme, si podeis, unos hombres prudentes, veraces, castos, arreglados, sóbrios, que no crean en Dios, que no esperen la eternidad, que tengan á los adulterios, á las abominaciones, á los incestos, por inclinaciones y juegos de una naturaleza inocente; si ha habido en el mundo algunos impíos que parecian prudentes y sóbrios, era ó porque ocultaban mejor sus desordenes, para dar mas crédito á su impiedad, ó porque saciados de

los deleytes habian llegado á esta falsa templanza. Los excesos fueron siempre la primera raiz de su irreligion. Ya estaba corrompido su corazon antes que naufragase su fé; tenian interés en creer que todo muere con el cuerpo antes de haberselo llegado á persuadir; y aunque el demasiado uso de los deleytes pudo disgustarlos de la culpa, no pudo hacerles amable la virtud.

¡Oh qué consuelo, Católicos, para nosotros que creemos, el saber que es preciso renunciar á las buenas costumbres, á la probidad, al pudor, y á todos los pensamientos de humanidad, antes de renunciar á la fé, y dexar de ser hombre para no ser Christiano!

Ved ya la incertidumbre del impío, sospechosa en su principio. Pero en segundo lugar es insensata por las razones en que se funda.

Porque, Católicos, para abrazar el funesto partido de no creer cosa alguna, y vivir tranquilos en orden á todo lo que nos dicen de la futura eternidad, se necesitan sin duda unas razones muy decisivas y convincentes. No es cosa natural que el hombre aventure un interés tan sério como es el de su eternidad, fundado en pruebas leves y frívolas; aun menos natural es el que en este asunto abandone el comun dictámen, la fé de sus padres, la religion de todos los siglos, el consentimiento de todos los pueblos, las preocupaciones de su educacion, si no se hallára como precisado por la evidencia de la verdad. Si el impío no está bien asegurado de que todo muere con el cuerpo, no hay cosa igual á su locura y extravagancia; ¿y podrá estar bien asegurado de esto? ¿Quáles son las poderosas razones que le han determinado á tomar este fatal partido? No sabemos, dice, lo que pasa en el otro mundo de que nos hablan. El justo muere como el impío, el hombre como la bestia, y ninguno vuel-

ve

ve de allá para decirnos qual de los dos se engañó. Apurad aun mas, y os espantareis de ver la flaqueza de la incredulidad, los discursos vagos, las dudas despreciables, las incertidumbres eternas, y las suposiciones quiméricas, que no serian suficientes para arriesgar la felicidad ó desgracia de uno de sus dias; y se atreve, fundado en ellas, á aventurar una eternidad toda entera.

Ved aqui las invencibles razones que opone el impío á la fé de todo el universo; ved aqui aquella evidencia que excede en su entendimiento á lo mas evidente y mejor fundado que hay en la tierra. No sabemos lo que pasa en el otro mundo de que nos hablan. ¡Oh hombre! Abre aqui los ojos. Una sola duda basta para hacerte impío, y no han de bastar todas las pruebas de la religion para hacerte fiel? ¿Dudas si hay otra vida, y no obstante vives como si no la hubiese? ¿No tienes mas fundamento de tu opinion que tu propia incertidumbre, y reprehendes nuestra fé como una credulidad vulgar?

Pero yo os suplico, Católicos, que me digais, de parte de quien está la credulidad en este punto, si está de parte del impío, ó del fiel. El fiel cree en la eternidad fundado en la autoridad de las Divinas Escrituras, esto es, en el libro que sin contradiccion merece la mayor creencia; en el testimonio de los hombres Apostolicos, esto es, de unos hombres justos, sencillos, milagrosos, que derramaron su sangre por dar gloria á la verdad, y á cuya doctrina ha dado la conversion de el universo un testimonio, que hasta el fin de los siglos se levantará contra el impío. En el cumplimiento de las Profecías, esto es, en la única señal de verdad que no puede imitar la impostura. En la tradicion de todos los siglos, esto es, en unos hechos que han tenido por ciertos los mayores hombres que ha habido en el mundo desde su creacion,

cion, y que han confesado los justos, y los pùeblos mas sábios y políticos. En una palabra: en unas pruebas que aun quando no fueran ciertas, á lo menos son verosimiles. El impío niega la eternidad, fundado en una simple duda, ó en una pura sospecha: ¿Quién hizo esta eternidad, nos dice? ¿Quién ha vuelto de allá? No tiene razon alguna sólida ni decisiva para impugnar la verdad de lo por venir, y si no dígala, y nos daremos por vencidos. No hace mas que desconfiar de que haya otra vida despues de esta, y lo cree así sin mas fundamento que su desconfianza.

Ahora os pregunto, ¿quál de los dos es el crédulo? ¿Es acaso el que funda su creencia en lo que por lo menos tiene mas verosimilitud entre los hombres, y es mas conforme á la razon, ó el que fundado en la debilidad de una simple duda, se determina á creer que no hay eternidad? Con todo eso al impío le parece que se aprovecha mas de su razon que el fiel. Nos mira como á hombres flacos y crédulos; se considera á sí mismo como un espíritu superior á las preocupaciones vulgares, y solo cede á la razon, y no á la opinion comun. ¡Oh Dios! ¡Qué terrible sois quando entregais el pecador á su ceguedad, y como sabeis sacar vuestra gloria de los mismos esfuerzos que hacen vuestros enemigos para combatirla!

Pero quiero pasar mas adelante: Aun quando hubiera algun fundamento para la duda que se forma el impío de lo por venir, y aun quando las vanas incertidumbres que le hacen incrédulo, contrapesasen á las sólidas y evidentes verdades que nos prometen la inmortalidad, digo que aun quando esta igualdad fuera cierta, debiera á lo menos desear que fuese verdadero lo que propone la fé en orden á la inmortalidad de nuestras almas, una creencia que tanto honor hace al hombre, que le enseña que su origen es celestial, y eternas sus esperanzas; debiera desear que la doctrina de la im-

piedad fuese falsa; una doctrina tan funesta, y de tanto abatimiento para el hombre, que le confunde con las bestias, que le hace vivir solo para el cuerpo; que no le dá ni fin, ni destino, ni esperanza; que limita su suerte al corto número de dias rápidos, inquietos, y dolorosos que vive en la tierra. Aun en iguales circunstancias, un entendimiento sublime quisiera mas engañarse honrandose, que abrazando un partido ignominioso á su sér. ¿Qué alma puede ser la que el impío ha recibido de la naturaleza, pues escoge el creer, fundado en tan débiles razones, que solo ha sido hecho para la tierra, y se complace en mirarse como un vil conjunto de barro, y compañero de los bueyes y toros? ¡Pero qué digo, Católicos! ¿Qué monstruo debe ser el impío en el universo, pues solamente desconfia de la opinion comun, porque es demasiado gloriosa para su naturaleza, y porque cree que solamente la vanidad de los hombres la ha introducido en la tierra, y les ha persuadido á que eran inmortales!

Pero no, Católicos, estos hombres de carne y sangre tienen razon para reusar el honor que la religion hace á su naturaleza, para persuadirse á que su alma es toda de barro, y que todo muere con el cuerpo; unos hombres sensuales, impúdicos, afeminados, que no tienen mas freno que un brutal instinto, mas regla que el exceso de sus deseos, mas ocupacion que el excitar con nuevos artificios el apetito, ya casi amortiguado; á unos hombres de esta condicion no les debe costar mucho trabajo el creer que no tienen en sí principio alguno de vida espiritual; que todo su sér consiste en el cuerpo; y como imitan las costumbres de las bestias, merecen escusa quando se atribuyen su naturaleza; pero no juzguen de los demás hombres por sí mismos; aun hay en la tierra algunas almas continentas, castas y sóbrias que no acusan á la naturaleza de las vergonzosas inclinaciones de su voluntad; no degraden, pues, á toda la humanidad por ha-

haberse ellos indignamente degradado; busquen á sus semejantes entre los hombres, y hallandose casi solos en el universo, verán que mas son monstruos que obras regulares de la naturaleza.

Además de esto, no solamente es insensato el impío, porque en iguales circunstancias debieran su corazón y su gloria decidir en favor de la fé, sino porque ésta cederia tambien en interés propio suyo: porque, Católicos, ¿qué aventura el impío, como ya he dicho otra vez, en creer? ¿Qué malas conseqüencias puede tener su credulidad, aun quando se engañara? El viviria con rectitud, con honor, con inocencia; sería pacífico, afable, justo, sincero, religioso, amigo generoso, esposo fiel, y amo equitativo; moderaria unas pasiones, que pudieran serle causa de todas las desgracias de su vida; se abstendria de los deleytes y excesos que le prepararian una vejez dolorosa y una triste suerte; gozaria de la reputacion de la virtud, y de la estimacion de los pueblos: esto es lo que aventura, aun quando todo se acabara con esta vida; este sería el único modo de pasarla feliz y tranquilamente; y en creer no se halla mas inconveniente que este. Aun quando no hubiera premios eternos, ¿qué perderia por esperarlos? Lo mas que perderia serian algunos placeres sensuales y rápidos, que muy presto, ó le cansan con el disgusto que se subsigue, ó le tiranizan con los nuevos deseos que despiertan; perderia la funesta satisfaccion de ser, para un instante que ha vivido en la tierra, cruel, desnaturalizado, sensual, sin fé, sin buenas costumbres, sin conciencia, y aun acaso despreciado, y deshonorado en su pueblo. No me parece que puede haber mayor desgracia, que el persuadirse á que ha de reducirse á la nada, aun quando su error no tuviera otras conseqüencias. Pero si hay una vida eterna, y si se engaña no queriendo creerla, ¿á qué no se expone? á la pérdida de los eternos bienes, y de la posesion de vuestra gloria; oh Dios mio! con la que ha-
via

bia de ser eternamente dichoso. Pero esto no es mas que el principio de sus desgracias; hallará un fuego abrasador, un suplicio sin fin y sin medida; una eternidad de horror y de desesperacion. Comparad, pues, estas dos suertes; y ved que partido debe tomar el impío. ¿Deberá arriesgar la corta duracion de algunos dias, ó una eternidad toda entera? ¿Se fiará de lo presente que se ha de acabar mañana, y con lo que no puede ser feliz, ó temerá lo por venir que no tiene mas limites que la eternidad, y que ha de durar tanto como el mismo Dios? ¿Qué hombre prudente, aun quando fuera igual la incertidumbre, se atreverá á dudar en este punto? ¿Y qué nombre daremos al impío, quando no teniendo en su favor mas que unas dudas frívolas, y viendo por parte de la fé, la autoridad, los exemplos, la prescripcion, la razon, la voz de todos los siglos, y al mundo entero, él solo toma el funesto partido de no creer? Muere tranquilo como si no hubiera de vivir mas; pone su eterno destino en manos de la casualidad, y vá con indiferencia á experimentar la decision de tan importante suceso; oh Dios mio! ¿Es este un hombre á quien gobierna una razon clara, ó un furioso que no espera mas remedio que su desesperacion? Luego la incertidumbre del impío es una necedad, si se atiende á las razones en que se funda.

¶ Pero en último lugar, tambien es terrible por sus conseqüencias. Permitidme aqui que dexé por ahora las poderosas razones de la doctrina, y que hable solamente con la conciencia del incrédulo, valiendome para prueba de lo que siente en su interior.

Ahora bien, si todo se ha de acabar con nosotros; si el hombre nada debe esperar despues de esta vida; si esta es nuestra patria, nuestro origen, y la unica felicidad que podemos prometernos, ¿por qué no somos felices en ella? ¿Si no nacemos mas que para los deleytes de los sentidos, cómo no pueden éstos satisfacernos, y

dexan siempre molestias y tristezas en nuestro corazon? Si el hombre en nada excede á la bestia, ¿por qué no pasa sus dias como ella, sin cuidado, sin inquietud, sin disgusto, y sin tristeza, en la felicidad de los sentidos y de la carne? Si el hombre no tiene que esperar mas felicidad que la temporal, ¿cómo no la halla en cosa alguna de la tierra? ¿De qué proviene que le inquieten las riquezas, que le fatiguen los honores, que le cansen los deleytes, que las ciencias le confundan, y aviven su curiosidad en vez de satisfacerla, que la fama le moleste y embarace, que todas estas cosas juntas no puedan llenar la inmensidad de su corazon, y que siempre le quede algo que desear? Las demás criaturas contentas con su suerte, parecen felices á su modo, en la condicion en que las colocó el autor de la naturaleza: los astros tranquilos en el Firmamento no dexan su puesto por ir á iluminar otros países: la tierra arreglada en sus movimientos, no se sube á ocupar el lugar de los astros: los animales andan por los campos, sin envidiar la suerte del hombre que habita en las ciudades y suntuosos palacios: los pájaros se alegran en los ayres, sin pensar si hay criaturas mas felices que ellos en la tierra. Todas las cosas son felices, por decirlo así; cada una ocupa su lugar en la naturaleza. Solamente el hombre está inquieto y descontento: solamente el hombre está entregado á sus deseos, se dexa despedazar de los temores, halla su suplicio en sus esperanzas, y su tristeza y desgracia en medio de sus placeres: solamente el hombre no halla en la tierra en donde poder fijar su corazon.

¿De qué proviene esto? ¡Oh hombre! ¿No consiste en que la tierra no es tu propio lugar; en que fuiste hecho para el cielo; en que tu corazon es mayor que el mundo; en que la tierra no es tu patria, y en que todo lo que no es Dios, es nada para tí? Responded, si tenéis

neis qué, ó por mejor decir, preguntad á vuestro corazon, y sereis fiel. En segundo lugar; si todo muere con el cuerpo, ¿quién pudo persuadir á todos los hombres, en todos los siglos, y en todos los países, que su alma era inmortal? ¿De dónde le pudo venir al género humano esta estraña idea de inmortalidad? ¿Un pensamiento tan distante de la naturaleza del hombre, si solamente hubiera nacido para las funciones de los sentidos, cómo habia de haber podido prevalecer en la tierra? Porque si el hombre fue hecho para lo temporal como la bestia, no puede haber cosa mas incomprehensible para él que la idea de la inmortalidad. Unas máquinas fabricadas de barro, que no hubieran de tener mas vida ni mas objeto que una felicidad sensual, ¿hubieran podido nunca atribuirse ó hallar en sí mismas tan nobles pensamientos y tan sublimes ideas? Con todo eso, esta idea tan extraordinaria ha llegado á ser la idea de todos los hombres: esta idea tan opuesta á los sentidos, pues á lo que ven los ojos; el hombre muere como la bestia, se ha establecido universalmente en la tierra. Este pensamiento, que ni aun hallar hubiera podido un inventor en el mundo, ha hallado una docilidad universal en todos los pueblos, así en los mas bárbaros como en los mas civiles, en los mas cultivados como en los mas rústicos, y en los mas infieles como en los mas sujetos á la fé.

Registrad todos los siglos desde su nacimiento; recorred todas las naciones; leed la historia de los reynos y de los Imperios; escuchad á los que vienen de las Islas mas remotas; todos los pueblos de el universo han creído siempre, y aun hoy creen la inmortalidad del alma. El conocimiento de un solo Dios ha podido borrarse en la tierra; su gloria, su poder, su inmensidad, han podido aniquilarse, si es lícito decirlo así, en el espíritu de los hombres; algunos pue-

pueblos enteros de Bárbaros puede ser que vivan todavía sin culto, sin religion, y sin Dios en este mundo; pero todos esperan otra vida; las ideas de la inmortalidad del alma no se han podido borrar de su corazón; todos se figuran una region en donde han de habitar nuestras almas, después de nuestra muerte, y aunque se hayan olvidado de Dios, no han podido olvidarse de sí mismos.

¿De qué proviene, pues, que unos hombres tan diferentes en genio, en culto, en países, en opiniones, en intereses, y aun en la figura, y que apenas parecen entre sí de una misma especie, no obstante convengan todos en este punto, y todos quieran ser inmortales? Esto no ha sido por una secreta inteligencia: porque ¿quién podrá hacer que todos los hombres de todos los países conviniesen entre sí en un mismo pensamiento? Tampoco puede consistir en una preocupacion de la crianza, porque los usos, las costumbres, el culto, que por lo comun son efectos de las preocupaciones, no son los mismos en todos los pueblos; pero la opinion de la inmortalidad es comun á todos. Tampoco puede consistir en que esta opinion sea una secta, porque además de ser la religion universal del mundo, este dogma nunca tubo protector ni cabeza. Los hombres se le han persuadido ellos mismos, ó por mejor decir, la naturaleza se le ha enseñado sin socorro de Maestro, y es el unico que desde el principio del mundo ha pasado de padres á hijos, y se ha mantenido siempre en la tierra. O tú qualquiera que creas ser un conjunto de barro, sal de él mundo en donde eres solo de esta opinion: Vé á buscar en otra tierra hombres de otra especie, y semejantes á las bestias; ó por mejor decir, horrorízate de tí mismo al verte como solo en el universo, rebelde contra toda la naturaleza, y desconocido á tu propio corazón, ó acaba de conocer en la comun opinion de

de todos los hombres, la impresion comun del Autor que los formó á todos.

Finalmente, y concluyo con esta última razon. La universal sociedad de los hombres, las leyes que nos unen unos con otros, y las obligaciones mas sagradas é inviolables de la vida civil, todo está fundado sobre la verdad de la otra vida, y así, si todo muere con el cuerpo, es preciso que el universo reciba otras leyes, otras costumbres, otros usos, y que todo mude de cara en la tierra; si todo muere con el cuerpo, las máximas de la equidad, de la amistad, del honor, de la buena fé, del reconocimiento, no son mas que errores vulgares; pues no debemos obligacion alguna á unos hombres que nada son para nosotros, á los que no estamos unidos con lazo alguno comun de culto y de esperanza, que mañana han de caer en la nada, y acabarse para siempre. Si todo muere con nosotros, los dulces nombres de padre, de hijo, de amigo, y de esposo, son unos nombres fabulosos, y unos vanos títulos que nos divierten; pues la amistad, aun la que proviene de la virtud, no sería un vínculo durable. Nuestros padres, que nos han precedido, ya no existirían; nuestros hijos, no serían nuestros sucesores, porque la nada, en la que nosotros habríamos de venir á parar, no produce efecto alguno. El sagrado lazo del Matrimonio no sería mas que una union brutal, de la que por una union casual y fortuita, resultarían unas criaturas semejantes á nosotros, pero no tendrían de comun con nosotros mas que la nada.

¿Qué mas diré? Si todo muere con nosotros, los anales domésticos, y la sucesion de nuestros antepasados, no es mas que una sucesion quimérica, pues no hubieramos tenido abuelos, ni habríamos de tener nietos: los cuidados de la fama y de la posteridad serían cuidados frívolos; el honor que se tributa á la

me-

memoria de los hombres ilustres sería un error pueril, porque es cosa ridícula el honrar á lo que no existe; la religion de los sepulcros sería una ilusion vulgar; las cenizas de nuestros padres y de nuestros amigos un vil polvo, merecedor de ser arrojado al ayre, y que á nadie pertenecería: las últimas voluntades de los que mueren; tan sagradas aun entre los pueblos mas bárbaros, no serían mas que el último sonido de una máquina que se deshace; y para decirlo en una palabra, si todo muere con nosotros, las leyes no son mas que una necia servidumbre: los Reyes y los Sábios unas fantasmas elevadas por la flaqueza de los pueblos; la justicia una usurpacion de la libertad de los hombres; la ley de los matrimonios un escrúpulo vano; la vergüenza una preocupacion; el honor de la reñitud una quimera; los incestos, los parricidios, y las infames perfidias, juguetes de la naturaleza, y nombres inventados por la política de los Legisladores.

A esto se reduce la sublime Filosofia de los impíos: esta es la fuerza, la razon, y la sabiduría que nos están continuamente ponderando. Confesad sus máximas, y todo el universo vendrá á reducirse á un horrible caos: todo quedará confundido en la tierra; se trastornarán todas las ideas del vicio y de la virtud; se desvanecerán las mas inviolables leyes de la sociedad; perecerá la disciplina de las costumbres: el gobierno de los estados é imperios quedará sin regla: se desconocerá toda la harmonía del cuerpo político, y el género humano no será mas que un conjunto de insensatos, de bárbaros, de impúdicos, de furiosos, de malvados, de desnaturalizados, sin mas ley que la fuerza, sin mas freno que sus pasiones, y el temor de la autoridad superior, sin mas lazo que la irreligion, y la independencia, y sin mas Dios que ellos mismos. Este es el mundo de los impíos, y si

este fatal plan de república os agrada, formad, si podéis, una sociedad de estos hombres monstruosos. No podemos deciros mas, sino que sois dignos de ocupar lugar en ella.

Qué digno es del hombre, Católicos, el esperar un destino eterno, reglar sus costumbres por la ley, y vivir como que algun dia ha de dar cuenta de sus acciones en presencia de aquel Señor, que pesará los talentos, y sorprehenderá á los Sábios en su sabiduría. Luego la incertidumbre del impío es sospechosa en su principio; insensata por las razones en que se funda; y funesta por sus conseqüencias; y despues de haberos manifestado que no hay cosa mas opuesta á la recta razon que la duda que forma el impío de la eternidad, acabaré de confundir sus pretextos, probando que no hay cosa mas opuesta á la idea de un Dios sabio, y al dictamen de la propia conciencia.

SEGUNDA PARTE.

Sin duda, Católicos, que admira el que el impío busque en la misma grandeza de Dios la proteccion de sus delitos; y que no hallando en su interior cosa alguna que pueda justificar los horrores de su alma, quiera hallar en la terrible magestad del Sér supremo, una indulgencia, que no puede hallar en la misma corrupcion de su corazon.

Y á la verdad, ¿puede convenir á la grandeza de Dios, dice el impío, el ocuparse en lo que pasa entre los hombres, el contar sus vicios ó sus virtudes, el estudiar hasta sus pensamientos, y sus afinitos, y frívolos deseos? Los hombres, unos gusanos de la tierra, que solo con que el Señor los mire desaparecen, ¿pueden merecer el que los observe con toda atencion? El dar á un Dios, que nos dicen ser tan grande, una

ocupacion que no sería digna ni aun de un hombre, ¿no es pensar de él con demasiada baxeza?

Pero antes de aclarar toda la extravagancia de esta blasfemia, os suplico, Católicos, que advertáis que el mismo impío es quien en esto degrada la grandeza de Dios, y le hace semejante al hombre. Porque ¿necesita Dios acaso acercarse á observar á los hombres para conocer sus acciones y pensamientos? ¿Necesita de cuidado y observacion para ver lo que pasa en la tierra? ¿No vivimos, no nos movemos, y no estamos en él? ¿Podemos nosotros evitar el que nos vea, ó puede él dexar de ver nuestros delitos? ¿Qué locura, pues, la del impío, quando supone que lo que pasa en la tierra serviría de cuidado y de ocupacion á la Divinidad, si quisiera observarlo? La única ocupacion de Dios es el conocerse y gozar de sí mismo.

Supuesta esta reflexion, respondo primeramente; si fuera conveniente á la grandeza de Dios dexar á los buenos y á los malos sin castigo, y sin recompensa, lo mismo importaria el ser justo, sincero, amable y caritativo, que cruel, falaz, pérfido y desnaturalizado: Dios, en tal caso, no amaria mas la virtud, la vergüenza, la rectitud y la religion, que la deshonestidad, la mala fé, la impureza, y el perjurio; pues el justo y el injusto, el puro y el impuro tendria la misma suerte, y la eterna aniquilacion los igualaria, y confundiria muy presto para siempre en el horror del sepulcro.

Pero ¿qué digo, Católicos! Acá en la tierra parece que el mismo Dios se declara contra el justo en favor del impío; eleva á éste como al Cedro del Libano, le llena de honores y riquezas, favorece sus deseos y facilita sus proyectos, porque los impíos casi siempre son felices en la tierra; por el contrario, parece que se olvida del justo, le abate, le aflige, le entrega á la calumnia y al poder de sus enemigos, porque en la tierra la afliccion y el oprobrio son regu-

larmente el patrimonio de los justos. ¿Qué monstruo sería la divinidad si todo se acabára con el hombre, y si no hubiera mas bienes ni mas males que esperar, que los de esta vida! En este caso la divinidad sería la protectora de los adulterios, de los sacrilegios, y de los mas horribles delitos; la perseguidora de la inocencia, del pudor, de la piedad, y de las mas puras virtudes; sus favores serian premio del delito, y sus castigos la única recompensa de la virtud. ¡Oh qué Dios de tinieblas, de flaqueza, de confusion y de iniquidad se forma el impío!

¿Os parece, Católicos, que sería propio de la grandeza de Dios dexar al mundo que crió en un desorden tan universal? ¿El ver prevalecer casi siempre al impío contra el justo? ¿Al inocente destronado por el usurpador? ¿Al padre hecho víctima de la ambicion de un hijo desnaturalizado? ¿Al esposo espirando con los golpes de una esposa bárbara é infiel? ¿estaria Dios mirando con indiferencia en lo sublime de su grandeza estos fatales sucesos, sin interesarse en ellos? Por lo mismo que es grande, ¿habia de ser un Dios sin poder, ó injusto ó bárbaro? Por lo mismo que los hombres son tan miserables, ¿les habia de ser permitido el ser, ó disolutos sin pecado, ó virtuosos sin merito?

¡Oh Dios mio! si este fuera el carácter de vuestro Sér supremo; si os hubieramos de adorar, formando de Vos unas ideas tan infames, yo no os reconoceria por mi Padre, por mi Protector, por consolador de mis trabajos, por alivio de mi flaqueza, y remunerador de mi fidelidad. No seriais sino un bárbaro tirano, que sacrificaría todos los hombres á su vana fiereza, y que solamente los hubiera sacado de la nada, para hacerlos servir de juguete á sus pasatiempos, ó á sus antojos.

Porque por último, Católicos, si no hubiera eternidad, ¿qué fin hubiera podido proponerse, que fuese

digno de su sabiduría, en criar á los hombres? ¿No habla de haber tenido mas fin en formarlos, que en formar las bestias? ¿El hombre, este ser tan noble que halla en sí tan altos pensamientos, tan vastos deseos, ideas tan grandes, capaces de amor, de verdad, y de justicia; el hombre, que entre todas las criaturas es la única capaz de el alto destino de conocer, y de amar al Autor de su sér; este hombre no habia de haber sido hecho mas que para la tierra, para pasar un corto número de días, como las bestias, en ocupaciones frívolas, ó en deleytes sensuales? ¿Se habia de reducir su suerte á hacer una figura tan ridícula? ¿No habia de haber venido á la tierra mas que para servir de irrisión, y ser tan digno de lástima? Y despues de esto, ¿habia de volver á caer en la nada, sin haber hecho uso alguno del vasto entendimiento y del gran corazón que le dió el Autor de su sér? ¿Oh Dios mió! ¿Qué sería de vuestra sabiduría, si no hubiera hecho una tan grande obra mas que para un poco de tiempo; si no hubiera criado á los hombres mas que para servir de juguete á vuestro poder, y divertirlos con la variedad de estos espectáculos? *Numquid enim vanè constituisti omnes filios hominum.* (a) Luego el Dios que se forman los ímpios, solo es grande por ser mas injusto, mas inconstante, y mas despreciable que el hombre. Seguid estas ideas, si podeis conformaros con su extravagancia.

¿Qué cosa, pues, hay mas digna de Dios, Católicos, que velar sobre el Universo; gobernar los hombres que ha criado, con leyes de justicia, de verdad de caridad, de inocencia, y hacer de la razon y de la virtud el vínculo y el fundamento de la sociedad humana? ¿Qué cosa mas digna de Dios que amar en sus

(a) *Psalm, 88. v. 48.*

sus criaturas las virtudes que á él mismo le hacen amable; el aborrecer en ellas los vicios con que desfiguran su imagen; el no confundir para siempre al justo con el ímpio; el hacer felices en su compañía á las almas que solamente han vivido para él; el entregar á su propia desgracia á las que han creído hallar fuera de él su felicidad? Este es el Dios de los Christianos; esta la Divinidad sabia, justa y santa que nosotros adoramos; y la ventaja que llevamos al ímpio consiste en que este es el Dios de un corazón inocente, y de una razon pura; el Dios que nos anuncian todas las criaturas, que han invocado todos los siglos, que han reconocido hasta los sabios del Paganismo, y cuya idea ha gravado la naturaleza en lo mas profundo de nuestro ser.

Pero supuesto que este Dios es tan justo, dice el ímpio, ¿cómo ha de castigar como delitos unas inclinaciones al deleyte que nacieron con nosotros, y que él mismo nos dió? Ultima blasfemia de la impiedad, y última parte de este discurso. Voy á concluir.

Pero primeramente, seais quien fuereis los que hablais tan neciamente, si quereis justificar todas vuestras obras con las inclinaciones que os mueven á ellas; si todo lo que deseamos es lícito; si nuestras inclinaciones deben ser la única regla de nuestra obligación, fundados en este principio no teneis mas que hacer que envidiar la fortuna de vuestro próximo para que os sea permitido el despojarle de ella; desear su muger con un corazón corrompido, para autorizar la transgresión, violando la santidad del lecho nupcial, sin que á esto puedan oponerse los mas sagrados derechos de la sociedad y de la naturaleza; no teneis mas que desconfiar de un enemigo, para tener derecho á perderle; no tener paciencia para sufrir la autoridad de un Padre, ó la severidad de un amo, para bañar vuestras manos en su sangre: en una palabra,

no teneis mas que hacer que tener en vosotros las inclinaciones á todos los vicios, para que todos os sean permitidos; y como cada uno halla en sí estas funestas raíces, ninguno estará esento de este horrible privilegio. Necesita, pues, el hombre de otras leyes para gobernarse mas que sus pasiones, y otra regla mas que sus deseos.

Aun en los siglos paganos se reconoció la necesidad de una Filosofía, esto es, de una luz superior á los sentidos, que arreglase las costumbres, y hiciese de la razon freno para las pasiones humanas. Sola la naturaleza los guiaba al conocimiento de esta verdad, y los enseñaba que el ciego instinto no debía ser la única guia de las acciones del hombre; y así es preciso, ó que este instinto no provenga de la primera institucion de la naturaleza, ó que sea un desorden, pues todas las leyes que ha habido en el mundo solo se han hecho para moderarles; ninguno de aquellos hombres que en todos los siglos han sido reputados por sabios y virtuosos, siguió sus impresiones. En todos los pueblos se han tenido siempre por monstruos y oprobrio de la humanidad aquellos hombres infames, que se entregaban sin cautela, y sin vergüenza á la brutal sensualidad; y una vez establecida la máxima de que nuestras inclinaciones y deseos no son pecaminosos, no puede subsistir la sociedad entre los hombres, deben separarse para vivir seguros, ir á habitar á los bosques, y vivir como las bestias.

Por otra parte: hagamos justicia al hombre, ó por mejor decir al Autor que le formó. Así como hay en nosotros inclinaciones al vicio, ¿no las hay tambien á la virtud, al pudor y á la inocencia? Si la ley de los miembros nos lleva hácia los deleytes de los sentidos, ¿no tenemos otra ley escrita en nuestros corazones, que nos llama á la castidad, y á la templanza? ¿Por qué ha de decidir el ímpio entre estas dos inclinaciones, que la que nos inclina á los sentidos es mas conforme á la natura-

le-

leza del hombre? ¿Es acaso por ser mas violenta? Pues su misma violencia prueba su desorden; porque lo que proviene de la naturaleza debe ser moderado. ¿Es acaso por ser siempre la mas fuerte? Muchas almas hay justas y fieles en las que siempre está sujeta á la razon. ¿Es por ser mas agradable? La prueba de que este placer no puede hacer feliz al hombre es que siempre le sigue inmediatamente el disgusto; además de que la virtud tiene en sí mas atractivos que el vicio para el justo: ¿Es finalmente por ser mas digna del hombre? Me parece que no os atreveréis á decirlo, pues es la que confunde al hombre con las bestias. ¿Pues por qué os declaráis en favor de los sentidos contra la razon, y quereis que sea mas conforme al hombre el vivir como una bestia, que como una criatura racional?

Finalmente, si todos los hombres estuvieran corrompidos, y si todos se entregáran ciegamente, como los animales irracionales, á su brutal instinto; y al imperio de los sentidos y de las pasiones, ¿acaso tendríais razon para decirnos que estas eran unas inclinaciones inseparables de la naturaleza, y hallaríais en el comun exemplo, escusa á vuestros desordenes. Pero miradlo bien: ¿No hallais algunos justos en la tierra? No hablo aquí de aquellos vanos discursos que tantas veces haceis contra la piedad, y cuya injusticia conoceis vosotros mismos; hablad de buena fé, y dad gloria á la verdad. ¿No hay algunas almas fieles, castas, timoratas, que viven en el temor del Señor, y en la observancia de su santa ley? ¿Pues por qué vosotros no habeis de tener el mismo imperio que estos justos sobre vuestras pasiones? ¿No han heredado ellos de la naturaleza las mismas inclinaciones que vosotros? ¿Los objetos de las pasiones no despiertan en su razon los mismos pensamientos que en el vuestro? ¿No tienen dentro de sí las raíces de las mismas miserias? ¿Qué mas tienen los justos que vosotros sino la fuerza y la fidelidad que á vosotros os falta?

¡Oí

¡Oh hombre, imputas á Dios una flaqueza que es obra de tus propios desórdenes! ¡Acusas al Autor de la naturaleza de los desórdenes de tu voluntad! ¡No te basta el ultrajarle, sino que quieres hacerle responsable de los ultrajes que le haces! ¡Y quieres que el fruto de tus delitos sea título de tu inocencia! ¡Qué quimeras no se forma un corazón corrompido para justificarse á sí mismo la vergüenza y la infamia de sus vicios!

Luego Dios es justo, Católicos, quando castiga las transgresiones de su ley. No se consuele, pues, el impío con decirse á sí mismo que la recompensa del justo será la resurrección á una vida inmortal, y el castigo del pecador la eterna aniquilación de su alma, porque este es el último recurso de la impiedad.

¿Pero qué castigo podrá ser para el impío el dexar de ser? El mismo desea esta aniquilación; él se la propone como su más suave consuelo; vive tranquilo en medio de sus placeres con esta agradable esperanza. ¿Pero os parece que el Dios justo había de castigar al pecador, dándole un destino á medida de sus propios deseos? ¡Ah! Dios no castiga de este modo. Porque ¿qué pesar pudiera hallar el impío en su aniquilación? ¿Sería acaso el ser privado de su Dios? Nunca le amó, no le conoció, no le quiso; y no tuvo mas Dios que á sí mismo. ¿Sería acaso el dexar de ser? ¿Pero qué cosa podría haber de más consuelo para un monstruo, que sabe que despues de la muerte no podría vivir sino para padecer y expiar los horrores de una vida abominable? ¿Sería por haber perdido los deleytes del mundo, y todos los objetos de sus pasiones? Pero él que no existe ya no los desea. Imaginad, si podeis, una suerte más feliz para el impío, y esta sería por último el feliz termino de sus excesos, de sus horrores y de sus blasfemias.

No, Católicos, la esperanza del impío perecerá; pero sus delitos no perecerán con ella. Sus tormentos serán tan eternos como lo hubieran sido sus deleytes si él fuera due-

dueño de su suerte; él hubiera querido poderse eternizar en la tierra con el uso de los sensuales placeres; la muerte ha terminado sus delitos, pero no sus infames deseos; el justo juez que penetra los corazones proporcionará el castigo á la ofensa, las eternas llamas á unos deleytes que hubiera querido que fuesen inmortales, y la misma eternidad será una justa compensación y una igualdad de su delito: *Ibunt hi in supplicium aeternum, justi autem in vitam aeternam.* (a)

¿Y qué debemos inferir de este discurso? Que es digno de lástima el impío por buscar en una funesta incertidumbre acerca de las verdades de la fé, la más suave esperanza de su suerte. Que es digno de lástima por no poder vivir tranquilo, sino viviendo sin fé, sin culto, sin Dios, y sin confianza. Que es digno de lástima, si para que no sea eternamente infeliz, es menester que el Evangelio sea una fábula, la fé de todos los siglos una credulidad, el dictamen de todos los hombres un error vulgar, los primeros principios de la naturaleza y de la razón, preocupaciones de la niñez, la sangre de tantos Mártires, á los que la esperanza de la otra vida mantenía en los tormentos, un juego concertado para engañar á los hombres, la conversión del Universo una empresa humana, el cumplimiento de las Profecías una casualidad; y por decirlo de una vez, si para que no sea eternamente desgraciado es preciso que sea falsa toda la doctrina más bien fundada del mundo. ¡Qué locura es el aspirar á vivir tranquilos entre tantas suposiciones insensatas!

¡Oh hombres, yo os manifestaré un camino más seguro para que vivais sosegados! Temed la eternidad, que tantos esfuerzos haceis para no creer. No nos preguntéis ya, qué es lo que pasa en la otra vida de que hablamos; sino preguntaos á vosotros mismos, ¿qué es lo que haceis en

(a) *Matth. 25.*

esta en que vivís? Sosegad vuestra conciencia con la inocencia de vuestras costumbres, y no con la impiedad de vuestros pensamientos; sosegad vuestro corazon llamando á Dios, y no dudando que os mira; la paz del impío no es mas que una funesta desesperacion; buscad vuestra felicidad, no sacudiendo el yugo de la fé, sino experimentando su suavidad; poned en execucion las máximas que os ordena, y no reusará vuestro entendimiento el someterse á los Misterios que ella manda creer; luego que dexéis de vivir como los que limitan toda su felicidad á el corto espacio de esta vida, dexará de pareceros increíble la eternidad: entonces lejos de temerla, la deseareis; suspirareis por aquel día feliz en que el Hijo del Hombre, el Padre del futuro siglo, ha de venir á castigar á los incredulos, y á llevar á su reyno á todos los que hubieren vivido con la esperanza de la feliz inmortalidad. Amen.



SER.

SERMON
PARA EL MARTES
DE LA PRIMERA SEMANA
DE QUARESMA.

SOBRE EL RESPETO EN LOS
Templos.

*Intravit Jesus in Templum Dei, & eji-
ciebat omnes vendentes, & ementes in
Templo.*

Entró Jesus en su Templo, y echó de él
á todos los que allí compraban y ven-
dian. *Matth. 21. v. 12.*

DE qué proviene hoy, Católicos, en Jesú-Christo este zelo y esta indignacion que manifiesta en su rostro? ¿No es este aquel Rey pacífico que se habia de manifestar en Sion acompañado solamente de su agrado? ¿No le vimos juzgar á una muger
Tomo III. Z adúl-

esta en que vivís? Sosegad vuestra conciencia con la inocencia de vuestras costumbres, y no con la impiedad de vuestros pensamientos; sosegad vuestro corazon llamando á Dios, y no dudando que os mira; la paz del impío no es mas que una funesta desesperacion; buscad vuestra felicidad, no sacudiendo el yugo de la fé, sino experimentando su suavidad; poned en execucion las máximas que os ordena, y no reusará vuestro entendimiento el someterse á los Misterios que ella manda creer; luego que dexéis de vivir como los que limitan toda su felicidad á el corto espacio de esta vida, dexará de pareceros increíble la eternidad: entonces lejos de temerla, la deseareis; suspirareis por aquel día feliz en que el Hijo del Hombre, el Padre del futuro siglo, ha de venir á castigar á los incredulos, y á llevar á su reyno á todos los que hubieren vivido con la esperanza de la feliz inmortalidad. Amen.



SER.

SERMON
PARA EL MARTES
DE LA PRIMERA SEMANA
DE QUARESMA.

SOBRE EL RESPETO EN LOS
Templos.

*Intravit Jesus in Templum Dei, & eji-
ciebat omnes vendentes, & ementes in
Templo.*

Entró Jesus en su Templo, y echó de él
á todos los que allí compraban y ven-
dian. *Matth. 21. v. 12.*

DE qué proviene hoy, Católicos, en Jesú-Christo este zelo y esta indignacion que manifiesta en su rostro? ¿No es este aquel Rey pacífico que se habia de manifestar en Sion acompañado solamente de su agrado? ¿No le vimos juzgar á una muger
Tomo III. Z adúl-

178 SERMON PARA EL I. MARTES

adúltera sin condenarla? ¿No vimos á sus pies á la pecadora de la ciudad, perdonandola con mansedumbre sus desórdenes y escandalos? Quando sus discipulos quisieron hacer que baxase fuego del cielo sobre una ciudad ingrata é infiel, ¿no les reprehendió diciendo, que aun no conocian el nuevo espíritu de clemencia y de caridad que habia venido á traer á la tierra? Acaba de derramar lágrimas por las desgracias que amenazan á Jerusalén, á aquella ciudad pecadora, homicida de los Profetas, que vá á sellar el decreto de su reprobacion con la injusta muerte que muy presto ha de dar al que Dios habia enviado para ser su Salvador. En todas partes se manifiesta compasivo y misericordioso; y su grande afabilidad es causa de que le llamen amigo de los pecadores y de los publicanos.

¿Pues qué ultrages son estos que hoy triunfan de toda su clemencia, y arman sus manos benéficas con la vara del furor y la justicia? Son, Católicos, los ultrages que profanan su santo Templo; que deshonan la casa de su Padre; que hacen del lugar de oracion, y del sagrado asilo de los penitentes, cueva de ladrones, y casa de negociacion y de avaricia; esto es lo que arma sus ojos de rayos, quando solo quisiera derramar sobre los pecadores sus misericordias. Esto lo que le obliga á acabar un ministerio de amor y de reconciliacion, con una accion de severidad y de indignacion, semejante á aquella con que habia empezado. Porque debeis advertir, Católicos, que lo que aqui hace Jesu Christo al tiempo de acabar su carrera, lo habia ya hecho otra vez, quando despues de treinta y tres años de una vida retirada, entró la primera vez en Jerusalén para empezar alli su Mision, y cumplir con la obra de su Padre: Parecia que él mismo se habia olvidado de aquel espíritu de afabilidad y de longanimidad que debía distinguir su ministerio del de la antigua alianza, como le habian anunciado los Profetas.

Sin

Sin duda, que en aquella ciudad sucedian otros muchos escandalos además de los que se veían en el templo, y que no eran menos dignos del zelo y de los castigos del Salvador; pero pudo disimularlos por algun tiempo, y dilatar su castigo, como si mancharan menos la gloria de su Padre. No se declara desde luego contra la hipocresía de los Fariseos, y la corrupcion de los Escribas y Pontífices, pero no puede dilatar el castigo de los profanadores de su templo: su zelo no sufre dilacion en este punto, y apenas entra en Jerusalén quando vá corriendo á aquel santo lugar á vengar el honor de su Padre, que es ultrajado en él, y la gloria de su casa, á la que allí se afrenta.

A la verdad, Católicos, que entre todas las culpas que ultrajan la grandeza de Dios no hallo otra mas digna de sus castigos que la profanacion de sus templos; y estas culpas son tanto mas graves, quanto deben ser mas santas las disposiciones que nos pide la religion para asistir á ellos.

Porque, Católicos, supuesto que nuestros templos son un nuevo cielo en donde habita Dios con los hombres, debemos estar en ellos con las mismas disposiciones que los Bienaventurados en el templo celestial: es decir, que siendo el Altar de la tierra el mismo que el del cielo, y siendo el mismo el Cordero que en él se ofrece y sacrifica, tambien deben ser semejantes las disposiciones de los que le rodean: la primera disposicion de los Bienaventurados que asisten delante del Trono de Dios, y del Altar del Cordero, es una disposicion de pureza y de inocencia: *Sine macula enim sunt ante thronum Dei.* (a) La segunda, una disposicion de religion y de abatimiento interior: *Et ceciderunt in conspectu throni in facies suas.* (b) Finalmente, la última,

(a) *Apocalyp. 14. v. 5.* (b) *Ibid. 7. v. 11.*

ma, una disposicion de decencia y de modestia en el exterior: *Amisti stolis albis.* (a) Tres disposiciones en que se encierran todos los pensamientos de fé que nos deben acompañar en los templos; una disposicion de pureza y de inocencia; una disposicion de adoracion y de abatimiento interior; y una disposicion de decencia y de modestia exterior en el adorno. Invoquemos al Espíritu Santo, &c. *Ave Maria.*

PRIMERA PARTE.

Todo el universo es un templo que llena Dios con su gloria y su presencia. En qualquiera parte que estemos, dice el Apostol, siempre está cerca de nosotros; en él vivimos, nos movemos y estamos; si subimos á los cielos está allí; si baxamos á los abismos allí le encontramos; si subimos sobre las alas de los vientos y atravesamos los mares, su mano es quien nos guía, y es el Dios de las Islas remotas en donde no le conocen, como de los reynos y regiones que le invocan.

No obstante esto, los hombres le han consagrado siempre ciertos lugares que él ha honrado con su especial presencia. Los Patriarcas le levantaron altares en algunos lugares en donde se les habia aparecido: los Israelitas en el desierto miraban al Tabernáculo como el lugar en donde continuamente residia su gloria y su presencia: y habiendo llegado despues á Jerusalén, solamente le invocaban con la solemnidad de los incienso y de las víctimas en el augusto templo que despues le edificó Salomón: este fue el primer templo que los hombres consagraron al verdadero Dios: este era el mas santo lugar del universo; el único en que era permiti-

(a) *Ibid.* 7. v. 9.

tido ofrecer al Señor dones y sacrificios: los Israelitas estaban obligados á ir á adorarle allí desde todos los parages de la tierra: estando cautivos en los reynos extraños, volvian continuamente hácia aquel santo lugar su vista, sus votos, y sus respetos: en medio de Babilonia, Jerusalén y su templo eran siempre el único motivo de sus alegrías y de sus penas, y el objeto de su culto y de sus oraciones. Daniél quiso mas exponerse al furor de los leones, que faltar á esta debida obligacion, y privarse de este consuelo: y aun muchas veces vió Jerusalén ir á los Principes infieles, atraídos de la santidad y fama de su templo, y tributar adoraciones á un Dios que no conocian; y el mismo Alexandro, admirado de la magestad de aquel lugar, y de la augusta gravedad de su venerable Pontífice, se acordó de que era hombre, y humilló su soberbia cabeza delante del Dios de los exércitos que allí se adoraba.

En los principios de la ley de gracia las casas de los fieles sirvieron de Iglesias domésticas. La crueldad de los Tiranos obligaba á aquellos primeros discipulos de la fé á buscar lugares oscuros y escondidos para ocultarse del furor de las persecuciones, celebrar en ellos los santos misterios, é invocar el nombre del Señor: la magestad de las ceremonias no se introduxo en la Iglesia hasta los Césares: la religion tuvo sus Davides y Salomones, que se avergonzaron de habitar en palacios soberbios, al mismo tiempo que el Señor no tenia donde reclinar su cabeza; levantaronse poco á poco suntuosos edificios en nuestras ciudades; el Dios del cielo y de la tierra volvió, si es lícito decirlo así, á tomar posesion de sus derechos, y los mismos templos en que tanto tiempo habia sido invocado el demonio, le fueron restituidos como á su legítimo dueño, y consagrados á su culto, se hicieron su morada.

Pero nuestros templos, Católicos, no están vacíos

como el de Jerusalén, en el que todo era sombra y figura: el Señor entonces aun habitaba en los cielos, como dice el Profeta, y su trono estaba sobre las nubes; pero despues que se dignó manifestarse á la tierra, conversar con los hombres, y dexarnos en las místicas bendiciones la verdadera prenda de su cuerpo y de su sangre, que realmente se contienen debaxo de estos sagrados signos, el altar del cielo ya no excede al nuestro; la víctima que en él sacrificamos es el Cordero de Dios; el pan que en él comemos es el sustento inmortal de los Angeles y de los bienaventurados espíritus; el vino místico que en él bebemos, es aquella nueva bebida con que santamente se embriagan en el reyno del Padre Celestial; el sagrado cántico que en él cantamos es el que en la harmonía del cielo resuena sin cesar al rededor del trono del cordero; finalmente, nuestros templos son aquellos nuevos cielos que el Profeta prometia á los hombres. Es verdad que no vemos en ellos con claridad todo lo que se vé en la celestial Jerusalén, porque acá en la tierra no vemos sino por entre un velo, y como en enigma; pero le poseemos, le gustamos, y el cielo no tiene cosa alguna en que haga ventaja á la tierra.

Digo pues, Católicos, que siendo nuestros templos un nuevo cielo, á quien el Señor llena con su gloria y su presencia, la pureza y la inocencia deben ser la primera disposicion que nos dán derecho para presentarnos en ellos, como á los Bienaventurados en el templo eterno: *Sine macula enim sunt ante thronum Dei*, (a) porque el Dios en cuya presencia estamos es un Dios Santo.

Verdaderamente, Católicos, la santidad de Dios es par-

(a) *Apocalyp. 14. v. 15.*

parcida por todo el universo es uno de los mayores motivos que nos propone la religion para obligarnos á proceder en todas partes con inocencia y pureza, como que estamos en su presencia. Como todas las criaturas están santificadas con la íntima residencia de la divinidad que habita en ellas, y como todos los lugares están llenos de su gloria y de su inmensidad, las divinas Escrituras nos amonestan continuamente que en todas partes respetemos la presencia de Dios que nos vé, y nos está mirando; que no presentemos á sus ojos cosa alguna que sea capaz de ofender la santidad de su vista; y que no manchemos con nuestros delitos la tierra, pues toda es templo suyo, y habitacion de su gloria. El pecador que vive con una conciencia impura, es una especie de profanador, indigno de vivir en la tierra, porque en todas partes, solamente con el estado de su corazon corrompido, deshonra la presencia de un Dios santo, que siempre está junto á él; y profana todos los lugares en que comete sus delitos, porque todos están santificados con la inmensidad del Dios que los llena y los consagra.

Pero si por estar Dios presente en todas partes debemos en todas ellas presentarnos á su vista puros y sin mancha, es indubitable que aquellos lugares que le están particularmente consagrados en este mundo; nuestros santos templos, en los que, por decirlo así, reside la misma Divinidad corporalmente, piden con mucha mas razon que nos presentemos en ellos puros y sin mancha, para no deshorrar la santidad del Dios que los ocupa, y habita en ellos.

Por eso, Católicos, quando el Señor permitió á Salomón que levantase á su gloria aquel templo tan famoso por su magnificencia, y tan venerable por el esplendor de su culto, y magestad de sus ceremonias. ¿Qué precauciones tan severas no tomó para que no abusasen los hombres del favor que les hacia en escoger en-
tre

tre ellos una mansion especial, y para que no se atreviesen á parecer en su presencia cubiertos de manchas é inmundicias? ¿Qué barreras no puso entre sí, y el hombre, por decirlo así? Y quando se acercó á nosotros, ¿qué distancia no dexó su santidad entre el lugar que llenaba con su presencia, y aquel en donde el pueblo le invocaba con sus súplicas?

Oídlo, Católicos. En el recinto de aquel vasto edificio que consagró Salomón á la Magestad del Dios de sus padres, solo escogió el Señor para su morada el lugar mas retirado é inaccesible; éste era el Sancta Sanctorum, esto es, el unico lugar de aquel inmenso templo, que se miraba como mansion y templo del Señor en la tierra. Aun mas. ¿Con qué terribles precauciones prohibia la entrada? Rodeabale un muro exterior y muy apartado, al que solamente podian arriarse los Gentiles y Estrangeros que querian instruirse en la ley. En segundo lugar, le ocultaba tambien otra muralla, aun mucho mas apartada: y allí solamente tenian derecho para entrar los Israelitas, y aun para esto era preciso que no estuviesen manchados, y que hubiesen cuidado de purificarse con la virtud de los ayunos, y de las abluciones señaladas, antes de que se atreviesen á acercarse á un lugar que todavia distaba tanto del Sancta Sanctorum. En tercer lugar: Otra muralla mas interior le separaba tambien de lo restante del templo: y allí solamente entraban los Sacerdotes para ofrecer todos los dias sacrificios, y renovar los panes sagrados que estaban sobre el altar. Qualquiera otro Israelita que se atreviese á acercarse, mandaba la ley que fuese apedreado como profanador y sacrilego; y aun un Rey de Israel, el temerario Ozías, que amparado de la dignidad real, creyó poder entrar á ofrecer inciensos, quedó inmediatamente cubierto de lepra, degradado de la dignidad real, y separado para siempre de la sociedad y comercio de los hom-

hombres. Finalmente, despues de tantas barreras y separaciones estaba el Sancta Sanctorum, aquel lugar tan terrible y tan oculto, cubierto con un velo impenetrable é inaccesible á todos los mortales, á todos los justos, á todos los Profetas, y aun á todos los Ministros del Señor, menos al Soberano Pontifice; y aun éste no podia entrar allí mas que una vez al año, despues de mil severas y religiosas precauciones, y llevando en sus manos la sangre de la víctima, la que únicamente le abria las puertas de aquel lugar.

Y no obstante esto; ¿qué habia en el Sancta Sanctorum, en aquel lugar tan formidable y tan inaccesible? Las tablas de la Ley, el Manná, y la Vara de Aarón, figuras vacías, y sombra de lo por venir. El Santo Dios, que algunas veces anunciaba él mismo allí sus oráculos, todavia no habitaba en él, como habita en el Santuario de los Christianos, cuyas puertas se abren sin distincion á todos los fieles.

Es verdad, Católicos, que la bondad de Dios en la ley de amor y de gracia no ha puesto estas terribles barreras entre su Magestad y nosotros; que destruyó aquel muro de separacion, que tanto le apartaba del hombre; y que permite á todos los fieles que se acerquen al Sancta Sanctorum, en donde ahora habita él mismo; pero no por eso pide su santidad menos pureza é inocencia en los que vienen á ponerse á su vista. Su fin ha sido solamente el hacernos mas puros, mas santos y mas fieles, y darnos á conocer qual deba ser la santidad del Christiano, pues tiene precision de sufrir todos los dias al pie del Altar, y del Santuario terrible, la presencia del Dios á quien invoca y adora.

Por eso el Apostol San Pedro llama á todos los
Tomo III. Aa Chris-

Christianos una nación santa: *Gens sancta*; (a) porque todos tienen derecho para venir á presentarse delante del Altar santo; una descendencia escogida, porque todos están separados del mundo y de todos los usos profanos; consagrados al Señor, y destinados únicamente á su culto y á su servicio: *Genus electum*. (b) Y finalmente, un Real Sacerdocio, porque todos participan, en algun modo, del Sacerdocio de su hijo, gran Sacerdote de la nueva ley, y porque el privilegio de entrar en el Sancta Sanctorum, que antiguamente solo estaba concedido al Soberano Pontífice, es ya como derecho comun y diario de todos los fieles: *Regale Sacerdotium*. (c)

Y así solamente la santidad de nuestro bautismo y de nuestra consagracion es la que nos abre estas sagradas puertas. Si somos unos Christianos impuros, hemos en algun modo perdido este derecho; ya no temos parte en el Altar; no somos dignos de la congregacion de los santos; y el templo de Dios no es para nosotros.

Y por eso, Católicos, nuestros templos solamente debieran ser casa de los justos. Quanto en ellos se obra supone la justicia y la santidad en los asistentes. Los mysterios que en ellos celebramos son mysterios santos y terribles, que piden unos ojos puros; la Hostia que allí se ofrece es la reconciliacion de los penitentes, ó el pan de los fuertes ó perfectos: Los sagrados cánticos que allí se oyen son los gemidos de un corazón arrepenido, ó los suspiros de una alma casta y fiel; y esta es la razon porque cuida la Iglesia de purificar todo lo que se ha de poner sobre

(a) 1. Petri c. 2. v. 9.

(b) *Ibid.*

(c) *Ibid.*

bre el Altar; consagra con palabras de bendicion aun las mismas piedras de estos santos edificios, como para hacerlas dignas de sufrir la presencia y la vista del Dios que habita en ellos. Expone á las puertas de nuestros templos una agua santificada con sus oraciones, y encarga á los fieles que la echen sobre sus cabezas antes de entrar en este santo lugar, como para acabar de purificarlos de algunas leves manchas que podian haberles aun quedado, para que no se ofenda la santidad del Dios en cuya presencia van á parecer.

Antiguamente no concedia la Iglesia sepultura á los cuerpos de los fieles en el recinto de sus sagrados muros; no admitia los despojos de su mortalidad en este santo lugar; solamente las preciosas reliquias de los Martyres tenían derecho para ser colocadas en él, y la parecia que el templo de Dios, este nuevo cielo, que llena con su presencia y su gloria, no debia servir de asilo á las cenizas de los que no contaba todavia el número de los Bienaventurados.

Tambien los penitentes públicos estaban excluidos por mucho tiempo de la asistencia á los santos mysterios. Postrados á las puertas del templo, cubiertos de ceniza y de cilicio, estaban privados de concurrir con los demás fieles como anathemas. Solamente sus lágrimas y maceraciones les abrian por último aquellas sagradas puertas; y así, qué alegría no experimentaban, quando despues de haber gemido mucho tiempo, y pedido su reconciliacion, se hallaban en el templo entre sus hermanos; quando volvian á ver aquellos Altares, aquel Santuario, aquellas reliquias de los Martyres, aquellos Ministros ocupados con tanta devocion en los terribles mysterios; quando oían pronunciar sus nombres en el Altar con los demás fieles, y quando cantaban con ellos Hymnos y cánticos! Qué lágrimas de gozo y de religion no derramaban en-

tonces! ¡Qué pesar no tenían de haber estado privados tanto tiempo de tan suave consuelo! Un solo día, ¡oh Dios mío! pasado en vuestra santa casa, exclamaban con el Profeta, consuela mas el corazón que años enteros pasados en los deleytes, y en los tabernáculos de los pecadores! Estos eran antiguamente los templos de los Christianos. Apartaos de estos sagrados muros, decia entonces en alta voz el Ministro desde lo alto del Altar á toda la congregacion de los fieles, vayan fuera de estos sagrados muros los inmundos, los impuros, los sectarios de los demonios, los adoradores de los ídolos, las almas que han vuelto á su vómito, y los partidarios de la mentira y de la vanidad: *Fornicantes, & venefici, & impudici, & homicidæ, & idolis seruietes, & omnis qui amat, & facit mendacium.* (a)

Es verdad que la Iglesia no hace ya esta severa distincion, porque siendo ya imposible por la multitud de fieles, y por la depravacion de las costumbres, abre indistintamente las puertas de nuestros templos á los justos y á los pecadores; quita el velo de su Santuario aun delante de los ojos profanos, y sus Ministros no esperan á que los pecadores y los inmundos hayan salido para empezar los terribles mysterios: pero la Iglesia supone que si no estais justificados quando venis aqui á presentaros delante de la Magestad de un Dios santo, venis á lo menos con deseos de justicia y de penitencia: supone que si aun no estais purificados de todos vuestros delitos, á lo menos estais movidos á penitencia; que venis á llorar al pie de los Altares, y que vuestra confusion y el sincero arrepentimiento de vuestras culpas darán aqui principio á vuestra justificacion y á vuestra inocencia.

Los

(a) *Apocalyp. 22. v. 15.*

Los deseos de una vida mas christiana, si sois pecador, son los que únicamente os pueden autorizar y dár derecho para presentaros aqui en el santo lugar: si no venis á él á llorar vuestros delitos; si llegais al pie de los Altares con la voluntad depravada, aunque es verdad que la Iglesia que no vé los corazones, y que no juzga de lo oculto, no os cierra estas sagradas puertas, Dios os desprecia invisiblemente: sois á su vista un anathema y un excomulgado; no teneis derecho al Altar y á los sacrificios; venis á manchar con vuestra presencia la santidad de los terribles mysterios; á ponerlos en un lugar que no os pertenece, del que el Angel del Señor, que vela á la puerta del templo, os arroja invisiblemente, como arrojó en otro tiempo al primer pecador de aquel lugar de inocencia y santidad que santificaba el Señor con su presencia.

Y á la verdad, Católicos, que el conocerse reos de los mas vergonzosos delitos, y venir aqui á presentarse en el lugar mas santo de la tierra, venir á parecer delante de Dios, sin tener á lo menos algun movimiento de verguenza y de dolor, sin pensar en los medios de salir de un estado tan deplorable, sin desearlo por lo menos, y sin formar algunos pensamientos de religion, traer al pie de los Altares los cuerpos y las almas manchadas, pretender que los ojos del mismo Dios, por decirlo asi, se familiaricen con el pecado, sin manifestarle á lo menos el dolor que se tiene de venir de este modo á su presencia cubierto de confusion y de oprobrios, sin decirle como Pedro: Apartaos de mí, Señor, porque soy un hombre pecador, (a) ó como el Profeta: Apartad

(a) *Luc. 5. v. 8.*

tad, Señor, vuestra vista de mis iniquidades, y cread en mí un corazón puro, (a) para que yo me haga digno de parecer aquí en vuestra presencia, es profanar el templo de Dios, ultrajar su gloria, su magestad y la santidad de sus misterios.

Porque, amados oyentes míos, seáis quien fuereis los que aquí asistís, vosotros venís á ofrecer espiritualmente con el Sacerdote el terrible sacrificio; venís aquí á presentar á Dios la sangre de su Hijo como precio de vuestros pecados; venís á aplacar su justicia con la dignidad y excelencia de estas santas ofrendas, y á representarle el derecho que tenéis á sus misericordias, despues que la sangre de su Hijo os ha purificado, y que en cierto modo, formais con él un mismo Sacerdote, y una misma víctima. Pero quando os presentais aquí con un corazón corrompido y obstinado, sin pensamiento alguno de fé, sin deseo alguno de arrepentimiento, estais contradiciendo el ministerio del Sacerdote que ofrece por vosotros; contradecís las oraciones que dirige al Señor, con las que supplicais por boca del Sacerdote que mire con ojos propicios las santas ofrendas que están sobre el Altar, y que las acepte como precio y abolicion de vuestros delitos; insultais al mismo amor de Jesu Christo, que renueva el gran sacrificio de vuestra redencion, y os ofrece á su Padre como una porcion de esta Iglesia pura y sin mancha que ha labado con su sangre; insultais á la piedad de la Iglesia, que creyendos unidos á su fé y á su caridad os pone en la boca, por medio de los cánticos con que acompaña los santos misterios, expresiones de dolor, de religion y de penitencia; engañais finalmente la fé y la piedad

(a) Psalm. 50. v. 11. 12.

de los justos que aquí están presentes, y que os miran como que formais con ellos un mismo corazón, un mismo espíritu, y un mismo sacrificio; se unen á vosotros y ofrecen al Señor vuestra fé, vuestros deseos, y vuestras oraciones como bienes propios suyos. Estais, pues, allí como un anathema, separado de todo el resto de vuestros hermanos; como un impostor, que niega en secreto todo lo que está pasando en público; y venís á insultar la religion, y á no participar de la redencion y del sacrificio de Jesu Christo, al mismo tiempo que él renueva su memoria, y ofrece el precio de él á su Padre.

¿Qué se infiere de aquí, Católicos? ¿Acaso el que los pecadores se deben desterrar de nuestros santos templos? No lo permita Dios. Ah! Por lo mismo deben venir á solicitar al pie de los Altares las misericordias del Señor, que está siempre dispuesto para oír en ellos á los pecadores. Por lo mismo deben valerse de todos los socorros que aquí ofrece la religion á la fé para excitar en nosotros algunos movimientos de arrepentimiento y devocion; ¿y adónde hemos de ir, Católicos, quando por nuestra miseria hemos caído en la desgracia de Dios, ni qué otro recurso puede quedarnos? Aquí es donde solamente pueden hallar asilo los pecadores: aquí corren las aguas vivas de los Sacramentos, las únicas que tienen fuerza para purificar sus conciencias: aquí están formados los tribunales de misericordia, á cuyos pies se les perdonan sus pecados, y se les liberta de sus cadenas: aquí se ofrece por ellos el sacrificio de propiciacion, el que únicamente es capaz de aplacar la justicia de Dios irritada con sus delitos: aquí las verdades de salud eterna, introducidas en sus corazones, les inspiran el aborrecimiento al pecado, y el amor á la justicia: aquí se ilustra su ignorancia, se disipan sus

errores, se alienta su flaqueza, y se fortifican sus buenos deseos. Aquí, en una palabra, ofrece la religion remedios á todos sus males. Luego los pecadores son los que con mas frecuencia deben venir á los templos santos, y quanto mas antiguas é inveteradas sean sus llagas, mas priesa deben darse á venir á buscar aqui su salud.

Esta es la primera disposicion que aqui nos pide á nosotros, como á los Bienaventurados en el cielo, la presencia de un Dios Santo: *Sine macula enim sunt ante thronum Dei.* (a)

Pero si solamente el estar en pecado sin remordimiento, sin deseo alguno de mudar de vida, y con una voluntad actual de perseverar en él es una especie de irreverencia, que profana la santidad de nuestros templos y de nuestros mysterios, qué será, ¡oh gran Dios! el escoger estos lugares santos, y la hora de los terribles mysterios, para venir á inspirar aqui pasiones vergonzosas; para permitirse en ellos la licencia de unas miradas impuras; para formar en ellos deseos pecaminosos; para buscar en ellos unas ocasiones, que solamente la decencia impide en otras partes; para hallar acaso en ellos unos objetos que en todos los demás lugares aparta de nuestra vista la vigilancia de los que nos gobiernan? ¿Qué será el hacer que lo mas santo de la religion sirva para facilitar el pecado, y el escoger vuestra presencia, ¡ó gran Dios! para ocultar el secreto de una pasion impura, y hacer de vuestro santo templo casa de iniquidad, y un lugar mas peligroso que aquellas asambleas de pecado, que la religion prohíbe á los fieles? ¿Qué delito el venir á crucificar de nuevo á Jesu Christo en el mismo lugar en que todos los dias se le ofrece por nosotros á su

(a) *Apos. 14. v. 5.*

Padre! ¿Qué delito es el valerse para facilitar nuestra perdicion de la misma hora en que se celebran los misterios de eterna salud, y de la redencion de todos los hombres! ¿Qué locura el escoger la presencia de nuestro juez para hacerle testigo de nuestros delitos, y hacer de su presencia el motivo mas funesto de nuestra condenacion! ¿Qué abandono de Dios, y qué señal de reprobacion el mudar los sagrados asilos de nuestra reconciliacion en ocasiones de desorden y de libertad!

¡Gran Dios! Quando os ultrajaron en el Calvario, en donde aun erais un Dios que padecia, se abrieron los sepulcros que estaban al rededor de Jerusalén, y resucitaron los muertos, como para venir á reprehender á sus descendientes el horror de su sacrilegio. ¡Ah! Vivificad las cenizas de nuestros padres, que en este santo templo esperan la feliz inmortalidad: haced que salgan sus cadáveres de estos soberbios sepulcros que les ha fabricado nuestra vanidad, y que inflamados con una santa indignacion contra las irreverencias que de nuevo os crucifican, y que profanan el sagrado asilo de los despojos de su mortalidad, se dexan ver sobre esos sepulcros; y pues son inútiles nuestras instrucciones y amenazas, vengan ellos mismos á reprehender á sus descendientes su irreligion y sus sacrilegios! ¿Pero oh Dios mio! Si el terror de vuestra presencia no basta á contenerlos en el debido respeto, no serán mas religiosos ni mas fieles aunque resucitarán los muertos, como Vos mismo dixisteis.

Pero si la presencia de un Dios santo nos pide aqui, como á los Bienaventurados en el cielo, una disposicion de pureza é inocencia; la presencia de un Dios terrible y lleno de magestad pide una disposicion de temor y de recogimiento: segunda disposicion, que está señalada en el profundo abatimiento

194 SERMON PARA EL I. MARTES
con que están los Bienaventurados en el templo ce-
lestial. *Et ceciderunt in conspectu throni in facies
suas. (a)*

SEGUNDA PARTE.

Dios es espíritu y verdad: y por eso principal-
mente quiere que le honremos en espíritu y
verdad; y así esta disposición de abatimiento profundo
que le debemos en nuestros templos, no consiste sola-
mente en la postura exterior de nuestros cuerpos, sino
que incluye también en sí, como la de los Bienaven-
turados en el cielo, un espíritu de adoración, de ala-
banza, de oración, y de acción de gracias: *Benedic-
tio, & claritas, & gratiarum actio. (b)* Este es el es-
píritu de religión y de abatimiento que nos pide Dios
en el templo santo, semejante al de los Bienaventura-
dos en el templo celestial. *Et ceciderunt in conspectu
throni in facies suas. (c)*

Dixe, un espíritu de adoración; porque como aquí
es donde Dios manifiesta sus maravillas y su suprema
grandeza, y adonde baja desde el cielo para recibir
nuestros respetos, el primer pensamiento que debe for-
marse en nosotros, cuando entramos en este santo lu-
gar, es un pensamiento de terror, de silencio, de re-
cogimiento profundo, y de abatimiento interior á vista
de la Magestad del Altísimo y de nuestra propia ba-
xeza; no pensar más que en el Dios que se nos mani-
fiesta; sentir todo el peso de su presencia y de su
gloria; recoger toda nuestra atención, todos nuestros pen-

(a) *Apoc. 7. v. 11.*

(b) *Apoc. 7. v. 12.*

(c) *Ibid.*

DE QUARESMA. 195
pensamientos, todos nuestros deseos, toda nuestra alma
para ofrecersela y ponerla toda entera á los pies del Dios
que adoramos. Olvidar todas las grandezas de la tierra;
no mirar más que á él, no pensar más que en él, no
conocer cosa mayor que él, y confesar con nuestro pro-
fundo abatimiento, como los Bienaventurados en el
cielo, que él solo es poderoso, solo inmortal, solo
grande, solo digno de todo nuestro amor y de nues-
tros respetos.

Peró ¡oh Católicos! ¿dónde se hallan en nuestros
templos aquellas almas respetuosas y poseídas de un
santo temor, que á vista de estos sagrados lugares sientan
todo el peso de la magestad del Dios que los habita, y
que no hallen mejor situación para sostener el resplandor
de su presencia, que la inmortalidad de un cuerpo aba-
tido, y la profunda religión de una alma que adora?
¿Dónde están los que solamente piensan en la grande-
za de Dios, y se olvidan aquí de todos los demás cui-
dados de la tierra? Me tomo la libertad de decir en la
presencia de un Rey, cuyo profundo respeto al pie de
los altares honra la religión, que algunos vienen al san-
to templo, no á honrar al Dios que en él habita, si-
no las más veces á honrarse á sí mismos con un vano
exterior de piedad, y á valerse de unos fines y de
unos intereses que condena la verdadera devoción; vie-
nen á doblar la rodilla, como Naamán delante del al-
tar profano, para grangearse las atenciones, y seguir
el exemplo de un Príncipe que adora; vienen aquí á
buscar otro Dios distinto del que se manifiesta en
nuestros altares, á hacer la corte, no al Señor sobe-
rano, sino á otro Príncipe; á buscar otras gracias dis-
tintas de las del cielo, y á grangearse las atenciones, no
del remunerador inmortal, sino de otro remunerador.
Es en su templo un Dios desconocido, aun en me-
dio de una multitud de adoradores, como lo era an-
tiguamente en la Pagana Athenas; aquí todas las mira-
das

das se dirigen al Principe, al mismo tiempo que él solamente mira á Dios; todos los votos se dirigen á él, sin que su profundo abatimiento al pie de los altares pueda enseñarnos á respetar aquí al Señor en cuya presencia un gran Rey, dueño del universo, por decirlo así, baxa su cabeza, y se olvida de toda su magestad, enseñándonos solamente á valerlos de su religion, y de los favores con que honra á la virtud, para valerlos de ésta, con el fin de subir por este medio á nuevos grados de grandeza en la tierra. ¡Oh Dios mio! No es esto lo que anunciabais á vuestros discipulos quando les deciais que vendria tiempo en que se apagaría la fé, en que serviría la devocion de vergonzoso comercio, y en que viviendo los hombres en la tierra sin Dios, no os conocerian mas que para hacerlos servir á sus injustos deseos!

Esta disposicion de abatimiento tambien encierra en sí un espíritu de oracion: porque quanto mas admiramos aquí la grandeza y el poder de Dios que adoramos, tanto mas nos avisan nuestras infinitas necesidades que recurramos á aquel de quien solamente podemos conseguir la libertad y el remedio. Por eso el templo es la casa de oracion, á la que todos deben venir á exponer al Señor sus mas ocultas miserias; en donde con súplicas comunes se le aplaca en orden á las calamidades públicas; en donde juntos los Ministros levantan las manos por los pecados del pueblo; y en donde los ojos del Señor siempre están abiertos para ver nuestras necesidades, y sus oídos atentos á nuestros clamores.

No quiero decir que no se pueda orar en todas partes, como dice el Apostol, pero el templo es el lugar en donde el Señor se manifiesta mas propicio, y en donde nos ha prometido estar siempre presente para oír nuestras súplicas, y recibir nuestros respetos. Sí, Católicos, aquí es á donde debemos venir á llorar con

con la Iglesia los escandalos que la afligen, las divisiones que la despedazan, los peligros que la rodean, la obstinacion de los pecadores, y la tibieza de la caridad entre los fieles; aquí venimos á implorar con ella las misericordias del Señor para su pueblo; que proteja á esta Monarquía, cuyos Soberanos se honran con el augusto título de la fé; y al Principe que es su protector y modelo; á pedirle que cesen las guerras y los públicos castigos; la extincion de los scismas y errores; el conocimiento y el amor de la justicia y de la verdad para los pecadores, y la perseverancia para los justos. Debeis, pues, venir aquí con un espíritu atento y recogido; con un corazon dispuesto, y que no presente cosa alguna á la vista de Dios que pueda apartar las gracias que la Iglesia solicita para vosotros, y presentaros con un exterior humilde, que demuestre que está adorando y suplicando.

No obstante, Católicos, mientras que los ministros al rededor del altar levantan aquí las manos por vosotros, mientras piden la prosperidad de vuestras casas, la abundancia de vuestros campos, la felicidad de vuestros exercitos, la conservacion de vuestros parientes y de vuestros hijos, que exponen su vida por el bien del estado; mientras piden el fin de las guerras, de las disensiones, y de todas las desgracias que nos afligen, el remedio de vuestras caídas; y los socorros para vuestra flaqueza; mientras que están hablando á favor vuestro con un Dios santo, vosotros no os dignais ni aun de acompañar sus oraciones con vuestra atencion y respeto: deshonrais la santa gravedad de los gemidos de la Iglesia con un espíritu distraído, y con unas indecencias que apenas podrian tolerarse en aquellos infames lugares donde vais á oír las canciones profanas, sin que haya mas distincion, que el que allí una armonía lasciva os mueve y os hace estar atentos; y aquí estais impacientes oyendo la santa armonía de los

los divinos cánticos, y para hacerlos atender es preciso valerse de los mismos atractivos, y muchas veces de las mismas bocas que corrompen todos los dias los corazones en los teatros impuros y lascivos.

Por eso, Católicos, en vez de que las públicas oraciones debieran detener el brazo del Señor, que há tanto tiempo está levantado sobre nuestras cabezas; en vez de que las rogativas pedidas por el Principe, y mandadas por los Pastores, y que por todas partes resuenan en nuestros templos, debieran, como antiguamente, suspender los castigos del cielo, traernos unos dias serenos y tranquilos, reconciliar los Reyes y los pueblos, y hacer que baxase la paz del cielo á la tierra. ¡Oh! Aun duran los dias malos; los tiempos de turbacion, de luto, y de desolacion no se acaban; la guerra y el furor parece que han establecido para siempre su morada entre los hombres. La esposa desconsolada pide su esposo; el padre afligido espera en vano á su hijo; el hermano vive separado de su hermano. Aun nuestras mismas felicidades se visten de luto, y nos vemos precisados á llorar nuestras propias victorias: ¿De qué proviene esto, Católicos? ¡Ah! Proviene de que no son oídas las oraciones de la Iglesia, que son el unico principio de las gracias que Dios derrama sobre los reynos y sobre los Imperios, y en que obligais al Señor á que aparte sus oídos y sus ojos por las irreverencias con que las acompañais, haciendo que sean inútiles para la tierra.

Pero no solamente debeis presentaros aqui, Católicos, como quien suplica, y con un espíritu de oracion, por ser este el lugar, en donde el Señor derrama sus favores y sus gracias; sino que como aqui se renueva tambien la memoria de las que habeis recibido, debeis venir con un espíritu de reconocimiento y de accion de gracias, pues á qualquiera parte que volvais la vista todo os acuerda los beneficios de Dios,

y

y os representa sus eternas misericordias con vuestras almas.

Y primeramente, aqui es donde os hicierais fieles con el Sacramento que nos reengedra; aqui fue donde la bondad de Dios, uniendolos por el Bautismo á la esperanza de Jesu-Christo, os distinguió de tantos bárbaros que no le conocen, y de tantos hereges que aunque le conocen, no le glorifican como deben; aqui fue donde prometisteis al Señor vuestra fé, y aun se conservan escritas sobre el altar vuestras promesas; aqui está el libro de la alianza que contraxisteis con el Dios de vuestros padres; y asi no debeis venir aqui sino para ratificar las promesas de vuestro Bautismo, y para dár gracias al Señor, por el inestimable beneficio que os hizo en asociaros á su pueblo, y honraros con el nombre de Christianos; debeis conservar un amor tierno, y un respeto filial al dichoso seno de que nacisteis en Jesu-Christo; y la gloria de esta casa debe ser gloria vuestra.

¿Qué haceis, pues, quando en lugar de ofrecer á los pies de los altares vuestras acciones de gracias, á vista de un tan señalado beneficio, venís á deshonorarlos con vuestras irreverencias? Sois unos hijos desnaturalizados, que profanais el lugar de vuestro nacimiento segun la fé; unos Christianos pérfidos, que venís á retratar vuestras promesas delante de los mismos altares que fueron testigos de ellas; que venís á romper el tratado en el mismo sagrado lugar en que se hizo; á borraros del libro de la vida donde estaba escrito vuestro nombre con los de los fieles; á abjurar la religion de Jesu Christo en la misma fuente en donde la recibisteis; á hacer gala de las pompas del siglo al pie del altar donde solemnemente las renunciasteis, y hacer profesion del mundo en donde la habiais hecho del Christianismo.

Aun no lo he dicho todo. Tambien en este santo lu-

lugar se vén por todas partes tribunales de reconciliación y de misericordia, en donde tantas veces habeis dexado el vergonzoso depósito de las infidelidades con que habeis manchado la gracia de vuestro Bautismo, y humillado la cabeza debaxo de la sagrada mano que os ha justificado con la virtud del santo ministerio: aqui es donde mil veces os ha dicho Jesu-Christo por boca de sus ministros: Hijo, tus pecados quedan perdonados; vé en paz, y no vuelvas á pecar en adelante, no sea que te suceda alguna cosa peor. Aqui es donde deshechos en lágrimas le habeis dicho muchas veces: Padre mio, yo pequé contra el cielo y contra vos. ¿Y es posible, Católicos, que en el mismo lugar en que tantas veces habeis hallado la gracia de el perdon, no solo os habeis de olvidar de el beneficio, sino que habeis de venir á empezar de nuevo vuestras ofensas? ¿Aqui mismo donde tantas veces habeis detestado las miradas, que fueron tan funestas á vuestra inocencia, habeis de venir á renovarlas; y aqui finalmente en donde tantas veces os habeis manifestado penitente, habeis de parecer aun mundano y profano? ¡Ah! ¿En vez de venir aqui á reconocer en los sagrados tribunales los desórdenes de vuestra vida; en vez de venir á renovar á su vista aquellas promesas de penitencia, aquellos sentimientos de compuncion, aquellos movimientos de confusion y vergüenza, de que tantas veces han sido depositarios; venís con la cabeza levantada, mirando á todas partes, y acaso, como se explica el Apostol, con los ojos llenos de delitos y adulterios, á renovar en su presencia las mismas infidelidades que alli habian expiado vuestras lágrimas, y hacerlos públicos testigos de las mismas prevaricaciones de que habian sido los secretos confidentes y el feliz remedio?

¿Qué mas he de decir, Católicos! El templo, en tercer lugar, es la casa de la verdad y de la doctrina,

na, aqui es donde por boca de los Pastores os anuncia la Iglesia las máximas de eterna salud, y los misterios del reyno de los cielos, ignorados de tantas naciones infieles: lo que debe ser para vosotros nuevo motivo de agradecimiento. ¡Pero ay! que mas os sirve de motivo de condenacion: aqui mismo donde desde los púlpitos Christianos os decimos todos los dias de parte de Jesu-Christo, que los impuros no poseerán el reyno de los cielos, venís á formar deseos profanos: aqui mismo donde se os advierte que habeis de dár cuenta hasta de una palabra ociosa, venís á proferir palabras de pecado: aqui mismo, finalmente, en donde os anunciamos que el que escandaliza, será desgraciado, venís á servir vosotros mismos de tropiezo y de escandalo: ¿Por qué os parece, Católicos, que la palabra del Evangelio que predicamos á los Príncipes y Grandes de la tierra no es mas que un metal que suena, y que es ya casi inutil nuestro ministerio? Bien puede suceder que nuestras ocultas flaquezas sirvan de obstáculo al fruto y adelantamiento del Evangelio, y que Dios no eche su bendicion á un ministerio, cuyos ministros son desagradables á sus ojos; pero además de esta razon de tanto abatimiento para nosotros, la que, á la verdad no podemos disimularos, ni disimularla á nosotros mismos, la profanacion de los templos, y el indecente y poco respetuoso modo con que asistís á ellos para oírnos, acaban de quitar su fuerza y su virtud á la palabra de que somos ministros. El Señor, apartandose de este santo lugar por vuestras profanaciones, ya no dá en él las gracias, que son las unicas causas de que fructifiquen su doctrina y su palabra. No mira estas asambleas, santas en otro tiempo, mas que como una concurrencia de mundanos, de sensuales, de ambiciosos, y de profanadores. ¿Pues cómo quereis que no aparte de aqui su vista, y que aqui fructifique la

palabra de su Evangelio? Reconciliad primeramente con él estas casas de verdad y de doctrina por medio de vuestros respetos, con vuestro recogimiento y devoción, y entonces el mismo Señor suplirá nuestros defectos, abrirá vuestro corazón para que reciba nuestras instrucciones, y su palabra no se volverá á él vacía.

Y á la verdad, Católicos, ¿de qué sirven las dedicaciones de los templos, y las oraciones tan solemnes que usa la Iglesia para consagrarlos, si vosotros los profanais todos los días con vuestra asistencia, y si borrais de estas paredes aquellos caracteres de santidad y de oración que en ellas dexaron las bendiciones del Pontífice, y que atraían sobre los asistentes las propicias miradas del Dios que aquí se invoca?

Pero finalmente, diré el último motivo que hace que vuestras irreverencias sean aun mas culpables y mas vergonzosas á la religion: venís al templo á ofrecer en algun modo con el Sacerdote el terrible Sacrificio, á renovar la oblacion de la Cruz, y á presentar á Dios la sangre de su Hijo como precio de vuestros pecados; y vosotros, Católicos, mientras que se celebran unos misterios tan augustos, mientras duran aquellos terribles momentos en que se abre el cielo sobre nuestros altares; en un tiempo en que se trata el negocio de vuestra eterna salud entre Jesu-Christo y su Padre; mientras que la sangre del Cordero corre sobre el altar para lavar vuestras manchas; mientras que los Angeles del cielo tiemblan y adoran; quando la gravedad de los ministros, la magestad de las ceremonias, y aun la piedad de los verdaderos fieles, que todo inspira terror, la reconocen y respetan, apenas doblais la rodilla, apenas mirais hácia el altar santo, en donde se consuman por vosotros unos misterios tan felices: estais en el templo como forzados; medís la duracion y lo largo del Sacrificio saludable; contais los momentos de un tiempo tan precioso para la tierra, y tan lleno de maravillas y
de

de gracias para los hombres: Vosotros á quienes estorva tanto el tiempo, que le gastais inutilmente, y que casi no sabeis en que emplearle, ¿os quejais de la santa gravedad del ministro, y de la circunspeccion con que trata las cosas santas! ¡Ah! ¿Quereis que vuestros esclavos os sirvan con tanto respeto y precaucion, y habeis de querer al mismo tiempo que un Sacerdote revestido de toda su dignidad, que un Sacerdote que representa á Jesu-Christo, y que hace su oficio de mediador y de Pontífice con su Padre celestial, trate precipitadamente los santos misterios, y deshonne la presencia del Dios á quien está sirviendo, y que haga el Sacrificio con una celeridad escandalosa? ¡Oh Dios mio! ¿A qué tiempo hemos llegado? ¿Quién habia de creer que vuestros mas preciosos y mas señalados beneficios habian de llegar á ser molestos á los Christianos de nuestros siglos?

¡Ah! Los primeros fieles, que á diferentes horas del dia se juntaban en el templo á vista de su Pastor, para celebrar allí las alabanzas del Señor con hymnos y cánticos, y que casi no salian de aquellos sagrados lugares, se apartaban de ellos con pesar para cumplir con los negocios del siglo, y con las obligaciones de su estado. ¿Qué delicia sería, Católicos, el vér en aquellos felices tiempos la asamblea santa de los fieles en la casa de oración, colocado cada uno en el lugar que correspondía á su estado! En una parte los Solitarios, los Santos Confesores, y los simples fieles; en otra las Virgenes, las Viudas, y las mugeres ligadas con el santo vínculo del matrimonio; todos atentos á los santos misterios; todos mirando con lágrimas de gozo y de religion como corria sobre el altar la sangre del Cordero que aun humeaba, por decirlo así, y que poco antes habia sido crucificado á su vista; rogando por los Principes, por los Césares, por sus perseguidores, por sus hermanos, exórtandose mutuamente al martirio, gustando

tando el consuelo de las divinas Escrituras explicadas por sus santos Pastores, y figurando en la Iglesia de la tierra la alegría, la paz, la inocencia, y el profundo recogimiento de la Iglesia del cielo. ¡Qué hermosas, y qué resplandecientes eran entonces las tiendas de Jacob, aun estando como estaba la Iglesia oprimida y obscurecida! Aun los enemigos de la fe, los mismos profetas de los idolos viendo su buen orden, su magestad, y su inocencia, no podian menos de admirarlos y respetarlos: y hoy los mas rápidos momentos que aqui consagrais á la religion, y que debieran santificar lo restante de vuestros dias, suelen ser ellos mismos vuestros mas graves delitos.

Finalmente, Católicos, es necesario añadir á todas estas disposiciones de oracion, de adoracion, y de reconocimiento que os pide la santidad de nuestros templos, la modestia exterior, y la decencia de nuestros adornos y galas; que es la ultima disposicion de los Bienaventurados en el templo celestial: *Amicti stolis albis*, (a) será muy breve.

¿Es posible, mugeres del mundo, pues á vosotras es á quienes principalmente se dirige esta parte de mi discurso, es posible vuelvo á decir, que haya de haber necesidad de instruiros en este asunto? ¿Qué fin tiene todo ese aparato, no digo solamente de fausto y de vanidad, sino de inmodestia y de disolucion, con que os presentais en esta casa de oracion y de lágrimas? ¿Venís á disputar á Jesu-Christo las atenciones y los respetos de los que le adoran? ¿Venís á insultar los misterios que obran la salud de los fieles, intentando romper su corazon al pie de los altares en donde se ofrecen por ellos estos misterios? ¿Quereis que no haya lugar alguno en la tierra, ni aun el mismo templo, asilo de la religion y de la piedad, en que la inocencia pueda

(a) *Apocalyp. 7. v. 9.*

estar defendida de vuestra profana y lasciva desnudez? ¿No teneis en el mundo bastantes teatros impuros, bastantes asambleas de deleytes, en que poder gloriaros de ser la piedra de escandalo para vuestros próximos? Vuestras mismas casas abiertas á la diversion y á la alegría, ¿no son suficientes para que os dexeis ver en ellas con una indecencia, que en otro tiempo solamente convendria á las casas de disolucion y de escandalo? Esto dá motivo á que no respetandoos vosotras á vosotras mismas, se os falte al respeto de que ha sido siempre tan zelosa la política de nuestra nacion, porque solamente el pudor merece ser venerado. *Numquid damos non habetis ad manducandum, & bibendum?* (a). Como reprehendia San Pablo antiguamente á los fieles. ¿Es posible que aun habeis de manchar el santo templo con vuestras inmodestias? ¡Ah! Quando os presentais en los palacios donde habita el Soberano, dais á entender con la dignidad, y decencia del vestido grave y sério, el respeto que debeis á la magestad de su presencia; ¿y delante del Soberano del cielo y de la tierra os habeis de presentar sin precaucion, sin decencia, y sin modestia? ¿Y habeis de parecer á su vista con una desvergüenza que ofende aun á los ojos prudentes y juiciosos? Venís á turbar la atencion de los fieles, que creían hallar aqui un lugar de paz y de silencio, y un asilo contra todos los objetos de la vanidad, y aun á turbar el profundo recogimiento y la santa gravedad de los ministros, que están atentos al redor del altar, y á ofender con la indecencia de vuestros adornos la pureza de su vista, mientras se ocupan en las cosas santas.

Por eso queria el Apostol que las mugeres Christianas entrasen en el templo cubiertas con un velo, por cau-

(a) *1. Corinth. 11. v. 22.*

causa de los Angeles, esto es, de los Sacerdotes que en él están continuamente presentes delante de Dios, y cuya inocencia y pureza debe igualar á la de los Espiritus celestiales. Es verdad que en esto nos avisais tambien ;oh Dios mio! quál deba ser la santa gravedad, y el inviolable recogimiento de vuestros ministros en nuestros templos: que nosotros debemos tener aquí gravado en nuestra frente el santo terror de los misterios que ofrecemos, y el vivo é íntimo conocimiento de vuestra presencia; que solamente con el espectáculo de nuestra modestia debemos aquí inspirar respeto al pueblo que nos rodea; que quando estamos en el altar ocupados en el santo ministerio, no debemos manifestarnos mas enfadados, mas distraídos, y mas precipitados que la misma multitud que aquí asiste, y no autorizar sus irreverencias con las nuestras; porque ;oh Dios mio! la desolacion del santo lugar empezó por el mismo Santuario; en él se debilitó el respeto de los pueblos por no haber mantenido la santa gravedad del culto, y la magestad de las ceremonias; y vuestra casa no empezó á ser lugar de disolucion y de escandalo, hasta que nuestros mismos ministros la hicieron casa de negociacion, de impaciencia, y de avaricia. Pero, Católicos, aunque nuestro mal exemplo autorice vuestras profanaciones, no las escusa.

Y verdaderamente parece que Dios nunca las ha dexado sin castigo. A las vergonzosas indecencias de los hijos de Helí, que por tanto tiempo profanaron su casa, se siguieron las mas funestas calamidades: el Arca Santa vino á ser presa de los Filistéos, fue colocada al lado de Dagon en un templo infame, se marchitó la gloria de Israel, el Señor se retiró de su pueblo, se apagó la luz de Judá, faltó el Pontifice, y Jacob se halló de repente, sin altar y sin sacrificio.

No hay que dudar, Católicos, que las desgracias del siglo pasado, el furor de las heregías, la ruina de los altares, y de tantos y tan augustos templos, fueron

ron funestas conseqüencias de las irreverencias de nuestros padres. Era muy justo que el Señor abandonase unos templos en que había sido ultrajado tanto tiempo: temamos, Católicos, el preparar á nuestros nietos las mismas calamidades, imitando los desordenes de nuestros predecesores: temamos el que irritado el Señor abandone algun día estos templos que nosotros profanamos, y que vengan tambien á ser presa del error, y asilo de la heregía: y qué sé yo si ya empieza á prepararnos estas desgracias, permitiendo que la pureza y sencillez de la fé se altere en los espiritus, multiplicando unos hombres que se precian de sábios, de los que tanto abunda este siglo, que todo lo miden con las luces de una debil razon, que quisieran vér claramente los secretos de Dios, y que en vez de hacer de la religion el motivo de su culto y de su accion de gracias, la hacen motivo de sus dudas y de sus censuras. ;Terrible sois, Señor, en vuestros juicios! y algunas veces vuestros castigos son tanto mas rigurosos, quanto son mas lentos y mas tardos.

Traygamos pues á la memoria, Católicos, todos estos grandes motivos de religion; vengamos á este santo lugar con una devocion tierna y atenta; con un espiritu de oracion, de compuncion, de recogimiento, de accion de gracias, de adoracion, y de alabanza; no salgamos jamás de nuestros templos sin sacar alguna nueva gracia, pues está aquí el trono de misericordia, desde donde se reparten á todos los hombres: no salgais jamás sin un nuevo gusto para el cielo; sin nuevos deseos de acabar vuestros desordenes, y de uniros unicamente con Dios; sin envidiar la felicidad de los que le sirven, que pueden adorarle continuamente á los pies de los altares, y que están particularmente consagrados á este santo ministerio por su estado y por sus ejercicios. Decidle, como decia anti-
gua

guamente aquella Reyna estrangera á Salomón: Bienaventurados vuestros siervos, que siempre están en vuestra presencia, y no tienen mas habitacion que vuestra santa casa: *Beati servi tui, qui stant coram te semper.* (a) Y si las obligaciones de vuestro estado no os permiten el venir á adorar aqui al Señor en las diferentes horas del dia, en que se juntan sus ministros para alabarle, á lo menos dirigid siempre hácia este santo lugar vuestras súplicas y vuestros deseos, como hacian en otro tiempo los Israelítas: sean nuestros templos el mas suave consuelo de vuestras penas, el unico asilo de vuestras aflicciones, el recurso en vuestras necesidades, el mas seguro alivio de las molestias, cumplimientos, y penosas sujeciones del mundo: en una palabra, buscad en él el principio de aquella paz inalterable, cuya plenitud y consumacion no hallareis sino con los Bienaventurados en el templo eterno de la celestial Jerusalén. Amen.

NOTA ACERCA DE EL SERMON siguiente.

En el tercer Domingo de Quaresma se hallará otro Sermon sobre la recaída, intitulado: De la inconstancia en los caminos de la salvacion: Este se compuso primero, pero juzgando despues el Ilustrísimo Señor Masillon que no se habia estendido bastante aserca de las verdades contenidas en la segunda parte, la trabajó de nuevo, y de las tres subdivisiones que

(a) 3. Reg. c. 10. v. 8.

contiene, formó los tres puntos que componen el Sermon De la inconstancia en los caminos de la salvacion. No obstante no he tenido por conveniente el suprimir éste, por no privar al público de la primera parte, en que se hallan unas verdades muy útiles, y tratadas con aquella elegancia que este Ilustrísimo Prelado sabía dár á todo lo que escribía.



SERMON
PARA EL MIERCOLES
DE LA PRIMERA SEMANA

DE QUARESMA.

SOBRE LA RECAIDA EN EL
pecado.

*Et fiunt novissima hominis illius pejora
prioribus.*

Y el último estado de este hombre se ha-
ce peor que el primero. *Matth. 12.*
v. 45.

QUÉ terrible pintura de la recaída nos presenta hoy el Evangelio, Católicos! de aquel pecado tan común, que ya no asusta las conciencias, y con el que ya está familiarizado casi todo el mundo, pues parece se ha hecho el común estado de los Christianos! No podemos idear cosa mas horrible que la suerte de un hom-

hombre poseído del demonio, entregado al furor y á la discrecion de este enemigo del genero humano, aunque propiamente hablando no es mas que el infeliz instrumento de su malicia y de su corrupcion; pero si se ha de creer á nuestro Divino Maestro, es mucho mas deplorable el estado de una alma infiel, que despues de haber salido de sus primeros desordenes, despues de haber gustado el Don celestial se dexa arrastrar de nuevo á los caminos del pecado de donde habia salido, y se vuelve á su vómito. Esta alma no está poseída de un solo demonio, sino que está entregada á otros siete demonios peores que el primero, que se apoderan de ella, y la miran como conquista suya; hacen de ella su morada, y se establecen alli para no volver á salir. *Et intrantes habitant ibi. (a)*

Esta última circunstancia es la que nos debe hacer temblar, amados oyentes míos, y la que obliga á decir á nuestro Divino Salvador que el último estado de este hombre es peor que el primero: *Fiunt novissima hominis illius pejora prioribus.* Porque nos dá á entender que la recaída en el pecado es como una señal y un pronóstico de nuestra reprobacion; y que muy rara vez nos volvemos á Dios, quando despues de haberle dexado nos hemos vuelto otra vez á la criatura.

Y si me preguntais, Católicos, ¿qué es lo que se halla en la recaída que sea tan horrible, y por qué es tan difícil el levantarse despues de haber recaído? Ved aqui las razones; oidlas vosotros los que hasta ahora no habeis desmentido vuestra fidelidad para con Dios, á fin de que os sirvan de preservativos contra tan gran desgracia; y vosotros, que acaso habeis caminado hasta ahora en la alternativa de reconciliaciones y pecados, que des-

(a) *Matth. 11. v. 45.*

después de haber dado algunos pasos para vuestra conversión volveis atrás, y que lejos de vivir asustados por vuestro estado, confiáis en algunos transitorios movimientos con que os volveis á Dios, escuchad también estas razones, y ved si está bien fundada la funesta tranquilidad en que vivís.

Digo, pues, que el pecado de recaída imprime en nosotros como una señal de reprobación, y que rara vez nos volvemos á levantar. ¿Por qué? porque es uno de aquellos vicios que no tienen excusa, y del que todo debe temerse. Primeramente, no tiene excusa un pecador que recayó, porque su pecado no es inadvertencia, fragilidad, ni ignorancia, sino la mas odiosa ingratitude, la mas infame perfidia, y el mas declarado desprecio. En segundo lugar, todo debe temerse del pecado de recaída, porque comunmente guía á la impenitencia, y á un estado fijo y tranquilo de pecado. Dos motivos de que me he de valer hoy para hacer os temblar acerca del estado del pecador que recae; lo enorme del pecado de recaída, y el peligro de la recaída: éste es el pecado menos excusable y mas peligroso de todos, &c. *Ave Maria.*

PRIMERA PARTE.

A Si como el agradecimiento es la obligación mas esencial de la criatura para con el Criador, y el respeto de que se muestra mas zeloso el Soberano bienhechor de los hombres; la ingratitude es el vicio mas injusto, y del que comunmente se muestra mas ofendida su bondad. Pues, amados oyentes míos, si después de haberos levantado en este santo tiempo por la gracia de los Sacramentos volveis á caer, y á vivir en vuestros antiguos desordenes, no solamente sois ingratos, sino que vuestra ingratitude está acom-

acompañada de las mas abominables circunstancias. Id las notando conmigo.

Primeramente, quanto mayor es el beneficio, tanto es mas abominable la ingratitude con que se olvida. Ahora bien, amados oyentes míos, ¿qué beneficio mas señalado que el de vuestra libertad, la que recibisteis, quando movidos del horror de vuestros delitos venisteis á descubrirlos al pie de los Altares, y á prometer á Dios una vida mas retirada? Acordaos del infeliz estado de que entonces os sacó la gracia: Erais hijos de ira, miembros del Ante-Christo, y monstruos de iniquidad: Estabais cargados de mil anathemas que debian haceros eternamente enemigos de Dios; no teniais parte en la esperanza de los Christianos; ya estabais juzgados, y vuestra condenación era indefectible. ¿Podía ser mas terrible vuestra desgracia? Pues opond á esta deplorable situación el estado en que os colocó la gracia de los Sacramentos: os hizo hijos de Dios, herederos del cielo y de las futuras promesas, y miembros del mismo Jesu-Christo; vuestra alma hermosa con la justicia se hizo morada del Espiritu Santo; recibisteis la caridad, aquel don que durará eternamente, mas precioso que todas las grandezas de la tierra, con cuya posesión gozais de todos los demás bienes, sin el que nada seriais, aun quando fuerais Monarcas. ¿Qué se puede añadir á la magnificencia de este beneficio? ¿Puede pagarse dignamente, aun quando se emplee toda la vida en agradecimientos? ¡Ah! Los Santos en la inmortal morada de la gloria darán eternas gracias por él; y con todo eso les parecerá corta la misma eternidad para emplearse en un respeto tan justo y de tanto consuelo.

Pero vosotros, amados oyentes míos, apenas poneis un corto intervalo de tiempo entre el beneficio y la ingratitude. Es verdad que el favor que no existe, no despierta tanto el agradecimiento; y que el haber

ber mucho tiempo que se recibió el beneficio, suele hacer que nos olvidemos del bienhechor; pero aquí aun están vivos en vuestra alma los dones de la gracia, no podreis extinguirlos sino con vuestras infidelidades. Estos dones son eternos por su naturaleza, y hubierais podido conservarlos siempre, si hubierais sabido conocer el don de Dios, y no destruir lo que su mano misericordiosa acaba de edificar en vuestras almas.

Pero aun quando no fuerais el mas ingrato de todos los pecadores por razon de la grandeza del beneficio; acordaos, en segundo lugar, del modo con que se os concedió. ¿En qué peligro estabas, alma infiel, quando Dios movió tu corazon? ¡Ah! Bien lo sabes; te hallabas en lo profundo del abismo y de la disolucion, dispuesta á caer en el ultimo grado de insensibilidad, de donde es imposible salir, y acaso hubieras perecido sin remedio, si te hubiera negado su gracia en aquellas circunstancias. ¿Qué tiempo escogió para concedertela? ¡Ah! Acaso las mismas circunstancias del delito fueron ocasion de algunas vivas reflexiones acerca de la infamia y breve duracion del placer que acababas de preferir á tu Dios, y en aquel fatal momento, en que debiera haber arrojado sobre tí todos sus rayos, derramó sobre tu alma un rocío de gracia. ¿Puede haber cosa que mas mueva que el beneficio de un enemigo en el mismo tiempo en que se le está ultrájando? ¿Qué era lo que pasaba en tu corazon quando se dignó mirarte con ojos de misericordia? ¿Gozabas acaso tanta felicidad en los deleytes que te pudieses pasar sin tu Dios? ¿No estabas entregado á los amargos disgustos consiguientes á las pasiones; desamparado de las criaturas que habias preferido al Criador; cansado de los placeres, y sin hallar en el pecado mas que funestos remordimientos? Y quando te hallabas en este estado, abandonado de los falsos dioses en quienes habias puesto tu confianza, se sintió movido de amor para contigo: te visitó en tu afficcion; se hizo tu consolador y tu amigo en la ad-
ver-

versidad. ¡Ah! ¿pudo escoger circunstancias mas propias para hacerte estimar su beneficio, y obligarte á su agradecimiento y á una fidelidad eterna? Y no obstante esto, luego que el mundo ofrece á tu vista el menor vislumbre de fortuna ó de placer, te vuelves á alistar baxo sus estandartes; te olvidas del beneficio y de tu mismo bienhechor; le das á conocer que solamente te habias vuelto á él, quando el mundo no hacía caso de tí, y le arrojas otra vez indignamente de tu alnia. ¿Puede haber ingratitud mas digna de todos los castigos?

En tercer lugar. No hablo del gran número de delitos que os ha perdonado el Señor; ¿con qué conciencia venisteis al Sagrado Tribunal de la Penitencia? Allí visteis horrorizarse al ministro de Jesu-Christo, y aun no podiais sufrir su presencia sin temblar á sus pies, llenos de confusion y de espanto. ¿Quánto tiempo habia que estaban señalados todos vuestros dias y todos vuestros instantes con las mas vergonzosas caídas? Con todo eso, el Señor no quiso entrar en cuentas con vosotros. Mil años, dice el Profeta, no son á su vista más que un dia, y la infinidad de pecados de que erais culpables, no han sido en su presencia mas que como un solo pecado, que inmediatamente os perdonó. Desde entonces miró todas vuestras culpas como si nunca las hubierais cometido; su bondad las selló en un saco, y las arrojó á lo profundo del mar; las borró del libro de la muerte donde estaban escritas con caracteres inmortales. Quanto mas se olvidó el Señor de las ofensas, mas debiais vosotros conservar la memoria de su bondad, y evitar otras nuevas; pero si despues de esto quereis volver al pecado, ¿qué es lo que vais á hacer, Católicos? Mirad que asi como vuestra ingratitud es la mas abominable, las resultas de vuestra culpa deben ser las mas funestas; con el paso que vais á dár, haceis como que revivan todos vuestros antiguos desordenes; vais á ratificar con
ese

ese nuevo pecado todas vuestras culpas pasadas; antes del fatal momento de vuestra recaída, sucedía con vuestros antiguos delitos lo que con aquellos huesos áridos y secos de que vió cubiertos los campos de Babylonia el Profeta Ezequiel; el campo de vuestra alma estaba cubierto de estos tristes despojos, y de aquellas inanimadas reliquias de vuestros pasados desordenes; estaban muertos á la vista de Dios; su gracia omnipotente habia dado el fatal golpe á todos esos monstruos, y dormian en vuestro corazon un sueño eterno; pero el ingrato consentimiento que vais á prestar á esa nueva ofensa, será la funesta señal que los resucitará á todos; luego que salga de lo profundo de vuestra corrupcion ese soplo de muerte, los vereis revivir en vuestra presencia, y volver á tomar su antigua fuerza y vigor: *Insuffla super interfectos istos, & reviviscant.* (a) Un exercito de monstruos resucitará en vuestro corazon, se formarán de aquellos huesos áridos unos enemigos furiosos, poderosos y formidables, y ocuparán el campo de vuestra alma, el que será destruido y arruinado como en otro tiempo: *Steteruntque super pedes suos, exercitus grandis nimis valde.* (b); Oh gran Dios! y qué poderosa es la malicia de una sola ofensa, pues por decirlo así, puede dár alma y vida á lo que ya no existia, y casi obligaros á revocar vuestras gracias. (c)

No quiero decir, Católicos, que Dios se arrepiente de sus dones, ni que un pecado perdonado pueda imputarse otra vez; pero es tal la malicia de la recaída, que el acto con que recaéis es como una accion que dá nuevo consentimiento á todos vuestros primeros vicios, retratais vuestras lágrimas y vuestro dolor, os arrepentís de haberos arrepentido, decís á Dios con las disposiciones de vuestro corazon: Señor, olvidaos de mi

(a) *Ezech. 37, v. 9.*(b) *Ibid.* (c) *Rom. II. v. 9.*

mis lágrimas y de mis protestas, pues yo mismo me he olvidado de ellas, yo os vuelvo el perdon que me concedisteis; tomad vuestras gracias y vuestros beneficios, pues yo voy á entrar en mis antiguos caminos. Y así, Dios que juzga al hombre por el estado de su corazon, empieza á imputaros lo que vosotros mismos dexais de aborrecer y llorar. En segundo lugar. Es tal la malicia de la recaída, que despierta y reproduce en vosotros, por decirlo así, toda la corrupcion que habian introducido en vuestros corazones los desordenes antiguos, y ella sola os comunica tanta flaqueza y tanta insensibilidad en orden á la salud eterna, tanta separacion de Dios, y tanta ansia por el mal, como pudieran inspiraros vuestros pasados desordenes todos juntos. En tercer lugar finalmente, añade á aquel primer estado de corrupcion en que estabais, la circunstancia de una nueva caída; esto es, un nuevo grado de miseria y de flaqueza tan monstruoso, que mil pecados repetidos antes de vuestra reconciliacion y de vuestra recaída no os hubieran apartado tanto de Dios, ni sepultado tan profundamente en el deplorable abismo. Estos son los horrores de la ingratitud, y las terribles consecuencias de una sola culpa.

En segundo lugar; el pecador que recae, añade á la ingratitud la perfidia; quebranta la fé que prometió á un Dios terrible en el lugar santo, á vista de los altares, y de la que fueron testigos todos los celestiales Espíritus; quebranta una alianza sellada con lo mas sagrado y augusto de la religion, confirmada con la sangre del Cordero, y con las mas irrevocables solemnidades; hace traycion á unas promesas juradas en manos de el ministro de la reconciliacion, que las habia recibido en nombre de Jesu-Christo. No fueron estas promesas como aquellos juramentos, cuyo quebrantamiento puede escusar la precipitacion; son unas prome-

sas hechas con madurez: Y despues de haber resistido mucho tiempo á la gracia que se las pedia, despues del augusto aparato con que fue acompañada esta grande accion, despues de haber jurado al pie de los altares, y á vista del cielo y de la tierra una fidelidad eterna á su Dios, quebranta su fé, y falta á su promesa. ¡Ah! ¿Os preciais de ser fieles con las criaturas, amados oyentes míos, sois religiosos en vuestras palabras, y quereis ser tenidos por tales, y no os avergonzais de ser pérfidos con vuestro Dios? ¿La probidad y buena fé quando tratais con vuestro Padre y vuestro Señor no os parece una virtud tan apreciable? ¿No teneis por baxeza el ser tantas veces cobarde, infiel, y sin honor á su vista? ¡Ah! En otro tiempo se quejaba el Señor por su Profeta de que el pecador no le distinguia del hombre: *Existimasti iniquè quòd ero tui similis.* (a) Pero hoy os pregunto yo, ¿tratais con él como con los hombres? ¿Os preciais á lo menos de ser en la religion lo que sois en la sociedad, franco, sincero, fiel, incapáz de faltar á vuestra palabra, y de violar la religion de vuestras promesas? ¿Acaso recibisteis del cielo solamente para los hombres un corazon noble, generoso, recto, é incapáz de vilezas? ¿Por qué no le habeis de emplear en servir al que os le dió? Y en vosotros particularmente, amados oyentes míos, la perfidia es tanto mas culpable, quanto vuestras promesas de fidelidad estubieron acompañadas de mas señales de dolor y de buena fé, porque permitidme que os trayga aquí á la memoria aquellos felices instantes, en que movidos del arrepentimiento venisteis á derramar la amargura de vuestro corazon al pie de los Sagrados Tribunales de la Penitencia. ¡Qué suspiros! ¡Qué sin-

(a) *Psalm. 49. v. 21.*

sincéros pesares por lo pasado! ¡Qué tiernas protestas de una eterna fidelidad para lo sucesivo! ¡Con qué compuncion os quejabais á Dios de haberle conocido tan tarde! ¿Quántas veces le repetisteis, al levantáros de los pies del Sacerdote, y despues de haber soltado la carga de vuestros delitos, que aquel momento de penitencia era el mas suave y mas feliz de vuestra vida, y que en la realidad nunca habeis estado tranquilos sin él? ¡Ah infiel! ¿Y despues de unas muestras tan tiernas de reconciliacion, vuelves de nuevo á declararle la guerra? Vas á olvidarte de unas promesas, que aun quando no fuera suficiente el respeto debido al Señor á quien las hiciste para que nunca las violases, solamente tus suspiros y lágrimas bastaban para hacerlas sagradas. ¡Ah! Las piedras de este templo, que fueron testigos de tus suspiros y de tus protestas, se levantarán contra tí delante del Señor, dice Habacuc; esos Sagrados Tribunales que acaban de ser depositarios de tus juramentos, de tus lágrimas, y de tus culpas, parecerán algun dia delante de todo el universo junto: *Lapis de pariete clamabit: & lignum, quod inter juncturas est, respondebit.* (a) Allí reconocerás tus lágrimas, tus suspiros, tus protestas, tus promesas de fidelidad, gravadas con caracteres inmortales, y serás condenado por tu propia boca.

Sin duda, amados oyentes míos, que os habeis horrorizado siempre que habeis oído contar la historia de los trabajos del Salvador, ó que os han hablado de la perfidia del discípulo que le entregó; nunca habeis oído el nombre de este monstruo sin horrorizaros de nuevo; pero aun me parece mas infame vuestra recaída despues de los gemidos de la penitencia: porque,

(a) *Habac. 2. v. 11.*

que, á lo menos, no se lee que Judas hiciese á Jesu-Christo grandes protestas de fidelidad: De casi todos los demás discipulos las refiere el Evangelio. *Vamos á morir con él*, decia Santo Thomás. (a) *Señor, manifestadnos vuestro Padre, y eso nos basta*, decia San Felipe. (b) *Aun quando todos los demás os abandonáran*, decia San Pedro, *yo nunca os abandonaré*. (c) Solamente Judas no habla en parte alguna; y á lo menos, con aquel afectado silencio y con aquella indiferencia nos dispone, como anticipadamente, á su perfidia. Pero vosotros, amados oyentes míos, como si pretendierais entretener á Jesu-Christo con las mas fervorosas exterioridades de fidelidad, le habeis llamado vuestro querido, como la esposa; vuestro libertador, como la hija de Sion; vuestra porcion, vuestra herencia, el Dios de vuestro corazon, como el penitente Rey; y con todo eso estos afectos no eran mas que preludios de vuestra perfidia. ¡Oh alma infiel! Qué vil y qué despreciable te has hecho á su vista, despues que has vuelto á tus antiguos caminos. *Quàm vilis facta es nimis, iterans vias tuas*. (d)

En tercer lugar, á la ingratitud de la perfidia añadís tambien el desprecio. Si vuelvo á edificar lo que habia destruído, dice San Pablo; me declaro prevaricador; (e) esto es, transgresor declarado de la ley. ¿Es posible que os hayais de volver á Satanás despues de haber gustado y examinado las utilidades que se hallan en el servicio de Jesu-Christo? ¿Despues de haber comparado la dulzura y la gloria de su yugo, con la vergüenza y servidumbre del pecado? La com-

(a) Joan. 11. v. 16. (b) *Ibid.* 14. v. 8.
 (c) Matth. 26. v. 33. (d) Jerem. 2. v. 36.
 (e) Galat. 2. v. 18.

comparacion manifiesta la ventaja de uno de los dos extremos que se comparan; comparais el cielo con la tierra, la iniquidad con la justicia, los deleytes de los sentidos con los de la gracia, á Jesu-Christo con Belial, y no obstante os declarais á favor de este último, y afirmáis que es mayor, mas amable, y mas digno de ser servido que vuestro Dios. ¡Oh, Señor! ¡Qué ultrage de vuestra gloria, siendo Vos, Señor, un Dios á quien ofende toda division, y á quien insulta el igualaros á las criaturas, aun en el amor, y en el respeto!

Y á la verdad, Católicos, que quanto en sí tiene de infame un desprecio se halla en este. Vuestra eleccion no puede ser ciega, ni se puede excusar con la ignorancia. Vosotros habeis visto, habeis conocido, habeis experimentado por ambas partes; tampoco puede vuestra eleccion ser indiferente, ni podeis alegar engaño en ella. ¡Ah! Estabais instruidos, tanto de vuestra propia flaqueza, como del peligro de las ocasiones, y en este punto os habia hecho muy habiles una funesta experiencia. Finalmente, tampoco puede ser una eleccion tranquila, sin remordimiento, sin el secreto aviso de la conciencia, como quando caisteis antes de vuestra confesion. ¡Ah! Es preciso que tembleis antes de pasar adelante; vuestro corazon casi se negará á sí mismo; la memoria de la gracia que recibisteis en vuestra reconciliación, que indignamente habeis profanado, se os presentará con mil temores secretos.

Esto era lo que en otro tiempo reprehendia San Cypriano á los fieles, que durante la persecucion habian tenido la desgracia de recaer en la Idolatría. Antes de vuestra regeneracion en Jesu-Christo, amados hermanos míos, les decia, ofendiais á un Dios que nunca habiais conocido; adorabais sin remordimientos á vuestros Idolos, y aquella funesta seguridad podia minorar á la vista de Dios el horror de vuestras idolatrias;

trias; pero quando atemorizados con las amenazas del Tirano fuisteis llevados al Capitolio, y os acercasteis al altar sacrilego: *Quando ad Capitolium ventum est*, (a) atemorizados con la memoria de la gracia que poco antes os habia llamado á la luz de el Evangelio; y sacado de los desordenes de vuestras primeras costumbres; acobardados con la enormidad de una apostasia, que iba á hacer inutiles todos los trabajos de vuestra penitencia, y todos los dones que habiais recibido con la fé de Jesu Christo, empezaron á temblar vuestros pasos, *labavit gressus*; á turbarse vuestra vista, *caligavit aspectus*; á conmovirse vuestras entrañas, *tremuerunt viscera*; á caerse vuestras manos por su propio peso, y á negarse al detestable ministerio del incensar, *brachia considerunt*; vuestra lengua temblando al mismo tiempo de ir á negar á Jesu-Christo, se detuvo, y no pudo pronunciar sin mucho trabajo las palabras de blasfemia, *lingua hasit*. En una palabra, os acercasteis al altar, adonde os llevaron para sacrificar á los Idolos, temblando y confusos, como si os condujeran allí para ser vosotros mismos sacrificados: *Ara illa quod mortuus accessit, rogas illi fuit*. Pues, alma infiel que me oyes, tal será tu angustia quando estés para recaer en pecado. Y no obstante estas vivas luces, prosigue San Cipriano, que os manifestaban el horror de vuestra apostasia, os postrasteis delante del Idolo, y declarasteis en presencia del cielo y de la tierra, que Jesu Christo era un impostor, y que no queriais tener comercio con él. ¡Ah, hermanos míos! continuaba aquel eloquente Obispo, y tambien yo pudiera decirlos lo mismo; ¿por qué no habeis vivido hasta ahora en las tinieblas de vuestra primera ignorancia? ¿Para qué ha-

(a) *Cyprian. de lapsis.*

habeis conocido al Señor de la gloria? Mas util os hubiera sido el no haber entrado jamás en los caminos de la justicia, que el volver atrás despues de haberlos conocido. ¿Para qué os manifestariamos la vanidad de los Idolos? en tal caso no seriais mas que unos ciegos, y ahora sois despreciadores de Jesu-Christo; no seriais mas que unos insensatos adoradores del demonio, y ahora sois blasfemadores declarados del verdadero Dios.

Pero, Católicos, la razon de parecerme que el desprecio del pecador que vá á recaer dexa menos esperanza de perdon, es porque una recaída tan pronta y repentina es señal casi infalible de la poca sinceridad de los pasos que acaba de dar para reconciliarse con Dios, porque es una prueba casi cierta de que no dió á Jesu-Christo el beso de paz, sino para entregarle, y de que no recibió los Sacramentos, sino para profanarlos; y á la verdad, Católicos, el arrepentirse y volver á caer inmediatamente, el purificarse y volverse á manchar de nuevo, ¿es penitencia, ó burla? ¿Puede haber cosa que mas insulte á Dios, que el que una vil criatura se humille en su presencia exteriormente, que le pida la gracia, que le haga repetidas protestas de fidelidad, y que al mismo tiempo le ultrage en su corazon, que prefiera á él los mas indignos objetos, que le niegue por su Señor y su dueño, que desmienta en alta voz lo que le parece que estaba confesando? Despues de un ultrage semejante la debe quedar cerrado para siempre el seno de la divina misericordia.

Pero dirá alguno: ¿Por ventura no puede ser sincera la conversion que precede á la recaída? Bien sé, Católicos, que el Sacramento de la Penitencia no fija la inconstancia del corazon humano; que no arranca de él aquella raíz de corrupcion que solamente puede consumir la inmortalidad, como dice San Pablo; y

no es mi intento decir aquí absolutamente, que quando uno vuelve á caer en el pecado, despues de haber sido penitente, haya profanado la penitencia. Pero en primer lugar; el que ha salido verdaderamente justificado de los pies de los altares, y quando la gracia santificante, que sigue al Sacramento, ha criado en el hombre un corazon nuevo, no se pasa en un instante del estado de justicia al de pecado. La gracia de la santificacion dexa en el alma inclinaciones é impresiones durables, como el hábito del vicio. Es verdad que se puede recaer, pero esto es despues de muchos dias y de muchos años; despues que el tiempo ha entibiado insensiblemente la caridad; despues que mil ocultas infidelidades han preparado el alma para una nueva caída, y dispuesto el Espíritu de Dios á que la abandone. Ved ahora, amados oyentes míos, si es esta la imagen de vuestras recaídas, y si la gracia del Sacramento conserva por mucho tiempo vuestra inocencia.

En segundo lugar; en el Sacramento de la Penitencia recibís, además de la gracia santificante, otras gracias de conversion, que son efecto de la primera; unos socorros que deben facilitaros el exercicio de vuestras obligaciones, daros nuevas fuerzas contra el vicio, y defenderos contra las ocasiones: y no obstante esto, al salir del Tribunal de la Penitencia os halláis el mismo; se observan las mismas caídas en las mismas circunstancias; la presencia del objeto que triunfaba de vuestra flaqueza, triunfa todavia; la injusta ocasion de ganancia que engañaba vuestra avaricia, la engaña todavia; la complacencia que os hacía infieles á vuestra obligacion, aun produce el mismo efecto; no se os vé apartados de aquellas concurrencias, de aquellos lugares, de aquellas conversaciones, de aquellos placeres de que tantas veces os habeis confesado; no dexáis de cultivar aquellas amistades que fueron siempre fatales á vuestra inocencia; no os priváis del juego que ha

sido siempre la mas importante ocupacion de vuestra vida; nada minorais en vuestros gastos, con los que padecen los acreedores, los criados, y aun los pobres; nada cercenais al sueño, en el que con la vanidad de vuestros pensamientos, y con el regalo de vuestra cama, haceis que descansen vuestra imaginacion sobre ideas peligrosas siempre para vuestra alma; nada enmendais de una vida inutil que os condena; no se os vé tomar precauciones para lo por venir, ni medidas para expiar lo pasado: no conoceis las maceraciones, las vigiliass, y todo el aparato de la penitencia: despreciáis la oracion, el recogimiento, el retiro, y todos aquellos socorros que son tan necesarios para la piedad. En una palabra, aun sois el mismo, y en vosotros el penitente se parece en todo al pecador. ¡Ah! luego no fue el dedo de Dios el que arrojó de vuestro corazon al demonio; si fuera así, el reyno de Dios, dice Jesu-Christo, estaria establecido dentro de vosotros mismos: *Si in digito Dei ejicio demonia, profecto pervenit in vos regnum Dei.* (a) Quando Vos, ¡oh Dios mio! habeis curado á una alma, se dexa ver que se ha mezclado en esta obra vuestra mano omnipotente; vuestros milagros, y las transformaciones de vuestra gracia son durables, y no se parecen á aquellas ilusiones de los impostores, que desaparecen inmediatamente despues de haberlas visto.

La penitencia verdadera, Católicos, es un nuevo estado del corazon, que muda nuestras acciones y corrige nuestros desordenados afectos; es un nuevo gusto que nos hace amargo el pecado, y agradable el don celestial; es un nuevo amor que nos hace amar lo que habiamos despreciado, y despreciar lo que habia-

(a) *Luc. 11. v. 20.*
Tomo III.

biamos amado ; es un dolor eficaz que renuncia efectivamente al pecado ; un dolor justo que le castiga ; un dolor sobrenatural que le detesta por un motivo semejante al que tiene Dios para aborrecerle ; finalmente , un dolor prudente que nunca le parecen bastantes todas las medidas para evitarle. Juzgad por esta pintura los que estais continuamente recayendo , si son verdaderas vuestras penitencias , y si al salir del Sagrado Tribunal os hallais profanador ó penitente.

No me atreviera á decirlo aquí , Católicos , si antes que yo no lo hubieran dicho los Santos ; todos tuvieron á la penitencia de estos pecadores que continuamente recaen por públicas irrisiones de los Sacramentos ; por atentados semejantes á los de los infieles , que venian á nuestros templos á pisar los santos misterios , ó que en los teatros infames exponian la verdadera representacion á la burla de los espectadores. Por eso en aquel tiempo , quando un infiel despues de haberse purificado con los penosos ejercicios de la penitencia pública volvia á caer , no se le admitia mas en el número de los penitentes públicos ; no porque se desesperase de su salvacion , sino porque además de temerse que si se hacía muy comun el remedio , vendria á ser despreciado : se suponía que un fiel que despues de las lágrimas y trabajos de la primera penitencia volvia á caer , no habia sido mas que un impostor , y solo penitente en la apariencia ; y que así , ofrecer la sangre de Jesu-Christo á un pecador que habia abusado de ella , era exponerla. Hasta en las figuras de la ley estaba anunciada esta terrible verdad. Aquel cuya lepra volvia á manifestarse despues de haber sido curada una vez , tenia obligacion de comparecer delante del Sacerdote que le habia curado , y este le declaraba inmundo por toda su vida , esto es , excomulgado , separado del Altar , de los Sacrificios , y del

del comercio de sus hermanos : *Immunditia condemnabitur. (a)*

¡ Dios mio , y se usaba de toda esta severidad por una sola recaída ! se desconfiaba de una penitencia que solamente habia tenido segunda infidelidad. ¡ Ah ! Juzgad , amados oyentes míos , lo que los Santos hubieran pensado de vosotros , y lo que aun hoy piensa la Iglesia ; juzgad de las quejas que algunas veces formais contra los Ministros de los Sacramentos , que hallandoos siempre infieles no se atreven por último á absolveros hasta haber hecho largas experiencias , temiendo echar lo santo á los perros. ¡ Ah ! Bien sé que nosotros no debemos agravar el yugo ; bien sé que comprehende la misma maldicion de Dios al que añade un solo punto á su ley , por un exceso de rigor , que al que le quita por una culpable cobardía ; y que no debemos con una ostentacion de severidad dár motivo á los pecadores para que se aparten de las cosas santas : ¿ Pero se han de abrir inmediatamente los tesoros del Santuario á unos profanos que los han manchado mil veces ? ¿ Se ha de entregar sin precaucion la sangre de Jesu-Christo á unos pérfidos que siempre le han hecho traycion ? ¿ Se ha de dár crédito á unas promesas continuamente violadas ? ¿ No debemos cerrar por algun tiempo el cielo , como Elías á los adoradores de Baál , que claudican hácia una y otra parte , en frase de la Escritura , y que viniendo á invocar al Señor en una solemnidad , ván desde allí á sacrificar al ídolo ? ¿ No debemos saber como Eliséo detener algunas veces el aceyte de la gracia , y la virtud de los Sacramentos , quando solamente nos presentan unos vasos llenos , quiero decir , unos corazones poseídos siempre de las mismas pasiones ? ¡ Ah ! ¿ Qué haríamos en concederos el perdón que

(a) *Levit. 13. v. 8.*

que Dios os niega, sino multiplicar vuestros delitos, y cargaros con una nueva maldicion? Ojalá, almas infieles que me oís, ojalá hubierais hallado cerrados todos los Tribunales á vuestras vergonzosas recaídas, y que vuestros desordenes no hubieran hallado asilo en la misma indulgencia del Santuario; no se os vería caer en las mismas miserias, y en las mismas flaquezas despues de tantos años como hace que las estais confesando. No estariais cubiertos de esa lepra que habeis tenido casi desde vuestra infancia, si como la hermana de Moysés hubierais hallado un Legislador prudente y severo, que sin tener respeto al puesto que ocupais en vuestro pueblo, sin condescender con la carne y con la sangre, os hubiera separado del Santo Tabernaculo y del campo del Señor, hasta que vuestro abatimiento y vuestro dolor os hubiera dispuesto á recibir la salud, y á venir á presentar vuestras ofrendas con los demás fieles. Una sola confesion hecha con un Sacerdote santo y docto os hubiera renovado, y ahora despues de tantos Sacramentos, y de tan inútiles pasos de penitencia, aun sois los mismos.

¡Pero qué digo los mismos! habeis añadido á unos desordenes que nunca se perdonaron, porque nunca os arrepentisteis como debiais, la horrible circunstancia de un gran número de sacrilegios. Luego hubiera sido menor mal, me direis, el permanecer siempre obstinado en la misma costumbre, sin hacer nunca esfuerzos para salir de ella. Sin duda hubiera sido menos malo perseverar pecador, que venir á profanar la Sangre de Jesu Christo. ¿Pero no teniais otros arbitrios para evitar el sacrilegio? ¿No podiais disponeros con una sincera penitencia para llegar dignamente al Altar? ¿Es acaso alternativa inevitable, ó abusar de las cosas santas, ó apartarse de ellas? ¡Ah! No debemos huir de los remedios divinos, sino vencer las pasiones; no debemos evitar las profanaciones haciendonos impíos, sino usando con devocion de las gracias

cias de la Iglesia. No debemos mejorar nuestras costumbres sacudiendo el yugo, sino observando la ley con las disposiciones con que debe ser observada. No debemos decir con el impío: Pues la ley es ocasion de caída, ¿por qué me condenan quando no la observo? Sino decir con una alma arrepentida: (a) Yo he lavado mis pies: ¿cómo los he de volver á manchar? Señor, Vos rompisteis mis lazos, ya no me verán mas apretar sus funestos nudos: Vos me habeis sacado de las puertas del Infierno, no volveré mas á baxar allí, temiendo que mi último estado sea peor que el primero. Y á la verdad, Católicos, la recaída no solamente es un vicio que no admite excusa, por causa de la ingratitud, de la perfidia, y del desprecio que en sí encierra, sino que tambien es un vicio del que no hay mal que no deba temer el pecador, por causa de la impenitencia y del estado tranquilo de la culpa, á que tarde ó temprano le reduce.

SEGUNDA PARTE.

NO hay cosa mas cierta, Católicos, que el que las recaídas vienen por último á parar en un estado fixo y tranquilo de culpa, y no dudareis de esta importante verdad, si quereis hacer conmigo tres reflexiones que claramente la demuestran. La primera, que los medios de salud eterna, que por lo común obran la conversion de otros pecadores, son inútiles para el que reca. La segunda, que aun dado caso que pueda valerse de ellos, Dios se cansa de concederselos. La tercera, que aun quando la bondad de Dios no se cansara, la malicia particular del pecado de recaída, junta con la natural dispo-

(a) Cant. 5. v. 3.

posicion del corazon humano ha de conducir necesariamente al pecador á la obstinacion. Continudad escuchandome.

En primer lugar : los medios ordinarios de que Dios se vale para convertir á un pecador son las nuevas luces con que le favorece ; con estas como un rayo repentino que sale del seno del mismo Dios , se halla el alma ilustrada acerca de sus obligaciones , de sus infidelidades , de la vanidad de las cosas de la tierra , y de la realidad de los bienes futuros ; entonces atemorizado el pecador se indigna contra la torpeza de sus pasados errores , y sigue la verdad que se le presenta. Pero vosotros , amados oyentes míos , vosotros que habeis sido movidos de Dios en este santo tiempo ; si volveis á vuestros primeros caminos os será inutil en adelante este medio de eterna salud. Porque os pregunto , ¿ qué podrán descubrirnos de nuevo la voz de Dios , y las verdades de la fé ? Habeis visto claramente las santas máximas , las ilusiones del mundo , las verdades terribles de lo por venir ; estas ya no son para vosotros luces nuevas , ó á lo menos han perdido para vosotros aquel terror , y aquel efecto de la novedad , que es tan feliz para otros pecadores : luego ya no os podrán asustar , atemorizar , ni derribar. Y á la verdad , ¿ qué es lo que pueden enseñarnos estas verdades ? ¿ Qué el mundo es un engaño ? Esto ya lo deciais vosotros mismos en vuestros momentos de compuncion : ¿ Que Dios es quien merece solamente ser servido ? Poco tiempo há que lo confesabais al pie de los Altares. ¿ Qué la salvacion debe ser el importante negocio de los Christianos ? Ya lo habeis asegurado delante de Jesu-Christo. ¿ Que el pecado es el mayor mal que puede suceder al hombre ? ¿ Pero esto lo visteis con tanta claridad , que os parecia imposible haberlo hasta entonces ignorado ? ¿ Pues qué podrá enseñaros de nuevo el mismo Dios ? Bien sé que aun puede ilustraros , pero como un hombre que camina al medio del día , no hariais caso de esta nueva luz ; ya os habeis familiariza-

zando con ella y con vuestras pasiones : habeis conciliado en vuestro corazon la claridad con las tinieblas. ¡ Ah ! antes un solo rayo de gracia , una sola verdad manifestada hubiera ganado vuestro corazon , pero hoy las mas vivas luces no harán impresion en un espíritu tan acostumbrado á ver. La primera vez que los Israelitas vieron por la noche la columna luminosa que debia guiarlos , quedaron admirados con la novedad del espectáculo ; temieron la Magestad del Dios que residia en medio de ellos. El terror , la admiracion y el respeto los hizo dóciles á las ordenes de Moysés : pero quando recayeron en sus murmuraciones , por mas que aquella luz celestial volviese á manifestarse , siempre la miraron como un comun espectáculo que en nada mudó sus costumbres. Y este mismo será el efecto que produzcan en vosotros las eternas verdades y las luces del cielo , despues que os hayais acostumbrado á ellas.

El segundo medio de salvacion para los demás pecadores es el gusto de la gracia. Este es un nuevo consuelo que acompaña los principios de la justificacion , y un divino atractivo que lleva trás de sí al corazon. Pero tú , alma infiel , que has experimentado estas santas impresiones , que has dicho al Señor como aquel Apostol : Aqui estamos bien con Vos , ¿ qué gusto podrá ofrecerte una nueva y santa vida , que ya no le hayas experimentado ? Una sola obligacion de piedad cumplida con gusto , un solo deseo amoroso de salvacion triunfa las mas veces de la dureza de un pecador ; pero vosotros ¡ ah ! os habeis formado un corazon acostumbrado á sentir , á suspirar , á gemir , y despues de esto á recaer ; teneis una alma tierna , que nació con algunos sentimientos de religion , que todo la mueve , pero nunca lo bastante ; la obstinacion no será la que os condene , sino una sensibilidad de conciencia que os entretiene , y no os corrige ; si tuvierais un corazon de piedra , como aquellos pecadores tranquilos y obstinados , un golpe de la gracia podria á lo

menos herirle, romperle y ablandarle; pero teneis un corazon de cera, dice el Profeta, en el que las ultimas impresiones son siempre las mas vivas, facil de moverse, difficil de fixarse, vivo en un instante de gracia, y aun mas vivo en otro instante de placer. ¡Ah! amados oyentes míos, si supierais qual es el peligro de vuestro estado, y lo poco que hay que esperar de vuestra eterna salud, temblaríais: no intento moveros á desesperacion, pero os digo temblando que son muy raras y casi imposibles las conversiones de las almas semejantes á las vuestras. La sentencia de Jesu-Christo en este particular es terrible: Aquel, dice, que despues de haber puesto la mano en el arado mira atrás, no es á proposito para el reyno de Dios: *Non est aptus regno Dei.* (a) No dice Jesu-Christo éste pierda el derecho que tenia al reyno de Dios, corre peligro de ser excluido de él para siempre, sino que no es á proposito: *Non est aptus.* Esto es, sus inclinaciones, su natural, la disposicion particular de su corazon le hacen inhabil para la eterna salud. Quando se suele decir que un hombre no es á proposito para las ciencias, para la milicia, para la toga, se quiere dar á entender que nació con unos defectos incompatibles con las funciones de estos estados, y que no podrá adelantar cosa alguna en ellos; y esto es justamente lo que dice Jesu-Christo del pecador que recae, en orden á su salvacion, que entre todas las disposiciones del hombre no hay otra que sea inenon á proposito para el reyno de Dios: *Non est aptus regno Dei.*

Un deshonesto puede arrepentirse. David hizo penitencia de su adulterio. Un impío puede ser movido de Dios, y sentir el peso de la Magestad que habia blasfemado. Manasés en las cadenas adoró al Dios de sus Pa-

(a) *Luc. 9. v. 62.*

Padres, cuyos Altares habia arruinado. Un publicano puede arrepentirse de sus injusticias; Zaqueo despues de restituir lo que habia usurpado, reparte liberalmente sus bienes con los pobres. Las personas que viven entregadas al mundo y á los deleytes pueden ser repentinamente iluminadas: la Magdalena llora á los pies de Jesu-Christo sus pecados, mas con su amor que con sus lágrimas. Pero un Acab, que avisado por Eliás, ya se cubre de ceniza y de cilicio, ya se vuelve á Bethél á sacrificar á Baál, y tan presto oye al Profeta como sacrifica á sus falsos dioses; un Sedecías, que movido de tiempo en tiempo por las reprehensiones de Jeremías, le embia á llamar ocultamente, le consulta acerca de la voluntad del Señor, y al salir de allí vuelve á caer en sus tinieblas, manda arrojar al Profeta en un foso, y le vuelve á llamar otra vez para volver á consultarle, y ultrajarle al dia siguiente: un Saúl, que movido unas veces de la inocencia de David le dice: Vos sois mas justo que yo; y en el instante siguiente le busca para perderle: ¡Ah! en ninguna parte se lee que estos hiciesen penitencia; y en todas partes nos representa la Escritura como Principes reprobados y aborrecidos de Dios.

¡De qué proviene esto, Católicos! de que la piedad christiana supone un espiritu maduro, que se determina con reflexion; un entendimiento firme, capaz de resolverse; y que habiendo conocido una vez el camino derecho entra en él, y no le dexa tan facilmente: Supone una alma fuerte, superior á los disgustos, á los obstáculos, á los peligros, y á su propia flaqueza; una alma generosa, que sabe despreciar un deleyte; una alma prudente, que no se gobierna por gusto, por aprehension, ni por antojo, sino por las reglas de la fé y de la prudencia: en una palabra, para formar una alma christiana se necesita no sé que grandeza, elevacion, y solidéz superior á las flaquezas

vulgares: pero vuestras recaídas provienen de una desigualdad del entendimiento, que no sabe determinarse; de una flaqueza de corazón, que cede al primer obstáculo; de una inconstancia de espíritu que siempre está fluctuando; para quien la novedad tiene unos encantos inevitables, que se enfada muy presto de un mismo género de vida, y que solamente tiene talento para justificarse á sí misma sus mudanzas; pareceis prudentes á los ojos de los hombres, porque la vanidad sostiene vuestras exteriores acciones; pero juzgad de vosotros mismos por vuestra conducta interior y oculta, y vereis que sois el mas inconstante de todos los hombres; que sois una de aquellas nubes sin agua, que llevan los vientos hácia todas partes, como dice San Judas; (a) uno de aquellos astros errantes, que jamás tienen direccion segura; un mar inconstante y borrascoso, que despues de haber arrojado de su seno los cadáveres, se vuelve á hinchar, y á recogerlos de las mismas playas donde acaba de dexarlos: *Fluctus feri maris, despumantes suas confusiones.* Pero qué es lo que yo intento, Católicos, con probaros que no sois á proposito para el reyno de los cielos? ¿Acaso el desanimaros, y disuadiros para que no trabajéis para vuestra salvacion? No lo permita Dios. Lo que intento es haceros temer las recaídas, que son como el funesto pronostico de vuestra reprobacion.

No quiero añadir que el medio de los Sacramentos, tan util para otros pecadores, es inutil para estos de quienes hablo. Esta es una verdad que ya queda probada; muchas veces son felices nuestros cuidados en el Tribunal de la Penitencia con aquellas almas pecadoras, que hasta entonces habian vivido en un

(a) *Epist. Juda v. 13.*

entero olvido de Dios; pero vosotros, amados oyentes míos, vosotros venís á este sagrado Tribunal con unas lágrimas ya acostumbradas á mentir, como dice un Santo Padre, y con unos vicios mil veces detestados; llevais el peso de vuestros delitos de tribunal en tribunal; á cada nueva recaída se os vé buscar nuevo Confesor, para escusaros la verguenza que acompañaria á la confesion de las mismas flaquezas; y haceis gemir á los Ministros del Señor, á los que solamente parece que vinisteis á decir vuestras vergonzosas fragilidades para, abandonandolos despues, dexarles mas tiempo de llorarlas en la presencia de Dios. ¿Pues qué medio de eterna salud puede quedar para vosotros? ¿El conocimiento de vuestras obligaciones? Nadie las conoce mejor que vosotros; ¿el gusto á la piedad y los movimientos de la gracia? Jamás hubo corazón que mas facilmente se moviese que el vuestro. ¿El uso de los Sacramentos? ¡Ah! que ha mucho tiempo que vuestros males están acostumbrados á estos divinos remedios. ¡Gran Dios, que conocéis Vos á los hombres que os pertenecen, y los habeis señalado en la frente con un sello que no se puede borrar, contais en este número muchas almas de estas de quienes hablo! Temblad pues, Católicos, si sois prudentes, y permaneced constantes en el santo camino, si la gracia de los Sacramentos os ha puesto en él: temed no se retire de vosotros el Señor, y que volvais á caer ultimamente para nunca mas levantaros.

Con la segunda reflexion se prueba que las recaídas tarde ó temprano vienen á parar en un estado fijo y tranquilo de pecado. Dios se cansa de seguir los pasos de un pecador que continuamente está recayendo, y de alargarle tantas veces una mano favorable; aquella sensibilidad, que aun os queda á las verdades de eterna salud, se apagará; calmarán aquellos movimientos que no os dexan vivir tranquilo en la culpa. No

se os concederán mas aquellas gracias que aun os mueven algunas veces. Ya he dicho otra vez que no hay cosa que mas aparte á Dios de una alma , que quando el pecador se deleyta en reparar continuamente la obra del demonio , y en edificar todos los dias de nuevo lo que en él acababa de destruir la gracia. En los libros santos está escrito , que incurra en una maldicion eterna aquel que quisiere levantar los muros de Jericó , que habia arruinado el Señor solamente con el ruido de las trompetas de los Sacerdotes de Judá. ¡ Ah! Quando la sonora palabra del Evangelio , figurada en las trompetas de Judá , puesta en la boca de los Ministros santos ha destruido en un corazon la delinquente Jericó que habia edificado el demonio , se indigna la divina misericordia de que el ingrato pecador se atreva á levantarla sobre sus propias ruinas , y regularmente una maldicion terrible es la pena de este atentado.

Y á la verdad , ¿ qué motivo podreis tener para quejarnos quando Dios use con vosotros de esta justa severidad? ¿ No es el dueño de sus dones? Y por otra parte, ¿ no os ha esperado bastante tiempo á penitencia? ¿ De qué medios no se ha valido para fixar las eternas inconstancias de vuestro corazon? Os ha dispuesto afficciones; os ha herido con enfermedades; os ha hecho experimentar la perfidia de aquellas personas de quien os fiabais; ha derramado á manos llenas sobre vuestros placeres infinitas amarguras; os ha iluminado; os ha llamado á sí con vivos remordimientos; y de esta causa han provenido aquellos intervalos de penitencia , que han suspendido por algun tiempo vuestros desordenes. ¡ Ah! no es preciso que tenga tambien sus tiempos de justicia como de misericordia , y que despues de haber esperado tanto tiempo con bondad , para ver si el árbol cultivado y regado dá fruto , le maldiga finalmente , viendo quando vulve á visitarle , que han sido inutiles todos sus cuidados!

Pe-

Pero aun quando Dios no se retirára del pecador que recae , bastaba solamente la malicia de la recaída , y el carácter del corazon humano para poner á el alma en el estado de que hablo. A la verdad , sucede en las recaídas del alma lo que en las del cuerpo ; ya os he dicho , y debeis saberlo , que por lo comun acaban con una extincion absoluta é irrevocable de la vida : para la primera caída se hallan alivios en la fuerza de la edad , y en el vigor del temperamento , y es facil el repararse; pero si las caídas se repiten , el cuerpo se cansa , la salud se debilita , la naturaleza se arruina , y qualquiera golpe casi es mortal. Del mismo modo en la vida christiana , es facil levantarse de la primera caída , la Fé que aun no está apagada , los movimientos de la gracia que aun se sienten , la salud del alma que no está absolutamente arruinada , todo esto puede facilitar la conversion del pecador ; pero si volveis á caer , ¡ ah! poco á poco se apagan las luces , se pierde la fuerza del alma , perecen los dones de la gracia , y finalmente recaeis tantas veces , que llegais á caer para nunca mas levantaros , y queda como oprimida el alma baxo el peso de la última caída.

¿ Quereis ver en los libros santos una imagen bien terrible , y bien natural , y leer en ella la triste suerte de una alma que recae en la culpa? Acordaos de la historia del ídolo de Dagón : cayó delante del Arca , corren apresurados los Sacerdotes de los Filisteos , y su cuidado se logró por esta vez ; levantan inmediatamente el ídolo , y sus pies y sus manos están aun en su lugar , y esta primera caída no le puso en estado de no poder volver á ser puesto en el Altar. Pero vuelve á caer Dagón ¡ Ah! los Sacerdotes que acuden á este nuevo accidente se esfuerzan en vano para levantarlo ; Dagón está malamente tendido en tierra , inmobil para siempre en el lugar en que cayó , con la cabeza , y las manos separadas del tronco , ya no es mas que una masa in-

informe, que no dexa esperanza alguna de que se la pueda levantar, y una figura mutilada, que solo puede servir para el fuego: *Porrò Dagon, solus truncus remanserat in loco suo.* (a)

Esta es vuestra historia, amados oyentes míos; vuestras primeras caídas no destruyeron ni rompieron en vosotros, por decirlo así, la imagen celestial del Criador, todavía se mantenían en buen estado las potencias de vuestra alma, no estabais separados de Jesu Christo vuestra divina cabeza, y los cuidados de sus Ministros os hubieran levantado y restituido á vuestro primer lugar; pero si volveis á caer se romperá finalmente la imagen del Criador, Jesu-Christo vuestra divina cabeza se separará de vosotros para siempre, caeréis para no volveros á levantar, no sereis en adelante mas que un tronco informe, que no se pueda volver á colocar en su lugar, y cuyo destino no pueda ser otro mas que un fuego eterno. *Porrò Dagon, solus truncus remanserat in loco suo.*

Católicos, este es el carácter de las recaídas, la última siempre añade alguna cosa á la antecedente; siempre recaéis con alguna nueva circunstancia que os adelanta un grado mas al precipicio: son como las llagas mal curadas, que abren una llaga antigua ya cerrada, irritan el mal, y por último le hacen incurable.

Entonces, Católicos, el demonio se halla pacífico poseedor del alma, *in pace sunt ea quæ possidet.* (b) Además de que vuelve á ella con siete espíritus mucho peores que él, como dice el Evangelio, y así se halla mas fuerte, y mas en estado de mantener su nueva posesion que quando fue arrojado de ella la pri-

(a) 1. Reg. 5. v. 5.

(b) Luc. 11. v. 21.

primera vez, porque está mas instruido, reconoce los parages de vuestra alma por donde había acostumbrado Jesu Christo á entrar en ella, y arrojarle vergonzosamente. Ha estudiado las inclinaciones de vuestro corazón, que conservaban todavía alguna inteligencia con la gracia. Se atrinchera, por decirlo así, fortifica las avenidas, y las hace inaccesibles: por eso si antes sentiais algunos movimientos de la gracia al acercarse una solemnidad, ya no los sentireis. Una muerte repentina os asustaba, en adelante la vereis sin hacer reflexion alguna acerca de ella. Las conversaciones devotas hacian alguna impresion en vosotros, ahora aunque truene no lo oireis. La presencia de un hombre justo excitaba en vosotros secretos deseos de virtud, y ya sereis el primero que se burle de la santidad de sus exemplos. Conservabais aun algunos ejercicios de devocion, que despertaban vuestra fé, y ya ya vivireis sin yugo y sin regla, y de este modo vuestro último estado vendrá á ser peor que el primero. En otro tiempo teniais destinados algunos dias para los Sacramentos; de quando en quando haciais algunos esfuerzos para vencer vuestras viciosas inclinaciones, pero despues que Dios se ha retirado, y que el espíritu impuro ha vuelto á entrar en vuestra alma, vais amontonando monstruosidades, no reflexionais, ni aun levemente, acerca de vuestro estado; no padecéis mas turbaciones que las que os ocasiona el no satisfacer vuestra pasion; no tendreis mas temor que de que os falten ocasiones de pecado; mas movimientos en vuestro corazón que los que ocasiona el nacimiento de alguna pasion nueva; mas disgusto que para la piedad y la justicia. De este modo vemos todos los dias que no hay pecadores mas extremados en sus desordenes, que los que despues de haber hecho por algun tiempo profesion de la devocion, y seguido los santos caminos, se entregan de nuevo á los deleytes, y

se dan otra vez al mundo y á sus encantos. Parece que Dios indignado de su apostasia, maldice á estas almas inconstantes y ligeras; que las castiga con un vértigo y una ceguera; que las entrega á la reprobacion y á toda la corrupcion de sus deseos; y estos ya no son pecadores, son monstruos sin fé, sin religion, sin vergüenza, sin freno alguno que los sujete. No, Católicos, la piedad nunca degenera en un vicio mediano. El Maná, aquella vianda formada en el cielo, quando llegaba á corromperse en la tierra, dice la Escritura que arrojaba de sí un hedor insufrible, y aquel pan celestial se convertia en un monton de gusanos y podredumbre: *Scatere coepit vermibus, atque computruit.* (a) Pues este es el estado de una alma, que elevada al cielo por una sincera conversion, recae indignamente, y se corrompe en la tierra: Esta alma no es mas que un espectáculo horroroso, un sepulcro lleno de infeccion, exhala un olor de muerte, fatal para todos los que se le acercan. No hay corrupcion peor que la suya, como dice Michéas: *Corrumperetur putredine pessima.* (b)

Recopilemos antes de acabar, amados oyentes míos, estas importantes verdades; el fruto que de ellas debemos sacar es este; estais de pie, cuidad de no caer, acordaos de que llevais en un vaso de tierra el tesoro de la gracia recibida; huid de las apariencias del mal; orad mucho; desconfiad de vosotros mismos; aprendred en vuestras pasadas caídas los medios de evitarlas; y sacad bien del mal, á exemplo del mismo Dios; quando uno ha sido pecador, es tan facil el volverse al vicio, y son tan resbaladizos los pasos, que nunca pueden ser excesivas las precauciones para evi-

(a) *Exod. 16. v. 20.*(b) *Mich. 2. v. 10.*

evitar estas desgracias. Pero si aun vivís en alternativa de gracia y de pecado, declaraos por último; ya habeis balanceado bastante tiempo entre el cielo y la tierra. Si Baal es Dios, adorad á él solo en hora buena; pero si el Señor es el Dios verdadero, no adoreis á otro mas que á él. ¿Para qué son esos esfuerzos que haceis para volveros á él, y esas flaquezas con que os apartais? ¿Para qué esas continuas variaciones de culpa y de virtud en vuestro corazon? ¿Para qué esos deleytes y esas lágrimas? ¡Ah! O enjugadlas para siempre, y recibid vuestro consuelo en este mundo, ó no sigais mas placeres que los de la gracia y la inocencia; fixaos de una vez. No hablo mas que por el interés de vuestro sosiego. ¿Qué vida tan penosa es el vivir en estas eternas inconstancias de vicio y de virtud! Bien lo sabeis, continuamente os hallais combatidos de aquellas amargas turbaciones que os llaman á la inocencia, y de las inclinaciones infelices que os vuelven á arrastrar al pecado, siempre ocupados, ó en llorar vuestras flaquezas, ó en vencer los remordimientos; nunca felices, ni en el vicio, en el que nunca hallais paz, ni en la virtud, de la que no podeis hacer un estado permanente. Compadeceos, pues, de vuestra alma, amados oyentes míos, estableced, por último, una paz sólida en vuestra conciencia; aprovechaos de estas saetas de misericordia, que aun tira Dios á vuestro corazon. Acaso llegais ya á la última recaída que ha de poner fin, con la obstinacion, á todas las ingraticudes de vuestra vida, y como un árbol muerto vais á quedar para siempre del lado de que caigais; fixad en él bien todas las agitaciones de vuestra alma, para que fundada y radicada en la caridad no seais ya un hombre temporal, y podais ir algun dia á recoger en el cielo la corona de inmortalidad, destinada á los que perseveran hasta el fin. Amen.



S E R M O N
 PARA EL JUEVES
 DE LA PRIMERA SEMANA
 DE QUARESMA.
 SOBRE LA ORACION.

Miserere mei Domine fili David.

Señor, Hijo de David, tened misericordia de mí. *Matth. 15. v. 22.*

DE este modo gime una alma movida de sus miserias, que recurre al Medico Soberano en cuya misericordia solamente espera hallar su remedio. De este modo oraba antiguamente una muger Cananéa, que queria alcanzar del Hijo de David la salud para su hija. Persuadida de su poder, y esperandolo todo de su misericordia para con los infelices, no conoce medio mas seguro de ganarle que los clamores de su dolor, y la sencilla relacion de su infortunio. Este es el modelo de oracion que hoy nos propone la Iglesia para animarnos y enseñarnos á orar. Esto es, para hacernos mas amable
y

y familiar esta obligacion, la mas esencial de la piedad christiana.

Porque, Católicos, orar es la primera condicion del hombre, y por hablar en frase del Espiritu Santo, es todo el hombre.

Sí, Católicos, el mundo entero, en medio del que vivimos, no es mas que una continuada tentacion. Si todos los estados en que nos hallamos, y todos los objetos que nos rodean parece que se unen con nuestra corrupcion, ó para debilitarnos, ó para engañarnos; si las riquezas nos corrompen, la necesidad nos inquieta, la prosperidad nos ensoberbece, la afliccion nos abate, los negocios nos disipan, el descanso nos entorpece, las ciencias nos hinchan, la ignorancia nos extravía, las concurrencias nos distraen, la soledad nos cansa, los placeres nos engañan, las obras santas nos llenan de propia estimacion, la salud aviva las pasiones, la enfermedad engendra tibieza ó murmuraciones; en una palabra, si despues que eayó la naturaleza, todo quanto nos rodea nos sirve de nuevo peligro; en un estado tan deplorable, ¡oh Dios mio! ¿qué esperanza de salvacion puede quedar al hombre, sino el dirigir continuamente hácia el trono de vuestra misericordia sus gemidos, para que Vos mismo os digneis de venir á socorrerle, á poner freno á sus indómitas pasiones, á aclarar sus errores, sostener su flaqueza, suavizar sus tentaciones, abreviar las horas del combate, y levantarle de sus caídas.

Luego el Christiano es un hombre de oracion: su origen, su estado, su naturaleza, sus necesidades, su mansion, todo le avisa de que debe orar. La misma Iglesia, con la que le incorporó la gracia de la regeneracion, es estrangera acá en la tierra, y siempre está gimiendo y llorando. No conoce á sus hijos, sino por los suspiros que continuamente envian hácia su



S E R M O N
 PARA EL JUEVES
 DE LA PRIMERA SEMANA
 DE QUARESMA.
 SOBRE LA ORACION.

Miserere mei Domine fili David.

Señor, Hijo de David, tened misericordia de mí. *Matth. 15. v. 22.*

DE este modo gime una alma movida de sus miserias, que recurre al Medico Soberano en cuya misericordia solamente espera hallar su remedio. De este modo oraba antiguamente una muger Cananéa, que queria alcanzar del Hijo de David la salud para su hija. Persuadida de su poder, y esperandolo todo de su misericordia para con los infelices, no conoce medio mas seguro de ganarle que los clamores de su dolor, y la sencilla relacion de su infortunio. Este es el modelo de oracion que hoy nos propone la Iglesia para animarnos y enseñarnos á orar. Esto es, para hacernos mas amable
 y

y familiar esta obligacion, la mas esencial de la piedad christiana.

Porque, Católicos, orar es la primera condicion del hombre, y por hablar en frase del Espiritu Santo, es todo el hombre.

Sí, Católicos, el mundo entero, en medio del que vivimos, no es mas que una continuada tentacion. Si todos los estados en que nos hallamos, y todos los objetos que nos rodean parece que se unen con nuestra corrupcion, ó para debilitarnos, ó para engañarnos; si las riquezas nos corrompen, la necesidad nos inquieta, la prosperidad nos ensoberbece, la afliccion nos abate, los negocios nos disipan, el descanso nos entorpece, las ciencias nos hinchan, la ignorancia nos extravía, las concurrencias nos distraen, la soledad nos cansa, los placeres nos engañan, las obras santas nos llenan de propia estimacion, la salud aviva las pasiones, la enfermedad engendra tibieza ó murmuraciones; en una palabra, si despues que eayó la naturaleza, todo quanto nos rodea nos sirve de nuevo peligro; en un estado tan deplorable, ¡oh Dios mio! ¿qué esperanza de salvacion puede quedar al hombre, sino el dirigir continuamente hácia el trono de vuestra misericordia sus gemidos, para que Vos mismo os digneis de venir á socorrerle, á poner freno á sus indómitas pasiones, á aclarar sus errores, sostener su flaqueza, suavizar sus tentaciones, abreviar las horas del combate, y levantarle de sus caídas.

Luego el Christiano es un hombre de oracion: su origen, su estado, su naturaleza, sus necesidades, su mansion, todo le avisa de que debe orar. La misma Iglesia, con la que le incorporó la gracia de la regeneracion, es estrangera acá en la tierra, y siempre está gimiendo y llorando. No conoce á sus hijos, sino por los suspiros que continuamente envian hácia su

Hh 2

Pa-

Patria; y el Cristiano que no ora, él mismo se separa de la Congregacion de los Santos, y es peor que un infiel.

¿De qué proviene pues, Católicos, que una obligacion tan esencial y aun de tanto consuelo para el hombre se halla hoy tan despreciada? ¿De qué proviene que se mira como una obligacion triste y molesta, ó como ocupacion que solamente pertenece á las almas retiradas; de modo que los que nos oyen apenas hacen caso de nuestras instrucciones acerca de la oracion, persuadiendose á que estas son mas propias para los Claustros, que para la Corte?

¿De qué proviene este abuso, Católicos, y este universal olvido de la oracion en el mundo? Proviene de dos pretextos que pretendo hoy impugnar: primeramente dicen algunos, que no oran porque no saben orar, y porque en esto pierden el tiempo: en segundo lugar dicen otros, que no oran, quejandose de que no hallan en la oracion mas que distracciones del espiritu, que se la hace insípida é insufrible. El primer pretexto le deducen de la ignorancia en que se hallan del modo con que se debe orar; el segundo de los disgustos y dificultades de la oracion; y así primeramente es preciso enseñaros á orar, pues no lo sabeis; en segundo lugar, facilitaros el uso de la oracion, pues hallais en ella tanta dificultad y trabajo. Imploramos, &c. *Ave Maria.*

PRIMERA PARTE.

Los preceptos que yo os intimo, decia el Señor en otro tiempo á su pueblo, no exceden vuestras fuerzas ni la capacidad de vuestro espiritu. No son unos secretos escondidos en el cielo, de modo que podais decir: ¿Quién podrá llevarnos allá para descubrirlos y comprenderlos? Ni tampoco son una ciencia que se halla de

de la otra parte de los mares, para que podais decirme, ¿cómo los hemos de atravesar para instruirnos en ella? Son unas obligaciones proporcionadas á vuestras fuerzas, y que están cerca de vosotros, que las podeis cumplir con vuestra boca y con vuestro corazon, de modo que no teneis excusa que alegarme si dexais de observarlas: *Sed juxta te est sermo, in ore tuo, & in corde tuo, ut facias illum.* (a)

Lo mismo que dice el Señor hablando en general de todos los preceptos de su santa ley, esto es, que no es menester ir á buscar su ciencia fuera de nosotros, y que podemos cumplirlos todos con nuestra boca y con nuestro corazon, se puede con mas particularidad decir del precepto de la oracion, que es como el primero y mas necesario de todos.

No obstante, regularmente opone el mundo á este precepto, que no sabemos que decir á Dios quando vamos á la oracion, y que ésta es un secreto del que hasta ahora nada hemos podido conocer. Digo pues, que este pretexto tiene su raíz en tres injustas disposiciones. La primera, en que nos engañamos en la idea que formamos de la oracion. La segunda, en que no conocemos suficientemente nuestras miserias y necesidades. La tercera, en que no amamos á nuestro Dios.

Digo primeramente, que nos engañamos en la idea que formamos de la oracion. A la verdad, Católicos, la oracion no es un esfuerzo extraordinario del alma, una coordinacion de ideas, y una penetracion profunda de los misterios y de los consejos de Dios; es un simple movimiento del corazon, un gemido del alma vivamente movida á vista de sus miserias, un sentimiento vivo y oculto de nuestras necesidades y de nuestra flaqueza, y una hu-

(a) *Deuter. 30. v. 14.*

humilde confianza con que nos ofrecemos al Señor para alcanzar la libertad y el remedio. La oracion no supone en el alma que ora, ni grandes luces, ni conocimientos raros, ni un entendimiento mas sublime y mas cultivado que el de los demás hombres; solamente supone mas fé, mas compuncion, mas deseo de librarse de sus tentaciones y miserias. La oracion no es un secreto ó una ciencia que se aprende de los hombres, un arte y un método desconocido, acerca del qual se necesite consultar maestros hábiles para saber las reglas y los preceptos. Los medios y las máximas que en nuestros dias han querido darnos sobre este asunto, son unos caminos singulares, que no deben proponerse por modelos, unas vanas especulaciones de entendimientos ociosos, ó un fanatismo que guía á todos los desordenes, y que lejos de edificar á la Iglesia, merece sus censuras, y ha dado á los ímpios motivo para burlarse de ella, y al mundo nuevos pretextos de desprecio y de disgusto de la oracion. La oracion es una obligacion acerca de la qual todos nacemos instruidos; las reglas de esta ciencia divina solamente están escritas en nuestros corazones, y el espíritu de Dios es el único Maestro que las enseña.

Una alma sencilla é inocente que está penetrada de la grandeza de Dios, acobardada con el terror de sus juicios, movida de sus infinitas misericordias, que no hace mas que humillarse en su presencia, confesar con la sencillez de su corazon sus bondades y sus maravillas, adorar las ordenes de su Providencia para con ella, aceptar en su presencia la Cruz y los trabajos que la impone la Sabiduría de sus consejos; que no conoce oracion mas sublime, que el contemplar en la presencia de Dios la corrupcion de su corazon; gemir por su dureza y su oposicion á lo bueno; pedirle con una fé viva que la convierta, que destruya en ella aquel hombre de pecado, que á pesar de sus mas firmes resoluciones la hace

co-

cometer todos los dias tantas faltas en los caminos de Dios; esta alma se halla infinitamente mas instruida en la ciencia de la oracion que los mismos Maestros y Doctores, y puede decir con el Profeta: *Super omnes docentes me intellexi.* (a) Habla con su Dios como un amigo con otro, se aflige de haberle desagradado, se reprehende el no tener todavia valor para dexarlo todo por servirle, no se ensalza por lo sublime de sus pensamientos, dexa hablar á su corazon, se entrega á todos los excesos de su amor en presencia del objeto que unicamente ama: al mismo tiempo que se distrae su espíritu, vela su corazon, y habla por ella; aun sus mismos disgustos la sirven de oracion por los deseos que entonces se forman en su interior; se enternecé, suspira, no puede sufrirse á sí misma, siente el peso de sus cadenas, se anima como para salir de ellas y romperlas, renueva mil veces sus protestas de fidelidad, se averguenza y se confunde de estar siempre prometiendo, y hallarse siempre infiel, y este es todo el secreto y toda la ciencia de su oracion; y en todo esto ¿qué cosa hay de que no sea capaz una alma fiel?

¿Quién enseñó á orar á nuestra pobre muger Cananéa? Una estrangera, una hija de Tyro y de Sidón, que ignoraba las maravillas de la ley, y los oráculos de los Profetas, que aun no habia oído de la boca del Señor las palabras de vida eterna, que todavia estaba sentada en las tinieblas de la ignorancia y de la muerte; con todo eso ora, no busca á los Apostoles para aprender de ellos las reglas de la oracion, su amor, su confianza, el deseo de ser oída la enseñan á orar, y todo el mérito y excelencia de su oracion consiste en la ternura de sus afectos.

Y á la verdad, Señores, que si para orar fuera preci-

ci-

(a) *Psalm. 118. v. 99.*

ciso levantarse á aquel sublime estado de oracion á que Dios eleva á algunas almas santas; si fuera menester ser arrebatado como San Pablo hasta el tercer cielo, para oír allí los inefables secretos que Dios no descubre al hombre, y que no es permitido al mismo hombre revelar; ó ser colocado como Moysés en la Montaña Santa sobre una nube de gloria, y ver á Dios cara á cara; esto es, si fuera menester haber llegado á aquel grado de union íntima con el Señor, en que el alma, como si estuviera ya despojada de su cuerpo, se levanta hasta el seno del mismo Dios, contempla despacio sus infinitas perfecciones, se olvida, por decirlo así, de sus miembros que dexa en la tierra, no la inquietan ni divierten las fantasmas de los sentidos, está fixa y como absorta en la contemplacion de las maravillas y de las grandezas de Dios, y participando ya de su eternidad, la parecería un siglo entero pasado en este feliz estado, un breve y rápido instante; si para orar, vuelvo á decir, fuera preciso estar favorecidos de estos dones raros y excelentes del Espiritu Santo, nos podríais decir como aquellos nuevos fieles de quienes habla San Pablo, que no los habeis recibido, y que aun ignorais qué espíritu es el que los comunica.

Pero la oracion no es don particular reservado á ciertas almas privilegiadas. Es una obligacion comun impuesta á todos los fieles; no es solamente una virtud de perfeccion, reservada para ciertas almas mas puras y mas santas, sino una virtud indispensable, como la caridad, tan necesaria á los perfectos como á los imperfectos, tan perceptible á los sabios como á los ignorantes, mandada tanto á los sencillos como á los mas ilustrados; es la virtud de todos los hombres, la ciencia de todos los fieles, y la perfeccion de todas las criaturas; todas las que tienen corazon capáz de amar al Autor de su sér, todas las que tienen razon capáz de conocer la nada de la criatura y la grandeza de Dios, deben saber
ado-

adorarle, darle gracias, recurrir á él, aplacarle quando está irritado, llamarle quando se aleja, mostrarse agradecidas quando las favorece, humillarse quando las castiga, y exponerle sus necesidades, ó pedirle gracias.

Por eso quando los discipulos pidieron á Jesu-Christo que los enseñase á orar: *Doce nos orare*, (a) no los descubre lo alto, lo sublime y profundo de los mysterios de Dios; solamente los enseña que para orar es preciso mirar á Dios como á un Padre amoroso y benéfico, tratarle con una familiaridad respetuosa, con una confianza mezclada de amor y de temor, hablarle el idioma de nuestras flaquezas y de nuestras miserias, no buscar mas expresiones que las de nuestro corazon, no querer subirnos hasta él, sino traerle á nosotros, exponerle nuestras necesidades, implorar su amparo, desear que todos los hombres le adoren y bendigan, que establezca su reyno en todos los corazones, que el cielo y la tierra estén sujetos á su voluntad santa, que vuelvan los pecadores á los caminos de la justicia, que los infieles lleguen al conocimiento de la verdad, que nos perdone nuestras ofensas, que nos defienda en las tentaciones, que alargue la mano á nuestra flaqueza, y nos libre de nuestras miserias. En esta divina oracion todo es sencillo, pero todo es grande, todo llama al hombre á sí mismo, y para imitarla no hay mas que hacer que conocer nuestras flaquezas, y desear librarnos de ellas.

Por eso dixe que la injusticia de la segunda disposicion, de donde nacia el pretexto fundado en que no sabemos orar, consiste en no conocer suficientemente las infinitas necesidades de nuestra alma: porque decidme, Católicos, ¿hay necesidad de enseñar á un enfermo á que pida su salud á un hombre que padece hambre

(a) *Luc. II. v. I.*

bre á que solicite el alimento, á un desgraciado, combatido de la tempestad y á pique de naufragar, á que implore el socorro? ¡Ah! ¿No ofrece entonces expresiones por sí sola la necesidad? ¿No se hallan solamente en el dolor de los males que se padecen aquella viva eloqüencia, aquellos movimientos persuasivos, aquellas demostraciones expresivas con que se solicita el remedio? ¿Un corazon que padece necesita de maestro que le enseñe para saber como ha de quejarse? Todo habla en él, todo explica su dolor, todo anuncia su pena, todo solicita su alivio, aun su mismo silencio es eloqüente.

Decidme los que os quejais de que no sabeis lo que habeis de hacer para orar; en vuestras aflicciones temporales, quando una enfermedad peligrosa amenaza á vuestra vida, quando un acaecimiento no esperado pone en peligro vuestros bienes y vuestra fortuna, quando veis que la muerte está para quitaros una persona, ó querida ó necesaria; entonces levantais las manos al cielo, embiais á él vuestros gemidos y oraciones, os encomendais al Dios que hiere y sana: entonces sabeis orar; no vais á buscar fuera de vuestro corazon lecciones y reglas para aprender á exponerle vuestra pena, ni á consultar maestros hábiles que os enseñen lo que habeis de decir; no necesitais mas que de vuestro dolor; y vuestros males solos bastan para instruiros.

¡Ah! Católicos, si sintieramos las miserias de nuestra alma como sentimos las de nuestro cuerpo; si nos interesára tanto nuestra salud eterna como una fortuna de barro, ó como una salud fragil y perecedera, seriamos muy hábiles en el divino arte de la oracion; no nos quejariamos de que no se nos ofrece qué decir en la presencia de un Dios, á quien tanto tenemos que pedir; no necesitariamos de fatigar nues-
tro

tro entendimiento para hallar asuntos de conversacion con el Señor; nuestros males hablarian por sí solos; nuestro corazon se desharía, aun á pesar nuestro, en santos afectos, como el de la madre de Samuél delante del Arca del Señor. No seriamos dueños de nuestro dolor y de nuestras lágrimas; y la señal mas segura de que no tenemos fé, y de que no nos conocemos á nosotros mismos es, que no sabemos qué decir al Señor en el corto tiempo de la oracion.

Y verdaderamente, Católicos, ¿es posible que en la miserable condicion de esta vida humana, hallandonos rodeados por todas partes de tantos peligros, llenos de tantas flaquezas, y á pique de ser engañados cada instante por los objetos de la vanidad, corrompidos por las ilusiones de los sentidos, arrastrados por la fuerza de los malos exemplos, entregados á la tiranía de nuestras inclinaciones, al imperio de nuestra carne, á la inconstancia de nuestro corazon, á las desigualdades de nuestro entendimiento, á los caprichos de nuestra imaginacion, á las eternas variedades del genio, abatidos con las desgracias, ensoberbecidos con la prosperidad, entorpecidos con la abundancia, molestados con la necesidad, arrastrados de los abusos, consternados con los malos sucesos, lisonjeados con las alabanzas, enfurecidos con los desprecios, siempre indecisos entre nuestras pasiones y la obligacion, entre nosotros mismos y la ley de Dios, ¿es posible que en un estado tan deplorable no sepamos qué pedir al Señor, ni qué decirle, quando vamos á ponernos en su presencia? ¡Oh Dios mio! ¿cómo no haceis, ó que el hombre no sea tan miserable, ó que conozca mejor sus miserias?

Si me dixerais, amados oyentes míos, que no sabeis por donde empezar en la oracion; si me dixerais que son infinitas vuestras necesidades, que son tantas vuestras pasiones y miserias, que nunca acabaríais si quisierais exponerlas todas al Señor. Si me dixerais

que quando mas registráis vuestro corazon, mas llagas descubris en él, y halláis en vosotros mas corrupcion y mas desorden, y que desesperando de poder contar al Señor las infinitas circunstancias de vuestras flaquezas, le presentáis vuestro corazon todo entero, dexáis á vuestros males que hablen por vosotros, y haceis que todo el arte de vuestra oracion consista en vuestro abatimiento, en vuestro silencio, y vuestra confusion, y que por tener mucho que decirle, no le decís cosa alguna; si hablarais de este modo hablariais el idioma de la fé, y el language de un Rey penitente, que no atreviéndose á hablar á Dios en la oracion á vista de sus delitos, decia: Señor, yo he callado en vuestra presencia, pero mi abatimiento y confusion han hablado por mí: *Obmutui, & humiliatus sum.* (a) Y entonces con esta confusion y esta verguenza se renovó el dolor de mis delitos: *Et dolor meus renovatus est.* Mi corazon, penetrado de mis ingraticudes, y de vuestras misericordias, se sintió inflamado de un nuevo amor á Vos: *Concaluit cor meum intra me, & in meditatione mea exardescet ignis.* (b) Lo mas que pude deciros, ó Dios mio, en el profundo abatimiento con que me tenía en vuestra presencia la vista de mis miserias fue, que todo hombre no es mas que un abismo de flaqueza, de corrupcion, de vanidad, y de mentira: *Locutus sum in lingua mea: Veruntamen universa vanitas, omnis homo vivens.* (c) Este es el silencio de compuncion que forma en la presencia divina la verdadera oracion.

¿Pero quién puede quejarse, amados oyentes míos, de que no tiene qué decir quando quiere orar? ¿pues qué! vuestros pasados delitos no os representan qué temer de los

(a) *Psalm. 38. v. 3.*

(b) *Ibid. 4.*

(c) *Ibid. 5. & 7.*

los juicios de Dios, ó que esperar de su misericordia quando os poneis en su presencia? Acaso toda vuestra vida ha sido un abismo de desórdenes, acaso habeis abusado de todo, de la gracia, de vuestros talentos, de vuestra razon, de vuestros bienes, de vuestras dignidades, y de todas las criaturas; acaso habeis pasado la mejor parte de vuestra vida en el olvido de Dios, en el desorden del mundo y de las pasiones; habeis envilecido vuestro corazon con unas amistades injustas, manchado vuestro cuerpo, empleado mal vuestros sentidos, desarreglado vuestra imaginacion, debilitado vuestros talentos, y aun extinguido el bien que en vuestra alma habian puesto unas inclinaciones naturales; ¿y es posible que esta memoria no os ofrece nada en la presencia de Dios? ¿no os inspira como debeis recurrir á él para alcanzar el perdon de tantos delitos? ¿Y no tenéis qué decir á un Dios á quien tanto tiempo habeis ultrajado? ¡Oh hombres! es preciso, ó que no tenga remedio tu salvacion, ó que tengas otros medios para conseguirla mas que el de la clemencia y misericordia divina.

Pero paso mas adelante, amados oyentes míos; si haceis una vida christiana, si habiendo renunciado al mundo y á los placeres habeis por último entrado en los caminos de la salvacion, aun sois mas injustos si os quejais de que no halláis qué decir al Señor en vuestras oraciones. ¿Es posible que el singular favor que os hizo en abriros los ojos, en desengañaros del mundo, en sacaros de lo profundo del abismo, un beneficio tan raro, negado á tantos pecadores, no ha de formar en vuestro corazon, quando estais á sus pies, algunos deseos de agradecimiento? ¿Puede esta memoria dexaros frios é insensibles? ¿No ha de despertar afecto alguno de amor en vosotros la presencia de vuestro bienhechor, quando por otra parte os preciais de no haber olvidado jamás un beneficio, y ponderais tanto lo afectuoso y

excesivo de vuestra gratitud para con las criaturas?
 Por otra parte, si aun sentís aquellas infinitas inclinaciones, que no obstante vuestra mudanza de vida se oponen en vosotros á la ley de Dios, aquel trabajo que todavía experimentais en obrar bien, aquella fatal inclinación que hallais dentro de vosotros á executar el mal, aquellos deseos de una virtud mas perfecta, que se quedan siempre sin efecto, aquellas resoluciones que siempre os hallan infieles, aquellas ocasiones en que siempre os hallais los mismos, aquellas obligaciones en que vuestro corazon halla siempre la misma repugnancia. En una palabra, si conoceis aquel inagotable caudal de corrupcion y flaqueza que conservais aun despues de vuestra conversion, y que tantas veces asusta vuestra virtud, no solamente tendreis de qué hablar al Señor en la oracion, sino que toda vuestra vida será una oracion continua. Todos los peligros que amenacen á vuestra flaqueza, todos los sucesos que hagan temblar vuestra fé, todos los objetos que renueven las antiguas heridas de vuestro corazon, todos los secretos movimientos que os avisen que el hombre de pecado vive todavía dentro de vosotros os harán que dirijais vuestros interiores suspiros á aquel de quien esperais la libertad; orareis en todas partes, como dice el Apostol: todo os llamará á Dios, porque en todas partes hareis reflexiones christianas sobre vosotros mismos. Por otra parte, amados oyentes míos, aun quando vuestras propias miserias no pudieran llenar el vacío de vuestras oraciones, acordaos en ellas de los males de la Iglesia, de la disension de los Pastores, del espíritu de scisma y rebellion que parece se forma en el Santuario, de la relajacion de los fieles, de la depravacion de las costumbres, de los funestos progresos de la incredulidad, y de la extincion de la fé entre los hombres; llorad los escándalos de que todos los dias sois testigos; quejaos al

al Señor, como el Profeta, de que todos le han abandonado, que cada uno busca sus propios intereses, que la misma sal de la tierra se ha vuelto insípida, y que aun la devocion se ha hecho comercio. Pedid al Señor la consumacion de sus escogidos, y el cumplimiento de sus fines para con su Iglesia; que la dé Principes religiosos, Pastores fieles, Doctores humildes é ilustrados, Directores instruidos y desinteresados; solitarios fervorosos, Virgenes puras y santas: pedid la paz de las Iglesias, la extirpacion de los errores, la conversion de los pueblos engañados con el espíritu de la heregia, que en lugar de la religion de sus padres han abrazado nuevas doctrinas.

¿Qué mas diré? pedidle la conversion de vuestros parientes, de vuestros amigos, de vuestros enemigos, de vuestros protectores, y de vuestros Señores; la conversion de aquellas almas á quienes vosotros mismos habeis servido de motivo de ruina y escándalo; de aquellas á quienes apartasteis en otro tiempo de la piedad con vuestras burlas y censuras; de aquellas que acaso deben su irreligion y su libertinage á la impiedad de vuestros pasados discursos; de aquellas cuya virtud ó flaqueza pervertisteis ó engañasteis con vuestros malos exemplos, ó con vuestras sollicitaciones. ¿Es posible que unos objetos tan grandes, tan funestos, y de tanto interés no han de poder excitar por un instante la atencion en vuestra alma, ó alguna sensibilidad en vuestro corazon? Todo quanto os rodea os enseña á orar; todos los objetos, todos los sucesos que veís al rededor de vosotros os proporcionan nuevas ocasiones de levantar vuestro espíritu á Dios. El mundo, el retiro, la Corte, la Ciudad, los justos, los pecadores, los sucesos públicos y particulares, la desgracia de unos, y la prosperidad de otros, y todo quanto se presenta á vuestra vista os dá motivo de gemir, de orar, y de agradecer; todo sirve de instruccion

cion á vuestra fé ; todo excita vuestro zelo ; todo contrista vuestra piedad ; todo avisa á vuestro agradecimiento. Y entre tantos motivos para orar , ¿ no sabéis en qué emplear un instante de oracion ? ¿ Y cercados de tantas ocasiones para levantar vuestro espíritu á Dios , no halláis qué decirle quando os poneis en su presencia ? ¡ Ah ! Católicos , qué lejos está Dios del corazón , que tanto repugna el conversar con él , y qué poco se ama á un superior y á un amigo á quien no hallamos nada que decir !

Y esta es la última y principal razon de que seamos tan inhabiles para orar. No sabemos orar ni hablar con nuestro Dios , porque no le amamos. El corazón que ama sabe muy bien lo que ha de hacer para hablar y grangearse la atencion del objeto amado , y no se detiene mucho en pensar lo que le ha de decir , ni aun puede decirle todo lo que siente. Ordenemos pues , Católicos , nuestro corazón , pongamos en él á Dios en el lugar del mundo , y entonces no se hallará como extraño en la presencia de Dios ; el desorden de nuestros afectos es únicamente el que nos imposibilita para orar : no sabemos pedir los bienes eternos , porque no los amamos : no sabemos meditar en las verdades , porque no nos gustan : no sabemos qué decir á Dios , porque casi no le conocemos ; ignoramos como hemos de pedir las gracias que no deseamos ; no sabemos instar para obtener la libertad de las pasiones , porque no las aborrecemos : en una palabra , la oracion es el idioma del amor ; y no sabemos orar , porque no sabemos amar.

Pero acaso , me direis : ¿ depende de nosotros el tener gusto para la oracion ? ¿ Y cómo hemos de orar quando nos hallamos con unos disgustos y unas distracciones de espíritu de que no somos dueños , y que nos hacen insufrible la oracion ? Segundo pretexto , sacado de los disgustos y dificultades de la oracion.

SE-

SEGUNDA PARTE.

UNO de los mayores desordenes del pecado es sin duda aquella repugnancia y natural disgusto que tenemos á la oracion ; el hombre en el estado de la inocencia hubiera tenido todas sus delicias en conversar con su Dios ; todas las criaturas serían para él un libro abierto , en que continuamente meditaría sus obras y maravillas ; sus sentidos estarían sujetos á su razon , y nunca podrían distraerle contra su voluntad de la dulzura y suavidad de su divina presencia : toda su vida hubiera sido una continua contemplacion de la verdad ; y la felicidad de su inocencia hubiera consistido en que el Señor se le estaria continuamente comunicando , y él nunca le perderia de vista.

Es preciso , pues , que el hombre esté muy corrompido , y que el pecado nos haya mudado extraordinariamente , pues nos ha convertido en trabajo lo que debiera ser nuestra felicidad. Es verdad , ojalá no lo fuera , que casi todos nosotros tenemos en lo profundo de nuestra naturaleza este disgusto y esta repugnancia á la oracion , y que este es el pretexto mas comun que oponemos al cumplimiento de una obligacion tan esencial á la piedad Christiana. Aun las mismas personas á quienes la práctica de la virtud debiera hacer mas suave y familiar el uso de la oracion , se quejan todos los dias de los continuos disgustos y distracciones que padecen en este santo exercicio , de modo que le miran como una obligacion onerosa , ó como una molestia inutil ; procuran abreviar los instantes , y quando vén acabarse este tiempo molesto y repugnante , les parece que se han libertado de un pesado yugo.

Pero yo digo que no hay cosa mas injusta que el apartarse de la oracion por causa de los disgustos

Tomo III.

Kk

y

y distracciones de espíritu, que nos la hacen penosa y desagradable; porque estos disgustos y estas distracciones nacen, ó de nuestra tibieza y de nuestras infidelidades, ó del poco uso que hacemos de la oracion, ó finalmente de la misma sabiduría de Dios, que nos prueba y quiere purificar nuestros corazones, negandonos por algun tiempo los consuelos sensibles de la oracion.

Sí, Católicos, la primera y mas comun raíz de los disgustos y sequedades de nuestras oraciones es la tibieza, y la infidelidad de nuestra vida. Verdaderamente es injusticia el querer ir á la oracion con un espíritu sereno y tranquilo, con una imaginacion sosegada, y libre de todas las vanas fantasmas que la agitan, con un corazon movido y dispuesto á gustar de la presencia de su Dios, quando toda nuestra vida, aunque parezca virtuosa á los ojos de los hombres, es una distraccion continua; quando vivimos en medio de unos objetos los mas á proposito para alterar la imaginacion, y para hacer en nosotros unas vivas impresiones que nunca se borren. En una palabra, quando conservamos en nuestro corazon mil injustas aficiones, que no nos parecen del todo culpables, pero nos perturban, nos dividen, nos ocupan, y entibian en nosotros, ó nos quitan del todo, el gusto de Dios y de las cosas eternas.

¡Ah Católicos! Si las almas mas retiradas y mas santas, si los solitarios penitentes, si un Antonio en lo mas retirado de los desiertos, si un Geronimo extenuado con continuas maceraciones, y con trabajosos estudios, si un Benito purificado con un largo retiro, y con una vida absolutamente celestial, hallaban solamente en la memoria de sus pasadas costumbres imagenes molestas, que hasta en lo mas retirado de sus soledades turbaban la dulzura y tranquilidad de su oracion, ¿cómo hemos de querer nosotros que en una

una vida, que aun quando sea regular, toda está llena de iniquidades, de ocasiones que nos arrastran, de objetos que nos distraen, de tentaciones que nos turban, de conversaciones que nos inquietan, de deleytes que nos lisongean, de temores ó esperanzas que nos agitan; ¿cómo hemos de querer hallarnos repentinamente en la oracion unos nuevos hombres, purificados de todas aquellas imagenes que poco antes mancharon nuestro espíritu, libres de todas aquellas aficiones que acababan de dividir, y acaso corromper nuestro corazon, tranquilos y sin aquellas agitaciones que acababan de hacer tan violentas y peligrosas impresiones en nuestra alma; y que olvidandonos por un instante de todo el mundo, y de todos los vanos objetos que acabamos de dexar, quando todavía los llevamos en la memoria y en el corazon, nos hallemos repentinamente elevados en la presencia de Dios á la meditacion de las cosas celestiales, penetrados de el amor de los bienes eternos, llenos de compuncion por las infinitas infidelidades que aun amamos, y con una tranquilidad de espíritu y de corazon que algunas veces no se logra ni aun en medio del mas profundo retiro, y del mas riguroso desasimiento? ¡Ah Católicos! ¿qué injustos somos, y cómo algun dia las quejas que continuamente damos contra las obligaciones de la devocion se volverán en terribles cargos contra nosotros mismos!

Quiero profundizar mas esta verdad, y circunstanciarla de modo que se os haga mas patente. Os quejais primeramente de que vuestra imaginacion, que es incapáz de estar un instante atenta en la oracion, se distrae continuamente en ella, y huye contra vuestra voluntad. ¿Pero cómo quereis que esté atenta y recogida, si todo lo que haceis la distrae y la disipa, si en ninguna de las acciones de vuestra vida os acordais de vosotros mismos, y si no os acostumbrais á

y distracciones de espíritu, que nos la hacen penosa y desagradable; porque estos disgustos y estas distracciones nacen, ó de nuestra tibieza y de nuestras infidelidades, ó del poco uso que hacemos de la oracion, ó finalmente de la misma sabiduría de Dios, que nos prueba y quiere purificar nuestros corazones, negandonos por algun tiempo los consuelos sensibles de la oracion.

Sí, Católicos, la primera y mas comun raíz de los disgustos y sequedades de nuestras oraciones es la tibieza, y la infidelidad de nuestra vida. Verdaderamente es injusticia el querer ir á la oracion con un espíritu sereno y tranquilo, con una imaginacion sosegada, y libre de todas las vanas fantasmas que la agitan, con un corazon movido y dispuesto á gustar de la presencia de su Dios, quando toda nuestra vida, aunque parezca virtuosa á los ojos de los hombres, es una distraccion continua; quando vivimos en medio de unos objetos los mas á proposito para alterar la imaginacion, y para hacer en nosotros unas vivas impresiones que nunca se borren. En una palabra, quando conservamos en nuestro corazon mil injustas aficiones, que no nos parecen del todo culpables, pero nos perturban, nos dividen, nos ocupan, y entibian en nosotros, ó nos quitan del todo, el gusto de Dios y de las cosas eternas.

¡Ah Católicos! Si las almas mas retiradas y mas santas, si los solitarios penitentes, si un Antonio en lo mas retirado de los desiertos, si un Geronimo extenuado con continuas maceraciones, y con trabajosos estudios, si un Benito purificado con un largo retiro, y con una vida absolutamente celestial, hallaban solamente en la memoria de sus pasadas costumbres imagenes molestas, que hasta en lo mas retirado de sus soledades turbaban la dulzura y tranquilidad de su oracion, ¿cómo hemos de querer nosotros que en

una

una vida, que aun quando sea regular, toda está llena de iniquidades, de ocasiones que nos arrastran, de objetos que nos distraen, de tentaciones que nos turban, de conversaciones que nos inquietan, de deleytes que nos lisongean, de temores ó esperanzas que nos agitan; ¿cómo hemos de querer hallarnos repentinamente en la oracion unos nuevos hombres, purificados de todas aquellas imagenes que poco antes mancharon nuestro espíritu, libres de todas aquellas aficiones que acababan de dividir, y acaso corromper nuestro corazon, tranquilos y sin aquellas agitaciones que acababan de hacer tan violentas y peligrosas impresiones en nuestra alma; y que olvidandonos por un instante de todo el mundo, y de todos los vanos objetos que acabamos de dexar, quando todavía los llevamos en la memoria y en el corazon, nos hallemos repentinamente elevados en la presencia de Dios á la meditacion de las cosas celestiales, penetrados de el amor de los bienes eternos, llenos de compuncion por las infinitas infidelidades que aun amamos, y con una tranquilidad de espíritu y de corazon que algunas veces no se logra ni aun en medio del mas profundo retiro, y del mas riguroso desasimiento? ¡Ah Católicos! ¿qué injustos somos, y cómo algun dia las quejas que continuamente damos contra las obligaciones de la devocion se volverán en terribles cargos contra nosotros mismos!

Quiero profundizar mas esta verdad, y circunstanciarla de modo que se os haga mas patente. Os quejais primeramente de que vuestra imaginacion, que es incapáz de estar un instante atenta en la oracion, se distrae continuamente en ella, y huye contra vuestra voluntad. ¿Pero cómo quereis que esté atenta y recogida, si todo lo que haceis la distrae y la disipa, si en ninguna de las acciones de vuestra vida os acordais de vosotros mismos, y si no os acostumbrais á

Kk 2

aquel

aquel recogimiento interior, y á aquella vida de fé, que aun entre las distracciones del mundo halla motivos de santas reflexiones? Para que el espíritu esté recogido en la oracion es necesario ir á ella con recogimiento, es necesario que el mismo comercio de los pecadores, quando estamos precisados á vivir con ellos, la vista de sus pasiones, de sus inquietudes, de sus temores, de sus esperanzas, de sus alegrías, de sus pesares, y de su miseria, ofrezcan á nuestra fé motivos de pensar en Dios, y reflexiones que nos dispongan para el recogimiento y tranquilidad de la oracion. Entonces, aun al mismo tiempo de salir del mundo y de las conversaciones mundanas, á las que solamente os habrá llevado la obligacion, no os costará trabajo el recogeros en la presencia de Dios, y olvidar á sus pies las vanas agitaciones de que acabais de ser testigos; al contrario, las reflexiones de fé que alli habreis conservado, la ceguedad de los mundanos que habreis llorado alli en secreto, os hará hallar nuevos consuelos á los pies de Jesu-Christo; alli descansareis de la molestia de las distracciones é inutilidades mundanas; alli gemireis con nuevo gusto por la locura de los hombres, que corren con tanto furor para conseguir un humo y una felicidad que huye de ellos, y nunca pueden hallarla, porque el mundo, que es donde la buscan, no se la puede dar; alli dareis gracias al Señor con mas viveza, por haberos ilustrado y distinguido, no obstante vuestros delitos, de aquella multitud que ha de perecer; alli vereis, como con una nueva luz, la felicidad de las almas que le sirven, y que desengañadas de las vanidades solamente viven para la verdad.

Os quejais, en segundo lugar, de que vuestro corazon se halla insensible en la oracion, que no siente ningun vivo movimiento hácia su Dios, y que no se halla en él mas que un fatal disgusto que se la hace in-

insufrible. ¿Pero cómo quereis que vuestro corazon, que está todo ocupado en las cosas de la tierra, lleno de pasiones injustas, de gustos del mundo, de amor á vosotros mismos, de proyectos de elevacion, y acaso de deseos de agrandar; ¿cómo quereis que un corazon preocupado con tantos afectos terrenos halle en sí disposicion alguna para las cosas del cielo? En él todo se halla lleno y ocupado por las criaturas, ¿pues dónde quereis que se coloque Dios? Es imposible gustar á un mismo tiempo de Dios y del mundo. Por eso luego que los Israelitas pasaron el Jordán, y gustaron los frutos de la tierra, dice la Escritura que cesó de llover Manná, como dando á entender que no podian participar á un mismo tiempo del sustento del cielo, y del de la tierra: *Defecitque Manna postquam comederunt de frugibus terra.* (a)

El amor del mundo, dice San Agustin, como una peligrosa calentura, derrama sobre el corazon una amargura universal que nos hace insípidos y desagradables los bienes invisibles y eternos. Pues si vais siempre á la oracion con un disgusto insufrible, es señal de que vuestro corazon está enfermo, que alguna calentura oculta, y acaso ignorada de vosotros mismos, le hace desfallecer, le consume, y le quita el gusto, por estar poseído de algun amor extraño. Averiguad la raíz de vuestros disgustos para con Dios, para con todo aquello que se ordena á él, y la hallareis en las injustas pasiones de vuestro corazon; mirad si aun teneis demasiado apego á vosotros mismos, al cuidado del adorno, al amor propio, á las amistades frívolas, á los ódios peligrosos, á las envidias secretas, á los deseos de elevacion, y á todo quanto os rodea; esta es la raíz del mal, aplicad á ella el remedio; ven-

(a) Jos. 5. v. 12.

ceos cada día en alguna cosa, trabajad seriamente en purificar vuestros corazones, y entonces gustareis de las suavidades y consuelos de la oración; entonces, no ocupando ya el mundo vuestros afectos, os parecerá Dios mas amable, porque muy presto se ama con viveza lo que unicamente se ama.

Y si hemos de decir verdad, ¿no es cierto que los días en que habeis vivido con mas cuidado de vosotros mismos, los días en que habeis hecho al Señor algunos sacrificios de vuestros gustos, de vuestra pereza, de vuestro genio, y de vuestras aversiones, no es verdad que en aquellos días habeisorado con mas paz, con mas alegría, y con mas consuelo? Aquel que ha dado algunas señales muy distinguidas de fidelidad á su Soberano parece con mas gusto en su presencia; pero el que conoce que tiene de que reprehenderle severamente, siente mucho el ponerse delante de él, se halla allí disgustado, está forzado y violento, y se oculta de su vista como el primer pecador; no habla con aquella sinceridad de corazón, y con aquella confianza que inspira una conciencia pura, que de nada se halla reprehensible, y así cuenta los instantes en que tiene precision de sufrir la violencia y la molestia de su presencia divina.

Por eso quando Jesu-Christo nos manda orar, empieza mandandonos que velemos: *Vigilate, &c.* (a) En lo que quiere darnos á entender que la vigilancia es la unica preparacion para la oración, que para orar es necesario velar, y que en la oración no se conceden los gustos y los consuelos sino al recogimiento, y á la vigilancia: *Vigilate, & orate.* Bien sé que si no orais no podreis velar sobre vosotros, ni vivir santamente, pero tambien sé que si no vivís con esta vigilancia, que hace

(a) *Matth. 26. v. 41.*

vivir con santidad, jamás podreis orar con gusto y con consuelo. Es verdad que la oración nos alcanza la gracia de la vigilancia, pero aun es mucho mas cierto que sola la vigilancia puede adquirirnó el don y la facilidad de la oración: *Vigilate, & orate.*

Y de aqui se puede inferir facilmente, Católicos, que aun quando en la vida del mundo, la mas regular, esto es, aun quando en los deleytes, en los continuos juegos, en las distracciones, en la diversion de los teatros, que llamais inocente, no hubiera otro daño que el de inhabilitaros para la oración; aun quando en esta vida del mundo, que tanto justificais, no se hallara mas delito que el disgustaros de la oración, dexar el corazón seco, disipar vuestra imaginacion, debilitar vuestra fé, y turbar y agitar vuestro espíritu, aun quando no juzgáramos de la seguridad de este estado mas que por lo que nos decís vosotros mismos todos los días, esto es, que no sabeis lo que habeis de hacer para orar, y que la oración es para vosotros una molestia y un enfado que no podeis sufrir, digo que solamente por esto la vida del mundo mas inocente es una vida de pecado y de reprobacion, una vida para la qual no hay salud eterna, porque esta solamente está prometida á la oración; la salud eterna no puede conseguirse sin el socorro de la oración, no está concedida sino á la perseverancia en la oración: luego en qualquiera género de vida que sirva de obstáculo á la oración, no se puede aspirar á la salud eterna; el que una vida llena de distracciones, de juego, de deleytes, y de espectáculos sirva de estorvo para la oración; que ponga en nuestros corazones, en nuestra imaginacion, y en nuestros sentidos un disgusto invencible para orar, y una distracción incompatible con el espíritu de oración, bien lo sabeis vosotros; todos los días os quejais de ello, y aun os valeis de este pretexto para no orar, y de aqui debeis inferir que no puede haber salud eterna para la

vida del mundo, aun la mas inocente, pues en todos los estados en que es imposible la oracion, lo es tambien la salud eterna. Primera razon de los disgustos y distracciones de nuestra oracion; la tibieza é infidelidad de nuestra vida.

La segunda es el poco uso que hacemos de la oracion. Oramos con disgusto porque oramos pocas veces. Porque primeramente, la costumbre de orar calmará por sí misma poco á poco vuestro espíritu, desterrará insensiblemente las imagenes del mundo y de la vanidad, y disipará todas esas nubes que forman los disgustos y distracciones de vuestra oracion. En segundo lugar, es necesario pedir mucho tiempo antes de conseguir; es necesario instar, solicitar, importunar: las dulzuras y los consuelos de la oracion son fruto y recompensa de la misma oracion. En tercer lugar, para que guste es necesario que haya familiaridad en ella; si orais pocas veces, siempre será el Señor para vosotros un Dios extraño y desconocido, por decirlo así, en cuya presencia experimentareis siempre alguna molestia y violencia; no le manifestareis con franqueza el corazón; no tendreis aquella confianza, aquella libertad santa que proviene unicamente de la familiaridad, y en la que consiste todo el deleyte de este divino comercio. Dios antes de ser amado quiere ser conocido. El mundo pierde en ser muy conocido, porque solo tiene de agradable la superficie y la primera vista, y si pasais mas adelante está vacío, y no hallais mas que vanidad, enfado, inquietud y miseria. Pero al Señor es necesario conocerle y gustarle, dice el Profeta, para recibir lo amable que es: *Gustate, & videte, quoniam suavis est Dominus.* (a) Quanto mas le conozcais, mas le amareis; quanto mas os unais con él, mas conoceréis que no hay otra verdadera felicidad en

(a) *Psalm. 33. v. 9.*

en la tierra que el conocerle y amarle: *Gustate, & videte, quoniam suavis est Dominus.*

Luego solamente el uso de la oracion nos la puede hacer amable. Por eso vemos que la mayor parte de las personas que se quejan de los disgustos y distracciones de su oracion oran pocas veces, les parece haber cumplido con esta obligacion esencial, quando han dedicado al Señor algunos breves momentos de distraccion y de violencia; al primer instante de disgusto la abandonan, no hacen esfuerzo alguno por sujetar su espíritu, y en vez de mirar la invencible oposicion que tienen á orar, como una razon que les hace mas necesaria la oracion, la miran como una excusa legítima que les dispensa de ella.

Pero direis, ¿Cómo se ha de hallar en el mundo tiempo bastante para dedicarse con tanta frecuencia á la oracion? ¿No teneis tiempo para orar, amados oyentes míos? ¿Para qué os parece que se os ha dado el tiempo, sino para pedir á Dios que olvide vuestros delitos, que os mire con ojos de misericordia, y que algun dia os coloque en el número de sus Santos? ¿No teneis tiempo para orar? ¿Luego no teneis tiempo para ser Christianos? Porque un hombre que no ora, es un hombre sin Dios, sin culto, ni esperanza. ¿No teneis tiempo para orar? Pues sabed que la oracion es el principio de todo bien, y que si no orais no habeis hecho ni una sola obra digna de la vida eterna. ¡Ah, Católicos! ¿Nos falta tiempo acaso para solicitar las gracias de la tierra, para importunar al Soberano, para molestar á sus Ministros, para entregarnos á los placeres ó á la pereza? ¿Quántos momentos inútiles, y quántos dias pesados y molestos hemos tenido, solamente por la tristeza que acompaña á la ociosidad? ¿Quánto tiempo hemos perdido en vanos cumplimientos, en conversaciones ociosas, en un continuo juego, en obsequios vanos, y en seguir unas quimeras que siempre huyen de nosotros? ¡Gran Dios! ¿Y ha de faltar tiempo para pedirnos el cielo, para aplacar vuestro

tra ira, y grangearnos vuestras eternas misericordias; ¡Qué poco caso hacemos de nuestra salvacion! ¡Oh Dios mio! quando nos falta tiempo para pedir á vuestra misericordia que nos salve, y qué dignos somos de lástima por hallar tanto tiempo para el mundo, y no hallar un solo instante para la eternidad! Segunda razon de los disgustos y distracciones de nuestra oracion, lo poco que la frecuentamos.

Es verdad, Católicos, que esta razon no es tan general que no veamos muchas veces á las almas mas fieles padecer en la oracion estos disgustos y distracciones de que hablo: pero digo que entonces estos disgustos provienen de la sabiduría de Dios que quiere purificarlas, y las lleva por este camino para cumplir los eternos designios de su misericordia para con ellas. Ultima razon; y así en vez de despreciar la tristeza y molestia que las ofrece la oracion, deben perseverar en ella con mas fidelidad que si el Señor las llenára de consuelos sensibles y abundantes.

Primeramente porque debéis mirar estos disgustos como justo castigo de vuestras pasadas infidelidades. ¿No os parece cosa razonable el que Dios os haga expiar las culpables delicias de vuestra vida mundana con los disgustos y amarguras de la piedad? Puede ser que la debilidad de vuestra complexion no os permita el castigar con maceraciones corporales el desorden de vuestras primeras costumbres; y así parece muy justo que Dios supla este defecto con las penas y aflicciones interiores del espíritu. Quisierais que Dios os llevase en un instante de los deleytes del mundo á los de la gracia, de las viandas de Egypto á la leche y miel de la tierra de promision, sin haberos hecho experimentar antes las sequedades y fatigas del desierto; y en una palabra, que no castigase, si es lícito decirlo así, las delicias de la culpa mas que con las de la virtud.

En segundo lugar: os habeis negado á Dios por tanto
tiem-

tiempo no obstante las mas vivas inspiraciones de su gracia con que os llamaba á la verdad y á la luz; le habeis dexado que esté tanto tiempo llamando á la puerta de vuestro corazon antes de permitir que se apodere de él; habeis por tanto tiempo disputado, combatido, titubeado, y diferido antes de entregaros á él, ¿pues no será justo que se retire por algun tiempo antes de entregarse á vosotros con todos los consuelos de su gracia? Las dilaciones y tardanzas del Señor son justo castigo de las vuestras.

Pero aun quando no fueran tan sólidas estas razones, ¿qué sabeis si acaso quiere Dios con eso haceros mas aborrecible este destierro, y la distancia en que vivís de él, y haceros suspirar mas vivamente por aquella eterna patria, en la que la verdad vista claramente siempre nos parecerá amable, porque siempre la veremos como es en sí? ¿Qué sabeis si acaso de este modo quiere inspiraros mas compuncion de vuestros pasados delitos, dandoos á conocer cada instante la oposicion y el disgusto que dexaron en vuestro corazon para la verdad y la justicia? Por ultimo, ¿qué sabeis si con estas sequedades quiere Dios acabar de purificar aquellas reliquias de afecto humano que pueden haber quedado en vuestra piedad? Qué sabeis si quiere fundar vuestra virtud sobre la verdad, que es siempre la misma, y no sobre el gusto, que se muda á cada instante; sobre las reglas que son eternas, y no sobre los consuelos que son pasajeros; sobre la fé que sacrifica constantemente las cosas visibles á las invisibles, y no sobre la sensibilidad que dexa al mundo casi el mismo imperio que á la gracia sobre nuestro corazon. Una piedad que toda es gustos, nunca pasa muy adelante si no la sostiene y asegura la verdad. Es muy peligrosa la fidelidad que depende de las tiernas disposiciones de un corazon, que nunca permanece él mismo ni un solo instante, y en el que todos los objetos hacen nuevas impresiones. Las obligaciones que solo

agradan mientras consuelan , no agradan por mucho tiempo ; y la virtud que consiste solamente en el gusto no puede mantenerse , porque solo estriva en nosotros mismos.

Porque finalmente , si en vuestra oracion no buscáis mas que á Dios , que os guie por los disgustos ó por los consuelos , como el camino por donde os lleva os guie á él , así como será el mas seguro para vosotros , debe pareceros tambien el mas proporcionado. Si solamente oráis para alcanzar del cielo los socorros para vuestras necesidades y flaquezas , enseñandoos la fé que la oracion , aun quando está acompañada de estos disgustos y de estas sequedades , alcanza las mismas gracias , produce los mismos efectos , y es tan agradable á Dios como quando está acompañada de los mas sensibles consuelos. ¿ Pero qué digo ? y que aun puede ser mas del agrado del Señor por la aceptacion de estas penas que en ellas padeceis enseñandoos esto la fé , debéis ser tan fieles á la oracion , como si en ella hallarais los mas sensibles consuelos. De otro modo no buscáis á Dios en ella , sino á vosotros mismos ; no buscáis los bienes eternos , sino consuelos vanos y transitorios ; no buscáis los remedios de la fé , sino el apoyo de vuestro amor propio.

Y así , amados oyentes míos , seáis quien fuereis , imitad á la muger Cananéa ; no dexéis de orar , y hallareis en el cumplimiento de esta obligacion socorros y facilidad para las demás ; si sois pecador , orad ; con este medio alcanzaron el publicano , y la pecadora del Evangelio movimientos de compuncion , y la gracia de una perfecta penitencia , porque la oracion es el único principio y el único medio para la justificacion. Si sois justo , orad tambien ; porque solamente á la oracion está prometida la perseverancia en la fé y en la piedad ; y con ella perseveraron hasta el fin Job , David y Tobias. Si vivís entre los pecadores , y no os permite vuestra obli-

obligacion faltar á los espectáculos de sus desordenes , y de sus malos exemplos , orad ; porque quanto mayores son los peligros , mas necesaria es la oracion ; los tres Niños en medio de las llamas , y Jonás en el vientre de un monstruo , hallaron su seguridad únicamente en la oracion. Si las obligaciones de vuestro nacimiento ó de vuestro estado os colocan en las Cortes de los Reyes , orad ; porque Esther en la corte de Asuéro , Daniél en la de Darío , y los Profetas en los Palacios de los Reyes de Israel , solamente debieron á la oracion su vida y su salud. Si vivís en el retiro , orad ; porque la misma soledad sirve de escollo , si no nos defiende contra nosotros mismos la continua conversacion con el Señor ; y Judith en el retiro de su casa , la viuda Ana en el templo , y los Antonios en lo mas interior de los desiertos , hallaron solamente en la oracion el fruto y la seguridad de su retiro. Si estais destinado en la Iglesia para instruir á los pueblos , orad ; porque solo en vuestras oraciones consiste toda la fuerza y toda la felicidad de vuestro ministerio , y los Apostoles convirtieron á todo el Universo por haberse entregado á la oracion y á la predicacion del Evangelio : *Nos verò orationi ; & ministerio verbi instantes erimus.* (a) Finalmente , vuelvo á decir , seáis quien fuereis , que os halleis en prosperidad ó en miseria , con alegría ó con aflicciones , con turbacion ó con paz , con fervor ó con tibieza , en los caminos de la justicia , ó con deseos de entrar en ellos , adelantados en la virtud , ó dando los primeros pasos de penitencia , orad ; la oracion es la seguridad de todos los estados , el consuelo de todas las penas , la obligacion de todas las vocaciones , el alma de la devocion , el apoyo de la fé , el principal fundamento de la religion , y la religion toda entera. ¡ Oh Dios mio ! derramad sobre nosotros aquel espíritu de gracia y de oracion que debia ser la mas distin-

(a) *Actos. 6. v. 4.*

tinguida señal de vuestra Iglesia, y la herencia de un pueblo nuevo, y purificad nuestros corazones y nuestros labios, para que podamos ofreceros alabanzas puras, suspiros fervorosos, y votos dignos de los bienes eternos que tantas veces habeis prometido á los que os los pidan como se deben pedir. Amen.

NOTA ACERCA DEL SERMON
siguiente.

El Sermon que se sigue es tambien sobre la oracion; no tiene exordio, porque no se halló en el manuscrito del Ilustrisimo Señor Masillon; por lo que ha parecido conveniente poner la division al principio. El Sermon antecedente no hace menos apreciable al que se sigue, porque en él se hallan muchos rasgos propios de la eloquencia del Autor.

SERMON II.
PARA EL JUEVES
DE LA PRIMERA SEMANA
DE QUARESMA.
SOBRE LA ORACION.
DIVISION.

No pedir en la oracion mas de lo que se debe, y pedirlo como se debe.

LA necesidad y utilidades de la oracion se hallan tantas veces repetidas en los libros santos, y el mismo hombre lleva tan vivamente impresa esta verdad en lo íntimo de su propio sér, y en la flaqueza de sus inclinaciones, que casi parece inútil el instruir en este asunto á los fieles. Y á la verdad, Católicos, si hay un Sér Supremo, y superior á nosotros, Autor de este mundo que habitamos, que le mantiene con la fuerza de su palabra, y que quiere ser conocido y adorado de sus criaturas, debe ser la primera obligacion del hombre le-
van-

vantar los ojos al cielo, reconocer al Señor de quien depende, rendirle homenaje de todo quanto halla en sí, ofrecerle todo quanto ha recibido de su mano, y establecer con él un santo comercio de amor, de adoracion, de servidumbre, y de accion de gracias. ¿Qué puede ser un hombre que reconociendo á este Sér supremo, no le dirige sus oraciones? Será un infeliz sin Dios, que vive solo en el Universo, que no conoce dependencia de otro sér mas que de sí mismo, que registrando su propio corazon se halla solo con sus penas, sus disgustos, sus inquietudes, y sus errores con quien poder conversar; es un desgraciado, que limita todas sus esperanzas al sepulcro, que ciñe á la tierra todos sus deseos, que se mira como un vapor formado por el acaso, pronto á desvanecerse y perderse para siempre en los inmensos espacios de la nada; que no cree haber sido formado mas que para los breves dias que ha de vivir en la tierra, que vive en el Universo como un hombre á quien solamente la casualidad hubiera arrojado á una isla remota é inaccesible, en la que estaria sin dueño, sin soberano, sin cuidado, sin disciplina, sin esperar alivio, sin prometerse mejor fortuna, sin cansar al cielo con inútiles súplicas, sin tener á quien dirigir sus votos y sus deseos fuera de aquel confuso abismo en que se veria sepultado, y sin buscar mas consuelo en la desgracia de su suerte, que una torpe inaccion: pues tal es el hombre que nunca trata con el Señor que le hizo.

En segundo lugar, si no podemos formar por nosotros mismos ni un solo deseo que sea digno de la atencion de Dios, si las inclinaciones violentas y continuas precipitan incesantemente nuestro corazon ácia los placeres ilícitos, si todos nuestros caminos están sembrados de escollos, y somos acometidos en ellos de enemigos invisibles, si las riquezas nos corrompen, la prosperidad nos ensoberbece, la afliccion nos abate, los

negocios nos distraen, el sosiego nos entorpece, las ciencias nos hinchan, la ignorancia nos descamina, las compañías nos engañan, la soledad nos molesta, la salud aviva las pasiones, la enfermedad engendra tibieza ó murmuracion: en una palabra, si despues de nuestra caída, quanto nos rodea nos sirve de lazo, de error, ó de tentacion, ¿qué esperanza de salud le puede quedar al hombre en un estado tan peligroso, sino el llamar á su Dios en su socorro, y dirigir continuos suspiros al cielo desde lo profundo de nuestra miseria, para que venga el mismo Señor á refrenar nuestras indómitas pasiones, á fijar nuestras inconstancias, á aclarar nuestros errores, á sostener nuestras flaquezas, á despertar nuestra negligencia, á separar los peligros, á mitigar las tentaciones, á abreviar las horas del combate, y á levantarnos de nuestras caídas?

Sí, Católicos, la Oracion es el manantial de todas las gracias, y el remedio de todas nuestras necesidades. Si el estímulo de Satanás rebela la carne contra el espíritu, en ella se fortifica la enfermedad: si la figura del mundo nos divierte y deslumbra, en ella se perfecciona la fé; si no obstante nuestras mas vivas resoluciones nos dexamos arrastrar de la ocasion, por ella se nos dá la fidelidad; si los cuidados del siglo entibian nuestro fervor, ó distraen nuestros sentidos, con ella se renueva la devocion, y se halla el recogimiento; si la inconstancia de nuestro corazon nos hace experimentar aquellos peligrosos instantes de disgusto en el servicio de Dios, en ella se aviva el gusto del dón celestial, y se conoce lo suave que es el Señor; si las máximas de los insensatos, y los errores del mundo han debilitado en nuestro espíritu las verdades de eterna salud, en ella se aumentan las luces, y se disipan todas aquellas vanas fantasmas que habia formado en nosotros el espíritu de tinieblas; si no podemos

permanecer con nosotros mismos; si el retiro nos horroriza; si el juego, las concurrencias, los placeres se han hecho diversiones inevitables contra la molestia que nos persigue, en ella aprendemos á vivir sin el mundo, á no podernos sufrir, y hallar solamente en Dios nuestras mas suaves delicias; si las cruces, las lágrimas, las amarguras de una vida christiana asustan nuestra flaqueza, y nos impiden el que nos convirtamos al Señor, en ella se nos presenta la inocencia con todas sus gracias, se abre el seno de la gloria, y las tribulaciones transitorias no parecen nada comparadas con los bienes futuros con que han de ser coronadas; si gemimos con el peso de nuestras cadenas, en ella nos conforta poco á poco una mano invisible; si estamos en lo profundo del abismo y de la disolucion, y si parece que nuestras iniquidades, como una piedra fatal, han cerrado la entrada, y nos quitan toda esperanza de socorro, en ella un rayo de luz empieza á penetrar el horror de estas tinieblas, y resuena la voz celestial aun en la morada de la muerte; si nos hallamos en aquellos nuevos combates de la penitencia, en que la gracia y el apetito disputan entre sí nuestro corazon, y en que somos tentados pero no vencidos, inclinados al bien pero no convertidos del todo; en la oracion se acaba la victoria, se fijan las irrésoluciones, y queda el Señor por dueño. Si la perfidia ó la injusticia nos han despojado de nuestros bienes y de nuestras dignidades, y han trastornado nuestras mas bien fundadas esperanzas, con la oracion hallamos en lo mas profundo del retiro, á donde nos ha arrojado una fatal desgracia, un amigo mas fino que el que perdimos, un dueño mas poderoso que aquel á quien serviamos, unas recompensas mas seguras que las que esperabamos; si nos ha infamado la calumnia, en la oracion nos consolamos de los injustos juicios de los hombres con aquel Señor que

que á todos nos conoce; si nos aflige la enfermedad, en la oracion derrama el Señor aceyte sobre nuestras heridas; si hemos perdido un padre, un esposo, ó un protector, en la oracion empieza Dios á servirnos de todo. Los hombres que no pueden remediar nuestras pérdidas tampoco pueden consolarnos en nuestro dolor, son unos débiles consoladores, que en vez de aliviarnos nos cansan, que nos exórtan á la paciencia, pero no la pueden introducir en nuestro corazon, y si no orais, ninguna de vuestras aflicciones tiene remedio. En una palabra, contemplaos en el estado que quisierais, la oracion os consuela si es triste, os proporciona el alivio si es penoso, os asegura si es incierto, os preserva si estais expuestos en él; pero aun quando solamente nuestros intereses no nos hicieran de la oracion el exercicio mas suave y de mas consuelo, por la fé, aun quando en el destierro en que vivimos apartados de nuestro Dios, sujetos á tantas miserias, esclavos de tantas necesidades, entregados á tantas flaquezas, pudiésemos hallar fuera de él algun verdadero deleyte, y algun consuelo para nuestros males, ¿no debieramos adorarle, pues somos obra suya, y él fue quien nos sacó del seno de nuestras madres, y no ha cesado despues de añadir á éste otros nuevos beneficios? ¿Tenemos acaso otras obligaciones mas esenciales que las de darle continuamente gracias por ser el remunerador de nuestras penas, y el juez eterno de nuestras acciones? ¿No debieramos pedir que se interesase su misericordia en nuestra eterna salud, aplacar su justicia por nuestros pasados delitos, y rogarle que no se acuerde de ellos en su indignacion?

Finalmente, Católicos, el Christiano es un hombre de oracion; su origen, su estado, su naturaleza, sus esperanzas, el país de su habitacion, todo le avisa que debe orar. La misma Iglesia, en la que nos

ha incorporado la gracia del Evangelio, aunque estrangera acá en la tierra, no es mas que una triste paloma, cautiva en Babilonia, que siempre gime y se queja, y solo reconoce á sus hijos por los suspiros que continuamente envian ácia su patria; y el Christiano que no ora, él mismo se separa de la congregacion de los Santos, y es peor que un infiel.

Pero quanto mas necesaria y util es la oracion, mas importa orar como se debe. Las utilidades de esta obligacion, tan esencial á la vida christiana, están vinculadas al modo de cumplirla; y si orais mal, no orais. La fé, pues, dice San Agustin, es la primera condicion, y como la raíz de la christiana oracion: *Fides fons orationis*. Quando ora la fé empieza haciendonos aborrecer todo quanto en nosotros desagrada á Dios, á quien queremos aplacar; no pide mas dones que los que nos pueden hacer agradables á su vista; y respecto de los bienes temporales, y de los demás dones precederos, se remite á los eternos designios que Dios ha formado en orden á nuestra suerte, igualmente dispuesta á bendecirle, ya sea que nos los conceda, ó que nos los niegue; esto es, es sincera, desinteresada y sumisa.

Pero os suplico que advirtais estas tres condiciones en la oracion de nuestra santa Cananea. Primeramente empieza saliendo de su país, y de en medio de un pueblo que era maldito. *Egressa à finibus illis*. (a) Aparta su corazon de todo lo que puede apartar de ella la vista de su Salvador; dexa allí los Idolos que sus padres la habian enseñado á adorar, y ya no cuenta con su debil proteccion; tampoco la detiene su hija, aunque la dexè en los últimos instantes de su vida, entre crueles tormentos, y quando su cuidado y

(a) *Matth. 15. v. 82.*

su presencia la serian mas necesarios. No espera como la muger de Samaria, á que el hijo de David venga á buscarla en medio de su pueblo y de sus desordenes: renuncia desde luego á los dioses de Canaan, y á los desordenes de sus primeros caminos, y corre apresurada á reconocer al deseado de las naciones, al destruidor del Imperio de Satanás, y á aquel que habia de levantar la maldicion pronunciada contra la descendencia de Cham. *Egressa à finibus illis*. ¿Nos valemos nosotros, Católicos, de estas precauciones quando venimos á presentarnos á Jesu-Christo en la oracion? ¿Salimos de entre nuestros Idolos, y de nuestro pueblo? Dios nos manda que sacudamos el yugo de la iniquidad que está en nuestras manos, antes de atrevernos á levantarlas ácia él: *Si iniquitatem, quæ in manu tua est, abstuleris à te... tunc levare poteris faciem tuam absque macula*. (a) Y pues vamos á pedir, no debemos presentar á la vista de nuestro bienhechor cosa alguna que pueda detener sus gracias; si vamos á adorar, no hemos de conservar en nuestro corazon cosa alguna que desmienta nuestros respetos; si vamos á humillarnos por nuestros delitos, no debemos llevar ya á la presencia de nuestro juez nuestros culpables afectos: á lo menos es preciso que aborrezcamos nuestras llagas, dado caso que aun no podamos cortar hasta lo vivo para curarlas. Es necesario á lo menos gemir por nuestra miseria, dado caso que aun no podamos alcanzar de nuestra flaqueza aquel generoso esfuerzo que debe libertarnos; y así toda oracion debe nacer de algun principio de penitencia, y servir de paso á la conversion; toda oracion debe, ó mudar el corazon, ó nacer de un deseo de mudanza, porque si no, no orais; vais á insultar á la santidad del Sér Supremo: y con todo, Católicos,

(a) *Job 1. v. 14. 15.*

cos, todos los dias nos presentamos á la vista de la Divina Magestad con unos vergonzosos lazos, con pecaminosos deseos, con ódios crueles, y con proyectos quiméricos de fortuna; le pedimos que nos perdone nuestras ofensas, y nosotros no solamente no nos arrepentimos de ellas, sino que acaso meditamos otras nuevas; le pedimos que nos libre de la tentacion, y queremos caer en ella; deseamos que sea santificado su nombre, y nos hallamos con ánimo de volver á ultrajarle; le pedimos que nos sea dado su reyno, y aun queremos ser de el número de los fornicarios, de los injustos, y de los adúlteros que no le han de poseer. En una palabra, deseamos que se cumpla su voluntad, y no queremos obedecerle. ¿Son estos por ventura, ¡oh Dios mio! pretendientes que os piden gracias, pecadores que esperan su perdon, necesitados que os representan su miseria, ó profanos que os insultan? ¿Qué hay en estas oraciones que no provoquen vuestra ira en vez de solicitar vuestros favores? Delante de vuestra Magestad están conversando con sus pasiones, en vez de hacerlas callar siquiera en vuestra presencia, y muchas veces salen de la oracion con el corazon mas encendido, y con el espíritu mas ocupado en algun designio, en alguna empresa, ó en alguna pasión, que quando entraron en ella. La única cosa de que está vacío, ¡oh mi Dios! es de vuestras verdades y de vuestra gracia.

Pero no basta, Católicos, el ponerse en la oracion á vista de Dios sin estorvo alguno que pueda apartar las gracias que vamos á pedirle, es necesario que la fe regle y purifique nuestros ruegos. Segunda condicion de la oracion christiana, señalada en la conducta de la santa muger de nuestro Evangelio. Señor, Hijo de David, tened misericordia de mí: *Miserere mi Domine fili David.* Permitidme, Católicos, que haga aqui dos reflexiones. La primera, que no di-

dice, como repara San Juan Chrisostomo, curad á mi hija; sino, tened misericordia de mí. Lo primero que se la ofrece en su oracion son sus propias necesidades; conoce que su alma está baxo la tiranía de un demonio invisible, y su libertad la parece mas importante que la salud corporal de su hija, por eso pide desde luego el reyno de Dios y su justicia, persuadida á que todo lo demás se la dará como accesorio. Pues esta es la regla, amados oyentes míos, ¿pero la observais en las calamidades que os afligen? ¿Empezais invocando la misericordia de el Señor sobre las ocultas miserias de vuestra alma, ó sobre los males temporales que exteriormente os molestan? ¿Pedís la caridad que siempre permanece, antes que otros dones menos excelentes, y que han de perecer con vosotros? ¿Os interesa mas vivamente vuestra conversion que vuestras desgracias? Quando un rebés de la fortuna, ó por mejor decir, un orden secreto de la providencia os ha hecho decaer de aquel estado de prosperidad en que os habian colocado vuestro nacimiento y las riquezas de vuestros mayores, ¿quál fue la primera súplica que vuestro corazon afligido dirigió al Señor? Libradme, le digisteis, de los que me persiguen; no hicisteis memoria de su gracia, de vuestra eterna salud, ni de vuestros enemigos domésticos. Quando aquel esposo, aquel amigo, aquel Gefe, de cuya vida dependia vuestra fortuna, estubieron á pique de faltaros, y teniais ya por inútiles todos los humanos socorros, y os fue preciso levantar los ojos al cielo, y poner toda vuestra esperanza en el Señor, ¿qué fue lo primero que le pedisteis? ¿que os librase de las calamidades que os amenazaban, ó que os perdonase los pecados con que las habiais merecido? Quando cargó su mano sobre vuestra propia persona, y quando unas enfermedades largas y crueles marchitaron poco á poco vuestra lozanía y vuestra salud, ¿qué re-

medios pedisteis entonces al soberano médico? ¿Quando sentiais tanto las enfermedades de vuestra carne, os acordabais, por ventura, de las de vuestra alma? Qué pocos serian, ¡oh Dios mio! los que os pidiesen, si no tuvierais que distribuir mas dones que los del cielo, ni mas tesoros que los espirituales. Pero no digo bien, Católicos: no es el Señor á quien invocais quando deseais alguna otra cosa mas que él. Pedís la salud, la prosperidad, y la fama, pues solamente le rogaís para alcanzar algunos de estos dones; le buscáis como aquellos Judios carnales, movidos de los panes terrenos que multiplica, y vuestra oracion solo es una súplica injusta de un bien perecedero, que haceis al Autor de todos los bienes.

La segunda reflexión es que la verdadera oracion siempre hace que nos acordemos de nosotros mismos, sin permitir que nos olvidemos de nuestras propias necesidades con pretexto de elevarnos sobre nuestra miseria. *Hijo de David, tened misericordia de mí.* Porque orar es conocer nuestra miseria, confesar nuestra injusticia en la presencia de nuestro Dios, y suspirar por la gracia de una perfecta libertad. Orar es querer aniquilar en nosotros todo quanto desagrada al Sér supremo, animarse á serle en adelante mas fiel, confundirse á vista de sus beneficios y de nuestra ingratitude; orar es comparar nuestras costumbres con la santa ley, medirlas siempre con esta regla, cortar sin piedad todo quanto se halla en ellas que la sea contrario, y adelantar en el exercicio de las christianas virtudes. En una palabra, la oracion es la perfeccion de nuestras costumbres. ¡Ah Católicos! El hombre estando como está tan corrompido, sustentandose con la soberbia, con la sensualidad, con la ignorancia, y estando sujeto á tantas flaquezas, por mas que haya adelantado en la virtud, ¿podrá nunca pedir favores á su Dios sino para sí mismo? ¿Podrá proponerse otro ob-

objeto de su oracion mas que las infinitas necesidades de su alma? ¿Podrá tener tiempo para entregarse á especulaciones vanas en las que se desvanezca? ¿La oracion es acaso un esfuerzo del entendimiento, ó la lengua del corazon? ¿Se puede nunca adorar á Dios de un modo mas digno de su Magestad, que quando postrada la vil criatura delante de su Soberanía, reconoce que en su presencia no es mas que polvo y ceniza? El pecador solamente debe usar de este estilo con su Dios: *Hijo de David, tened misericordia de mí.* En esta expresion se encierra lo mas sublime de su oracion; de este modo adora á su Señor, le ama, espera en él, reconoce sus beneficios, y confiesa su propia miseria.

En tercer lugar, la fé de nuestra Cananéa la inspira en su oracion una resignacion perfecta en la voluntad de su Salvador; se contenta con decirle: *Mi hija está cruelmente atormentada del demonio: Filia mea malè à demonio vexatur.* No añade, dice San Juan Chrysóstomo, libradla Señor: no impone ley alguna á su misericordia: no se la oye gritar como á aquel soldado del Evangelio: *Vénid, Señor, y curad á mi criado: no como el ciego de Jericó: Señor, haced que yo vea: no como á la madre de los hijos del Cebedéo: Mandad que se sienten mis dos hijos, uno á vuestra diestra, y otro á vuestra siniestra; sino que contentandose con manifestar el motivo de su dolor, remite lo demás á la prudencia y piedad del Hijo de David, y dexa unicamente á la disposicion de su voluntad los efectos de su suerte.* *Filia mea malè à demonio vexatur.* De este modo quiere Dios que le pidamos, Católicos; él conoce mejor que nosotros nuestras necesidades, porque nosotros regularmente no sabemos lo que le pedimos; muchas veces le pedimos favores, los que nos concede su justicia por castigo, y porque se indigna de que en nuestras oraciones no ha-

medios pedisteis entonces al soberano médico? ¿Quando sentiais tanto las enfermedades de vuestra carne, os acordabais, por ventura, de las de vuestra alma? Qué pocos serian, ¡oh Dios mio! los que os pidiesen, si no tuvierais que distribuir mas dones que los del cielo, ni mas tesoros que los espirituales. Pero no digo bien, Católicos: no es el Señor á quien invocais quando deseais alguna otra cosa mas que él. Pedís la salud, la prosperidad, y la fama, pues solamente le rogaís para alcanzar algunos de estos dones; le buscáis como aquellos Judios carnales, movidos de los panes terrenos que multiplica, y vuestra oracion solo es una súplica injusta de un bien perecedero, que haceis al Autor de todos los bienes.

La segunda reflexión es que la verdadera oracion siempre hace que nos acordemos de nosotros mismos, sin permitir que nos olvidemos de nuestras propias necesidades con pretexto de elevarnos sobre nuestra miseria. *Hijo de David, tened misericordia de mí.* Porque orar es conocer nuestra miseria, confesar nuestra injusticia en la presencia de nuestro Dios, y suspirar por la gracia de una perfecta libertad. Orar es querer aniquilar en nosotros todo quanto desagrada al Sér supremo, animarse á serle en adelante mas fiel, confundirse á vista de sus beneficios y de nuestra ingratitude; orar es comparar nuestras costumbres con la santa ley, medirlas siempre con esta regla, cortar sin piedad todo quanto se halla en ellas que la sea contrario, y adelantar en el exercicio de las christianas virtudes. En una palabra, la oracion es la perfeccion de nuestras costumbres. ¡Ah Católicos! El hombre estando como está tan corrompido, sustentandose con la soberbia, con la sensualidad, con la ignorancia, y estando sujeto á tantas flaquezas, por mas que haya adelantado en la virtud, ¿podrá nunca pedir favores á su Dios sino para sí mismo? ¿Podrá proponerse otro ob-

objeto de su oracion mas que las infinitas necesidades de su alma? ¿Podrá tener tiempo para entregarse á especulaciones vanas en las que se desvanezca? ¿La oracion es acaso un esfuerzo del entendimiento, ó la lengua del corazon? ¿Se puede nunca adorar á Dios de un modo mas digno de su Magestad, que quando postrada la vil criatura delante de su Soberanía, reconoce que en su presencia no es mas que polvo y ceniza? El pecador solamente debe usar de este estilo con su Dios: *Hijo de David, tened misericordia de mí.* En esta expresion se encierra lo mas sublime de su oracion; de este modo adora á su Señor, le ama, espera en él, reconoce sus beneficios, y confiesa su propia miseria.

En tercer lugar, la fé de nuestra Cananéa la inspira en su oracion una resignacion perfecta en la voluntad de su Salvador; se contenta con decirle: *Mi hija está cruelmente atormentada del demonio: Filia mea malè à demonio vexatur.* No añade, dice San Juan Chrysóstomo, libradla Señor: no impone ley alguna á su misericordia: no se la oye gritar como á aquel soldado del Evangelio: *Vénid, Señor, y curad á mi criado: no como el ciego de Jericó: Señor, haced que yo vea: no como á la madre de los hijos del Cebedéo: Mandad que se sienten mis dos hijos, uno á vuestra diestra, y otro á vuestra siniestra; sino que contentandose con manifestar el motivo de su dolor, remite lo demás á la prudencia y piedad del Hijo de David, y dexa unicamente á la disposicion de su voluntad los efectos de su suerte.* *Filia mea malè à demonio vexatur.* De este modo quiere Dios que le pidamos, Católicos; él conoce mejor que nosotros nuestras necesidades, porque nosotros regularmente no sabemos lo que le pedimos; muchas veces le pedimos favores, los que nos concede su justicia por castigo, y porque se indigna de que en nuestras oraciones no ha-

gamos caso de su voluntad, de que tengamos tan poco respeto á las eternas ordenes de su providencia para con nosotros, y de que el antojo de nuestros deseos quiera dar la ley á su sabiduría: Con todo eso, amados oyentes míos, este es el universal defecto de nuestras oraciones; casi nunca sirve de regla á nuestros ruegos y súplicas el cumplimiento de su santa voluntad. Quando os ha castigado en vuestros bienes ó en vuestra persona, ¿le habeis dicho: Señor, si este estado de afliccion me hace mas agradable á vuestros ojos, y me pone en una feliz imposibilidad de desagradaros, no me libreis de unos males tan preciosos? ¿Le habeis rogado de este modo? ¡Ah! Que os parecian pocas vuestras lágrimas y vuestros suspiros para pedirle la restitucion de la salud ó de la fortuna. ¿Pero qué es lo que os ha sucedido? Os oyó el Señor, y los efectos os han hecho conocer muy á costa vuestra que os ha castigado con oiros, y que fue para vosotros un Dios justiciero, quando os pareció propicio. Os servisteis de la salud que os concedió para los deleytes y para los desordenes de las pasiones: los bienes que os restituyó no han sido en vuestras manos mas que funestos instrumentos de vuestros delitos. Quando hirió con su poderosa mano á aquel hijo á quien tan desordenadamente amabais, y al que mirabais como unico sucesor de vuestras grandes riquezas, y apoyo de vuestras esperanzas, ¿os contentasteis con decirle, como la santa muger de nuestro Evangelio? Mi hijo se halla cruelmente atormentado, su suerte está en vuestras manos, bien veis mi afliccion, y conoceis en lo que ha de venir á parar, no hagais caso de mis deseos, si no son conformes á vuestros eternos consejos: *Filia mea male à demonio vexatur.* ¡Ah! No sabeis pedir al Señor mas que su vida, y que alargue sus dias. Le concedió la vida, le alargó los dias, y despues los infinitos pe-

pesares con que sus licenciosas costumbres han contristado vuestro amor, y acaso la desnaturalizada desobediencia contra vosotros mismos, y el olvido del respeto y de la piedad paternal, os han dado á conocer que entonces no debia haber sido oida vuestra súplica, y que el beneficio con que entonces consoló el Señor el exceso de vuestro dolor fue el castigo mas terrible. Como nosotros ignoramos, Católicos, si el Señor quiere santificarnos por el camino de las aflicciones ó por el de la prosperidad, por el de la salud ó por el de la enfermedad, con la fama ó con los oprobrios, debemos siempre pedirle en nuestras oraciones que se cumpla en nosotros su voluntad eterna, y que nos guie por el camino que nos preparó desde el principio de los siglos; y no pedirle los bienes temporales, sino en quanto parezca á su sabiduría que son convenientes para nuestra eterna salud; pero los bienes de la gracia, la conversion del corazon, el que nos libre de nuestras pasiones, la fidelidad en la ocasion, la perseverancia en la virtud, todo esto se lo debemos pedir sin condiciones, ni restriccion alguna. La voluntad del Señor, dice el Apostol, siempre es que seamos santos, y nunca pueden ser excesivas nuestras súplicas en pedir lo que nunca se nos puede conceder con exceso. Pero en esto es en lo que muchas veces nos engañamos; y ó por justificar las oraciones interesadas y carnales, confundimos los intereses de eterna salud con los del amor propio, ó en las enfermedades habituales pensamos que si el Señor nos restituyera la salud seriamos menos tibios en su servicio, y tendriamos mas proporcion de exercitarnos en buenas obras, y tratar del negocio de la eternidad, y por eso no cesamos de pedirle que nos libre de nuestros males: en la desgracia nos persuadimos á que si aun gozaramos de una alhagueña fortuna socorreríamos á los pobres, favoreceríamos á los

justos, mantendríamos los intereses de los pueblos, defenderíamos á los desvalidos é inocentes contra la opresion y la injusticia, y de este modo formamos mil deseos de restituírnos á la fortuna y á la prosperidad. Si vivimos ocupados en grandes negocios, nos parece que un estado mas tranquilo nos dexaria mas tiempo para pensar en nuestra salvacion, y no cesamos de decir al Señor: no abandoneis, ó Dios mio, á los que os quieren servir y glorificar en vuestros dones; todo esto es ilusion, Católicos; el estado en que nos ha puesto la providencia es siempre el mas á proposito para nuestra salvacion; quanto mas nos desagrada este estado, mas medios halla la gracia para la santificacion; el pedir al Señor que nos saque de él, con pretexto de servirle en otro con mas fidelidad, es querer escusar á su vista el abuso que de él hacemos. Pero no basta pedir en la oracion lo que se debe, sino que es necesario pedirlo como se debe; y para esto nos servirá tambien de exemplo nuestra Cananéa.

SEGUNDA PARTE.

NO hay oracion, dice San Agustin, quando no es el corazon el que ora; porque Dios solamente oye al corazon. El idioma de éste siempre es fervoroso y abrazado; el corazon no conoce la tibieza ni la negligencia; y esta es la primera instruccion que encierra en sí la historia de nuestro Evangelio. Persuadida la santa muger á que hablaba con el dueño de los corazones, que la abundancia de palabras era propia de los adoradores de los dioses de Tyro y de Sidón, y que una sola expresion de viva fe agradaba mas al Dios verdadero, que los mas abundantes discursos, casi solamente se vale de su amor y su dolor en lugar de las palabras. Es verdad que gritó *clamavit*; pero aun fue mas fuerte el grito invisible de

su corazon. Lloró, pero sus lágrimas no fueron mas que una leve expresion de su pena; movia á los asistentes con el espectáculo de su desconsuelo, pero al mismo tiempo ofrecia á la vista de Jesu-Christo un corazon mucho mas compungido, y en su fervor consistia todo el merito de la oracion. A la verdad, Católicos, quando nos presentamos delante de nuestro Dios, tibios, flojos, distraídos; quando le exponemos nuestras necesidades como si fueran ajenas, quando parece que no tenemos interés en el negocio que tratamos con el Señor; quando dexamos hablar á nuestra lengua sin juntar á ella los religiosos movimientos de un corazon conmovido, ¿qué es lo que hacemos entonces? Escogemos la vista de Dios para que sea testigo de los desordenes de un espiritu ocioso, y de las tibiezas de un corazon infiel. Nos ponemos en su presencia para decirle que no le amamos; nos postramos á sus pies por no pensar en él, y para conversar solamente con las criaturas. En una palabra, le irritamos en el lugar de la propiciacion, y convertimos en delito el exercicio mas util y de mas consuelo que tiene la fé. Católicos, el fervor es esencialísimo á la oracion; lo primero, por razon de la Magestad del Señor á quien suplicamos, y así los respetos tibios son indignos de su grandeza, y si maldice al que hace su obra con negligencia, ¿qué otro acto de religion puede llamarse con mas propiedad su obra que la oracion? Lo segundo, por lo estimables que son las gracias que pedimos, ¿pues cómo es posible que hayamos de pedir los bienes eternos, las promesas de la vida futura, el don inestimable de la perseverancia, la posesion inmortal de Dios, bienes todos tan preciosos, ¿cómo es posible, vuelvo á decir, que los hayamos de pedir con tibieza? ¿No sería esto declarar que, ó no nos mueven estos bienes, ó que no los deseamos? ¿Puede bastar todo el corazon para desearlos? ¿Es posible que hayamos de ser en todo lo demás tan diligentes, y que para quedarnos frios y disgustados,

dos baste el ponernos en la presencia de Dios, y pensar en los bienes eternos? Finalmente, por la misma naturaleza de la oracion. Esta es un comercio amoroso con vuestro Dios, ¿pues cómo podreis estar en ella con una alma de hielo? Es la consideracion de sus infinitas perfecciones, ¿pues cómo podreis contemplarlas sin devocion? Es pensar en todos los bienes con que os ha favorecido: ¿pues qué cosa puede mover mas á un buen corazon que la memoria de las gracias recibidas? Es gemir por los pasados defectos: ¿Pues cómo es posible el acordarse con indiferencia, en la presencia del objeto que se ama, de las infidelidades que contra él se han cometido? Luego todo nos enseña á orar con fervor, y sin esta condicion la oracion no es mas que un desprecio del Señor, ó una ocupacion inutil de un espiritu ocioso y poco mortificado.

En segundo lugar, esta muger de Tyro unicamente quiere deber la gracia que solicita á la misericordia del hijo de David, y así la humildad de su oracion corresponde á lo vivo de su fé. No alega á su favor, ni el valor con que sale de su nacion, ni la fé con que abandona sus ídolos, y viene á buscar á un extranjero; no alega mas merito que su propia miseria para mover á Jesu-Christo: *Hijo de David, tened misericordia de mí*: la comparan con los mas viles animales, y en este oprobrio halla nuevo motivo de confianza; la dicen que primero son las ovejas de Israel, y se conforma con esta ignominia; no alega por excusa de sus pasadas supersticiones, ni para suavizar el odioso título que la dan, la casualidad del nacimiento, en que tan poca parte tenemos nosotros, y el que en ella mas era desgracia que pecado; no opondrá á la preferencia con que Jesu-Christo honra á los Judios, su ingratitud, su envidia, y su obstinacion, la que les hace aun mas culpables que á los habitantes de Tyro y de Sidon; la humildad es sencilla, y no vé mas que su propia nada; y á la verdad,

Ca.

Católicos, no hay cosa que tanto aparte de nosotros las gracias del cielo, como el buscar en nosotros mismos las razones de la divina liberalidad; en el principio de la conversion solemos algunas veces mirar con complacencia delante del Señor que alli adoramos, un natural feliz, que nos ha preservado siempre de muchos excesos, aun quando seguimos los caminos del delito; un caudal de religion y de temor de Dios, que en el mismo tiempo de nuestros desordenes nos inspiraba cierto respeto á la devocion y á los que la practicaban, y un secreto horror á aquellos hombres de pecado, que de la impiedad y del desprecio de las cosas santas hacen la diversion de sus desordenes; nos representamos en nuestro interior la idea de aquellos pecadores, para hacer honor á la que formamos de nosotros mismos; y nos decimos sin pensar, al pie de los Altares, como el Fariseo: yo no soy como los demás hombres; si estamos algo mas adelantados en la virtud, en vez de bendecir la mano que rompió nuestras cadenas, nos parece hallar en nuestra justificacion las razones que ha tenido el Señor para separarnos de tantos pecadores como se pierden, y de llamarnos á sus santos caminos; por eso quando clamamos al Señor en nuestras afflictiones, casi siempre mezclamos con nuestras súplicas la memoria de lo que hemos hecho por él, y mas parece que pedimos justicia que gracia; ponemos á su vista con complacencia una barca y algunos anzuelos olvidados, como los Apostoles; esto es, las obras mas leves que hemos hecho en su nombre. Le decimos con el corazon secretamente, ¿no nos habeis de dar algo por esto? *¿Quid ergo erit nobis?* (a) Nos acordamos de haber dado una limosna, de haber hecho una obra de misericordia, de haber exercitado

(a) Matth. 19. v. 27,

algun acto de religion, y al mismo tiempo que con una mano ofrecemos nuestras calamidades, con la otra hacemos presentes nuestros meritos; ponemos en un peso, como Job, nuestras justicias, y nuestras aflicciones, y muchas veces perdemos en la oracion el fruto de los pasados meritos, quando en ella debieramos adquirir otros nuevos; no nos gloriamos en la presencia del Señor, ni le decimos claramente: Vos, Señor, debéis mostrar algun agradecimiento á mi fidelidad; no puede ser que mis obras santas se hayan borrado absolutamente de vuestra vista, pues todo persevera vivo en vuestra presencia, pero en la desgracia que me affige he de conocer que no han sido vanos mis servicios; no le decimos esto á las claras, pero lo decimos en nuestro interior; no hacemos alarde de nuestros meritos, pero los ponemos de modo que se vean; nos cubrimos con nuestras buenas obras, y miramos á la Magestad del Altísimo por entre el velo lisongero de nuestras virtudes, sin acordarnos de que Moysés en la montaña levantaba el velo quando hablaba con el Señor, como para exponer mejor sus miserias, y no se valia de él sino quando se volvía hácia el pueblo, y como para ocultarse á sí mismo la memoria de las acciones heroycas y de los prodigios que habia obrado entre sus hermanos. Nunca puede el pecador presentar mejor título para alcanzar favores que su indignidad, y la clemencia de un Dios que no le debe mas que el castigo de sus culpas.

Por último, la Santa Cananéa añade al fervor y á la humildad de su oracion la perseverancia. Al principio no respondió Jesu-Christo á sus súplicas tan sumisas, tan humildes y tan fervorosas, mas que con un silencio indiferente: *Qui non respondit ei verbum.* Habia esta santa muger abandonado sus dioses, su país, hasta su hija que se estaba muriendo, por venir á buscarle, y no se dignó ni aun de mirarla. Le mani-

fies-

fiesta su dolor de un modo tan vivo, tan tierno, tan lleno de fé, y capaz de mover todos los corazones: los asistentes se enternecen, y solamente Jesu-Christo la mira con indiferencia; Jesu-Christo que habia de llorar por la rebelde Jerusalén; Jesu-Christo, á quien unicamente la confusion de una muger adúltera le halló tan indulgente y tan misericordioso; que se representaba á sus discipulos baxo la figura de un amoroso pastor, ocupado en buscar por las montañas las ovejas descarreadas. ¡ Jesu-Christo niega su amor y su atencion á esta muger que le viene á buscar desde una region tan distante! ¿Tanta fé, tantas lágrimas, tantos pasos merecian ser pagados con un silencio que así la desconsolase? ¿Qué otra fé no se hubiera acobardado con semejante rigor? *Qui non respondit ei verbum.* Con todo eso, esta muger fuerte persevera, y no se rinde su grande alma. Hasta ahora no se habia atrevido á presentarse al Salvador, y se habia contentado con levantar su voz desde lexos: *Dimitte eam, quia clamat post nos.* Pero á proporcion de la repulsa se vá acercando, y los rigores son los unicos atractivos de que se vale Jesu-Christo para ganarla. ¿Pero qué quiere decir, por último, con postrarse á los pies de Jesu-Christo? ¿Vá acaso movida de una secreta envidia á acordarle los muchos prodigios que ha obrado en otras partes; ó á decirle como los habitantes de Nazareth: Hemos sabido por las públicas noticias las cosas que habeis hecho en Caphárnaum? ¿Vá acaso á recoger todas las fuerzas que la habia dexado su afliccion, á valerse de los mas tiernos y eloqüentes afectos del amor maternal, y hacer el último esfuerzo para que el Señor se mueva y se la muestre propicio? esto era lo mas que podia esperarse de una muger infiel. Con todo eso miradla á los pies del Salvador, como adora en silencio los eternos consejos de su sabiduría para con ella: *At illa venit, & adoravit eum, dicens; Domine adjuva me.*

Tomo III.

Oo

Co-

Como se conforma en su interior con las severas disposiciones de su penitencia; como se humilla baxo la poderosa mano que la castiga; queda tranquila acerca de la suerte de su hija, y no vuelve á hablar palabra; la ha puesto mucho tiempo antes en las manos de su libertador, y ya no pide que la libre de su afliccion, sino que la dé fuerza para poderla sufrir: *Domine adjuva me*; Señor, ayudadme; se niega á sí misma hasta las lágrimas, que son el unico consuelo de los desgraciados; ahoga en sí los mas tiernos afectos de madre; hace que sus deseos se conformen con los decretos del Señor que adora; solamente porque no la oye se cree indigna de ser oída, y todas sus súplicas se reducen á que le dé una alma mas fuerte que su dolor: *Domine adjuva me*: Señor ayudadme: no concedais la salud á mi hija, si se oponen á ella vuestra justicia, y mi infidelidad; pero arrancad de mi corazon el amor que aun la tengo: *Domine adjuva me*. ¿Quién no creeria que este último paso habia de triunfar de la tardanza del Salvador? Con todo eso no responde á esta tan constante muger sino con rigurosas reprehensiones. No es justo, le dice, tomar el pan que está destinado para los hijos, y darle á los perros; pero no se ofende con un desprecio tan terrible: aumenta las instancias al paso que se aumentan las dificultades, y perseverando constante arranca, por decirlo así, de las manos de Jesu-Christo la gracia que el Señor la habia dilatado tanto tiempo; *O muger*, exclama, no pudiendo dexar de alabar en público lo que habia tanto tiempo que estaba admirando en secreto; *grande es tu fè, hagase lo que deseas*. Y esto, Católicos, es para nosotros otra instruccion acerca de la perseverancia en nuestras oraciones; muchas veces no nos oye el Señor, nos dexa en la afliccion de que le pedimos que nos saque, en las flaquezas que son causa de nuestros gemidos, en las tentaciones de que

siem-

siempre salimos medio vencidos. Entonces ya cesamos de pedir, nos parece inutil el repetir las súplicas que no oye, y aun mas tranquilos algunas veces en nuestras pasiones, despues de haber pedido en vano la libertad, nos parece que nada hemos omitido por nuestra parte, y que en adelante la gracia debe obrar lo que falta. Pero no quiero deciros que acaso no sois oídos porque pedís mal, que vuestra oracion lleva consigo misma las razones de negaros Dios lo que le pedís, y que es necesario corregir sus defectos, y no interrumpir su exercicio. No quiero deciros que acaso en una vida absolutamente mundana solicitais gracias que solamente son recompensa del retiro, de la penitencia, y de la oracion; que pedís el don precioso de la continencia y de la castidad, quando caminais á perderla con vuestras conexiones, con vuestra leccion, y con vuestras conversaciones; pedís la paciencia en los trabajos, quando al mismo tiempo estais continuamente buscando vuestras comodidades, y muy poco acostumbrados á sufrir; pedís gusto en la virtud, quando vuestras costumbres tibias y sensuales destruyen todas las gracias; fidelidad en las ocasiones, quando no velais sobre vuestro corazon, y despreciáis las mas esenciales precauciones de la piedad christiana. ¡Ah! no me admiro de que entonces os responda Jesu-Christo, como hoy á la Cananéa: *Que no es lícito tomar el pan de los hijos para echarlo á los perros*. Y que los favores que solicitais no son para los pecadores como vosotros, sino que están reservados para la fidelidad de las almas justas: *Non est bonum*. Supongo que pedís como se debe, pero digo que procedéis injustamente en retiraros quando no sois oídos. ¿Os parece, amados oyentes míos, de tan poca importancia la salvacion, que no merezca ser pedida mas de una vez? ¿Os parais al primer paso que dais para conseguir las cosas que deseais con ansia? ¿Los obstáculos en vuestras pre-

Oo 2

ten-

tensiones temporales sirven mas que de avivar y despertar vuestros deseos? Vosotros contais vuestros piosos con Jesu-Christo; ¿pero los contó acaso el Señor con vosotros, aun en medio de haberle despreciado tantas veces? ¿No vuelve todavía á presentarse á la puerta de vuestro corazón con tanto deseo de vuestra salud, quando os llama á la hora undécima del dia, como quando os llamaba á la primera? ¡Ah! si despues de algunas inspiraciones de su gracia se hubiera retirado absolutamente de vosotros, si solamente porque no le pudieseis atribuir la culpa de vuestra perdicion, se hubiera contentado con avisaros una vez, y os hubiera dexado despues en manos de vuestra corrupcion, ¿qué sería de vosotros? ¡oh hombre! ¿podrá haber exceso en pedir el unico bien que necesitas? ¿Ignoras que tu Dios quiere ser instado, solicitado, importunado, y que tanto su gracia como su Reyno unicamente son premio de la violencia? Por otra parte, Dios os niega lo que le pedís, pero es para obligaros á que le roguéis por mas tiempo. Conoce el carácter de vuestro corazón; sino tuvierais cosa alguna que desear de su liberalidad, jamás os encomendariais á él; si os hubiera oído á la primera vez, el beneficio es hubiera hecho olvidar del bienhechor. Dios os niega lo que le pedís ¿pero qué sabeis si vuestra misma oracion es mas agradable á Dios que la virtud que le pedís? ¿Si gusta mas de oír vuestros gemidos por vuestra impaciencia, por vuestras flaquezas, que de veros mas paciente y mas fiel? ¿si la compuncion con que le ofrecéis vustras faltas en la oracion os purifica mas á su vista, que la emienda de esos mismos defectos? Y finalmente, ¿qué sabeis si os cansasteis de orar al mismo tiempo que estabais para alcanzar lo que pediais; y quando el Señor no esperaba mas que una nueva instancia? Orasteis, y no os oyó; volvisteis á clamar de nuevo, y calló; otra vez volvió á subir al Señor la

VOZ

voz de vuestro corazón, y fue en vano; y entonces parasteis aquí, como aquel Rey de Israel despues de haber herido tres veces la tierra con su lanza; ¿pero por qué no proseguís? como respondió el Profeta Eliséo á aquel imprudente Principe: *Si hubieras herido hasta cinco veces, quedaba destruida la Asiria, y hubieras conseguido una completa victoria de tus enemigos.* Dios habia señalado el instante de su gracia á una nueva súplica; vuestros primeros votos le habian ya dispuesto, y no faltaba mas que acabar la obra. Desfallecisteis quando estabais para recoger el fruto de vuestros trabajos: *Si percussisses quinquies.* (a) Si hubierais tenido un poco mas de perseverancia hubierais alcanzado lo que pediais: si hubierais llamado otra vez á la puerta, os hubieran abierto: si hubierais hecho un nuevo esfuerzo hubierais triunfado de la lentitud del mismo Dios; y con retiraros perdeis las gracias que ya habiais merecido, y las que estabais para alcanzar; os suplico que hagais aquí una reflexion, y es, que no basta el continuar simplemente, y no desanimarse, sino que es necesario aumentar los esfuerzos despues de haber pedido é instado; si no habeis conseguido, es necesario llamar.

Y á la verdad, Católicos, Dios solo dilata el oírnos para hacer que sean mas fervorosas nuestras súplicas; parece que las desprecia para inflamar mas nuestros deseos. Esta es una de aquellas ficciones del Amor divino, el que parece se nos niega para avivar mas nuestro afecto, y muchas veces renueva para con las almas fieles la historia de los discípulos que iban á Emmaús; esto es, parece que se retira de ellas para que le insten mas á que se detenga. Este es el fin de Dios en suspender sus gracias. Pero me direis que no

ha-

(a) 4. Reg. 13. v. 19.

habeis dexado de pedir desde el fatal instante en que pereció vuestra inocencia; desde aquel día funesto que mudó vuestra alegría en tristeza, y en que perdisteis los medios de vuestra fortuna, y desde que la mano del Señor os hirió con aquella cruel enfermedad que os hace tan amarga la vida; no habeis cesado de pedirle fuerza para levantaros de vuestra culpa, fé para llevar la adversidad, una paciencia christiana que os haga poseer vuestras almas, haciendos dueños de ellas, que os dexé sufrir sin quejaros ni murmurar, y con todo eso hoy os hallais tan fragil, tan triste, tan inquieto como en el primer instante en que empezasteis á orar al Señor; vosotros perseverais, y el Señor no os responde. Pero os pregunto, ¿habeis hecho mas vivas instancias por haber tardado el Señor? ¿Habeis añadido á la oracion el socorro del ayuno y de la penitencia? ¿Habeis tentado nuevos caminos para vencer al Señor? ¿Se ha avivado vuestro fervor, se ha aumentado vuestra fidelidad, se han multiplicado vuestras obras christianas? Finalmente, ¿habeis enviado al cielo mas penetrantes clamores despues que visteis que los primeros fueron inutiles; y como los Israelitas, despues de haber dado vueltas al rededor de las murallas de Jericó, por espacio de seis dias, habeis añadido al septimo el ruido de las trompetas, y los alaridos, como para triunfar del mismo Dios con este nuevo esfuerzo, y ver caer á vuestros pies la pasion de que tantas veces habiais deseado libertaros? ¡Ah! el Señor no os oye porque siempre pedís de un mismo modo, por mas que se niegue á vosotros no sentís suficientemente su desvio, y así no clama vuestra voz con nuevo esfuerzo.

¡Ah! bien pudiera yo deciros aqui con realidad lo que en otro tiempo decia por burla Elías á los Profetas de Baal congregados en Bethél para sacrificar á su Dios; gritad mas, porque vuestro Dios se duerme algunas ve-

veces, y necesita de que le despierten. La Cananéa no siempre se contenta con decir: Hijo de David, mi hija se halla cruelmente atormentada; sino que se acerca; hace nuevos esfuerzos; finalmente, obliga tambien á los discipulos á que intercedan por ella con Jesu-Christo. Y este, Católicos, es el modelo de nuestra perseverancia. Dirijamos á Dios nuestras súplicas y nuestras oraciones; si no nos oye, volvamos á este santo ejercicio con nuevo fervor; si continúa manifestandose sordo á nuestros gritos, en vez de acobardarnos, debemos volver á instarle, y hacerle una especie de violencia para arrancarle sus gracias; intereseamos á los justos en nuestra causa, ellos son amigos de Dios, y pueden mucho con su Divina Magestad. Pero no femos en las oraciones de los justos, quando nosotros no oramos por nosotros mismos. Los Apostoles que piden por la Cananéa no son oídos, y la Cananéa alcanza despues la gracia por sí misma, enseñandonos en esto, dice San Juan Chrisostomo, que las súplicas que nosotros mismos hacemos á Dios, por mas pecadores que seamos, le mueven mas que las que otros hacen por nosotros, por mas puras que sean en su presencia. Con todo eso, la piedad de cierta clase de personas consiste solamente en honrar á los siervos de Jesu Christo, en encomendar á su piedad y al mérito de sus oraciones las necesidades de su alma. ¿Pero de qué sirve, Católicos, el interesar á los justos en vuestra eterna salud, si no quereis trabajar en ella vosotros mismos? ¿De qué sirve que las almas santas digan todos los dias: Señor, convertid aquella alma que rescatasteis con vuestra sangre, si por otra parte decís vosotros: Yo todavía no puedo convertirme á Vos; no rompáis unos lazos que me agradan, y que todavía no puedo aborrecer? Os pareceis á aquel desgraciado Simon, que no queriendo participar de la gracia del Evangelio, y de la

la predicacion de los Apostoles, ni salir de sus desordenados caminos, pedia no obstante á los discipulos que rogasen á Dios por él: *Precamini vos pro me ad Dominum.* (a) No pongais obstáculos á las gracias que se solicitan para vosotros, y entonces serán poderosas las oraciones de los justos. Pedid continuamente al Señor que os dé un nuevo corazon, que aniquile vuestros injustos deseos, que oyga las súplicas de sus siervos, que no se cansen estos de pedir vuestra conversion; orad, os vuelvo á decir, y no os canséis de orar; si sois pecador no os queda otro arbitrio para recobrar la gracia; si sois justo, unicamente la podeis conservar por este medio.

¡Ah! ¿No es felicidad el que la divina misericordia os haya abierto un camino de salvacion tan facil y de tanto consuelo? El Señor es aquel hombre del Evangelio, que despues de algunas dificultades no puede negar tres panes á un amigo que se los pide con instancia; es aquel Padre que no puede dár un escorpion á sus hijos quando le piden el sustento; en una palabra, es aquel Juez vencido de las instancias de la viuda, que concede por último á su importunidad lo que antes habia negado á sus primeros clamores; y el mismo Jesu Christo que es el autor de estas parábolas de tanto consuelo, las aplica al Juez celestial. Dios mio, Vos mismo convidais al pecador á que os pida gracias, parece que tenéis interés en hacer feliz al hombre, y que no sois bastante para Vos mismo.

¡Ah, Católicos! ¿de qué proviene, pues, que un ejercicio tan util para la humana flaqueza sea tan despreciado de nosotros? ¿De qué proviene que todos los dias se recurra en el mundo á nuevos artificios para aliviar las molestias de la vida mundana, para ocupar los ins-

(a) *Act. 8. v. 24.*

instantes que dexa vacíos la variedad de los deleytes, y que no se haya de hallar tiempo para orar? ¿Es posible que un Dios á quien debieran consagrarse todos los instantes del dia no ha de tener alguna parte en ellos? No os quiero arguir aquí del mal uso que haceis del tiempo, que tan precioso debe ser para los Christianos, dedicandole á juegos excesivos, á entretenimientos vanos, y á unas casi continuas inutilidades; pero á lo menos separad algunos instantes para llorar delante de vuestro Dios por lo mal que habeis empleado los demás. No os pregunto en qué empleais vuestros dias y vuestros años, pero á lo menos no los paseis todos sin acordaros del Autor de vuestro sér, y del Juez de vuestras acciones; consagradle algunas horas, que no se las disputen ni las ocupaciones, ni los placeres. Acordaos de que Daniel quiso mas exponerse á perder la vida, que faltar á la hora de su oracion; ofrecedle en compañía de vuestra familia oraciones comunes; no tengais á la oracion, que debe ser la ocupacion continua de los Christianos, por ejercicio solamente de las almas retiradas: y Vos ¡oh Dios mio! formad en nuestros corazones aquellos deseos, que unicamente pueden venir de vuestras inspiraciones, derramad sobre nosotros aquella gracia de la oracion, que es el principio de todas las demás; dadnos el Espiritu Santo, que es el invisible Maestro que enseña á orar, y preparadnos los bienes eternos, inspirandonos el deseo de pedirlos. Amen.

SERMON
PARA EL VIERNES
DE LA PRIMERA SEMANA
DE QUARESMA.
SOBRE LA CONFESION.

In his jacebat multitudo magna languentium, cæcorum, claudorum, aridorum, expectantium aque motum.

En los Pórticos ó Galerías de la Piscina estaban echados en tierra muchos enfermos, cojos, ciegos, y paralíticos, y todos estaban esperando el movimiento del agua. *Joan. 5. v. 3.*

¿Qué piscina es esta, Católicos, situada cerca de la puerta de las víctimas? ¿Qué enfermos son estos que veo al rededor, y cuya mayor parte espera en vano la salud? ¿En qué consiste que solamente un paralítico de treinta y ocho años recobre una per-

perfecta sanidad, y que entre tantos enfermos escoja Jesu-Christo al mas desesperado, quando niega su socorro á otras enfermedades mas comunes y menos inveteradas?

Ya se os ha dicho muchas veces, Católicos, que aquella misteriosa Piscina, teñida con la sangre de las víctimas, representaba el sagrado baño de la penitencia, teñido con la sangre del Cordero, la que purifica nuestras conciencias, y cura todas nuestras enfermedades; aquellos enfermos que padecian todo género de males, que esperaban en las galerías, y entre los quales apenas se halla uno que merezca ser curado, nos representan la multitud de fieles que todos los dias llegan á este Sacramento con tan poco fruto. En el Paralítico que recobró la salud teneis la imagen de un pecador envejecido, el que movido de la desgracia de su estado merece la atencion de Jesu-Christo, y consigue la gracia de una perfecta libertad.

¿Pero de qué proviene, Católicos, el que este divino remedio sea tan inutil para muchos pecadores que llegan á recibirle? ¿Acaso las gracias de los Sacramentos han perdido algo de su primera virtud con la sucesion de los tiempos, ó con la duracion de los siglos? ¿Acaso las primicias de la sangre de Jesu-Christo recientemente derramada eran mas poderosas para la conversion de los pecadores en el nacimiento de la fé, que en estos últimos tiempos? ¿Sucede por ventura á la virtud de Dios lo que á las cosas humanas, que aunque sean perfectas en sus principios, siempre padecen por la fatal ley de los tiempos, y se debilitan con los años? ¿De qué proviene que no habiendose visto nunca tantos pecadores al rededor de nuestros Confesonarios, tampoco se hayan visto menos penitentes? ¿De qué proviene que un siglo en que la decadencia de las costumbres ha hecho tan necesario este remedio, en que la condescendencia de los Ministros, y las mismas mitigaciones de la disciplina le han hecho tan facil y tan familiar, falta poco para

que sea inútil? ¿De qué proviene finalmente, que en aquellos felices siglos, en que los penitentes postrados en los pórticos de nuestros templos esperaban tanto tiempo la gracia de la reconciliación, casi ninguno baxaba á la Piscina que no hallase en ella una segunda inocencia; y que hoy quando ninguno espera á las orillas de este sagrado baño, en que los Angeles del Señor casi no conocen la dilación, y conceden á las primeras súplicas de los pecadores la virtud de su ministerio, ¿de qué proviene que el mismo remedio parece que dilata los males en vez de curarlos?

Yo hallo para esto tres razones, figuradas en los tres géneros de enfermos de que hoy hace mención el Evangelio. Los primeros eran ciegos, *cæcorum*, y estos son aquellos pecadores que viniendo á manifestarse en el Tribunal de la penitencia no se conocen á sí mismos. Los segundos eran cojos, *claudorum*, y son aquellos pecadores que no guardan rectitud y sinceridad en la confesión de sus culpas. Los últimos eran los paralíticos *aridorum*, y son los pecadores insensibles que no llevan al Sacramento de la Penitencia afecto alguno de verdadero dolor.

Y ved aquí los tres defectos que hacen que la mayor parte de las Confesiones sean inútiles, por no decir sacrilegas; una falta de luz en el exámen, *cæcorum*: Una falta de sinceridad en la manifestación de los pecados, *claudorum*: Y una falta de dolor en el arrepentimiento, *aridorum*. Sigamos esta idea fundada en nuestro Evangelio, la que nos dará instrucciones muy importantes en una materia de tanta utilidad para los fieles. Imploramos, &c. *Ave Maria.*

PRIMERA PARTE.

LA ceguera es entre todas las penas del pecado la mas universal. No hay hombre que no sea ciego en ciertos asuntos, y que no se engañe á sí mismo por algun lado. El hombre casi siempre es un misterio para sí mismo; siempre reside el amor propio en su corazón y en su entendimiento; todo lo que vemos de nosotros mismos, lo vemos por entre una engañosa nube: solamente la vista de la fé puede disiparla y leer en este obscuro libro, como dice el Apostol; pero como no hay cosa mas rara que el valernos de la fé, tampoco la hay mas rara que el conocernos á nosotros mismos.

Esta falta de conocimiento de sí mismo que pone un obstáculo tan grande á la multitud de nuestras Confesiones, y que está figurado en aquella multitud de ciegos que están echados á orillas de la Piscina, *multitudo magna cæcorum*, nace de tres principios; el primero, que no nos exáminamos con tiempo y madurez; el segundo, que solo nos exáminamos segun nuestras propias preocupaciones; finalmente, el tercero, que nunca nos exáminamos acerca de todas nuestras obligaciones.

No nos exáminamos con bastante tiempo. Sí, Católicos, toda la vida del Christiano debe ser un exámen, y una censura continua y secreta de sus acciones, de sus deseos, y de sus pensamientos. Como la inconstancia es el verdadero carácter de nuestro corazón, y como cada instante y cada objeto vé renacer en nosotros nuevas impresiones, si nos perdemos de vista un instante á nosotros mismos, ya no nos conocemos. En nuestro interior se forma una sucesion continua y rápida de deseos, envidias, temores, esperanzas, alegrías, pesares, ódios, y amores, y si no observamos continuamente estos diversos y ocultos caminos de nuestras pasio-

siones, no volvemos á vér ni los principios ni los fines. Ellas se confunden, por decirlo así, con su multitud; y nuestro corazon se hace un abismo que no podemos sondear, y del que nunca vemos mas que la superficie.

Luego es abuso el persuadirse que para ir al Tribunal de la Penitencia con un exácto conocimiento, despues de una vida distraída y muadana, basta dedicar antes de presentarse al Sacerdote algunos breves instantes á exáminar la conciencia. Unicamente la continúa vigilancia sobre todas nuestras acciones puede disponernos para la confesion de nuestras culpas; porque ella sola nos puede hacer patentes á nosotros mismos. Es necesario acostumbrarse á tomarse cuenta continuamente á sí mismo, entrar en juicio con nuestro corazon casi sobre cada una de nuestras acciones, y á lo menos en el silencio de la noche, como dice el Profeta, y despues que se han acabado cada día las inutilidades, las cortesías, y las obligaciones de nuestro estado, presentar en nuestras manos nuestra alma al Señor, pensar en su presencia el uso que hemos hecho del día que ha pasado, y con estos diarios exámenes de nuestra conciencia familiarizarnos, por decirlo así, con nosotros mismos, y disponernos para llevar á los pies del Confesor un corazon probado, y unas inclinaciones mil veces exáminadas.

Este es el exámen con que nos debemos disponer á la confesion de nuestras culpas; una atencion diaria sobre nosotros mismos; permitidme ahora, Católicos, que os pregunte, ¿si habeis llegado hasta ahora al Tribunal de la Penitencia con una conciencia probada de este modo? Toda vuestra vida es un continuo olvido de vosotros mismos, una vida llena toda de cuidados, de deleytes, y de inquietudes. Toda vuestra atencion se reduce á no estar un instante solos con vosotros mismos, á buscar diversiones que impidan el reflexionar sobre vuestro estado; el unico instante que dedicais á este exámen es un instante de mortal enfado que os consume, y cuya triste-

teza no podeis sufrir, ¿pues cómo quereis que un breve intervalo de tiempo que dedicais antes de la confesion á exáminar vuestra vida, un intervalo que apenas bastaria para calmar vuestra imaginacion, para desterrar las tumultuosas imagenes que en ella han dexado el mundo y los placeres, baste para registrar vuestro corazon, para aclararle, para conocerle, é ir á manifestarle al Sacerdote? ¿Cómo quereis que tantos deseos injustos como habeis formado, casi sin saberlo, tantas complacencias culpables, de que no habeis hecho caso, tantas intenciones sospechosas, que nunca habeis conocido, tantos cuidados por vuestro cuerpo, que procedian de un principio dañado, y que no habeis exáminado jamás, tantas pasiones, que naciendo en vuestro corazon bastaron para mancharle, pero por faltar las ocasiones mas bien que los deseos se han borrado ya de nuestra memoria? ¿Cómo quereis que este abismo en el que jamás habeis entrado la luz, se ilumine en un instante, y que una conciencia con la que nunca habeis vivido, por decirlo así, se os haga desde luego conocida y familiar?

Y así, ¿qué otra cosa vemos todos los días en el Tribunal de la Penitencia sino ciegos que no se conocen á sí mismos? *Multitudo magna caecorum.* ¿Qué otra cosa oímos mas que pinturas vagas y superficiales? La historia pública y exterior de los pecadores, lo público de sus desordenes, y ciertas caídas manifiestas, que siempre son efectos de mil caídas invisibles en que nunca han reparado, nos dicen, como hoy del Parálitico, el número de años que hace que están encenagados en su enfermedad. *Triginta & octo annos habens in infirmitate sua.* (a) Nos refieren la historia de su vida, pero ignoran la de su corazon; este

(a) Joan. 5. v. 5.

es el primer defecto de nuestros exámenes; no gastamos mas tiempo en examinarnos que el instante que precede á la confesion, y cada dia debiera ser un exámen que nos dispusiera para ella.

El segundo defecto de nuestros exámenes consiste en que nunca nos examinamos mas que segun nuestras propias preocupaciones; porque ¿qué es examinarse? Es poner a un lado las máximas de Jesu-Christo, y á otro aquella parte de nuestra vida que queremos conocer; vér en cada accion lo que el Evangelio manda, permite ó prohíbe; cotejar estas reglas santas con nuestras acciones, y por este paralelo, por el qual hemos de ser juzgados algun dia, juzgarnos anticipadamente nosotros mismos.

Pero en el exámen de la conciencia cada uno substituye á estas santas reglas las preocupaciones de su amor propio; porque este opone en secreto á todo lo que nos obliga unas preocupaciones, que ó lo impugnan, ó lo mitigan; unas preocupaciones del nacimiento, de las dignidades, de la ambicion, de el uso de las riquezas, de los peligros, de las costumbres; finalmente, unas preocupaciones contra todos los preceptos.

En punto de el nacimiento; la regla es que en Jesu-Christo no hay noble, ni plebeyo, y que no proponiendo el Evangelio mas que unas mismas obligaciones á los grandes y al pueblo, la elevacion de el nacimiento, en vez de ser privilegio, mas sirve de obstáculo, y por consiguiente debe considerarse como desgracia en orden á la salud eterna, porque nos hace mas difícil el cumplimiento de estas obligaciones. Esta es la regla por donde debemos examinarnos; pero la preocupacion dice que quanto mas distinguido es el nacimiento, mas debemos mirarle como una prerrogativa que mitiga para con nosotros las penosas obli-

ga-

gaciones de la ley que nos dispensa del aborrecimiento del mundo, del huir de los deleytes, y de las austeridades de este santo tiempo, y nos permite el que sintamos las injurias, el disimulo y el dobléz en las conversaciones, la altivéz en la autoridad, y la relajacion en las costumbres; y este es el modo con que nos juzgamos á nosotros mismos.

En punto de las dignidades; la regla es que éstas están establecidas para defensa y utilidad de los pueblos, y no para mantener la soberbia, y servir de fomento á los placeres de los que las poseen; y que el que es Príncipe, Ministro, Magistrado, hombre de república, lo es para los otros, y no para sí mismo. Esta es la regla; la preocupacion es que los cargos deben medirse por la costumbre, y no por su institucion. Nos atengamos á lo que hicieron nuestros predecesores; no examinamos lo que debieran haber hecho; nos parece que por ser legitimos sucesores de su autoridad, lo somos tambien de los abusos que siempre cometieron, y que los públicos desordenes que han llegado á nosotros por la tradicion son derechos inseparables de nuestros cargos; y de este modo nos examinamos acerca de las públicas obligaciones.

En punto de la ambicion; la regla es que estando obligados á vivir como estrangeros en la tierra, y á no amar al mundo ni á las cosas que en él hay, debemos temer todo lo que puede hacer demasiado amable nuestro destierro. Esta es la regla; y la preocupacion es pensar que los cuidados, los arbitrios, y los medios para elevarse, el sentimiento vivo y profundo de verse atrasado, la oculta disposicion de sacrificar nuestros coopositores á nuestra fortuna, sino podemos elevarnos sino sobre sus ruinas, la oculta aversion á los que nos son preferidos; en una palabra, pensar que aquella ambicion dominante en que propiamente consiste toda la vida de la Corte, y que

es el alma de toda nuestra conducta, es una noble emulacion que nos inspira nuestra sangre, ó que son inclinaciones arregladas y prudentes, mas dignas de la razon que los frívolos deleytes, y los excesos á que se entregan los que no piensan con solidéz, y sacrifican su fortuna á sus deleytes; y examinamos nuestro corazon en la presencia de Dios por estas falsas ideas.

En punto de las riquezas, la regla es que no sois dueños absolutos de ellas; que vuestra abundancia es el patrimonio de los necesitados; que el Evangelio, y no el mundo, debe reglar el porte de vuestro estado. Esta es la regla; la preocupacion es, no tener jamás por excesivas las profusiones que puede mantener nuestra renta, ni aun aquellas que exceden á nuestras fuerzas, si las autoriza la costumbre; bien conocemos que atra-san nuestras casas, pero no que sean perjudiciales á la conciencia; y fundados en esta seguridad nos examinamos acerca del uso que hacemos de las riquezas.

Finalmente, en punto de las costumbres, la regla es que hemos de ser juzgados por los preceptos de Jesu-Christo, y no por las costumbres de nuestro siglo; que los malos exemplos, por mas universales que sean, nunca autorizan los abusos que condena la ley; y al contrario, que conformarse con la multitud es seguir el camino que guía siempre á la muerte. Esta es la regla; la preocupacion es que todo lo que está autorizado con el exemplo público no puede ser culpable. Todas las personas de nuestra clase y de nuestra edad, suele decirse, usan de estos adornos, se valen de este artificio para que sobresalga mas una vana hermosura, y para añadir á la obra del Criador una gracia que él no quiso poner en ella, y no hacen escrupulo de esto. Todos los de nuestro estado pretenden y solicitan los honores del Santuario, dicen unos, les parece que este es el único medio para conseguirlos. Casi

to-

todo el mundo, dicen otros, se vale de este medio para adelantar su caudal, y ya se tiene por lícito, y así todos viven tranquilos teniendo por lícitas sus acciones, fiados en el comun exemplo; la costumbre es nuestro único Evangelio, y pasa tan adelante la ilusion, que nos desdeñamos de acusarnos en la confesion de estas faltas, y nos parece razonable el violentarnos en algun modo para despreciarlas, porque las miramos como escrupulos pueriles de almas flacas y tímidas.

Esta es, Señores, una de las principales causas de la inutilidad de nuestras confesiones. Nadie se examina con las luces de la fé, y con las reglas del Evangelio; cada uno presenta en la confesion sus preocupaciones, en vez de presentar sus pecados. Nuestros errores son las unicas luces que nos sirven de guía, y el exámen de la conciencia sirve, para la mayor parte de los fieles, de esparcir sobre ella nuevas tinieblas. Por eso oímos todos los dias en el confesonario á unos pecadores que mezclan con la confesion de sus culpas las máximas del siglo y el idioma de las pasiones, que hablan como el mundo en un lugar destinado á condenarle; y que en el modo con que se confiesan culpables dán bien á entender que aun ignoran sus delitos.

Finalmente, el último defecto de nuestros exámenes es que nunca nos examinamos en orden á todas nuestras obligaciones, de padre de familias, de persona pública, de miembro del cuerpo de los fieles. No conocemos en nosotros sino los defectos personales.

Como Padre de familias, ¿habeis hecho de vuestra casa una Iglesia domestica? ¿Se os ha visto nunca á la cabeza de vuestros hijos ó de vuestros criados, ofrecer á Dios, como los Patriarcas, el sacrificio de la tarde y de la mañana, y las inocentes y comunes súplicas de una santa familia? ¿Habeis cultivado en

Qq 2

vues-

vuestros hijos la gracia de su bautismo, fiada á vuestros cuidados, criándolos en la fé y en la devoción? ¿Habeis confirmado vuestra doctrina con vuestro exemplo? ¿En el destino que les habeis dado, habeis atendido mas á su salvacion que á vuestros propios intereses? ¿No han sido vuestras disposiciones las que han decidido de su vocacion, y no las ordenes del cielo? ¿Os habeis mirado como padre y pastor de vuestra familia? ¿No os habeis olvidado de que el despreciar su alma es ser peor que un infiel? ¿Dónde están los que en el exámen de su conciencia reparan en todas estas circunstancias de la fé y de la religion?

Como miembro del cuerpo de los fieles debeis servir á vuestros próximos de edificacion, y de espectáculo de una vida arreglada e irreprehensible. Quanto mas ensalzados estéis, mas rigurosa es vuestra obligacion en este particular, porque vuestro exemplo es por esa misma razon mas util ó mas peligroso. Ahora bien, ¿qué de imitadores no ha dado vuestra clase á vuestros desórdenes? ¿Quántas almas han perecido por haber servido á vuestros placeres y á vuestras pasiones? ¿A cuántas habeis engañado con vuestras persuasiones, arrastrado con vuestra autoridad, y entibiado con vuestras irrisiones y censuras? ¿Muger del mundo, cuántos corazones ha corrompido la libertad de tus conversaciones, la indecencia de tu porte, y el escándalo de tus costumbres? Aquellos hombres débiles que han perecido tantas veces á tu vista, y cuya flaqueza tanto lisongeaba á tu vanidad; aquellos infelices criados, delante de los quales te presentabas sin precaucion, ó á quienes empleabas en unos cuidados de tu cuerpo, de los que nunca salia entera su inocencia? ¿Qué delitos estos! ¿Y con todo eso, ni aun escrúpulo hacemos de ellos!

Finalmente, sois hombre de republica, ¿qué desgracias no han ocasionado á los pueblos vuestra inacion,

cion, vuestra flaqueza, vuestra complacencia, vuestra obstinacion, y aun acaso vuestros particulares intereses? ¿A cuántos malos protegisteis? ¿A cuántas personas honradas despreciasteis? ¿A cuántos inocentes oprimisteis? ¿A cuántas violencias é injusticias ha servido de pretexto vuestro nombre por la excesiva confianza con que os habeis entregado á unos subalternos iniquos y corrompidos? ¿De qué infinidad de delitos, que nacen unos de otros, no habeis sido causa, los que os ha de imputar el mismo Dios? Sondead ese abismo, si podeis: ¿Y con todo eso ni siquiera le mirais?

Estos son los ciegos que están echados sobre la orilla de la Piscina, los que no curó el Salvador: *Multitudo magna cæcorum*. Por eso nos admiramos todos los dias de que unas personas que viven en aquel genero de mundo que condena Jesu-Christo, en la ociosidad de las conversaciones, y en los peligros de las concurrencias, en los deleytes del juego y de los espectáculos, en la vanidad é indecencia de los adornos, en los movimientos de la ambicion, y en las locuras de las concurrencias, en la sensualidad, y muchas veces en el exceso de los banquetes, nos admiramos de que estas personas no tengan casi nada que decirnos quando vienen al Tribunal de la confesion á manifestarnos las llagas de su conciencia; que les cueste trabajo el hallar de que acusarse; y que reduzcan la relacion de un año entero de vida mundana á tan corto espacio de tiempo, que apenas bastaria para referir las culpas que han cometido en un solo dia: Nos admiramos, vuelvo á decir, quando al mismo tiempo una alma justa repasa á nuestros pies, en la amargura de su corazon, algunas leves imperfecciones que la aumenta su piedad; descubre, aun en sus virtudes, materia de acusacion y penitencia; nunca acaba de referir sus flaquezas; la parece que los movimientos involun-

luntarios de la naturaleza son actos libres de la voluntad; la parece ver en unos movimientos, que empiezan á nacer, toda la vergüenza del consentimiento, y no ve en el repentino sacrificio que ella hizo todo el merito de una fiel resistencia. Desconfia aun de las luces del sagrado Director que la gobierna y asegura; y como Pedro en el exceso de su oracion en Joppé, cree ver objetos inmundos y prohibidos por la ley, aun quando un Embaxador celestial condena sus temores, y le permite que use de ellos.

¿De qué proviene esta diferencia? De que el uno vela continuamente en guarda de su propio corazon, y el otro no se examina hasta que ha de ir á confesarse. El uno se juzga con las luces de la fé, y el otro con las preocupaciones de su amor propio. Finalmente, el uno conoce todas sus obligaciones, y las reflexiona; el otro no se examina mas que acerca de algunas obligaciones mas palpables y mas conocidas, de las que tambien ignora la extension y consequencias. Por eso, ó Dios mio, derramais vuestras luces sobre el justo, y castigais los desordenes del alma mundana, permitiendo que los ignore. Pero no solamente falta la luz necesaria á nuestro exámen, sino que tambien faltamos á la sinceridad en la manifestacion de nuestras culpas.

SEGUNDA PARTE.

Nada le cuesta al hombre mas repugnancia que el confesarse culpado. Como la soberbia es nuestra principal inclinacion, y por otra parte el interior conocimiento de nuestras culpas no nos permite el ignorar que si nos manifestamos como en la realidad somos, merecemos el mayor desprecio, tenemos una grande inclinacion al disimulo en orden á lo que

pa-

pasa en nuestro interior; toda nuestra vida es un continuo disfráz; en todas nuestras acciones fingimos lo que no somos, y nunca somos lo que manifestamos. Esta es la condicion del hombre. Como nació soberbio y miserable, no puede parecer grande sino mostrando lo que no es, y el disfráz es el único recurso de su vanidad.

Pero lo mas deplorable es que nuestra soberbia toma tambien parte en nuestras humillaciones; que la confesion de nuestros delitos es las mas veces un artificio culpable que los desfigura; y llevamos el disimulo hasta los mismos pies del Tribunal terrible adonde vamos á manifestar los secretos de nuestras conciencias, y á juzgarnos delante de Jesu-Christo. Esta es la segunda especie de pecadores, figurados en los cojos de nuestro Evangelio: *Multitudo magna claudorum*. Esto es, de aquellos pecadores que no caminan á Dios por el camino derecho, y que no llegan al sagrado baño de la penitencia con aquella reñitud y aquella sencillez de corazon que cura la herida descubriendola. Confieso que se hallan pocas de aquellas almas infames y malditas de Dios, que deliberadamente vienen á mentir al Espiritu Santo, á ocultar al Sacerdote los horrores de una conciencia corrompida, á insultar á la religion hasta en el mismo lugar del arrepentimiento, y de la misericordia, y á hacer del Sacramento que nos absuelve el mayor de todos sus delitos. Para unas almas de esta especie se necesitaba de rayos, y no de instrucciones, ó no hablarlas, sino como habló en otro tiempo San Pedro á Ananías y á Saphira, que fueron el funesto exemplar de los que vienen á los pies de los Ministros á mentir al Espiritu Santo. Este genero de disimulo supone una total extincion de la fé y del temor de Dios, de lo que pocas almas son capaces.

Pero hay otra especie de disimulo de que no

se

se hace escrupulo, que mezcla con la confesion del delito los artificios y disfraces de la soberbia; que no manifiesta del todo la conciencia, y juzga haberla manifestado suficientemente; que descubre el pecado, y oculta, por decirlo asi, el pecador. Este defecto, pues, de rectitud y de sinceridad, tan frecuente en el Tribunal de la penitencia, consiste, ó en no usar de expresiones claras, ó en callar los motivos y principios de las acciones, ó en manifestar por la parte que nos es mas favorable aquellos puntos dudosos que admiten varios sentidos.

Dixe; ó en no usar de expresiones claras; sí, Católicos, el primer cuidado de la mayor parte de los pecadores, quando se disponen á la penitencia, no es el conocer sus defectos, sino meditar en qué terminos se los han de dar á conocer al Sagrado Ministro que los ha de oír. La cuidadosa disposicion de tales expresiones que suavicen el horror de sus delitos es casi el único examen, y la única preparacion que precede á sus confesiones; y el hallarse dispuestos para recibir el Sacramento consiste precisamente, en esta especie de pecadores, en haber hallado, despues de muy secretas pesquisas, aquel modo de confesarse culpados que dé menos á conocer sus faltas.

Lo primero, pasan rápidamente por las mas vergonzosas llagas de su alma, temiendo detener mucho en ellas la atencion del Ministro; encierran en una sola palabra las mas vergonzosas caídas; las refieren en unos intervalos tan felices, que se le escapan al Sacerdote, aun casi antes de que pueda conocerlas; y quedan muy contentos quando han conseguido confesarle sus delitos, de modo que él quede ignorante de ellos.

En segundo lugar: callan unas circunstancias y unos incidentes aun mas vergonzosos que el mismo delito, y los que solamente pudieran dar á conocer todo el exceso de su corazon, y toda la indignidad de su estado.

No

No hablo aqui de aquellas circunstancias que mudan la naturaleza del pecado; hablo de las que le agravan y descubren toda la baxeza de nuestras inclinaciones, y toda la vergüenza de nuestras flaquezas; los vergonzosos medios de que se valieron para inspirar una passion, los pasos detenidos y otras tantas veces renovados, las elecciones indignas que solamente puede justificar el furor, los deseos de que se avergonzaban, y que procuraban ocultarse aun á sí mismos: ¿y qué sé yo? suprimen todas aquellas circunstancias que los darian bien á conocer, y substituyen con destreza á aquellos terminos precisos que sugiere la simple verdad, y con los que manifestarian su alma, unas expresiones vagas y generales, que aunque descubren sus acciones, no manifiestan su corazon.

En tercer lugar; nos acusamos de buena gana de ciertos defectos que nos son gloriosos segun el mundo; introducimos en la confesion de nuestras culpas la generosidad de nuestro corazon, los talentos del cuerpo y del espiritu, los títulos del nacimiento, las utilidades del favor ó de la fortuna; mezclamos con destreza lo que nos ensalza á vista de los hombres, con lo que nos humilla delante de Dios; y casi sentimos mas vanidad en estas frívolas distinciones que no son nuestras, que confusion y dolor de los delitos que nos son propios.

Finalmente, por no descubrir toda la vergüenza de una larga y antigua costumbre buscamos para cada confesion una nueva guia, y un nuevo testigo de nuestras flaquezas; las contamos como culpas sucedidas despues de la última penitencia; no manifestamos mas que las extremidades y los mas nuevos progresos de la herida; no cuidamos de sondear toda su profundidad, y manifestar la antigua corrupcion; sepultamos lo pasado en un disimulado silencio; tememos que nos conozca de-

Tomo III.

Re

ma-

masiado el Medico de nuestra alma; quitamos, como temblando, la mitad del velo que cubre los vergonzosos misterios; ocultamos con unas hojas, como el primer pecador, su vergüenza y su ignominia; y yendo á manifestarnos, conseguimos el no ser conocidos.

Pues, Católicos, además de que el language del dolor es un estilo humilde, sencillo, natural y sincero; además de que una alma verdaderamente movida no sabe disimular sus faltas, ni escusarse de ellas, y que el confesarlas con estos rodeos y disimulos es confesar solamente que no nos arrepentimos; además de esto, si esta confesion se hiciera á los hombres que no vén lo íntimo del corazon, y solamente á ellos manifestaseis vuestras conciencias, pudierais sacar por fruto de vuestro disimulo y de vuestros artificios el haberlos ocultado á vuestro juez; pero venís á hablar con Jesu-Christo que os conoce, que ha sido invisible testigo de toda la historia secreta de vuestra vida, que lee en vuestro corazon, como en un libro abierto, lo mas vergonzoso que ocultais en él, y que al mismo tiempo que vosotros procurais con vuestros disfraces ocultaros á su vista, está insultando á los ridículos esfuerzos de vuestra vergüenza, y os dice, como en otro tiempo un Profeta á aquella Reyna de Israel, que disfrazada con vestidos agenos creyó poder ser desconocida del hombre de Dios, y engañar la luz del ministerio profético: *Quare aliam te esse simulas?* (a) ¡Oh alma tan indigna de mi vista! presentate como en la realidad eres, y como yo te conozco; no eres tú lo que pareces por esas exterioridades con que te disfrazas; quita la mascara á ese corazon, cuya miseria estoy yo viendo; manifiesta esas obras de tinieblas del mismo modo que mi vista las ha iluminado en tu interior; destruye todo ese es-

(a) 3. Reg. 14. v. 6.

tudiado aparato que engaña á los hombres, pero no puede engañar al que penetra los corazones. *Quare aliam te esse simulas?* Que necio eres en creer que unos lienzos delgados pueden ocultar tu vergüenza á la vista de aquel que penetra hasta los mas profundos abismos; aun mas necio eres en ocultar la antigüedad y corrupcion de tus males á aquel Señor de quien solamente puedes alcanzar la libertad: *Quare aliam te esse simulas?* Primer defecto de sinceridad, que consiste en no usar de expresiones claras.

El segundo se halla en los motivos y en los principios de las acciones, á los que nunca llegamos. Y á la verdad, como la disposicion del corazon es la que decide de nuestras obras, debemos exâminarla para conocer el mérito ó demérito de ellas. Del tesoro de nuestro corazon, dice Jesu Christo, se saca la realidad tanto de nuestras virtudes como de nuestros vicios; allí están nuestras acciones como son en sí mismas, y á la vista de Dios; y así debemos considerar todo lo que hacemos segun el motivo porque lo hacemos, y pesar todas nuestras acciones dentro de nuestro corazon. Esthér es inocente, aunque en los días solemnes se pone los mas ricos ornamentos de su dignidad real, porque esta vana pompa la molestaba, y su corazon era sencillo y sincero. Jezabél es delinquente quando se dexa vér rodeada de fausto en las ventanas de su palacio de Samaría, porque aunque era el mismo el cuidado del adorno, ocultaba muy distintos deseos. Salomon no desmerece los favores del cielo por exponer toda la gloria y magnificencia que le rodea á vista de una Reyna estrangera, porque en el esplendor y abundancia de su reyno no contemplaba mas que la proteccion y beneficios del Dios de sus padres. Ezequias provoca la indignacion del Señor sobre toda su posteridad, por descubrir con complacencia á los Embaxadores de Babilonia los tesoros del templo, y las rique-

zas de su palacio, porque su corazón se ensobrecia con esta prosperidad, ponía en ellas una vana confianza, y fundaba en ellas más que en los socorros del cielo la seguridad de Jerusalén, y la esperanza de sus victorias. El corazón, pues, es el que decide de todo el hombre; pero este mismo corazón es el que nunca descubrimos en el tribunal de la penitencia; decimos las acciones, pero no sus motivos; referimos los pecados, pero no manifestamos la conciencia.

Y así, os acusáis de que habéis hablado mal de vuestro prójimo, pero no decís que todo su pecado para con vosotros consiste en sus talentos, en su reputación, ó en su fortuna; que siempre habéis sido envidiosos, que todo lo que os hace sombra ofende á vuestra soberbia, y que este es el motivo de vuestras censuras, de vuestros enfados, y de las sátiras que hacéis contra aquellos de quienes no gustáis, porque son mucho más que vosotros.

Nos contáis vuestros excesos y vuestras antipatías contra aquella persona á quien estáis unidos con un sagrado lazo, pero no decís que son unas aficiones frívolas y extrañas las que os inspiran ese mal humor, que estáis sosegados en los excesos de los placeres, é insufrible en la tranquilidad de vuestra casa, y que vuestro corazón demasadamente entregado al mundo y á las diversiones, no puede entregarse á la obligación.

Os confesáis culpables de algunos deseos de agradar, pero no decís que toda vuestra atención y cuidado, y todos los pasos que dáis no tienen más fin que el de inspirar la infame pasión á un objeto por quien interiormente está ya apasionado vuestro corazón; que este veneno se derrama en todas vuestras acciones; y que todo lo que hacéis está contaminado con esta intención.

Finalmente, nos manifestáis aquellos secretos combates que pasan entre la flaqueza de vuestra carne y vuest-

vuestro corazón, y aquellos movimientos dudosos de la ley de los miembros en que tanto trabajo cuesta, aun á vosotros mismos, el distinguir de qué parte ha estado la victoria: ¿pero acaso decís que amáis todo lo que aviva y enciende aquella funesta pasión? ¿qué vivís entre las ocasiones que la despiertan? ¿qué fue como la primer herida de vuestro corazón, y el primer escollo de vuestra conciencia? ¿qué todas las infidelidades de vuestra vida han tenido su origen de esta fatal inclinación; y qué ella es el fundamento y el alma de todas vuestras costumbres?

Y así, concluida la confesión de vuestras culpas, ¿os conoce el Confesor como vosotros os conocéis á vosotros mismos? ¿No se engañará en la idea que forma de vosotros? ¿Vé acaso la raíz de vuestras pasiones, y los motivos de vuestros sentimientos? ¿Vé la ocasión y la temeridad de las tentaciones y peligros? ¿Vé vuestra flaqueza en las recaídas, y vuestras infidelidades en las resoluciones que mil veces habéis violado? en una palabra, ¿os vé á vosotros en vosotros mismos?

¡Ah! casi siempre es necesario que el Ministro de la confesión adivine el estado de vuestra alma; que se aproveche de algunas expresiones, que se os escapan á pesar vuestro, para conocer vuestro corazón, y aclarar los misterios que le habéis ocultado; es necesario que solamente con veros, y sin que vosotros se lo digáis, como hoy Jesu-Christo viendo al Parálítico, conozca con las luces de su ministerio que vuestros males han echado profundas raíces, y que ha mucho tiempo que vivís encenagados en las vergonzosas pasiones: *Hunc cum vidisset Jesus jacentem, & cognovisset quia jam multum tempus haberet*: (a) No os manifestáis vosotros, sino que el Sacerdote con los santos artificios de

(a) Joann. 5. v. 9.

su caridad, y con la piadosa experiencia de su zelo os descubre; y es preciso que el Confesor cuide de que no le engañen, en un lugar donde solamente debiera estar ocupado en consolar vuestro dolor, y enjugar vuestras lágrimas.

El último defecto de sinceridad se halla en las acciones dudosas, las que siempre exponemos á favor nuestro. Y á la verdad, como por una parte no queremos romper con las pasiones, y por otra queremos tener tranquila la conciencia, en este estado de infidelidad buscamos autoridades y sentencias á nuestro favor, y las exponemos de tal modo que el Ministro de Jesu-Christo no se atreva á condenarlas.

Por eso no queremos apartarnos de una ocasion de pecado, ni romper una amistad que escandaliza. Exageramos lo imposible de este rompimiento, los inconvenientes que nacerian de él, los vínculos de la sangre, los intereses de la fortuna, las razones de la obligacion y de la cortesía que oponen un obstáculo invencible. Hacemos ver que en la realidad no hay gran peligro, que la pasión está ya resfriada, que no son ya los mismos los motivos; y engañado de este modo el Confesor consiente, no insta mas sobre el precepto de sacarse el ojo que escandaliza, le parece que la verdad obscurecida con estas mitigaciones admite en este caso excepcion de la regla, y nos tenemos por seguros con su consentimiento alcanzado de este modo, y nos levantamos de los pies del Sacerdote contentos de haberle engañado, y de habernos engañado á nosotros mismos.

Por eso nunca vemos acabarse el escandalo de un divorcio público, ni reunirse los sagrados lazos que habia unido la gracia de el Sacramento. Nos valemos de especiosas razones para colorear la resistencia; nos servimos de pretextos de honor, de obligacion, de con-

ciencia, de incompatibilidad, y de intereses domésticos; decimos que nos hemos valido de todos los medios para precaver el mal, y que solamente hemos llegado á este extremo por evitar mayores males; y de este modo el Confesor, mal informado, permite un escandalo, para el que no le dexan ver remedio alguno; y el alma engañada cree tener mas segura su conciencia despues que ha añadido á la culpa de su estado la de haber ganado con engaños el parecer de su Juez.

Por eso no vemos cesar los tratos usurarios; figuramos como presentes unos peligros quiméricos; nos aseguramos con la tolerancia de las leyes, y con la autoridad de los exemplos; representamos como imposibles todos los demás caminos de asegurar nuestras rentas; ponemos unas tinieblas sobre el caso particular de que se trata, que le obscurecen; y como somos mas hábiles en los negocios del siglo que el Ministro de la penitencia, que muchas veces nada entiende de ellos, celebramos el haberle hecho consentir, quando no hemos hecho mas que engañar su caridad.

Estas son las ilusiones del amor propio en el sagrado Tribunal; faltamos á la sinceridad en las expresiones, porque las mitigamos; en los motivos, porque los suprimimos; en las dudas, porque las exponemos á favor nuestro; esto es, siempre nos manifestamos con una falsa apariencia; ocultamos lo que en la realidad somos, y manifestamos lo que quisieramos ser; hacemos ver una conciencia, que no es mas que una falsa imagen de la nuestra; y como Michól, en vez de exponer á la vista el verdadero David, quiero decir á nosotros mismos, y nuestra pasión dominante, substituímos en su lugar una fantasma y un simulacro. *Et inventum est simulacrum solum.* (a)

(a) I. Reg. 19. v. 16.

Y así, Católicos, ¿sentís al salir del Tribunal de la penitencia aquella paz, y aquella serenidad de conciencia, que es el fruto de la confesión sincera y perfecta? ¿Sentís aquella tranquilidad y aquel alivio que experimenta el alma compungida quando se ha descargado el corazón de sus delitos? ¿No os quedan interiormente ciertas inquietudes secretas, que procuráis disimularos á vosotros mismos, y ciertos estorvos que turbán toda la dulzura de vuestra penitencia? ¿No os prometéis para sosegaros, que rompiendo del todo algun día con el mundo, os confesáreis por último para convertirnos verdaderamente, esto es, que aclarareis esas dudas que os fatigan, que manifestareis con claridad esos embarazos acerca de los quales no han podido hasta ahora tranquilizaros tantas absoluciones como habeis recibido? ¿Habeis podido conseguir hasta ahora el persuadirnos que estos son unos vanos escrúpulos; y á pesar de toda la condescendencia de vuestro amor propio, que continuamente os entretiene con esta ilusion, no vence la voz de vuestra conciencia, y os reprehende continuamente, en vuestro interior, vuestro disimulo y vuestro silencio? Dexad responder á vuestro corazón, y sed aquí vosotros mismos vuestros jueces: ¿Qué necios sois en criar en vuestro seno unas serpientes que os despedazan; en no atreveros á presentar unos monstruos que desaparecen luego que vén la luz; en descubrir una parte del mal, y ocultar aquella á la que se debía aplicar el remedio! ¿Qué necios sois en padecer toda la vergüenza de una confesion, y privaros de los consuelos de una confesion sincera; en venir á declararos pecadores, y hacer de una declaracion tan penosa á la naturaleza el mayor de todos vuestros delitos!

¿Pero qué teneis que temer en contarnos la historia de vuestras desgracias y de vuestras caídas? ¿Es acaso el perder con nosotros la vana reputacion de probidad y virtud que conservais entre los hombres? ¿Por qué nos habeis de tener en el Tribunal de la penitencia por

por lo que parecemos? Allí ocupamos el lugar de Jesu-Christo; no tenemos allí ni oídos, ni sentidos, ni pensamientos de hombres; nunca podreis decir tanto que nos admire. ¡Ah! Nosotros sabemos muy bien, por nuestra desgracia, de que tanto es capaz el corazón humano; tenemos en nosotros el principio y las inclinaciones á las mismas flaquezas de que os avergonzáis; quanto mas culpables os manifesteis á nosotros, mas movereis nuestra piedad; quanto mas intereseis nuestra caridad sereis mas digno objeto de nuestro cuidado, de nuestro amor, y de nuestras lágrimas; mas gemidos de zelo, y mas oraciones de compasion ofreceremos al Señor para que se digne miraros con misericordia, derramando con abundancia su gracia en donde ha abundado el pecado. Este es nuestro ministerio. No creais que hemos de insultar vuestra flaqueza, pues Jesu-Christo, en cuyo lugar os escuchamos, recibe con tanto agrado á los publicanos y á las pecadoras; no agravaremos vuestra confusion; lo que sí haremos será ayudaros, confortaros, consolaros y lastimarnos de vosotros. Pero no basta el declarar sinceramente los delitos, es necesario detestarlos con constancia, y añadir á la sinceridad de la confesion el dolor en el arrepentimiento.

TERCERA PARTE.

Todas las disposiciones de que acabamos de hablar, no son mas que las disposiciones exteriores de la Penitencia; el dolor es el alma y la verdad de ella; la virtud del Sacramento puede suplir á la confesion exterior de nuestras culpas, quando esta está impedida con algunos obstáculos involuntarios, pero no puede suplir por el sentimiento interior que las detesta, porque este sentimiento es el que forma el penitente; el dolor puede

suplir por todo, pero nada puede suplir por el dolor.

Con todo eso, no hay cosa mas rara entre los pecadores que v^{an} á confesar sus culpas al tribunal de la penitencia que este dolor, al que unicamente está prometida la remision de los pecados; y este es el tercer género de enfermos de que hoy habla nuestro Evangelista, que no recibieron de Jesu-Christo el inestimable beneficio de la salud, *aridorum*, los paralíticos, esto es los que v^{an} al tribunal de la penitencia con un corazon seco, con un alma insensible, y que despues de haber experimentado las mas vivas impresiones y las pasiones mas extremadas, no hallan en sí movimiento alguno para la penitencia.

Pero como en este asunto es cosa muy peligrosa el engañarse, y cada uno se lisonjea de ir al tribunal de la penitencia con el dolor suficiente para la justificacion, es muy importante el declarar aqui en lo que consiste.

Primeramente, este dolor es un movimiento de la gracia, y no de la naturaleza. Es preciso que la turbacion que nace del horror de nuestros delitos sea una operacion invisible del Espiritu de Dios, como dice el Tridentino, que nos mueva á detestar todo lo que puede desagradarle; que sea una luz de la fé que nos descubra en el pecado la ofensa que con él hacemos á Dios, y las desgracias en que precipita al hombre; que sea finalmente un principio de nuevo amor, que nos haga aborrecer la culpa, solamente porque empieza á hacer que amemos al Señor, fuente de toda la justificacion: primera condicion que se señala en nuestro Evangelio. Era menester que el Angel del Señor baxase y moviese el agua para que sanasen los enfermos: *Angelus autem Domini descendebat, & movebatur aqua.* (a) Es preciso que el

(a) Joan. 51. v. 4.

el Espiritu de Dios baxe á nuestros corazones, y que obre en ellos movimientos saludables; qualquiera otro movimiento sería humano, é inutil á los enfermos.

Pero la turbacion con que la mayor parte de los pecadores v^{an} al Tribunal de la penitencia es una turbacion de amor propio, en la que no tiene parte el Espiritu de Dios. Unos tienen por dolor de penitencia aquellos sobresaltos secretos que opone siempre la soberbia á la manifestacion de nuestras culpas; aquel peso de iniquidades que fatiga al corazon, que tanto trabajo siente el confesarse culpado; aquellos crueles dolores que hacen sufrir á la conciencia pecadora las obras de tinieblas al tiempo de manifestarse y salir á luz, semejantes á las víboras que no pueden nacer sin romper el seno de sus madres; en una palabra, aquellas inquietudes de una falsa vergüenza, que no halla otra cosa aborrecible en el pecado mas que la pena de haberle de confesar. Confunden su soberbia con su arrepentimiento, la oposicion que tienen al abatimiento de la penitencia, con el sincero arrepentimiento que dispone para ella, y el ódio á la confesion, con el dolor de sus pecados; se hallan soberbios y confusos, y creen estar movidos y penitentes.

No quiero decir que la misma gracia que obra el arrepentimiento no produzca tambien una confusion saludable, porque tambien hay una vergüenza que guia á la salud eterna, como dice el Espiritu Santo. Apartad de mí vuestra vista, oh Dios mio, decía un Rey penitente, pues no puedo sufrir en vuestra presencia la confusion de que me llenan mis culpas: *Et confusio faciei meae cooperuit me.* (a) Pero esta vergüenza que nace del dolor solamente halla su motivo en el mismo dolor. No es el juicio del Ministro de la confesion el que produce en nuestra alma esta vergüenza, sino la vista de Dios que la

(a) Psalm. 43. v. 26.

la mira y conoce toda la ignominia de su estado: En nada tendria todo el desprecio de los hombres, si tubiera al Señor por testigo de su inocencia; al contrario, aunque estuviera sola en la tierra, ó escondida en los mas profundos abismos, bastaba el saber que Dios la miraba para cubrirse de la misma confusion; y siempre que se acordase de que Dios estaba mirando sus llagas, se hallaria igualmente confusa y avergonzada: las secretas y vergonzosas inquietudes de la soberbia no son las saludables turbaciones de la penitencia.

Otros juzgan que el dolor de que se forma el arrepentimiento es aquel temor que nace solamente del miedo de las penas eternas; aquel temor que manifestando al pecador el infierno y todos sus tormentos, no le descubre en el pecado cosa mas odiosa que el castigo que le corresponde; aquel dolor que no es mas que un deseo de que el pecado pudiera quedar sin castigo; que detiene la accion, como dice San Agustin, sin mudar voluntad; que nos hace tímidos, sin hacernos penitentes; que nos hace temer el castigo, sin hacernos aborrecer la ofensa; y con el que nos importaria poco el ofender á nuestro Dios, si toda nuestra desgracia se redujera á la pérdida de su amor.

Bien sé que el temor del Señor es el principio de la sabiduría; que es muy util el penetrar muchas veces con los ojos de la fè aquellos abismos de fuego, y aquellas tinieblas eternas en donde se oyen los llantos y el crugido de los dientes; y baxar en vida al infierno, para refrenar con esta memoria nuestras indómitas pasiones. Bien sé que este temor es don del Espíritu Santo, y no es mi intento quitar á los pecadores un medio de eterna salud, y un motivo de compuncion que les propone Jesu-Christo, que les aconseja la Iglesia, que tubieron continuamente presente los Santos, y del que todos los dias nos valemos en los christianos púlpi-

pitos para turbar la falsa paz de las almas pecadoras; y verdaderamente, ¡oh Dios mio! sino obstante vuestros rayos y vuestras vengadoras llamas no dexa de prevalecer la iniquidad en la tierra; sino obstante el infierno, y aquel eterno fuego que preparó vuestra justicia para los pecadores, toda carne corrompe su camino, me parece que no quedaria ni rastro de fè, si imprudentemente les propusieramos como virtud el que cerrasen los ojos á estos terribles espectáculos, ó si les predicamos como vicio el motivo mas comun y mas ordinario de la piedad. Hay pocas almas tan nobles y tan sublimes, que os sirvan solamente por amor y por agradecimiento; esta es la ciencia de los perfectos, pero los flacos necesitan de alguna indulgencia, y vos quereis que aun nuestros propios intereses tengan tambien parte en nuestra fidelidad.

Y asi no es mi intento excluir de la verdadera penitencia el temor de los tormentos destinados al impío, pues á lo menos es disposicion, aunque no sea el alma y la substancia de ella. Porque solo el amor que apartó de Dios nuestro corazon se le puede restituir. Solo el amor que fue la causa de todos los desordenes de nuestra vida, puede restablecer en ella el orden, y justificarnos; y nunca podreis reconciliaros con Dios, si á lo menos no empezais por amarle mas que á las criaturas vanas que os apartaron de él, y si la virtud del Sacramento junta á este amor, aun debil, no le perfecciona, y obra en vosotros la verdadera justificacion. No por eso, vuelvo á decir, quiero excluir de la penitencia el temor de las penas, sino aquella culpable disposicion en que se hallan la mayor parte de los pecadores que se acercan al tribunal de la penitencia, los que si no hubiera infierno y tormentos, vivirian como Atheistas, sin fè, sin conciencia, y sin Sacramentos; los que no conocen de la religion mas que sus amenazas, y que en lo íntimo de su corazon sienten el que Dios sea jus-

justo, y que haya determinado las eternas llamas para los mas vergonzosos deleytes.

Y no os parezca que esta disposicion de que hablo es rara y quimérica, pues no hay cosa mas comun y verdadera. Casi toda nuestra religion consiste en el temor; solamente la memoria de las eternas penas es la que puebla los tribunales de la penitencia. En ellos nos divorciamos por un instante con nuestras pasiones, y nos separamos de ellas como de aquellos objetos que aunque nos son perjudiciales los amamos; y semejantes á la muger de Loth, no aborrecemos á Sodoma, sino que tememos las llamas; nos separamos á mas no poder, y nuestro corazon se queda todavia en ella, siempre que solo el temor del peligro nos aparta. El espiritu de la verdadera devocion es mas raro de lo que se piensa; todas las exterioridades del culto casi siempre caminan sobre falsas virtudes; unicamente contamos por ofensas de Dios aquellas á que se sigue un eterno castigo; no hacemos caso de las que solamente se reducen á desagradarle; y si queremos registrar nuestro corazon, veremos que ninguna de nuestras obras procede de amor ni de gracia, y que el infierno es la unica Divinidad á quien tememos.

Pero como en esto es facil el engañarse: Si me preguntais por qué señales se podrá distinguir este feliz temor que forma los verdaderos penitentes, de aquella vergüenza de la soberbia, ó de aquel temor servil, que solamente forma esclavos; os digo en segundo lugar, que el dolor de penitencia incluye una resolucion real y sincera de acabar nuestros desordenes, y de empezar una vida christiana y santa, lo que está figurado en la curacion de nuestro paralítico: ¿Quereis sanar, le pregunta Jesu-Christo? *¿Vis sanus fieri?* (a) Sin duda que

(a) Joan. 5. v. 6.

que parece inutil esta pregunta para un infeliz que gemia con el peso de sus males, y que no habia que dudar en que despues de treinta y ocho años de enfermedad desearia la salud; pero Jesu-Christo quiso en esto enseñarnos, que el pecador que está sinceramente movido de sus males, como el Paralítico, quando vá á presentarse al tribunal de la penitencia ha de poder darse á sí mismo testimonio de que real y verdaderamente desea sanar; esto es, que quiere renunciar sus inveteradas pasiones, y seguir el camino de la piedad.

Ahora os pregunto yo, amados oyentes míos, ¿quando llegais á los pies del Sacerdote estais firmes en esta resolucion? *¿Vis sanus fieri?* ¿Podeis daros testimonio á vosotros mismos de que quereis romper sinceramente todos los lazos con que aun estais atados al mundo y á vuestros culpables deleytes, y alistaros entre el corto número de almas fieles de vuestra clase y de vuestro estado, que despues de haber vivido algun tiempo como vosotros, entregadas á sus pasiones, se han vuelto á Dios, y obran su salvacion con el sólido y constante ejercicio de las virtudes christianas? ¿Empezais á formaros un nuevo plan de vida? ¿Seguís en las mismas costumbres, en los mismos deleytes, en las mismas ilusiones despues de la confesion? ¿No decís en vuestro interior para sosegaros en punto de esa falsa penitencia, que algun día os confesareis para convertirlos de veras, y romper para siempre con el mundo? ¿No conoceis en vuestro interior que esa confesion que vais á hacer es muy distinta de la conversion que Dios os pide? *¿Vis sanus fieri?* Guardaos de que se os pueda preguntar, si quando venís á presentaros al tribunal de la penitencia formais aquellos propósitos vagos é indeterminados de conversion que nunca tienen efecto, y que solamente se forman para alucinarse acerca de la profanacion del Sacramento, y persuadirse á sí mismo á que

que se evita el sacrilegio; aquellos propósitos cuya falsedad conocemos nosotros mismos; que no satisfacen á la inquietud de la conciencia, y dexan en lo íntimo del corazón, no solamente la voluntad real del vicio, sino tambien el secreto conocimiento de que todavía no queremos renunciarle. ¡Ah! ¿Qué otra cosa vemos al rededor de nuestros Confesionarios sino pecadores de esta especie?

Os pregunto, ¿si quando vais á confesar vuestras culpas os quereis convertir con una voluntad firme, constante y sincera, que no forme unos propósitos vagos, y distantes de la mudanza de vida, sino que ya derrame verdaderas lágrimas de penitencia? Os pregunto con Jesu-Christo: *¿Vis sanus fieri?* La conciencia no puede en esto engañarse á sí misma, y conoce muy bien si el propósito de una nueva vida es verdadero; los preludios de una conversion y de una eterna renovación de costumbres tienen no sé que viveza tan señalada, que desde luego se dan á conocer, y no dexan razon de dudar; las lágrimas, los combates, las inquietudes, las nuevas ideas, los pasos serios y penosos, y algunas otras cosas que antes no se habian sentido, y que no habian visto en nosotros los que nos tratan; una exterioridad que anuncia algo mas que el fruto de una confesion ordinaria; estos son los dolores de el parto, que no pueden equivocarse con otros; *ibi dolores ut parturientis.* (a) En esto es imposible el engañarse, porque solamente cierta especie de dolores anuncia el nacimiento de el nuevo hombre en nuestro corazón.

Acordaos de las conversiones de las pecadoras, de los Saulos, de los Agustinos, ved lo que les pasó en aquellos felices instantes que precedieron á su con-

(a) *Psalm. 47. v. 7.*

conversion. ¿Qué turbaciones! ¿Qué ansiedades! ¿Qué combates! ¿Qué heroycos esfuerzos contra sí mismos! ¿Qué nuevos pasos! ¿Qué lágrimas! ¿Qué excesos de amor y de compuncion! En medio de estas agitaciones es en donde se consuma la obra de la conversion. Pero unos pasos frios y tranquilos nada tienen que la anuncie, ni que se la parezca. En medio de estas turbaciones, de estos vientos impetuosos, por decirlo así, baxa el espíritu de Dios á un corazón penitente, como baxó en otro tiempo á el Cenáculo, y viene á darle la paz y la gracia, y entonces es quando se puede decir que oye su voz, quando llega, y que sabe donde va, y de donde viene. Decidnos ahora si conocéis por estas señas el dolor con que hasta aquí os habeis preparado para el Sacramento de la penitencia.

Y no me respondais que este dolor oculto en lo íntimo del alma no siempre es sensible al corazón penitente; la mudanza de vida se eleva tanto sobre nuestras inclinaciones, y nace de un nuevo amor tan vivo, que es imposible el que se halle en nuestro corazón sin que él mismo lo conozca; pero finalmente, dado caso que suceda así á ciertos corazones frios, tranquilos é insensibles, que antes se romperán que se enternezcan, ¿cómo es posible que vosotros los que teneis naturalmente un corazón tan tierno, y tan á propósito para moverse; vosotros cuya facilidad en las deplorables pasiones ha pasado á exceso; vosotros que tanto nos ponderais la bondad y ternura de vuestro corazón, hayais de carecer de ella para vuestro Dios? ¿El dolor del pecado ha de ser el único que os halle frios é insensibles? ¿Las lágrimas, los sentimientos, los afectos, que son tan propios de vuestra natural disposicion, no lo han de ser del de vuestra penitencia? ¡Oh qué ilusion, amados oyentes míos! Si no sois tan sensibles al dolor de vuestro arrepenti-

miento, como lo habeis sido á vuestros desordenes, es señal de que fuisteis verdaderamente pecadores, y no sois mas que fingidos penitentes.

Por último, el dolor de la penitencia no solamente es una resolucion real y sincera de mudar de vida, sino tambien una atencion actual que desde luego toma las medidas para ello. La principal de estas es la eleccion de un Ministro fiel, que coopere con Jesu-Christo á curar vuestra alma; eleccion dificil, pero es la mas importante que podeis hacer, pues se trata de vuestra salvacion; y lo que decide de nuestra eterna salud es la eleccion de aquel á quien hemos de confiar los secretos de nuestra conciencia. En la relacion del presente Evangelio hallamos esta ultima reflexion. Señor, dice el paralítico á Jesu-Christo, no tengo hombre que me éntre en la piscina quando está movida el agua: *Domine, hominem non habeo.* (a)

¿Os encomendais á Jesu Christo antes de venir á presentaros en el Tribunal de la penitencia para que os ayude en una eleccion tan esencial, y os provea de una guia fiel, que os lleve con seguridad por el camino de la salvacion? ¿Buscáis un hombre lleno del espiritu de Dios, que sepa echaros á tiempo en la piscina, y cultivar aquellos primeros movimientos de la gracia con que venís al Tribunal de la penitencia?

¿Buscáis un hombre ilustrado, que pueda juzgar de la lepra, conocer las heridas de vuestro corazon, y no engañarse en la aplicacion de los remedios? ¿Un hombre experimentado, que sepa distinguir en vuestra alma los caminos de la gracia, dirigir las operaciones de Dios en ella, y no acelerar á las almas á quienes el Espiritu Santo mueve lentamente; ni detener á las que ca-

(a) *Joann. 5. v. 7.*

minan en alas de la gracia, por decirlo así, y seguir el espiritu de Dios, y no anticiparse á él?

¿Un hombre acostumbrado á hablar con Dios en la oracion, á estudiar al pie de la Cruz la ciencia de la eternidad, y cuyas palabras, llenas de aquel espiritu que ha adquirido en la presencia del Señor, introduzcan despues la suavidad de la gracia hasta lo íntimo de vuestra alma, quando ésta se le manifieste en aquellos felices instantes en que las mas sencillas verdades hacen tanta impresion?

¿Un hombre desinteresado, que no examine si sois grande segun el mundo, sino si sois pecador en la presencia de Dios; que se mueva mas de vuestros vicios que de vuestros títulos, y que no proporcione la indulgencia ó la severidad de sus sentencias á la elevacion ó á la obscuridad de los pecadores, sino á la qualidad de sus delitos?

¿Un hombre zeloso, á quien nada puede apartar de los intereses de la verdad, y de las santas reglas de su ministerio, y que sin hacer ostentacion de severidad no busque su estimacion en los excesos y singularidades ridiculas de sus penitentes, sino en dár honor á la gracia, y á la religion, inspirandolos aquella sóbria prudencia que cumple dignamente con las obligaciones de su estado, y que al mismo tiempo que condena al mundo, se grangea la estimacion y el respeto del mismo mundo?

Finalmente, ¿buscáis un hombre caritativo, que sepa mezclar el aceyte de la suavidad con el vino de la fortaleza; que no altére las heridas con excesivos rigores, sino que atrayga los enfermos con las condescendencias necesarias; que no siempre sea Juez, sino que algunas veces se acuerde de que es Padre; que sepa mudar su voz como el Apostol; hacerse todo para todos, y tomar todas las figuras para formar á Jesu-Christo en el corazon?

¿Buscáis un Director de estas qualidades? Al contrario, tenéis por mas á proposito los mas desconocidos, y por mas hábiles á los mas indulgentes. Manifestais indiscretamente las llagas de vuestro corazon al primero que os ofrece la casualidad; tomáis como aquel Michas, de quien se habla en el libro de los Jueces, el primer Levita que se presenta, y le decís: Sed mi Padre, y mi Sacerdote. (a) Acaso poneis precio á sus cuidados y á su ministerio, y le haceis á un mismo tiempo Ministro y Defensor, como aquel Israelita, de los dioses y de los ídolos que habeis levantado en vuestra casa, y á los que habeis entregado vuestro corazon; y si acaso usais en esto de alguna circunspeccion, y haceis alguna diligencia, es para no encontraros con aquellos cuya fama de exactitud é integridad temen vuestras pasiones, y á los que solo buscan los que quieren con sinceridad convertirse y servir á Dios; y así, solamente la eleccion que haceis del Juez de vuestra conciencia es prueba decisiva de que no quereis mudar de vida, de que vais á profanar el Sacramento, y á mancharos de nuevo en donde debierais lavaros de vuestras manchas.

Estos, Católicos, son los mas comunes principios de la inutilidad del Sacramento de la penitencia. Nos falta luz en el exámen, sinceridad en la manifestacion de las culpas, dolor en el arrepentimiento, y por eso son hoy tan raras las conversiones en el Tribunal de la penitencia; por eso entre la infinita multitud de ciegos, de cojos y de paralíticos apenas halla Jesu-Christo uno, como dice San Agustin, que merezca ser curado: *Tot jacebant, & unus sanatus est.* En los cinco porticos de la piscina estaban figurados, segun dice este Santo Padre, los cinco libros de Moysés, que des-

(a) *Judic. 17. v. 20.*

describian los males, pero no los curaban: *Sed illi egros prodebant, languidos non sanabant.* ¡Pero ah! Nosotros pudieramos decirlo hoy con mas razon de la piscina de los Christianos, y de los mysteriosos porticos que rodean el baño de la penitencia, los que no sirven mas que de manifestarnos los males, pero no vemos curacion alguna. *Sed illi egros prodebant, languidos non sanabant.* Vemos llegar una gran multitud de pecadores, pero no vemos salir casi penitente alguno; nos manifiestan alli las llagas, pero casi nunca las cierra el sagrado baño; nos dán á conocer los enfermos, pero no vemos el remedio. *Sed illi egros prodebant, languidos non sanabant;* y si fuera licito decirlo, sucede lo que con la ley de Moysés, que descubriendo los pecados los multiplicó, y no sirvió mas que de hacer prevaricadores en el sentido del Apostol. ¡Ah! Este divino remedio en vez de curar los males de la Iglesia los ha aumentado, permitaseme esta expresion; ha dado motivo á las profanaciones, en vez de restablecer la piedad; y ha hecho sacrilegos en donde debia hacer penitentes. *Sed illi egros prodebant, languidos non sanabant.*

Entremos dentro de nosotros mismos, Católicos, y particularmente en este dia consagrado á la conversion de los mayores pecadores por la curacion de un enfermo desesperado. En este dia, en que las mismas oraciones de la Iglesia solicitan del Señor sus misericordias para las almas mas abandonadas; acordaos aquí delante de Dios de toda la serie de vuestra vida, y de la historia secreta de vuestra conciencia; repasad el infinito número de confesiones, siempre repetidas, y siempre inútiles, que serán indefectiblemente en el Tribunal de Jesu-Christo el motivo mas terrible de vuestra condenacion. Decíais á vosotros mismos: ¿Quáles han sido hasta ahora mis caminos, y la monstruosa

conducta de mi vida? Las pasiones que hoy me dominan son llagas de la infancia, que han envejecido conmigo; hoy me hallo tan sensual, tan soberbio, y tan disoluto como en la primera estacion de mi vida; mi destino me ha hecho experimentar en lo exterior diferentes estados, pero mi vergonzosa pasion me ha seguido en todas partes, y siempre ha sido la misma; mi vida no es mas que un continuo pecado, distinto solo por los diversos estados y circunstancias. *Un dia ha enseñado á otro dia, y una noche ha manifestado su fatal ciencia á otra noche.* (a) Por mas de lejos que tome la historia de mi vida, ya hallo los excesos y principios de mis pasiones; y el principio de mi vida se me presenta con las primicias de los delitos de que aun estoy culpado.

Con todo eso, ó Dios mio, aun no se ha declarado contra mí vuestra indignacion, y desde lo alto de vuestra justicia me veis errar despues de tanto tiempo en los culpables caminos, sin haberme herido de muerte, y sin haberme hecho perecer, como á otros muchos, en medio de mi carrera. ¡Ah! Algun fin de misericordia habeis tenido para conmigo en alargar mis dias, y dilatar hasta ahora vuestra venganza; no me hubierais librado de tantos peligros como han amenazado mi vida, si no quisierais manifestar en mí algun dia las riquezas de vuestra gracia.

¡Gran Dios! Ya empiezo á no amar mis males, acabad vuestra obra, y haced que busque yo el remedio; el estado de mi conciencia me turba; el desorden y la corrupcion de mi vida me cubren de verguenza; los remordimientos del pecado me tiranizan y llenan de amargura todos los dias de mi vida. Acabad, gran Dios, de romper los lazos que ya están para desatarse; dad el último golpe á mi voluntad rebelde; sostened mi

(a) *Psalm. 18. v. 3.*

flaqueza en un combate, en que tantas veces me habeis visto vencido; no os apartéis de mí; haced que yo no vuelva á hallar la calma y la tranquilidad que he perdido, sino conservandoos siempre mi fidelidad. Amen.



ANALISIS DE LOS SERMONES contenidos en este tercer tomo.

MIERCOLES DE CENIZA.

I. SERMON

SOBRE EL AYUNO.

Proposicion. Es muy importante el examinar las excusas que se suelen alegar para excusarse de la ley del ayuno, y los abusos que se cometen en su observancia. Y así:

Division I. *La obligacion del ayuno contra los que la quebrantan esta ley, II. La extension de esta ley contra los que mitigan su observancia.*

I. Parte. *La obligacion del ayuno.* Es inutil el probar esta obligacion á unos fieles que no la niegan, que saben que la religion nació en el seno del ayuno y de la abstinencia, y que los Gentiles conocian á los primeros
Chris-

Christianos por el abatimiento de su rostro. Supuesta, pues, la obligacion del ayuno, solamente la imposibilidad puede excusar su inobservancia, porque la Iglesia quando fundo esta ley no quiso hacer una ley de muerte. Examinemos, pues, las excusas de los que se dispensan del ayuno: veamos 1. si son legítimas: 2. si aun en suposicion de que lo sean, son igualmente violadores del precepto por el modo con que usan de la condescendencia de la Iglesia.

1. ¿Son legítimas vuestras excusas? Nos deís que nacisteis con una complexion delicada, incapáz de sufrir el rigor de la ley del ayuno, y que vuestra salud pide infinitos cuidados y precauciones. Pero 1. ¿No son estos mismos cuidados y estas mismas precauciones las que han debilitado vuestra complexion? ¿Esa debilidad de temperamento no es efecto de la vida sensual y delicada en que siempre habeis vivido? Pues esa misma delicadeza es la que os hace la penitencia mas necesaria. El ser ella misma un delito que teneis obligacion á expiar, ¿cómo puede servir de título legítimo para excusaros de la ley? 2. Aquellos cuidados y aquellas precauciones que juzgais ser tan necesarias para vuestra salud, ¿no son mas bien costumbres recibidas entre los de vuestra clase y nacimiento, que necesidades reales y verdaderas? Pues sabed que Dios no mide vuestras enfermedades y necesidades por vuestros títulos, sino por su ley. ¿Qué exemplos de austeridad no han dexado á todos los siglos David, Estér y otros muchos, no obstante lo elevado de su clase? Si la Iglesia usára de distinciones, y concediera privilegios, serian sin duda en favor de aquellos que apenas pueden, ni aun á costa de su trabajo, defenderse del hambre y la miseria, y que casi siempre tienen menos delitos que expiar, y no en favor de los ricos y grandes, que no experimentan en su estado mas molestias que los disgustos y la saciedad, inseparables de una felicidad sensual, y regular-
Tomo III. Vv men-

ANALISIS DE LOS SERMONES contenidos en este tercer tomo.

MIERCOLES DE CENIZA.

I. SERMON

SOBRE EL AYUNO.

Proposicion. Es muy importante el examinar las excusas que se suelen alegar para excusarse de la ley del ayuno, y los abusos que se cometen en su observancia. Y así:

Division I. *La obligacion del ayuno contra los que la quebrantan esta ley, II. La extension de esta ley contra los que mitigan su observancia.*

I. Parte. *La obligacion del ayuno.* Es inutil el probar esta obligacion á unos fieles que no la niegan, que saben que la religion nació en el seno del ayuno y de la abstinencia, y que los Gentiles conocian á los primeros
Chris-

Christianos por el abatimiento de su rostro. Supuesta, pues, la obligacion del ayuno, solamente la imposibilidad puede excusar su inobservancia, porque la Iglesia quando fundo esta ley no quiso hacer una ley de muerte. Examinemos, pues, las excusas de los que se dispensan del ayuno: veamos 1. si son legítimas: 2. si aun en suposicion de que lo sean, son igualmente violadores del precepto por el modo con que usan de la condescendencia de la Iglesia.

1. ¿Son legítimas vuestras excusas? Nos decís que nacisteis con una complexion delicada, incapáz de sufrir el rigor de la ley del ayuno, y que vuestra salud pide infinitos cuidados y precauciones. Pero 1. ¿No son estos mismos cuidados y estas mismas precauciones las que han debilitado vuestra complexion? ¿Esa debilidad de temperamento no es efecto de la vida sensual y delicada en que siempre habeis vivido? Pues esa misma delicadeza es la que os hace la penitencia mas necesaria. El ser ella misma un delito que teneis obligacion á expiar, ¿cómo puede servir de título legítimo para excusaros de la ley? 2. Aquellos cuidados y aquellas precauciones que juzgais ser tan necesarias para vuestra salud, ¿no son mas bien costumbres recibidas entre los de vuestra clase y nacimiento, que necesidades reales y verdaderas? Pues sabed que Dios no mide vuestras enfermedades y necesidades por vuestros títulos, sino por su ley. ¿Qué exemplos de austeridad no han dexado á todos los siglos David, Estér y otros muchos, no obstante lo elevado de su clase? Si la Iglesia usára de distinciones, y concediera privilegios, serian sin duda en favor de aquellos que apenas pueden, ni aun á costa de su trabajo, defenderse del hambre y la miseria, y que casi siempre tienen menos delitos que expiar, y no en favor de los ricos y grandes, que no experimentan en su estado mas molestias que los disgustos y la saciedad, inseparables de una felicidad sensual, y regular-

mente necesitan mas penitencia , porque son mas culpados. Con todo eso , el pobre ciudadano , y el artesano infeliz respetan la ley de la Iglesia , y los ricos y grandes se dispensan de ella. Oponéis lo delicado de vuestra complexión ; pero nunca os habeis privado ni de un solo deleyte por razon de esta delicadeza ; sufrís las vigiliás , la aplicacion y afán del juego , el desorden de los banquetes ; aguantáis las fatigas del servicio del Monarca , quando se interesa en él la fama , el interés , ó el deleyte ; solamente por Dios reusais el sufrir ; el servir al mundo no os cuesta nada , porque sois mundanos ; pues sed Christianos , y nada hallareis en el servicio de Dios que exceda vuestras fuerzas. Mirad aquella alma fiel á quien Dios sacó de sus desordenes ; quando vivia como vosotros , miraba tambien la ley del ayuno como una ley de muerte , y ahora añade nuevas mortificaciones á los rigores de la ley ; y consiste en que se ha mudado su corazon y no su temperamento.

Pero finalmente , aun quando la abstinencia debilitara vuestro cuerpo , la intencion de la Iglesia es que sufráis ; porque es muy justo que un cuerpo de pecado , como el vuestro , sea castigado ; que unos miembros que han servido á la iniquidad sirvan á la justificacion ; y que se debilite el enemigo que teneis dentro de vosotros mismos. Y asi , el fin que se propone la Iglesia en este precepto no puede servir de motivo para dispensaros de él.

Pero acaso me direis que estais dispensados de la ley del ayuno por la autoridad de vuestros legitimos superiores. ¿ Pero no os avisa vuestra conciencia de que toda dispensa conseguida contra la intencion y el espíritu de la Iglesia es vana , y que por consiguiente si no os hallais en el caso de la dispensacion , añadís al delito de la transgresion la culpa de la mala fé y del engaño ?

Pero supongamos que son legítimas vuestras excusas. ¿ No quebrantais igualmente el precepto por el modo
con

con que usais de la condescendencia de la Iglesia ? 1. ¿ Llorais en vuestro interior por la flaqueza de vuestra carne , y por la imposibilidad en que os pone de satisfacer á las leyes de la Iglesia ? ¿ Os avergonzais en la presencia de Dios de una distincion tan poco conveniente á vuestra vida pasada ? ¿ La mirais como una especie de anathema y de separacion del cuerpo de los fieles ? ¡ Ah ! que estais contentos con tener razones para eximir del camino comun. 2. ¿ Compensais con otras obras el ayuno que no podeis observar ? ¿ Orais mas que en otros tiempos ? ¿ Sois mas caritativos con los pobres ? ¿ Os privais de ciertos placeres , que acaso serían permitidos en otras circunstancias ? Porque es preciso usar de alguna compensacion ; y aunque esteis escusados de la ley del ayuno , no por eso lo estais de la penitencia ; esto es justamente lo que dexais de hacer , y porque no podeis hacer todo lo que debeis , os parece que estais escusados de hacer lo que podeis. 3. Finalmente , ¿ atendeis solamente á la necesidad en el uso de las viandas prohibidas ? ¿ Están selladas vuestras comidas con el sello de la mortificacion ? Porque , por último , la Iglesia aunque quiere aliviar vuestra flaqueza , no pretende autorizar vuestra sensualidad.

II. Parte. *La extension de la ley del ayuno contra los abusos que cometen los mismos que la observan.*

Para conocer los abusos que pueden introducirse en la observancia del ayuno basta declarar qual sea el fin de su institucion. 1. Debilitar nuestras pasiones , mortificando la carne ; expiar nuestras culpas pasadas ; y prevenir otras nuevas. 2. Purificar el alma , mortificando el cuerpo , apartarla de los sentidos , avivar su fé y elevarla al gusto de los bienes eternos.

Pero 1. el ayuno del modo que le han establecido el mundo y el público abuso no mortifica al cuerpo ni á las pasiones de la carne , porque ¿ en qué le ha de mortificar ? ¿ Acaso en lo dilatado de la abstinencia ? Eso era

bueno para el ayuno de los primeros fieles, que no le interrumpian hasta despues de puesto el Sol, y despues de haberse preparado para la hora de la comida con muchos ejercicios santos y penosos: pero nosotros no debemos buscar en esto el merito de nuestros ayunos; el haberse adelantado la hora de la comida nos escusa este rigor. Por otra parte, ¿de qué medios no nos valemos para llegar á la hora de comer, sin haber conocido lo largo y riguroso de ayuno? Alargamos las horas del sueño, quando debieramos anticiparnos á la aurora, para juntar nuestras oraciones con las de la Iglesia; usamos de mil bebidas autorizadas por la costumbre, casi contra el espíritu de la ley; en una palabra, despues que la Iglesia ha llegado con su condescendencia hasta los últimos límites, continuamente estamos pensando en inventar mitigaciones, que nunca pueden prescribir contra la ley.

2. ¿Mortificamos las pasiones con lo simple de las viandas de que usamos? ¡Ah! que nos valemos de mil cuidados y artificios, y suplimos con mil saynetes á la simplicidad de las viandas de que es preciso usar. Por otra parte, no ponemos mas límites á la única comida que permite la Iglesia, que los de una voráz sensualidad. Y así todo el merito de nuestros ayunos consiste el dia de hoy en la abstinencia de la noche, y lo que en el principio fue una relaxacion de la disciplina, ha llegado á ser nuestra única austeridad, ¡gran mudanza han padecido los tiempos! Antiguamente se terminaba el ayuno de todo el dia con una sola comida hecha por la tarde; ¿y qué comida? yerbas, legumbres, una comida de lágrimas y penitencia. El haberse resfriado la caridad obligó á la Iglesia, ya há algunos siglos, á que aflojase en este punto el rigor de su disciplina, y siendo estas unas gracias vergonzosas, de que no debieramos usar sino llorando, ¿á qué exceso no ha llegado esta mitigacion conseguida de la Iglesia? Nos olvidamos de
que

que esta es una gracia concedida solamente á la necesidad, y consiguientemente que nunca pueden ser excesivas la precauciones. Estos son nuestros ayunos, y estas las engañosas reliquias de aquellos ayunos tan famosos en otro tiempo entre los Christianos, de aquellas austeridades tan excesivas entonces, que hacian pasar por locos á los fieles: ¿Y cómo nos preparamos nosotros para estos ayunos? Con excesos y diversiones profanas.

Acordemonos, pues, de que la intencion de la Iglesia es que la penitencia de este santo tiempo sea como una expiacion de los placeres y culpas de todo el año. Acordemonos tambien de que pues vamos á satisfacer á la divina justicia durante esta santa carrera por nuestras pasadas infidelidades, no debemos añadir otras nuevas; aplacar á nuestro Juez, é irritarle al mismo tiempo. Acordemonos de que pues vamos á satisfacer á nuestro Juez, no solamente se nos prohiben los delitos, sino tambien los placeres que acaso en otro tiempo serían inocentes. Acordemonos finalmente de que la Iglesia, durante estos dias de penitencia quiere disponernos á la gracia de la resurreccion. Empecemos, pues, con tiempo á arrancar nuestras viciosas inclinaciones, y pongamonos en estado de poder alegar á los Ministros del Señor lo pasado, como seguridad de nuestras promesas en lo por venir.

MIERCOLES DE CENIZA.

II. SERMON.

MOTIVOS DE CONVERSION.

Proposicion. Salid de vuestras iniquidades pasadas, y convertios al Señor.

I. Motivo. *Mas facilidad por parte de vuestras pasiones, las que debilitadas y oprimidas con los excesos y disgustos inseparables del pecado os han dado á conocer mil veces, que no teneis que esperar verdadera felicidad en la tierra, sino en la justicia y en la inocencia.*

El estado en que os hallais en la presencia de Dios despues de tantos delitos, y la triste suerte de vuestra alma, debieran ser suficiente motivo para determinaros á mudar de vida. ¿Cómo habeis vivido hasta ahora? Habeis abusado de todo, de vuestra razon, de vuestro cuerpo, de vuestro corazon, de vuestra juventud, de vuestros talentos, de vuestros bienes, de vuestros empleos, de vuestras aflicciones, de los mysterios, de las solemnidades, de las instrucciones, y de todos los demás socorros que os ha ofrecido la religion. ¡Qué vacío, qué abismos, qué horrores los de una vida semejante! ¡oh cuánto teneis que temer!

Además de que el fin de vuestra vida que se acerca, el poco gusto que ya hallais en la mayor parte de los placeres, la pérdida de vuestros amigos y de vuestros parientes; todo esto debe haceros conocer con mas viveza la nada de todo lo que pasa, y la infelicidad de una vida licenciosa y desarreglada. Habeis gustado de

de todo, y todo os ha cansado; Dios os llama á sí con los disgustos que ha derramado sobre la culpa, con el vacío que hallais en el mundo y en los deleytes; ¿pues qué pretextos tendreis ya para dilatar vuestra conversion? ¿Os parece que un solo movimiento de temor, quando esteis para morir, ha de expiar todos los delitos de vuestra vida? Bastante felicidad es que el Señor, siempre bueno y misericordioso, queria aun aceptar las debiles reliquias de vuestras pasiones, y el desprecio del mundo.

II. Motivo. *Menos obstáculos por parte de la penitencia, facilitada con la ley de la mortificacion que impone la Iglesia á todos los fieles.*

Estais obligados á ayunar durante el tiempo de esta santa Quaresma; pero ¿de qué os servirá el hacerlo si no os convertís al Señor? Ayunar sin convertirse es llevar el yugo de la ley con los justos, y no participar con ellos de los consuelos y las gracias. No quiero decir que debais añadir al delito de vuestra impenitencia el de la transgresion de la ley del ayuno, con pretexto de que la observancia de la letra de nada sirve al pecador obstinado: este es el modo de proceder del impío; pero vosotros á quienes acaso ha señalado Dios este tiempo de penitencia como momento de vuestra eterna salud, entrad con vuestros hermanos en esta santa carrera de penitencia; ofreced á Dios este corto sacrificio para alcanzar el de vuestras pasiones. Empezad por la letra para que se os dé el espíritu de vida; porque el cumplir con el precepto siempre es principio de eterna salud.

¿Pero qué vanos pretextos se alegan para escusarse de esta santa ley? Unas enfermedades quiméricas, una salud débil y quebrantada, alguna leve indisposicion que se ha padecido con el exercicio de la abstinencia; pero quando se trata de satisfacer las pasiones, ni se alegan estos pretextos, ni serian capaces de detener á nadie:

soleis decir que la abstinencia de la Quaresma no es punto tan esencial, y que es cosa muy indiferente el usar mas de una vianda que de otra. Es decir, que para calmar vuestros remordimientos buscáis modo de envilecer en vuestro interior la magestad de los preceptos divinos, como si Dios no fuera igualmente grande quando manda á Cain que no derrame la sangre inocente, como quando prohíbe al primer hombre que toque á la fruta vedada.

III. Motivo. *Las gracias mas abundantes por parte de Dios, y mas vivas con el exemplo y por los meritos de Jesu-Christo, cuya memoria y mysterios se os hacen presentes.*

El grande espectáculo de un Dios que derrama su sangre, y que muere por nosotros, debe movernos á entrar en el camino de la penitencia. La Cruz es el unico patrimonio que dexó Jesu-Christo á su Iglesia. Ella es propiamente el principal carácter de los Christianos; estos solamente se distinguen de los infieles por la Cruz, y así es preciso que participen de la Cruz de Jesu-Christo, si quieren participar de su gloria y de su inmortalidad. Es verdad que el mundo y las pasiones nos ofrecen cruces y trabajos; pero estos son castigos de nuestros malos deseos, y no remedios para nuestras culpas; llevamos la Cruz del mundo, y no debieramos llevar sino la de Jesu-Christo, para que ya que no podemos menos de llevar las cruces, hagamos de modo que nos sean utiles. ¡Ah! La Cruz de Jesu-Christo es menos amarga, y menos pesada que la del mundo. El Señor suaviza el yugo que se lleva por él, y el yugo del mundo es un yugo de hierro, que mortifica y quebranta; aprovechemonos, pues, de las gracias que en este santo tiempo corren desde la Cruz de Jesu-Christo.

IV. Motivo. *Mas socorros por parte de la Iglesia, cuyas lágrimas y oraciones mas largas y fervorosas en este santo tiempo solicitan la divina misericor-*

cor-

cordia en favor de los peccadores.

La Iglesia, aquella casta Esposa no se ocupa en este santo tiempo mas que en la conversion de sus hijos: sus suspiros, sus largas oraciones, todo el cuerpo de los justos que ora y siempre es oído, los ayunos, las mace- raciones, las austeridades que practican los verdaderos fieles en estos dias de salud, y las que ofrecen al Señor como un sacrificio de expiacion para reconciliarle con su pueblo, todo esto debe abrir los tesoros del cielo sobre las iniquidades de la tierra. Pues si Judith sola reconcilió al Señor con su pueblo, ¿qué no debemos esperar de tantas almas fieles que en todas partes ruegan por nosotros en este santo tiempo, y ofrecen al Señor sus penitencias para alcanzar el perdon de nuestros delitos? Añadid á esto las instrucciones que os vá á dar la Iglesia, las que son tan propias para excitar en vuestros corazones movimientos de compuncion, si no los cerrais á la voz de Dios. No resistamos, pues, á Dios que en este tiempo de propiciacion nos ofrece tantos medios de salud eterna.

V. Motivo. *Muchas mas razones sacadas de las calamidades públicas, que haciendonos sentir el peso de la mano de Dios sobre nosotros, nos avisan al mismo tiempo que le aplaquemos, poniendo fin á nuestras culpas, que son las que atraen sobre nosotros su indignacion.*

¿De qué proviene que este reyno tan floreciente en otro tiempo, se halla ahora sepultado en una profunda y amarga tristeza? ¿De qué provienen todas nuestras pérdidas y todas nuestras desgracias? La ira de Dios se manifiesta sobre nuestros pecados; ha mirado desde lo alto de su Santuario, y ha visto entre nosotros delitos y abominaciones de toda especie, y desde entonces empezó á derramar sobre nosotros el caliz de su furor y de su indignacion: ¿Pero cómo nos aprovechamos de estos públicos castigos? Solo oponemos

Tomo III.

Xx

al

al furor divino quejas inútiles, inquietudes y murmuraciones. ¡Qué necios somos! Nos quejamos de los hombres, como si ellos fueran los autores de nuestras calamidades. Miremos mas adelante, y hallaremos que los golpes que nos hieren vienen desde el cielo, que castiga nuestros delitos. Pongamos fin á nuestros desordenes, y presto se acabarán nuestras desgracias.

JUEVES DESPUES DE CENIZA.

SOBRE LA VERDAD DE LA
Religion.

Division. I. *La Religion es racional.* II. *Es gloriosa.* III. *Es necesaria.*

I. Parte. *La Religion es racional.* La fé, y no la razon, es la que constituye al hombre Christiano, y el primer paso que se le pide á un discipulo de Jesu-Christo es que crea lo que no puede comprehender. Con todo eso digo que la razon es la que nos guía á esta sumision, y que el fiel que cree usa mas rectamente de la razon que el infiel que no quiere creer.

1 El fiel cree movido de la mayor autoridad, la mas respetable y mejor fundada que hay en la tierra.

La antigüedad en materia de religion es un carácter á quien respeta la razon. A la verdad, si hay alguna religion verdadera en el mundo debe ser la mas antigua de todas, pues la religion debe ser la primera y mas esencial obligacion del hombre para con el Dios que quiere ser adorado. La religion, pues, de los Christianos es la mas antigua del mundo; los primeros hombres adoraron al mismo Dios que adoramos nosotros; la historia del nacimiento de esta religion es la historia del

del nacimiento del mismo mundo; los libros divinos en que se ha conservado hasta nosotros contienen los primeros monumentos del origen de las cosas. Por otra parte, la religion christiana presenta una série de hechos razonable y natural, y concordando consigo misma, se manifiesta la buena fé del Autor que los escribió en la sencillez de su historia; las demás religiones no ofrecen sino relaciones fabulosas de su origen, unas relaciones que se desvanecen por sí mismas.

La religion Christiana tiene tambien en su favor la perpetuidad, lo que la dá un nuevo grado de autoridad. Las demás religiones han durado cierto número de años, y han caído despues con el poder de sus Sectarios; pero la religion de nuestros padres se mantiene desde el principio, sobrevive á todas las sectas, y pasa siempre de padres á hijos. ¿Es acaso algun brazo de carne el que la ha conservado? El pueblo fiel casi siempre ha sido debil, oprimido, perseguido; luego no el hombre, sino Dios, y el brazo del todo poderoso es el que ha conservado su obra, porque solamente las obras de Dios son eternas.

Añadid á su antigüedad y perpetuidad, su uniformidad: las ocasiones, las diferencias de los siglos, la necesidad de los tiempos han introducido mil mudanzas en todas las leyes humanas; solamente la fé nunca se ha mudado.

2 Las verdades que se intentan persuadir al fiel son las únicas que se conforman con los principios de la equidad, de la honestidad, de la sociedad y de la oracion.

Ninguna otra religion dá tan sublimes ideas como la Christiana del poder de Dios, de su inmensidad de su sabiduría, de su bondad, y de su justicia. Excede en esto á la Idolatría, que inspiraba al hombre pensamientos insensatos de la Divinidad. La Filosofia, ó abañta al hombre hasta la clase de las bestias, ó llenándole de soberbia, le ensalzaba neciamente hasta Dios. La

religion Christiana remedia á estos dos inconvenientes, manifestando al hombre la excelencia de su naturaleza, y dándole á conocer su miseria.

La concupiscencia hacía injusto al hombre para con los demás hombres. ¿Qué otra religion ha reglado mejor que la de los Christianos las mutuas obligaciones de los hombres?

3 Los motivos que persuaden al fiel son los mas decisivos, los mas triunfantes, y los mas propios para sujetar los entendimientos menos crédulos.

Es verdad que la religion Christiana propone unos Misterios que exceden á nuestra capacidad; pero estos Misterios fueron predicados muchos siglos antes de que se cumpliesen, y profetizados con todas las circunstancias del tiempo, de los lugares, y de los menores sucesos. Estos Misterios están fundados en hechos milagrosos, patentes y públicos, confesados aun entonces por aquellos que tenían interés en negarlos; repetidos mil veces en distintos lugares; y estos hechos han llegado hasta nosotros por unos hombres que no podían engañarse ni engañarnos; la fé de estos Misterios ha hallado docil á todo el universo. ¡Oh Dios mio! ¡Quién no conoce en esto vuestro dedo poderoso! ¡Quién no conoce por estos rasgos el carácter de vuestra obra!

II. Parte. *La religion es gloriosa.* 1. Por parte de las promesas que en sí encierra para lo por venir. ¿Cuáles son estas promesas? La adopcion de Dios, una compañía inmortal con el Señor, la perfecta redención de nuestros cuerpos, la eterna felicidad de nuestras almas, y el librarnos de las pasiones. Nadie puede avergonzarse de creer unas verdades que tanto honor hacen á la inmortalidad de nuestra naturaleza; al contrario, el incrédulo se deshonorra en tenerse por de la misma naturaleza que las bestias, y en esperar el mismo fin.

2 La religion es gloriosa por parte del estado en que pone al fiel al presente. Representaos un justo que vi-

vive de la ley, en él se hallan todas las virtudes sin mezcla alguna de vicio. La Filosofía no destruía el vicio sino con el vicio mismo; al mismo tiempo que destruía unas pasiones levantaba sobre sus ruinas otras mas peligrosas; quiero decir, la soberbia, y el amor de la vanagloria. La fé eleva al justo sobre su misma virtud; y en esto no tiene mas interés que el amor á la obligacion. Ahora os pregunto, ¿si el hombre es mas glorioso y mas respetable quando es esclavo de todos los vicios, quando no distingue los mas infames delitos de las mas puras virtudes, en una palabra, quando no reconoce otro dueño mas que sus deseos, otro freno mas que el temor de la autoridad, ni otro Dios mas que á sí mismo?

3 Finalmente la religion es gloriosa por parte de los grandes modelos que nos propone para nuestra imitacion. Acordemonos de todos los grandes hombres que ha sujetado á sí en todos los siglos, Principes, y Conquistadores, Pastores, Filósofos, Sabios. La Filosofía predicaba una sabiduría pomposa, pero su sabio no se hallaba en parte alguna; y la religion tiene una tradicion continuada de Héroes Christianos desde la sangre de Abél hasta nosotros; ahora bien, poned á un lado todos los grandes hombres que la religion ha dado al mundo en todos los siglos, y á otro el corto número de espíritus infames y desesperados que ha producido la incredulidad, y ved si es mas glorioso para vosotros el colocaros entre los últimos.

III. Parte. *La religion es necesaria para el hombre.* Primeramente, porque su razon es flaca, y la fé es el unico socorro que la ayuda é ilustra; nosotros no conocemos ni nuestro cuerpo, ni nuestra alma; todas las criaturas que nos rodean son otros tantos enigmas para nosotros. Pues si no conocemos los objetos que tenemos á la vista, ¿por qué hemos de querer vér con claridad las profundidades eternas de la fé? El universo, que ha entregado Dios á nuestras curiosidades y dis-

disputas, es un abismo en que nos perdemos, ¿y queremos que los misterios de la fe, los que solamente ha expuesto á nuestra docilidad y respeto, nada tengan que se oculte á nuestras debiles luces? Este secreto de Dios debe hacernos mas respetuosos y mas atentos, pero no mas incredulos.

2 La religion es necesaria para el hombre, porque su razon está corrompida, y la fe es el unico remedio que la cura; era natural al hombre el conocer á Dios, que es su fin y su principio, y adorar todas sus divinas perfecciones; no obstante, ¿á qué punto no ha llegado el desprecio que ha hecho de su Criador? No hubo en la tierra cosa alguna, por vil que fuese, de que su impiedad no se formase dioses; pasad á la moral, todos los principios de la equidad natural estaban borrados en el corazon del hombre; solamente la fe le ha enseñado á conocer á Dios y á adorarle, y ha vuelto á formar en su corazon los rasgos de aquella ley que habia gravado en él la naturaleza, y que ya estaban borrados.

3 La Religion es necesaria al hombre, porque su razon es inconstante, y la fe es la unica regla que la sostiene y fija; acordaos de las diferentes disputas que habia antiguamente entre los Paganos; ¿qué cuestiones sin fin? ¿Qué diversas opiniones sobre la naturaleza de Dios, sobre la inmortalidad y naturaleza del alma, sobre el soberano bien del hombre! Mirad tambien entre los Christianos la infinita variedad de sectas que en todos tiempos han roto la unidad por seguir doctrinas estrañas; la fe fija todas estas variaciones, porque siempre es la misma en todos los siglos; siempre independiente de los lugares, de los tiempos, de las naciones, y de los intereses.

VIER-

VIERNÉS DESPUES DE CENIZA.

SOBRE EL PERDON DE LAS
injurias.

Division. I. *Injusticia de nuestros rencores.* II. *Falsedad de nuestras reconciliaciones.*

I. Parte. *Injusticia de nuestros rencores.* Los tres mas comunes principios de las amistades humanas son el gusto, el antojo, y la vanidad. La religion y la caridad no unen á casi nadie, y asi aborrecemos á los hombres.

I. Quando nos disgustan. Pero es injusto este odio, porque por no ser un hombre de vuestro gusto no dexa de ser vuestro hermano, hijo de Dios, miembro de Jesu-Christo, &c. Su genio no puede borrar ninguno de estos augustos títulos. Si no tuvieramos obligacion de amar mas que aquellos que nos gustan, y á quienes tenemos inclinacion, era inutil el que Jesu-Christo nos mandase amar á nuestros próximos, porque para eso no necesitaba nuestro corazon de precepto. Por otra parte, un Christiano no debe gobernarse por gusto y por inclinacion, sino por los principios de la razon, de la fe, de la religion y de la gracia. Aun en el mundo se tiene por flaqueza el regular nuestro amor y nuestro odio solamente por el antojo de nuestro gusto. El Evangelio que quiere que sacrificemos á la santidad de la fe, y á lo sublime de sus reglas, no solamente nuestros antojos, sino tambien nuestras mas legítimas inclinaciones, ¿habia de ser mas indulgente en este punto? Ademas, ¿os parece que vosotros gustais á todo el mundo? Y con todo

ESO

disputas, es un abismo en que nos perdemos, ¿y queremos que los misterios de la fe, los que solamente ha expuesto á nuestra docilidad y respeto, nada tengan que se oculte á nuestras debiles luces? Este secreto de Dios debe hacernos mas respetuosos y mas atentos, pero no mas incredulos.

2 La religion es necesaria para el hombre, porque su razon está corrompida, y la fe es el unico remedio que la cura; era natural al hombre el conocer á Dios, que es su fin y su principio, y adorar todas sus divinas perfecciones; no obstante, ¿á qué punto no ha llegado el desprecio que ha hecho de su Criador? No hubo en la tierra cosa alguna, por vil que fuese, de que su impiedad no se formase dioses; pasad á la moral, todos los principios de la equidad natural estaban borrados en el corazon del hombre; solamente la fe le ha enseñado á conocer á Dios y á adorarle, y ha vuelto á formar en su corazon los rasgos de aquella ley que habia gravado en él la naturaleza, y que ya estaban borrados.

3 La Religion es necesaria al hombre, porque su razon es inconstante, y la fe es la unica regla que la sostiene y fija; acordaos de las diferentes disputas que habia antiguamente entre los Paganos; ¿qué cuestiones sin fin? ¿Qué diversas opiniones sobre la naturaleza de Dios, sobre la inmortalidad y naturaleza del alma, sobre el soberano bien del hombre! Mirad tambien entre los Christianos la infinita variedad de sectas que en todos tiempos han roto la unidad por seguir doctrinas estrañas; la fe fija todas estas variaciones, porque siempre es la misma en todos los siglos; siempre independiente de los lugares, de los tiempos, de las naciones, y de los intereses.

VIER-

VIERNÉS DESPUES DE CENIZA.

SOBRE EL PERDON DE LAS
injurias.

Division. I. *Injusticia de nuestros rencores.* II. *Falsedad de nuestras reconciliaciones.*

I. Parte. *Injusticia de nuestros rencores.* Los tres mas comunes principios de las amistades humanas son el gusto, el antojo, y la vanidad. La religion y la caridad no unen á casi nadie, y asi aborrecemos á los hombres.

I. Quando nos disgustan. Pero es injusto este odio, porque por no ser un hombre de vuestro gusto no dexa de ser vuestro hermano, hijo de Dios, miembro de Jesu-Christo, &c. Su genio no puede borrar ninguno de estos augustos títulos. Si no tuvieramos obligacion de amar mas que aquellos que nos gustan, y á quienes tenemos inclinacion, era inutil el que Jesu-Christo nos mandase amar á nuestros próximos, porque para eso no necesitaba nuestro corazon de precepto. Por otra parte, un Christiano no debe gobernarse por gusto y por inclinacion, sino por los principios de la razon, de la fe, de la religion y de la gracia. Aun en el mundo se tiene por flaqueza el regular nuestro amor y nuestro odio solamente por el antojo de nuestro gusto. El Evangelio que quiere que sacrifiquemos á la santidad de la fe, y á lo sublime de sus reglas, no solamente nuestros antojos, sino tambien nuestras mas legítimas inclinaciones, ¿habia de ser mas indulgente en este punto? Ademas, ¿os parece que vosotros gustais á todo el mundo? Y con todo

ESO

eso ¿no queréis que os disimulen las molestias de vuestro genio, atendiendo á la bondad de vuestro corazón? La causa de esa aversión que teneis á vuestro próximo, ¿no proviene mas de vosotros mismos, quiero decir, de vuestra soberbia, y de la oposicion de vuestro genio, que del suyo propio? ¿No consiste todo su delito para con vosotros en su talento, en su estimacion, y en su fortuna? Finalmente, el Evangelio no os manda que gustéis de vuestro próximo, sino que le améis; esto es, que le sufráis, que le disimuleis, que ocultéis sus defectos, que le sirvais; en una palabra, que hagais por él lo que quisierais que él hiciera por vosotros; porque la caridad no consiste en un gusto ciego y antojadizo, sino que es una obligacion justa, discreta y racional.

2 Aborrecemos á los hombres quando son contrarios á nuestros intereses, y quando buscan medios de ofendernos: Digo, pues, que nuestro aborrecimiento contra estas personas es injusto, porque en primer lugar, quando aborreceis á vuestro próximo añadís á todos los males que de él habeis recibido, el de aborrecerle, que es el mayor de todos: Nunca habrá conseguido con todos los males que os haya hecho, mas que quitaros unos bienes frívolos, y poco durables; pero si le aborreceis, perdeis vuestra alma, y os privais para siempre del derecho que teneis al reyno inmortal: Mas ¿qué utilidad sacais de aborrecer á vuestro próximo? ¿Os restituye por eso los bienes que os ha quitado? Si queréis consolaros con aborrecerle, es un modo muy bárbaro de consolarse; además de esto, si sois verdaderos Christianos, si teneis fé, en vez de aborrecer á aquellos de quien se vale Dios para trastornar vuestras esperanzas y proyectos de fortuna, debeis mirarlos como instrumentos de las misericordias de Dios para con vuestra alma, que se vale de su perversa voluntad para salvaros, poniendo obstáculos á vuestras desgraciadas pasiones; y debeis pedir á Dios que los inspire un verdadero arrepentimiento,

to, y que no permita que se pierdan para siempre los que tanto han contribuido á vuestra eterna salud.

3 Aborrecemos á los hombres quando ofenden á nuestra vanidad, desacreditandonos con murmuraciones y calumnias: Pero este ódio es injusto: Porque es injusticia el querer que aprueben todo lo que hacemos, y que no vean los demás las flaquezas y defectos que nosotros conocemos en nuestro interior. Además de que no debemos creer todo lo que nos cuentan de nuestro próximo; porque sabemos por experiencia que muchas veces nos aumentan unas cosas de poca importancia, y que emponzoñan las mas inocentes conversaciones: Pero demos caso que sean indubitables los hechos de que os quejais; ¿no tiene vuestro próximo las mismas quejas contra vosotros? ¿Habeis usado de caridad ni de indulgencia con sus defectos? Luego no es bien fundada vuestra queja. Pero supongamos que no teneis cosa alguna que os arguya por parte de la moderacion que debeis usar con vuestro próximo; ¿qué sacais de aborrecerle? Con eso no borrais las siniestras impresiones que pueden haber hecho sus dichos en el espíritu de los demás hombres, y haceis una nueva herida en vuestro corazón. Pero atended á una razon, aun mas poderosa que todas las que se han dicho hasta ahora; el amor propio bastaria para hacernos amar á los que nos aman y alaban; pero la religion pasa mas adelante, quiere que amemos á los que nos aborrecen y ofenden; este es el precio que señala Dios á sus misericordias para con nosotros, declarandonos que no debemos esperar perdon, si no perdonamos á nuestros próximos. Acaso me direis que en este punto convenís con las máximas de la religion, pero que es necesario atender á las leyes del honor que cuentan por afrenta en un hombre el perdonar cierta especie de palabras y procedimientos injuriosos; pero 1. el Principe ha declarado infames aquellas venganzas en que fundaba

el público un falso honor: 2. Una abominable máxima, consagrada unicamente por la barbarie de las primeras costumbres de nuestros mayores, y derivada hasta nosotros por esta misma barbarie, no debe ser tenida en mas que todas las reglas del Christianismo, y las mas inviolables leyes del estado. Nadie puede padecer afrenta por obedecer á Dios y á su Principe.

II. Parte. *Falsedad de nuestras reconciliaciones.* Nuestras reconciliaciones son falsas, ya se consideren en su principio, ya se exâminen en sus medios, ó en sus efectos.

1. Son falsas en su principio; una reconciliacion sincera debe nacer de la caridad, pero la raíz de nuestras reconciliaciones son unos motivos puramente humanos; nos reconciliamos por ceder á las instancias de nuestros amigos, por evitar algun ruido desagradable, por condescender con alguno, por adquirir fama de moderacion, y de grandeza de ánimo, &c. pero en estas reconciliaciones no hay motivo alguno que no sea humano, y la prueba de que no tiene parte en ellas la caridad es, que unos pecadores en quienes no se advierte señal alguna de piedad, se reconcilian, no obstante, todos los dias con sus próximos. ¿Pues cómo es posible que los que no saben vencerse en las mas faciles obligaciones de la vida christiana, hayan de parecer heroes en el cumplimiento de esta, que es la mas difícil de todas?

2. Son falsas en sus medios; ha sido necesaria toda la industria y habilidad de vuestros amigos para reconciliarnos con vuestro próximo. ¿Pues hubiera habido necesidad de todos estos arbitrios, se hubieran necesitado tantos medianeros, si no aborrecierais aun á vuestro próximo, y si le amarais sinceramente? Antes de reconciliarnos sacasteis mil condiciones, no quisisteis adelantaros mas que hasta cierto punto; pero la caridad no conoce estas medidas, no conoce mas que una regla, y es olvidar la injuria, y amar al próximo como á sí mismo. Es verdad que mu-

chas

chas veces dicta la prudencia que se tomen algunas medidas antes de reconciliarse publicamente; pero estas las debe reglar la caridad, y no la vanidad: las reconciliaciones en que entran tantas precauciones y misterios, juntan las personas, pero no unen los afectos. Jesu-Christo nos dice simplemente: vé á reconciliarte con tu hermano; y quiere que solamente la caridad se mezcle en esta reconciliacion.

3. Por eso son vanos los efectos de nuestras reconciliaciones: Decís que habeis perdonado á vuestro próximo, pero que estais determinado á no verle mas; luego no le habeis perdonado ni le amais, porque nadie teme el ver lo que ama; ¿quisierais que Dios os amase con la condicion de que nunca os habia de vér? La señal mas evidente de nuestro aborrecimiento á alguna persona es el no poder sufrir su presencia.

Bien está, decís, le veré, no faltaré con él á la correspondencia, pero en lo demás bien sé como me he de portar con él, y no debe contar mucho con mi amistad. Pero si pensais que esto es perdonar á vuestro próximo y amarle, os engañais; la caridad que os manda el Evangelio está en el corazon; no consiste ésta en una simple correspondencia, y en una vana exterioridad; es un amor efectivo, porque los hombres no están unidos entre sí solamente con unos lazos exteriores, sino con los íntimos y sagrados lazos de la fé, de la esperanza, y de la caridad; y asi consultad al público en orden á vuestras reconciliaciones; no obstante las apariencias que guardais con vuestro próximo, es opinion comun en el mundo que no le amais: de lo que se infiere que el público os conoce mejor que vosotros á vosotros mismos. ®

PRIMER DOMINGO

DE QUARESMAS.

SOBRE LA PALABRA DE DIOS.

Division. I. *Disposicion que debe guiar à los fieles al templo para oír la palabra de Dios.* II. *Con qué espíritu deben oírla.*

I. *Parte. Tres disposiciones os deben conducir al templo para oír la palabra de Dios.*

I. *Disposicion.* Un deseo de que os sea util; y así antes de venir à nuestros templos debeis encomendaros al Padre de las luces, y pedirle que os dé aquellos oídos del corazón con los que unicamente se oye su voz; que forme en vuestros corazones gusto de las verdades que pone en la boca de sus Ministros. Si los Israelitas fueron obligados à usar de tantas preparaciones para ir à oír la ley que les dió el Angel de parte de Dios, ¿quánto mas necesarias deben ser estas disposiciones para oír una ley mucho mas santa, que es la ley de Jesu-Christo? Con todo eso venís à oír la palabra de Dios sin disposicion alguna; la curiosidad, un pasatiempo inutil, la costumbre, y acaso unos fines pecaminosos son los que os traen aqui; no venís gobernados por motivo alguno de salvacion.

II. *Disposicion.* Una disposicion de dolor y confusion fundada en el poco fruto que hasta ahora habeis sacado de tantas verdades como habeis oído: Acordaos de tantos movimientos de compuncion, de tantas piadosas reflexiones como se os ha inspirado en este

san-

santo lugar, aunque siempre sin efecto: Pensad que aquellas verdades que no han hecho en vosotros mas que una ligera impresion, son otros tantos testigos que depondrán contra vosotros en el tribunal de Jesu Christo. ¿Qué reflexiones podeis hacer acerca de esto? ¿Qué motivo para temer ¡Pero ay! que ni aun conoceis este sentimiento de dolor por el mal uso que habeis hecho de tantos Sermones como habeis oído! bien se dexa esto conocer por el exterior con que venís à oír la divina palabra: en nada se distingue del que llevais à una concurrencia profana; y quantos pecadores, en vez de afligirse por el mal uso que han hecho de las verdades que han oído, acaso se hallan contentos por haberse manifestado insensibles à ellas: peores en esto que aquellos que aun en medio de una vida pecaminosa, à lo menos conservan siempre algun respeto y alguna sensibilidad à la verdad.

III. *Disposicion.* Un agradecimiento à este medio que Dios os proporciona para que consigais la salud eterna, conservandoos el depósito de la verdad, y continuando entre vosotros la sucesion de Ministros legítimos, autorizados para que os la anuncien: El mas terrible castigo que antiguamente enviaba Dios à los Judios era quitarlos los verdaderos Profetas, y permitir que entre ellos se levantasen falsos Doctores: Por el contrario, no obstante las iniquidades de los Christianos, las que parece han llegado à lo sumo, no dexa de suscitarlos Pastores que los anuncien una doctrina sana é irreprehensible. ¿Pero venís à oírlos con un corazón movido de agradecimiento? ¡Ah! Venís aqui con un disgusto de irreligion y de vanidad: sois unos concurrentes llenos de ocio y de curiosidad, que no teneis mas fin en venir aqui, que oír alguna cosa nueva, y así aunque Dios no os castigue quitando sus Profetas, os los suscita tales que os agradan, pero no os convierten, y de este modo exerce

con

PRIMER DOMINGO

DE QUARESMAS.

SOBRE LA PALABRA DE DIOS.

Division. I. *Disposicion que debe guiar à los fieles al templo para oír la palabra de Dios.* II. *Con qué espíritu deben oírla.*

I. *Parte. Tres disposiciones os deben conducir al templo para oír la palabra de Dios.*

I. *Disposicion.* Un deseo de que os sea util; y así antes de venir à nuestros templos debeis encomendaros al Padre de las luces, y pedirle que os dé aquellos oídos del corazon con los que unicamente se oye su voz; que forme en vuestros corazones gusto de las verdades que pone en la boca de sus Ministros. Si los Israelitas fueron obligados à usar de tantas preparaciones para ir à oír la ley que les dió el Angel de parte de Dios, ¿quánto mas necesarias deben ser estas disposiciones para oír una ley mucho mas santa, que es la ley de Jesu-Christo? Con todo eso venís à oír la palabra de Dios sin disposicion alguna; la curiosidad, un pasatiempo inutil, la costumbre, y acaso unos fines pecaminosos son los que os traen aqui; no venís gobernados por motivo alguno de salvacion.

II. *Disposicion.* Una disposicion de dolor y confusion fundada en el poco fruto que hasta ahora habeis sacado de tantas verdades como habeis oído: Acordaos de tantos movimientos de compuncion, de tantas piadosas reflexiones como se os ha inspirado en este

san-

santo lugar, aunque siempre sin efecto: Pensad que aquellas verdades que no han hecho en vosotros mas que una ligera impresion, son otros tantos testigos que depondrán contra vosotros en el tribunal de Jesu Christo. ¿Qué reflexiones podeis hacer acerca de esto? ¿Qué motivo para temer ¡Pero ay! que ni aun conoceis este sentimiento de dolor por el mal uso que habeis hecho de tantos Sermones como habeis oído! bien se dexa esto conocer por el exterior con que venís à oír la divina palabra: en nada se distingue del que llevais à una concurrencia profana; y quantos pecadores, en vez de afligirse por el mal uso que han hecho de las verdades que han oído, acaso se hallan contentos por haberse manifestado insensibles à ellas: peores en esto que aquellos que aun en medio de una vida pecaminosa, à lo menos conservan siempre algun respeto y alguna sensibilidad à la verdad.

III. *Disposicion.* Un agradecimiento à este medio que Dios os proporciona para que consigais la salud eterna, conservandoos el depósito de la verdad, y continuando entre vosotros la sucesion de Ministros legítimos, autorizados para que os la anuncien: El mas terrible castigo que antiguamente enviaba Dios à los Judios era quitarlos los verdaderos Profetas, y permitir que entre ellos se levantasen falsos Doctores: Por el contrario, no obstante las iniquidades de los Christianos, las que parece han llegado à lo sumo, no dexa de suscitarlos Pastores que los anuncien una doctrina sana é irreprehensible. ¿Pero venís à oírlos con un corazon movido de agradecimiento? ¡Ah! Venís aqui con un disgusto de irreligion y de vanidad: sois unos concurrentes llenos de ocio y de curiosidad, que no teneis mas fin en venir aqui, que oír alguna cosa nueva, y así aunque Dios no os castigue quitando sus Profetas, os los suscita tales que os agradan, pero no os convierten, y de este modo exerce

con

con vosotros sus terribles y severos juicios.

II. Parte. *Con qué espíritu debamos oír la palabra de Dios.*

1. Su autoridad es divina; nosotros no os anunciamos nuestra palabra, sino la palabra del que nos envía, y así debéis oír esta divina palabra: 1. con docilidad. Con todo eso, ¡quántos hombres hay, prudentes á su parecer, que siempre vienen aquí prevenidos contra las verdades que se les anuncian, que miran nuestro ministerio como un arte de exágeracion y de hipérbolos, que oponen en su interior á las verdades que oyen, las máximas y preocupaciones del mundo que las contradice! ¡Ah! nos acusan de que exágeramos, y acaso Dios nos juzgará de que hemos debilitado la virtud y la fuerza de su palabra. 2. Siendo, como es, divina la autoridad de esta palabra, debéis oírla con un espíritu de sinceridad, aplicandola á vosotros mismos; esto es, debéis mediros por esta regla, y juzgaros por esta ley: Con todo eso nadie se aplica aquí á sí mismo la verdad que le arguye y le condena; nadie descubre aquí otros defectos más que los del próximo.

2. El fin de la divina palabra es la conversion de los corazones, el establecimiento de la verdad, la destruccion del error y del pecado, y la santificacion del nombre de Jesu-Christo; luego debéis oírla 1. con un religioso respeto que no desprecie la sencillez de nuestros discursos; y así por mas instruidos que os halléis por otra parte, no debéis fundaros en vuestra ciencia para despreciar las instrucciones que la Iglesia dá á los fieles: La gracia de el Espíritu Santo siempre os enseñará aquí lo que acaso aun ignorais; con todo eso hay muchas personas que con pretexto de que saben bastante, y que la leccion devota, y un poco de contemplacion en el retiro son mas útiles que nuestros Sermones, se destierran de estas santas concurrencias: 2. Debeis oírla con un espíritu de

fé,

fé, esto es, con un amor á la divina palabra, independiente de los talentos del hombre que os la anuncia, lo que hará que os pareza hermosa, divina, y digna de vuestros respetos, aun quando salga de una boca rústica y grosera; con todo eso no venís aquí mas que á ser jueces y censores, y para juzgar del mérito de los que os la anuncian. No debe traeros aquí el espíritu de curiosidad, porque nuestro ministerio no es un arte vano y frívolo, que no se proponga mas objeto que el adorno de la oracion, y la gloria de la eloqüencia; y no obstante, en vez de venir aquí á buscar remedios para vuestros males, venís á buscar vanos adornos que divierten á los enfermos sin curarlos; venís á buscar la harmonía y el adorno en las verdades serias de la moral de Jesu-Christo, olvidandoos de que nosotros estamos en la Cátedra Christiana, no para agradaros y divertirlos, sino para instruiros, para reprehenderos, y para santificaros.

LUNES DE LA PRIMERA

SEMANA.

SOBRE LA VERDAD DE LA otra vida.

Division. I. *La certidumbre de la eternidad*: II. *Su necesidad*: III. *El interior dictamen de la otra vida.*

I. Parte. *Certidumbre de la eternidad.* Esta se halla justificada por las mas puras luces de la razon, y es la verdad de mas consuelo de la fé; pero al con-

tra-

trario, la incertidumbre que á ella opone el impío es:
 I. Sospecha por el principio de que nace. Porque el impío nació con los principios de religion natural conocidos de todos los hombres: Creyó una eternidad de recompensas para la virtud, y de castigos para los pecados; ¿Desde cuándo dexó de creer? ¿acaso examinó? ¿acaso consultó? Nada menos: La fé de estas verdades se fue debilitando en él, á proporcion que se fueron desarreglando sus costumbres: El origen de toda su incredulidad fue el desorden de su corazon. No se halla ningun hombre verdaderamente casto, prudente, templado, &c. que no espere la eternidad. Sirve de mucho consuelo á los fieles el vér que es preciso renunciar á todas las virtudes antes de renunciar á la fé.

II. Esta incertidumbre es insensata por las razones en que se funda. Muy poderosas era menester que fuesen las razones para no creer nada; porque sería locura y extravagancia el aventurar un interés tan grande como el de la eternidad, sin mas fundamento que unas pruebas debiles y frivolas: ¿Pero cuáles son las poderosas razones que han determinado al incrédulo á no creer nada? Unos discursos vagos, unas dudas despreciables, y unas suposiciones quiméricas: Nadie sabe, suele decir, lo que pasa en el otro mundo de que nos hablan; ninguno ha vuelto de allá; pero el fiel cree la eternidad, fundado en la autoridad de la Escritura, en el testimonio de los Apostoles que derramaron su sangre por dar gloria á la verdad, en el cumplimiento de las profecías, y en la tradicion de todos los siglos. ¿Cuál de los dos usa mejor de su entendimiento? Mas; aun quando las vanas razones de el impío contrapesaran á las evidentes y sólidas verdades que nos promete la inmortalidad, debiera desear que fuese verdadero el dictámen de la fé; este dictámen hace honor al hombre; le enseña que su

su origen es celestial, y sus esperanzas eternas; quando por el contrario; no hay cosa mas funesta ni de mas abatimiento para el hombre que la doctrina que le confunde absolutamente con las bestias. Además de esto, su propio interés debiera mover al impío á creer la eternidad, pues en creerla nada aventura; si se engaña su credulidad, no tiene ninguna funesta consecuencia; vivirá con honor, con provida, con inocencia; lo mas que pudiera perder serían algunos placeres sensuales y rápidos, que le cansan muy presto con el disgusto que los sigue, ó le tiranizan con los nuevos deseos que encienden: pero si hay eternidad, pierde los bienes eternos, y la posesion del mismo Dios, y hallará en el fuego abrasador un suplicio sin fin, y sin medida.

III. La incertidumbre del impío es terrible por sus consecuencias. 1. Si todo ha de acabarse con nosotros, ¿de qué proviene que no seamos perfectamente felices en la tierra? Las demás criaturas contentas con su suerte parecen felices á su modo en el estado en que Dios las ha puesto. Solamente el hombre se halla inquieto y descontento entregado á sus deseos, sin hallar en la tierra en que fixar su corazon. 2. Si todo muere con el cuerpo, ¿quién ha podido persuadir á todos los hombres de todas las edades, y de todos los países, que su alma es inmortal? Esto no ha sido secreta inteligencia entre ellos; porque es imposible el que todos los hombres de todas las edades, y de todos los países convengan en una misma cosa, ni preocupacion de la educacion, la que es diferente segun los distintos países; ni tampoco puede ser secta esta doctrina, porque no se la ha conocido Gefe ni cabeza, sino que los hombres se la han persuadido á sí mismos. 3. Si todo muere con nosotros, es preciso que el Universo reciba otras leyes, y otras costumbres, porque las leyes que nos unen, y las mas sa-

gradas obligaciones de la vida civil unicamente están fundadas en la certidumbre de la eternidad; y así todo estaría confundido en la tierra, y se trastornarían todas las ideas de vicio y de virtud.

II. Parte. *Necesidad de otra vida, y su conformidad con la idea de un Dios sabio, y con el dictamen de la propia conciencia.*

1. La necesidad de la otra vida es conforme á la idea de un Dios sabio. Pregunta el impío, si será digno de la grandeza de Dios el divertirse con lo que pasa entre los hombres, contar sus vicios y sus virtudes, &c. Pero reparad en que el mismo impío es quien degrada á la grandeza de Dios, como si su Magestad necesitara de cuidados y atención para ver lo que pasa en el mundo. Pero también yo quiero preguntarle, si sería propio de la grandeza de Dios el dexar sin castigo y sin recompensa los vicios y las virtudes? ¿Puede ser lo mismo el ser vicioso, que virtuoso? ¿No ha de amar Dios mas la virtud que el vicio? Los impíos casi siempre son felices en la tierra. Por el contrario, la aflicción y el oprobrio son regularmente la suerte de los justos. ¿Pues qué Dios de tinieblas, de flaqueza, de confusión y de iniquidad es el que se forma el impío? Un Dios que pone su grandeza en dexar al mundo que crió en un universal desorden.

2. La necesidad de la otra vida es conforme al dictamen de la propia conciencia: Dios crió al hombre, el que entre todas sus criaturas es la única capaz de conocer y amar al Autor de su ser; puso en él pensamientos altos, vastos deseos, y conocimientos grandes; ¿y este hombre no habia de haber sido hecho mas que para la tierra? ¿para pasar un corto número de dias como las bestias en ocupaciones frívolas, ú en deleytes sensuales? luego es muy propio de la grandeza de Dios el velar sobre este Universo; amar en sus criaturas las virtudes que á él mismo le hacen amable; aborrecer

en

en ellas los vicios que desfiguran su imagen; hacer felices consigo á las almas que solamente han vivido para él, y entregar á su propia desgracia á las que han creído hallar fuera de él la felicidad; este es el Dios de los Christianos.

Dice el impío que siendo Dios, como es, justo, no debe castigar como delitos las inclinaciones á los placeres que nacieron con nosotros, y que él mismo nos dió. ¡Qué blasfemia! porque si quereis justificar todas vuestras acciones con las secretas inclinaciones que nos llevan á ellas, serían permitidos los mas atroces delitos, y nuestras inclinaciones y deseos serían la única regla que debieramos seguir. Por eso sola la naturaleza dió á conocer á los Paganos la necesidad de una luz superior á los sentidos, que arreglase su uso, é hiciese de la razon freno para las pasiones humanas: luego estas inclinaciones viciosas, ó no vienen de la primera institucion de la naturaleza, ó no son mas que un desorden, pues todas las leyes no han sido hechas mas que para moderarlas; en todos los siglos, los que se han entregado abiertamente á sus inclinaciones, han sido mirados como monstruos, y como el oprobrio de la humanidad. Además de esto, hagamos justicia al hombre, ó por mejor decir, al Autor que le formó. ¿Si hallamos en nosotros inclinaciones al vicio y á la culpa, no hallamos también pensamientos de virtud, de pudor y de inocencia? ¿Pues por qué ha de decidir el impío entre estas dos inclinaciones, que la que nos lleva ázia los sentidos es mas conforme á la naturaleza del hombre, y que nada se halla en ella que sea culpable? Si todos los hombres fueran perversos, acaso tendria razon para decir que las inclinaciones que nos arrastran ázia los sentidos son inseparables de nuestra naturaleza; pero también hay justos en la tierra; hay almas castas, fieles, timoratas, que han heredado de la naturaleza las mismas inclinaciones que el impío, pero se aventajan

Zz 2

á

á éste, en que tienen fuerza para resistirlas. No atribuyamos, pues, á Dios una flaqueza que es obra de nuestros propios desordenes: luego Dios es justo quando castiga las transgresiones de su ley, y se engaña el impío quando por último recurso piensa que la recompensa del justo será la resurrección á una vida inmortal, y el castigo del pecador, la eterna aniquilacion de su alma; porque el dexar de ser no sería castigo para el impío, pues es esto lo que desea. Dios no castiga de ese modo; la esperanza del impío perecerá, pero sus delitos no perecerán con él; la muerte pondrá fin á sus delitos, pero no á sus culpables deseos; sus tormentos serán tan eternos, como lo serían sus placeres si él hubiera sido dueño de su suerte.

MARTES DE LA PRIMERA SEMANA.

SOBRE EL RESPETO A LOS Templos.

Division. Tres disposiciones que nos deben acompañar en nuestros templos. I. Disposición de pureza y de inocencia. II. Disposición de temor y de recogimiento. III. Disposición de decencia y de modestia exterior.

I. Parte. Disposición de pureza y de inocencia. La presencia de Dios derramada por toda la tierra es una razón que nos obliga á presentarnos en todas partes puros y sin mancha á su vista. Por eso el pecador que vive con una conciencia impura, es una espe-

cie

cie de profanador de la tierra; pues con quanta mas razón piden nuestros santos Templos, que están particularmente consagrados á Dios, y en los que reside corporalmente, por decirlo así, la misma divinidad, que nos presentemos en ellos puros y sin mancha, por no deshonorar la santidad del Dios que habita en ellos?

Quando se edificó el templo de Salomón tomó Dios las mas severas precauciones para que no se atreviesen los hombres á parecer en su presencia cubiertos de manchas é inmundicia. ¡Quántas barreras y separaciones habia antes del Sancta Sanctorum! aquel lugar era inaccesible á todos los mortales, menos al Soberano Pontifice, el que no entraba en él mas que una vez al año, despues de muchas preparaciones. La bondad divina no ha puesto en la ley de gracia estas terribles barreras entre su Magestad y el hombre; permite á todos los hombres que se acerquen al Sancta Sanctorum, però no por eso pide su santidad menos inocencia en los Christianos. Al contrario, nos quiere dar á conocer quál deba ser la santidad del Christiano, obligado á sostener todos los dias, al pie de los altares, la presencia del Dios que invoca y adora: de donde se infiere que la santidad es la que unicamente nos abre estas sagradas puertas, y que no somos dignos de entrar por ellas si somos unos Christianos impuros. Y á la verdad, todo lo que pasa en nuestros templos, los mysterios que allí celebramos, la Hostia que allí se ofrece, los sagrados cánticos que allí se oyen, todo esto supone justicia y santidad en los asistentes; y de tal modo desea la Iglesia que sea santo todo quanto hay en nuestros templos, que consagra hasta las piedras de estos sagrados edificios: antiguamente no permitia que los cuerpos de los fieles se sepultasen dentro del recinto de sus paredes, y aun los mismos penitentes públicos estaban excluidos por mucho tiempo de asistir á los san-

tos

á éste, en que tienen fuerza para resistirlas. No atribuyamos, pues, á Dios una flaqueza que es obra de nuestros propios desordenes: luego Dios es justo quando castiga las transgresiones de su ley, y se engaña el impío quando por último recurso piensa que la recompensa del justo será la resurrección á una vida inmortal, y el castigo del pecador, la eterna aniquilacion de su alma; porque el dexar de ser no sería castigo para el impío, pues es esto lo que desea. Dios no castiga de ese modo; la esperanza del impío perecerá, pero sus delitos no perecerán con él; la muerte pondrá fin á sus delitos, pero no á sus culpables deseos; sus tormentos serán tan eternos, como lo serían sus placeres si él hubiera sido dueño de su suerte.

MARTES DE LA PRIMERA SEMANA.

SOBRE EL RESPETO A LOS Templos.

Division. Tres disposiciones que nos deben acompañar en nuestros templos. I. Disposición de pureza y de inocencia. II. Disposición de temor y de recogimiento. III. Disposición de decencia y de modestia exterior.

I. Parte. Disposición de pureza y de inocencia. La presencia de Dios derramada por toda la tierra es una razón que nos obliga á presentarnos en todas partes puros y sin mancha á su vista. Por eso el pecador que vive con una conciencia impura, es una espe-

cie

cie de profanador de la tierra; pues con quanta mas razón piden nuestros santos Templos, que están particularmente consagrados á Dios, y en los que reside corporalmente, por decirlo así, la misma divinidad, que nos presentemos en ellos puros y sin mancha, por no deshonorar la santidad del Dios que habita en ellos?

Quando se edificó el templo de Salomón tomó Dios las mas severas precauciones para que no se atreviesen los hombres á parecer en su presencia cubiertos de manchas é inmundicia. ¡Quántas barreras y separaciones habia antes del Sancta Sanctorum! aquel lugar era inaccesible á todos los mortales, menos al Soberano Pontifice, el que no entraba en él mas que una vez al año, despues de muchas preparaciones. La bondad divina no ha puesto en la ley de gracia estas terribles barreras entre su Magestad y el hombre; permite á todos los hombres que se acerquen al Sancta Sanctorum, però no por eso pide su santidad menos inocencia en los Christianos. Al contrario, nos quiere dar á conocer quál deba ser la santidad del Christiano, obligado á sostener todos los dias, al pie de los altares, la presencia del Dios que invoca y adora: de donde se infiere que la santidad es la que unicamente nos abre estas sagradas puertas, y que no somos dignos de entrar por ellas si somos unos Christianos impuros. Y á la verdad, todo lo que pasa en nuestros templos, los mysterios que allí celebramos, la Hostia que allí se ofrece, los sagrados cánticos que allí se oyen, todo esto supone justicia y santidad en los asistentes; y de tal modo desea la Iglesia que sea santo todo quanto hay en nuestros templos, que consagra hasta las piedras de estos sagrados edificios: antiguamente no permitia que los cuerpos de los fieles se sepultasen dentro del recinto de sus paredes, y aun los mismos penitentes públicos estaban excluidos por mucho tiempo de asistir á los san-

tos

tos mysterios, hasta que sus lágrimas y maceraciones los abrian por último las sagradas puertas.

Es verdad que ya no usa la Iglesia de esta severa separacion, pero supone que si no estais justificados quando venis al templo á parecer ante la presencia del Santo Dios, vendreis á lo menos con deseos de justificacion y penitencia; y estos deseos son solamente los que os pueden autorizar y dár derecho para presentaros en este santo lugar. Y á la verdad, el conocerse culpado de los mas vergonzosos delitos, y venir aqui á ponerlos en la presencia de Dios, sin que á lo menos os mueva la verguenza y el dolor, sin pensar por lo menos en los medios de salir de un estado tan deplorable, es profanar el templo de Dios, ultrajar su gloria, su magestad, y la santidad de sus mysterios; porque siempre que venis aqui con un corazon corrompido y obstinado, contradecis el ministerio del Sacerdote, que está ofreciendo por vosotros; insultais al amor de Jesu-Christo, que os ofrece á su Padre como una parte de esta Iglesia pura y sin mancha, que lavó con su sangre; insultais á la piedad de la Iglesia, que creyendoos unidos á su fé y á su caridad, os pone en la boca palabras de religion, de dolor y de penitencia; y así estais en el templo como un impostor y un anathema, que niega en su interior todo lo que está pasando en público.

Pero no se ha de inferir de aqui, que los pecadores deben retirarse de nuestros templos; no lo permite Dios; entonces es quando deben venir á buscar su libertad á este lugar santo; pues solamente en él pueden hallar los pecadores asilo y remedio para todos sus males.

Pero si el estado de culpas sin remordimientos es una especie de irreverencia que profana la santidad de nuestros templos, y de nuestros mysterios: ¿qué sera el hacer del templo casa de iniquidad, y mudar los sa-

gra.

grados asilos de nuestra santificacion en ocasiones de desorden y libertinage?

II. Parte. *Disposicion de temor y recogimiento.* Dios es espíritu y verdad, y quiere que principalmente le honremos en espíritu y verdad, y no solamente con la postura exterior de nuestros cuerpos; el espíritu, pues, con que debemos ponernos en su presencia es un espíritu de adoracion, de oracion, y de accion de gracias.

1. Un espíritu de adoracion. En nuestros templos es donde Dios manifiesta sus maravillas y su suprema grandeza, y adonde baxa desde el cielo para recibir nuestros respetos; y así la primera mocion que debemos experimentar quando entramos en este santo lugar ha de ser una mocion de terror, de silencio, de recogimiento profundo, y de abatimiento interior á vista de la Magestad del Altísimo, y de nuestra propia bajeza; debemos no ocuparnos en mas que en el Dios que se nos manifiesta; pero ¡Ay! ¿Dónde se hallan en nuestros templos las almas penetradas de estos pensamientos? algunos vienen á este templo santo, no á honrar al Dios que habita en él, sino muchas veces á honrarse á sí mismos con un vano exterior de devocion, ó hacerle servir á unos fines y á unos intereses que condena la devocion sincera.

2. Un espíritu de oracion. Quanto mas conocemos aqui la grandeza y el poder de Dios que adoramos, mas nos avisan nuestras infinitas necesidades que recurramos á aquel de quien solamente podemos conseguir la libertad y el remedio; por eso el templo se llama casa de oracion, no porque no se pueda pedir á Dios en todas partes, sino porque el templo es el lugar en donde se muestra mas propicio, y en donde nos ha prometido estar siempre presente para oír nuestras súplicas, y recibir nuestros respetos: luego debéis venir aqui con un espíritu atento y recogido. Con

to.

todo eso mientras que los Ministros al rededor del Altar levantan aqui las manos por vosotros, y hablan al Dios santo en vuestro favor, no os dignais de acompañar sus oraciones con vuestra atencion y respeto, y deshonrais la santa gravedad de los gemidos de la Iglesia con un espíritu de distraccion, y con vuestras indecencias. Por eso en vez de detener las oraciones públicas el brazo del Señor, que tanto tiempo há está levantado sobre nuestras cabezas. ¡Ah! duran aun los dias malos, y no se acaba el tiempo de turbacion, de luto, y de desconsuelo.

3. Un espíritu de accion de gracias: por ser este el lugar en donde el Señor no solamente derrama sus favores y sus gracias, sino que tambien nos acuerda las que hemos recibido. 1. Aqui fue donde recibisteis la fé, y así no debeis venir aqui sino para ratificar las obligaciones de vuestro bautismo, y para dar gracias al Señor del inestimable beneficio que os hizo en asociaros á su pueblo, y honraros con el nombre de Christiano; y así quando en vez de ofrecer al pie de los Altares vuestras acciones de gracias por un beneficio tan singular, los deshonrais con vuestras irreverencias, sois unos hijos desnaturalizados, que profanais el lugar de vuestro nacimiento segun la fé, y unos Christianos pérfidos, que venis á retratar vuestras promesas delante de los mismos Altares, que fueron testigos de ellas. 2. En este santo lugar tenéis por todas partes tribunales de reconciliacion y de misericordia, en los que mil veces os ha dicho Jesu-Christo por boca de sus Ministros: Hijo mio, tus pecados quedan perdonados: en donde tantas veces habeis dicho vosotros mismos: Padre mio, yo he pecado contra el cielo y contra Vos; debeis, pues, venir á renovar á vista de estos tribunales aquellas promesas de penitencia, aquellos movimientos de compuncion, de que tantas veces han sido depositarios; y

venis á renovar en ellos vuestras ofensas. 3. El templo es la casa de la doctrina y de la verdad, y aqui es donde se os anuncian los mysterios del reyno de los cielos, ocultos á tantas naciones infieles; nuevo motivo de agradecimiento para vosotros. ¡Pero ay! que os sirven de nuevo motivo de condenacion; porque apartandose el Señor de este santo lugar por vuestras profanaciones, no dá ya en él incremento á nuestros trabajos, ni derrama en él las gracias que hacen que su doctrina y palabra fructifiquen.

III. Parte. *Disposicion de decencia y de modestia exterior.* En este punto debieramos estar escusados de instruir á las mugeres del mundo, á las que principalmente se dirige esta tercera parte de mi discurso. Estas vienen á disputar á Jesu-Christo la atencion y los respetos de los que le adoran, con aquel aparato, no solamente vano y soberbio, sino tambien immodesto ó indecente. Quando se presentan en los Palacios en que habita el Soberano, dan á entender con la dignidad y decencia del vestido grave y sério el respeto que deben á la Magestad; ¿y se han de presentar delante del Soberano del cielo y de la tierra sin recato, sin decencia y sin pudor? Han de venir á turbar la atencion de los fieles, el profundo recogimiento, y la santa gravedad de los Ministros que asisten al rededor del Altar, y á manchar con la indecencia de sus adornos la pureza de su vista, empleada en las cosas santas? ¡Qué abominacion!

Es verdad que tambien los Ministros dan muchas veces ocasion á la irreverencia de los fieles, pues se dexan ver en los templos, distraidos, sin atencion, y exerciendo sus funciones precipitadamente; pero el mal exemplo de los Ministros, aunque autorice las irreverencias, no las escusa. Por eso Dios nunca las ha dexado sin castigo, y es indubitable que

las desgracias del presente siglo, el furor de las herejías, la profanacion de los Altares, y la ruina de tantos y tan augustos templos son funestas conseqüencias de las profanaciones é irreverencias de nuestros Padres.

MIERCOLES
DE LA PRIMERA SEMANA.
SOBRE LA RECAIDA.

Division. I. *La enormidad del pecado de recaída.*

II. *El peligro del pecado de recaída.*

I. Parte. *Enormidad del pecado de recaída.*

1. La ingratitude: Como el agradecimiento es la mas esencial obligacion de la criatura para con el Criador, la ingratitude es el pecado mas abominable, y del que mas se ofende su bondad. El pecado de recaída os hace ingratos con unas circunstancias abominables.

1. Quanto mayor es el beneficio recibido, mas fea es la ingratitude con que se olvida. ¿Pues qué mayor beneficio que el de haberos libertado de vuestras culpas? Erais hijos de ira, miembros del Ante Christo, unos monstruos de iniquidad, &c. Y llegasteis á ser hijos de Dios, miembros vivos de Jesu-Christo, herederos del cielo, y de las futuras promesas. ¿Puede pagarse este beneficio aunque se emplee toda la vida en agradecimientos? ¿Y vosotros apenas poneis un corto intervalo de tiempo entre el beneficio y la ingratitude?

2. Acordaos del modo con que se os concedió este

tan

tan señalado beneficio. El peligro en que estabais quando Dios os movió; estabais para caer en el último grado de la insensibilidad, del que no se puede volver á salir. ¿Y qué tiempo escogió Dios para concederosle? Acaso en la misma circunstancia del delito. Nada mueve tanto como el beneficio de un enemigo en el mismo tiempo en que se le ultraja. El Señor escogió el tiempo en que estabais entregados á aquellos amargos disgustos que siguen á las pasiones, en que os hallabais abandonados de las criaturas, y cansados de los deleytes. Estas circunstancias os debieran mover á un agradecimiento, y á una fidelidad eterna. Con todo eso, al primer vislumbre de fortuna ó de placer con que os lisonjea el mundo, os volveis á alistar baxo sus estandartes, os olvidais del beneficio, y de vuestro bienhechor. ¿Puede haber ingratitude mas digna de todos los castigos? 3. El gran número de delitos que os ha perdonado el Señor; quantas mas eran las ofensas de que se habia olvidado, mas debiais conservar la memoria de su bondad, y evitar otras nuevas. Con todo eso volveis á recaer, y con vuestra recaída en la culpa vais á hacer que revivan todos vuestros pasados desordenes, porque el acto con que recaeis es como un nuevo consentimiento que dais á todos vuestros primeros vicios, y como la retractacion de vuestras lágrimas, y de vuestro dolor. Este es el horror de la ingratitude, y las funestas conseqüencias de una sola culpa.

2. La perfidia: El pecador que recae despues de haber jurado una eterna fidelidad á su Dios al pie de los Altares, á vista del cielo y de la tierra, quebranta su fé, y falta á su promesa. El hombre que se precia de ser fiel con las criaturas, no se averguenza de ser pérfido con su Criador; esta perfidia es tanto mas culpable, quanto vuestras promesas de fidelidad han sido acompañadas de mas señales de dolor y

Aaa 2

de

las desgracias del presente siglo, el furor de las heregias, la profanacion de los Altares, y la ruina de tantos y tan augustos templos son funestas consequencias de las profanaciones é irreverencias de nuestros Padres.

MIERCOLES
DE LA PRIMERA SEMANA.
SOBRE LA RECAIDA.

Division. I. *La enormidad del pecado de recaida.*

II. *El peligro del pecado de recaida.*

I. Parte. *Enormidad del pecado de recaida.*

1. La ingratitude: Como el agradecimiento es la mas esencial obligacion de la criatura para con el Criador, la ingratitude es el pecado mas abominable, y del que mas se ofende su bondad. El pecado de recaida os hace ingratos con unas circunstancias abominables.

1. Quanto mayor es el beneficio recibido, mas fea es la ingratitude con que se olvida. ¿Pues qué mayor beneficio que el de haberos libertado de vuestras culpas? Erais hijos de ira, miembros del Ante Christo, unos monstruos de iniquidad, &c. Y llegasteis á ser hijos de Dios, miembros vivos de Jesu-Christo, herederos del cielo, y de las futuras promesas. ¿Puede pagarse este beneficio aunque se emplee toda la vida en agradecimientos? ¿Y vosotros apenas poneis un corto intervalo de tiempo entre el beneficio y la ingratitude?

2. Acordaos del modo con que se os concedió este

tan

tan señalado beneficio. El peligro en que estabais quando Dios os movió; estabais para caer en el último grado de la insensibilidad, del que no se puede volver á salir. ¿Y qué tiempo escogió Dios para concederosle? Acaso en la misma circunstancia del delito. Nada mueve tanto como el beneficio de un enemigo en el mismo tiempo en que se le ultraja. El Señor escogió el tiempo en que estabais entregados á aquellos amargos disgustos que siguen á las pasiones, en que os hallabais abandonados de las criaturas, y cansados de los deleytes. Estas circunstancias os debieran mover á un agradecimiento, y á una fidelidad eterna. Con todo eso, al primer vislumbre de fortuna ó de placer con que os lisonjea el mundo, os volveis á alistar baxo sus estandartes, os olvidais del beneficio, y de vuestro bienhechor. ¿Puede haber ingratitude mas digna de todos los castigos? 3. El gran número de delitos que os ha perdonado el Señor; quantas mas eran las ofensas de que se habia olvidado, mas debiais conservar la memoria de su bondad, y evitar otras nuevas. Con todo eso volveis á recaer, y con vuestra recaida en la culpa vais á hacer que revivan todos vuestros pasados desordenes, porque el acto con que recaeis es como un nuevo consentimiento que dais á todos vuestros primeros vicios, y como la retractacion de vuestras lágrimas, y de vuestro dolor. Este es el horror de la ingratitude, y las funestas consequencias de una sola culpa.

2. La perfidia: El pecador que recae despues de haber jurado una eterna fidelidad á su Dios al pie de los Altares, á vista del cielo y de la tierra, quebranta su fé, y falta á su promesa. El hombre que se precia de ser fiel con las criaturas, no se averguenza de ser pérfido con su Criador; esta perfidia es tanto mas culpable, quanto vuestras promesas de fidelidad han sido acompañadas de mas señales de dolor y

Aaa 2

de

de buena fé. ¡Quántos suspiros! ¡Qué sincéros pesares! ¿Y despues de todo este amoroso aparato de reconciliacion volveis á declarar de nuevo la guerra á vuestro Dios, y á olvidaros de las promesas que le habeis hecho? Seréis condenados por vuestra propia boca. La historia de la perfidia del discipulo que entregó al Salvador, hace que la vuestra parezca mas infame; porque vosotros como que habeis entretenido á Jesu Christo con todas las exterioridades de la mas fervorosa fidelidad, lo que no hizo Judas.

3. El desprecio: El pecador que recae se vuelve á Satanás despues de haber gustado y examinado lo mas precioso que hay en el servicio de Jesu-Christo. Compara á Jesu-Christo con Belial, y se declara á favor del último. ¡Qué desprecio! Y así en la eleccion que hace el pecador, prefiriendo Satanás á Jesu-Christo, se hallan las mas infames circunstancias. Esta eleccion no es ciega; en ella no se puede alegar engño; es una eleccion tranquila; el interior aviso de la conciencia le detiene, y con todo eso pasa adelante; ¿puede ultrajar mas infamemente á su Dios? Y lo peor es que una recaída tan pronta y repentina, es señal casi infalible de la poca sinceridad de los pasos que acaba de dar el pecador para reconciliarse con Dios; porque arrepentirse, é inmediatamente recaer, mas es burlarse, que ser penitente. ¿Puede haber cosa que mas ultraje á Dios, que el que una vil criatura se humille exteriormente en su presencia, que le pida perdon, y que casi al mismo tiempo niegue el que es su Señor y Dueño? Despues de semejante afrenta ya casi no debe esperar perdon; es verdad que puede haber precedido una sincera conversion á la recaída: pero 1. No se pasa en un instante del estado de justificacion al de pecado! 2. Quando la conversion es sincera, se reciben socorros en el Sacramento de la Penitencia, que facilitan el exercicio de las obligaciones; pe-

pero si os hallais el mismo al salir del Tribunal de la penitencia, no fue el dedo de Dios el que arrojó de vuestro corazon al demonio. Los milagros de la gracia son durables, y en nada se parecen á los prestigios de los impostores. La verdadera penitencia es un nuevo estado del corazon, que muda nuestras acciones, y corrige nuestros afectos. Por eso los Santos miraron la penitencia de los pecadores que recaen continuamente, como una pública irrisión de los Sacramentos; y el fiel que recaía, no volvía á ser admitido en el número de los penitentes públicos, aunque no se desesperase absolutamente de su salvacion. De toda esta severidad se usaba despues de una sola recaída; pues juzgad qué hubieran pensado los Santos de las vuestras, que son continuas; y si teneis razon para quejaros de los Ministros del Señor, que hallandoos siempre infieles, ya no se atreven á absolveros hasta hacer largas experiencias, temiendo dár lo santo á los perros.

No se pone el analisis de la segunda parte de este Sermon, porque se puede ver en el de la inconstancia en los caminos de la salvacion.



JUEVES DE LA I. SEMANA.

SOBRE LA ORACION.

Division. Dos son los pretextos que regularmente os apartan de la oracion. I. Decís que no sabeis orar; pues es necesario aprender. II. No hallais gusto alguno en la oracion; pues es necesario facilitaros su costumbre.

I. Parte. *No sabéis orar ; primer pretexto con que os escusáis ; pues es preciso enseñaros.* Os escusáis de la oracion , porque decís que no sabéis orar ; este pretexto nace de tres disposiciones injustas.

1. De que os engañáis en la idea que teneis formada de la oracion. La oracion no es un esfuerzo del entendimiento , sino un simple movimiento del corazon ; es un gemir vivamente el alma , móvida á vista de sus miserias ; por eso una alma sencilla é inocente se halla mucho mas instruida en la ciencia de la oracion , que los Doctores y Maestros. Habla á su Dios como un amigo á otro amigo ; se aflige de haberle desagradado ; dexa hablar á su corazon , que vela y habla con ella , aun en el mismo tiempo que se distrae su entendimiento. ¿Qué cosa hay en todo esto de que no sea capáz el alma fiel ? Si para orar fuera preciso elevarse á aquel sublime grado de oracion , á que suele Dios levantar algunas veces algunas almas santas , podriais escusaros de ella con decir que no habeis sido favorecidos con estos dones raros y excelentes del Espiritu Santo ; pero la oracion no es un don particular reservado á ciertas almas ; es una obligacion comun , impuesta á todos los fieles : por eso quando Jesu Christo enseña á orar á sus Apostoles , no los descubre lo alto y profundo de los mysterios de Dios ; sino que el modelo que les dá para orar es facil , aun para los mas simples.

1. ¿Por qué decís que no sabéis orar ? ¿Acaso no conoceis las infinitas necesidades de vuestra alma ? ¿Hay necesidad de enseñar á un enfermo á que pida su salud , ni á un hambriento á que busque su sustento ? En vuestras aflicciones temporales hay necesidad de enseñaros cómo habeis de exponer á Dios vuestra pena ? Luego si sintieseis las miserias de vuestra alma , como sentís las de vuestro cuerpo , muy presto adelantariais en el arte divino de la oracion. Decid que vien-

viendo en la oracion lo inmenso de vuestras necesidades , no sabéis por donde empezar , y entonces hablareis el lenguaje de la fé. ¿Pero cómo os atreveis á quejarnos de que no teneis que decir á Dios quando quereis pedirle ? ¿ Aunque no tuvierais mas que vuestros pasados delitos , no os ofrecen estos que pedir á la divina misericordia ? ¿ Si teneis la felicidad de vivir ahora christianamente , es posible que el singular favor que Dios os hizo en desengañaros del mundo , no ha de mover vuestro corazon al agradecimiento quando estais á sus pies ? Si no obstante vuestra mudanza de vida , conoceis que aun os hallais con aquel inagotable principio de corrupcion que os debe traer siempre cuidadosos , ¿ es posible que esto no os ha de ofrecer materia de que hablar al Señor en la oracion ? Por otra parte , si no teneis que pedir al Señor en la oracion , pensad en ella en los males de la Iglesia ; pedid á Dios la conversion de vuestros próximos , de vuestros amigos y de vuestros enemigos ; quanto veis , el mundo , el retiro , la corte , la ciudad , los justos y los pecadores , todo os enseña á orar.

3. Finalmente , decís que no sabéis orar , y esto consiste en que no amais á Dios. Quando se ama sabe muy bien el corazon lo que ha de hacer para conversar y mover á la persona amada. Pongamos á Dios en nuestro corazon en el lugar que en él ocupa el mundo ; restablezcamos en él el buen orden , y entonces no se hallará como extraño en la presencia del Señor.

II. Parte. *No hallais gusto en la oracion ; segundo pretexto para escusaros de ella ; y asi es necesario facilitaros la costumbre de orar.* Es cosa muy injusta el apartarnos de la oracion por los disgustos y distracciones de espíritu que nos la hacen penosa y desagradable.

1. Porque estos disgustos y distracciones nacen de

de nuestra tibieza, y nuestras infidelidades. Es cosa muy injusta el querer ir á la oracion con un espíritu sereno y tranquilo, con una imaginacion sosegada, y un corazon movido, quando toda nuestra vida es una continua distraccion, y quando conservamos en nuestros corazones mil afectos desordenados. Las almas mas retiradas y mas santas hallan muchas veces en la memoria de sus pasadas costumbres imagenes funestas, que turban la dulzura y tranquilidad de sus oraciones, aun en lo mas retirado de su soledad, ¿y queremos nosotros en una vida, que aunque sea regular, está llena de inquietudes, de ocasiones que nos arrastran, de deleytes que nos entorpecen, hallarnos de repente en la oracion unos nuevos hombres, con una tranquilidad de ánimo y de corazon que muchas veces no se halla en el mas profundo retiro, y en el mas riguroso desasimiento? No hay cosa mas injusta que semejante pretension. Para tener recogido el espíritu en la oracion es necesario ir á ella con recogimiento; y si quereis que vuestro corazon se halle con alguna disposicion de sensibilidad para las cosas del cielo, es preciso arrojar de él todos los terrenos afectos que le ocupan. El amor del mundo, dice San Agustin, como una peligrosa calentura, derrama en el corazon una amargura universal, que nos hace insípidos y fastidiosos los bienes invisibles y eternos. Trabajad seriamente en purificar vuestros corazones, y entonces gustareis las dulzuras y consuelos de la oracion.

2. Es cosa injusta el apartarse de la oracion por causa del poco gusto que en ella se halla; porque estos disgustos provienen de lo poco acostumbrados que estamos á orar. Oramos con disgusto, porque oramos pocas veces. 1. La costumbre de orar es la que unicamente puede disipar estas nubes que forman los disgustos y las distracciones de nuestra oracion.

2.

2. Las dulzuras y los consuelos de la oracion son fruto y recompensa de la oracion misma. 3. No sucede con Dios lo que con el mundo: el mundo pierde mucho en que se le conozca intimamente; pero al Señor es preciso conocerle y gustarle despacio para conocer las grandezas que en sí encierra; y así, la costumbre de orar es la que unicamente puede hacernos amable este santo exercicio. Pero dirá alguno, ¿cómo se ha de hallar en el mundo tiempo para dedicarse con frecuencia á la oracion? ¿Es posible que no ha de faltar tiempo para solicitar las gracias de la tierra, y ha de faltar para las del cielo, para aplacar la ira de Dios, é implorar sus eternas misericordias? De aquí se infiere el poco caso que hacemos de nuestra salvacion; pues es imposible salvarnos sin orar: Un hombre sin oracion no es Christiano, no tiene Dios, religion, ni esperanza; y no ha dado hasta ahora un paso hácia la vida eterna.

3. Finalmente, es cosa injusta el retirarse de la oracion por causa de los disgustos que la acompañan, porque estos disgustos las mas veces no son mas que una prueba con que Dios quiere purificar nuestro corazon; por eso en vez de quejarnos de las tristezas y molestias que nos ofrece la oracion, debemos perseverar en ella con mas fidelidad que si el Señor derramase allí sobre nosotros consuelos sensibles y abundantes. 1. Porque debemos mirar nuestros disgustos como justo castigo de nuestras pasadas infidelidades. Os habeis negado á Dios por mucho tiempo, no obstante sus mas vivas inspiraciones, y así es justo que el Señor os dexé solicitar por algun tiempo, antes de que se os dé con todos los consuelos de su gracia. 2. Acaso de este modo quiere Dios hacernos mas aborrecible este destierro, y esta separacion en que vivimos de su Magestad. 3. Acaso quiere inspirarnos mas compuncion de nuestros pasados delitos, dándonos á conocer cada instante la oposicion y el disgusto que han dexado en nuestro corazon á la verdad y

Tomo III.

Bbb

á la justicia: acaso, finalmente, con estos disgustos quiere Dios acabar de purificar los afectos demasiado humanos que pueden aun haber quedado en nuestro corazón.

V I E R N E S

DE LA PRIMERA SEMANA.

SOBRE LA CONFESION.

Division. Tres defectos que hacen inútiles, por no decir culpables, la mayor parte de las confesiones. I. Defecto de la luz en el exámen. II. Defecto de sinceridad en la confesion. III. Defecto de dolor en el arrepentimiento.

I. Parte. La ceguedad es entre todas las penas del pecado la mas universal de todas, y unicamente la vista de la fé es la que puede disiparla; pero como no hay cosa menos comun que el usar de la fé, tampoco hay cosa mas rara que el conocerse á sí mismo. Esta falta de propio conocimiento, que sirve de obstáculo tan esencial á la utilidad de nuestras confesiones, nace de tres principios.

1 No empleamos el tiempo necesario en exáminarnos; toda la vida christiana debe ser un continuo exámen, y una secreta censura de las acciones, de los deseos, y de los pensamientos. Como en cada instante nacen en nosotros nuevas impresiones, si nos perdemos un momento de vista ya no nos conocemos, y se forma de nuestro corazón un abismo que no podemos penetrar, y del que no vemos mas que la superficie: luego es abuso el creer que para ir al tribunal de la penitencia con un conocimiento exácto de sí mismo, basta el de-

dicarse algunos cortos instantes á exáminar la conciencia. Solamente la continua vigilancia es la que puede disponer para la confesion de nuestras culpas. Y así ¿qué otra cosa vemos todos los dias en el tribunal de la penitencia mas que ciegos que no se conocen, que cuentan la historia de su vida y de sus desordenes, é ignoran la de su corazón?

2 El segundo defecto del exámen consiste en que no nos exáminamos mas que segun nuestras propias preocupaciones. Exáminarse es poner á un lado las máximas de Jesu-Christo, y á otro aquella parte de nuestra vida que queremos conocer, y ver en cada accion lo que permite ó prohíbe el Evangelio; pero en lugar de esta regla substituye cada uno las preocupaciones de su amor propio: *1.* Acerca del nacimiento, la regla es que proponiendo el Evangelio unas mismas obligaciones á los grandes y al pueblo, la elevacion del nacimiento, en vez de ser privilegio, sirve de obstáculo, y por consiguiente de desgracia en orden á la salvacion; la preocupacion persuade que quanto mas elevado es el nacimiento, es mayor prerrogativa para escusarnos de nuestras obligaciones: *2.* En orden á las dignidades; la regla es que solamente están establecidas para defensa y utilidad de los pueblos: la preocupacion, que la obligacion de los cargos públicos debe regularse por la costumbre, y no por su institucion, y miramos los abusos que de ellos hacemos como derechos inseparables de estos cargos: *3.* Acerca de la ambicion; la regla es que estando obligados á vivir como peregrinos en la tierra, á no amar al mundo ni las cosas que en él hay, debemos temer todo lo que puede hacer demasiado amable nuestro destierro; la preocupacion, que la ambicion no es mas que una emulacion que nace con nosotros, una inclinacion sabia, seria, y digna de la prudencia: *4.* En orden á las riquezas, la regla es que los ricos no son dueños absolutos de sus bienes; la preocupacion, que no se deben tener por excesivos los gastos

á la justicia: acaso, finalmente, con estos disgustos quiere Dios acabar de purificar los afectos demasiado humanos que pueden aun haber quedado en nuestro corazón.

V I E R N E S

DE LA PRIMERA SEMANA.

SOBRE LA CONFESION.

Division. Tres defectos que hacen inútiles, por no decir culpables, la mayor parte de las confesiones. I. Defecto de la luz en el exámen. II. Defecto de sinceridad en la confesion. III. Defecto de dolor en el arrepentimiento.

I. Parte. La ceguedad es entre todas las penas del pecado la mas universal de todas, y unicamente la vista de la fé es la que puede disiparla; pero como no hay cosa menos comun que el usar de la fé, tampoco hay cosa mas rara que el conocerse á sí mismo. Esta falta de propio conocimiento, que sirve de obstáculo tan esencial á la utilidad de nuestras confesiones, nace de tres principios.

1 No empleamos el tiempo necesario en exáminarnos; toda la vida christiana debe ser un continuo exámen, y una secreta censura de las acciones, de los deseos, y de los pensamientos. Como en cada instante nacen en nosotros nuevas impresiones, si nos perdemos un momento de vista ya no nos conocemos, y se forma de nuestro corazón un abismo que no podemos penetrar, y del que no vemos mas que la superficie: luego es abuso el creer que para ir al tribunal de la penitencia con un conocimiento exácto de sí mismo, basta el de-

dicarse algunos cortos instantes á exáminar la conciencia. Solamente la continua vigilancia es la que puede disponer para la confesion de nuestras culpas. Y así ¿qué otra cosa vemos todos los dias en el tribunal de la penitencia mas que ciegos que no se conocen, que cuentan la historia de su vida y de sus desordenes, é ignoran la de su corazón?

2 El segundo defecto del exámen consiste en que no nos exáminamos mas que segun nuestras propias preocupaciones. Exáminarse es poner á un lado las máximas de Jesu-Christo, y á otro aquella parte de nuestra vida que queremos conocer, y ver en cada accion lo que permite ó prohíbe el Evangelio; pero en lugar de esta regla substituye cada uno las preocupaciones de su amor propio:

1. Acerca del nacimiento, la regla es que proponiendo el Evangelio unas mismas obligaciones á los grandes y al pueblo, la elevacion del nacimiento, en vez de ser privilegio, sirve de obstáculo, y por consiguiente de desgracia en orden á la salvacion; la preocupacion persuade que quanto mas elevado es el nacimiento, es mayor prerrogativa para escusarnos de nuestras obligaciones: **2.** En orden á las dignidades; la regla es que solamente están establecidas para defensa y utilidad de los pueblos: la preocupacion, que la obligacion de los cargos públicos debe regularse por la costumbre, y no por su institucion, y miramos los abusos que de ellos hacemos como derechos inseparables de estos cargos: **3.** Acerca de la ambicion; la regla es que estando obligados á vivir como peregrinos en la tierra, á no amar al mundo ni las cosas que en él hay, debemos temer todo lo que puede hacer demasiado amable nuestro destierro; la preocupacion, que la ambicion no es mas que una emulacion que nace con nosotros, una inclinacion sabia, seria, y digna de la prudencia: **4.** En orden á las riquezas, la regla es que los ricos no son dueños absolutos de sus bienes; la preocupacion, que no se deben tener por excesivos los gastos

á que alcanzan las rentas, y que aun quando lo sean, podrán perjudicar á nuestros intereses, pero no á nuestras conciencias: 5. Finalmente, acerca de las costumbres; la regla es que hemós de ser juzgados segun los preceptos de Jesu-Christo, y no segun las costumbres de nuestro siglo; la preocupación, que nada de lo que autoriza el exemplo público puede ser culpable.

3. El último defecto de nuestros exámenes consiste en que nunca nos examinamos acerca de todas nuestras obligaciones, v. g. de padre de familias, de persona pública, de miembro del cuerpo de los fieles, &c. no conocemos en nosotros mismos mas que los defectos personales.

¿Qué otra cosa vemos todos los días en los Confesorios sino personas entregadas á todas las pasiones, y que apenas hallan de qué acusarse; quando al mismo tiempo una alma justa repasa en la amargura de su corazón las mas leves imperfecciones, las que la aumentan su piedad, y siempre teme el que no se reconoce suficientemente. ¿De qué proviene esta diferencia? De que la una vela en guarda de su corazón, y se examina con las luces de la fé, y la otra, llena de las preocupaciones de su amor propio, no se examina mas que acerca de algunas obligaciones mas palpables, de las que tambien ignoran toda la extensión.

II. *Parte.* Nada cuesta tanto al hombre como el confesarse culpado; y lo mas deplorable es que nuestra soberbia tiene tambien parte en nuestras propias humillaciones: y que la confesion de nuestros delitos, por lo comun, no es mas que un artificio culpable con que los disfrazamos: Es verdad que se hallan pocas de aquestas almas infames y malditas de Dios, que vienen determinadamente á mentir al Espiritu Santo, y á ocultar al Sacerdote los horrores de sus conciencias, pero hay otro género de disfraces, de los que no se hace escrupulo, con los que no manifestamos todo lo que somos, y con los

los que descubriendo el pecado, ocultamos, por decirlo así el pecador. Esta falta de rectitud y sinceridad suele hallarse en el tribunal de la penitencia.

1. En las expresiones; porque éstas se mitigan y disfrazan. El primer cuidado de la mayor parte de los pecadores no es el conocer sus culpas, sino pensar en qué términos se las han de referir al Ministro que ha de oirlas; toda su atencion se dirige á estudiar las expresiones; pasan con velocidad por las mas vergonzosas heridas; muchas veces callan las circunstancias, que suelen ser mas infames que el mismo delito; en lugar de las expresiones que manifestarian claramente lo que en sí es, se valen de otras expresiones vagas, que nunca descubren lo íntimo del corazón; se acusan con gusto de ciertas culpas que son gloriosas entre los mundanos; finalmente, por no descubrir toda la vergüenza de una larga y antigua costumbre, buscan para cada confesion un nuevo testigo de sus flaquezas; se las refieren como culpas nuevas, y sucedidas despues de la última confesion; y sepultan lo pasado en un silencio de disimulo, con el que consiguen no ser conocidos; pero además de que el confesarse con estas mitigaciones y disimulos, es confesar solamente que no nos arrepentimos, además de esto es tambien olvidarnos de que estamos hablando con Jesu-Christo, testigo invisible de toda la historia secreta de nuestra vida, y que al mismo tiempo que procuramos nosotros con nuestros disfraces ocultarnos á su vista, nos dice como antiguamente un Profeta á aquella reyna de Israel, que disfrazada con vestidos prestados creyó poder ser desconocida del hombre de Dios, y engañar la luz del ministerio profético: *Quare aliam te esse simulas?*

2. El segundo defecto se halla en los motivos y en los principios de las acciones, los que nunca examinamos: como la disposicion del corazón es la que decide de nuestras obras, es preciso examinarla para conocer el mérito ó el defecto de éstas; y así debemos referir todas

nues-

nuestras acciones al principio de donde proceden. El corazón es el que decide de todo el hombre, y este es el que nunca manifestamos en el tribunal de la penitencia; exponemos las acciones sin explicar los motivos; referimos los pecados, pero sin descubrir la conciencia; por eso aun despues de acabada la confesion de vuestras culpas no os conoce el Confesor, y es necesario que adivine el estado de vuestras almas.

3 Finalmente, el último defecto de sinceridad se halla en las acciones dudosas, las que exponemos siempre á favor nuestro; no queriendo romper con las pasiones, buscamos arbitrios para exponerlas de un modo tan favorable, que no se atreve el Ministro de Jesu-Christo á condenarlas, y así ¿os hallais al salir del tribunal de la penitencia con aquella paz de la conciencia, que es fruto de una confesion sincera? ¿Qué locura, Católicos, el padecer toda la vergüenza de una confesion, y privaros al mismo tiempo de los consuelos de una confesion sincera; el venir á declararos pecador, y hacer de una declaracion tan desagradable á la naturaleza el mayor de vuestros delitos!

III. *Parte.* Todas las disposiciones de que acabamos de hablar no son mas que preparaciones exteriores de la penitencia; el dolor es el alma y la verdad de ella. Y así: 1. Este dolor es un movimiento de la gracia, y no de la naturaleza; es preciso que la turbacion que nace del horror de nuestras culpas sea una operacion invisible del Espiritu de Dios, que nos mueva á detestar todo aquello con que hemos podido desagradarle, y que sea un principio de nuevo amor, que nos haga aborrecible el pecado. La turbacion de la mayor parte de los pecadores es una turbacion de amor propio, en la que no tiene parte el Espiritu de Dios; no quiero decir que la misma gracia que produce el arrepentimiento, no produzca tambien una confusion saludable, ni que no haya una vergüenza que guia á la salud eterna; pero esta vergüenza formada
por

por el dolor nace del dolor mismo; no la forma en nuestra alma, ni el juicio del Ministro de la confesion, ni el desprecio de los hombres, sino Dios que la vé, y que conoce toda la ignominia de su estado.

2 Otros juzgan que el dolor en que consiste el arrepentimiento es aquella turbacion, que nace solamente del temor de las penas del infierno. Bien sé que el temor de aquel abismo de fuego, y de aquellas eternas tinieblas es medio para la eterna salud, y un motivo de compuncion que propone Jesu-Christo á los pecadores, y que se le aconseja la Iglesia: no es mi intento excluir de la verdadera penitencia el temor de los tormentos destinados al impío; porque aunque no sea su alma, ni lo principal de ella, dispone por lo menos; si no aquella culpable disposicion en que se hallan la mayor parte de los pecadores que vienen al tribunal de la penitencia, y que si no hubiera infierno y penas, vivirian como Atheistas, sin fé, sin conciencia, sin Sacramentos, y que en lo íntimo de su corazón sienten que Dios sea justo, y que haya señalado para los mas infames deleytes las eternas llamas.

Pero como es facil el engañarse en esto, si me preguntais por qué señales se pueden conocer los verdaderos penitentes; os respondo, que el dolor de los pecados encierra una resolucion real y sincera de acabar los desordenes, y de empezar una vida santa y christiana: lo que está figurado en la curacion de nuestro Paralítico. ¿Quieres sanar? le pregunta Jesu-Christo: *¿Vis sanus fieri?* Y así quando venís á los pies del Sacerdote, ¿estais firmes en esta resolucion? ¿Podeis dar testimonio de que quereis romper todos los lazos que os atan al mundo y á sus pecaminosos deleytes? No os pregunto si formais aquellos propósitos vagos que nunca tienen efecto, sino si quereis convertirlos con una voluntad firme, constante y sincera, que ya produce aquellas lágrimas, y aquellos preludios de una verdadera conversion; aquellos combates, aquellas santas inquietudes, aquellas nuevas ideas, aque-

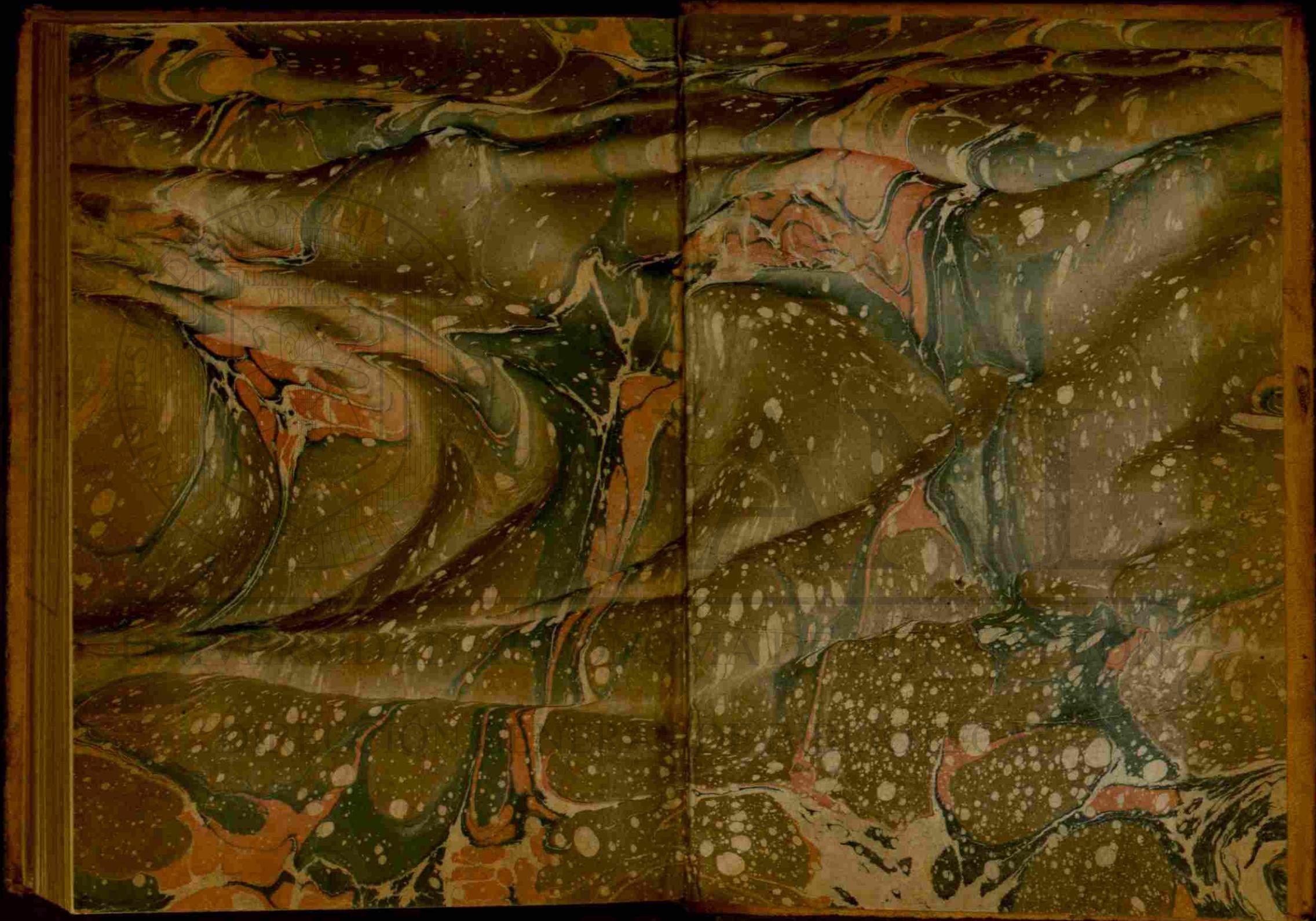
aquellos pasos serios y penosos; acordaos de las conversiones de las pecadoras, de los Saulos, de los Augustinos, y no digais que el dolor oculto en lo íntimo del alma no siempre es sensible al corazon penitente; porque una sincera mudanza de vida nace de un amor tan vivo, que es imposible el que esté en el corazon sin que él lo sepa.

3 Finalmente el dolor de la penitencia no solo es una resolucion sincera de mudar de vida, sino tambien una continua atencion que nace de las solidas medidas que se toman para su mudanza. La principal de estas es la eleccion de un Ministro fiel, que coopere con Jesu-Christo á curar vuestra alma. Esta ultima reflexion se infiere de lo que dice nuestro Evangelio: *Domine, hominem non habeo.* ¿Os encomendais á Jesu-Christo antes de ir al tribunal de la penitencia, para que os suscite una guia fiel, que os lleve por el camino de la salvacion? ¿Un Ministro lleno de piedad, de experiencia, de desinterés, de zelo y de caridad? ¿Buscáis un director de estas qualidades? No por cierto, buscáis los mas desconocidos, los primeros que os presenta la casualidad, á estos manifestais indiscretamente las heridas de vuestro corazon; y estos son los mas comunes principios de la inutilidad del Sacramento de la penitencia.

FIN DE LOS ANALISIS,
y del tercer Tomo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS



CEV
OTEC